George Ticknor.

SUUM CUIQUE.

Accessions

114871

Shelf No.

D157.22

vol. 1

BEQUEATHED BY

George Ticknor.

Rec'd Apr. 26th 1871

EL BERNARDO,

POEMA HEROYCO

DEL DOCTOR

DON BERNARDO DE BALBUENA.

SEGUNDA EDICION.

TOMO I.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE SANCHA.
AÑO DE 1808.

EL BERNARDO,

D.157
.22
v.1

11487 / B.J.

POEMA HEROYCO

DEL DOCTOR

DON BERNARDO DE VALBUENA.

SEGUNDA EDICION.

TOMO I.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE SANCHA.
AÑO DE 1808.

NOTICIAS DEL AUTOR.

El Doctor Don Bernardo de Balbuena nació en la villa de Valdepeñas, provincia de la Mancha, año de 1568, de Gregorio de Villanueva y Luisa de Balbuena, hijosdalgo en aquel pueblo. Se ignora donde empezó su carrera escolástica, y quienes fueron sus primeros maestros; pero se sabe que era todavía muy jóven quando pasó á Nueva-España, y que acabó y perfeccionó sus estudios siendo individuo de uno de los Colegios de México. Allí se hizo distinguir muy pronto por su aplicacion y su saber, y por el talento que tenia para la poesía, llevándose ordinariamente los premios en las justas poéticas, que se celebraban con freqüencia. Por los años de 1608 vino á España, se graduó de Doctor de Teología en Sigüenza, y obtuvo la Abadía mayor de la isla de Jamayca, de donde fué promovido á la silla episcopal de Puertorico en 1620. En esta isla falleció siete años despues, á los cincuenta y nueve de su edad, y sus huesos fueron sepultados

en la capilla de San Bernardo, que él habia fundado en la catedral.

Las obras que de él se conocen son las siguientes: 1.ª *La Grandeza Mexicana*, publicada en México año de 1609, y se reduce á una descripcion en tercetos del poder, poblacion, riqueza, é industria de aquella capital. 2.ª *El Siglo de oro*, novela pastoral en prosa y verso, donde insertó doce églogas imitando á Teócrito, Virgilio y Sanázaro, muy estimadas de los inteligentes; impresa en Madrid en 1608. *El Bernardo*, ó sea la victoria de Roncesvalles, poema heroyco en veinte y quatro libros, dado á luz en Madrid en 1624. Otras obras compuso segun parece, entre ellas *La Cristiada*, *La alteza de Laura*, un *Arte nuevo de Poesía*, y una *Cosmografía universal*, que no se han impreso, y acaso se perdieron quando los Holandeses invadieron á Puertorico, y robaron la librería de Balbuena. A esta circunstancia alude Lope de Vega en aquellos versos del *Laurel de Apolo*.

Tenias tú el cayado
De Puertorico, quando el fiero Enrique,

Holandés rebelado,
Robó tu librería,
Pero tu ingenio no, que no podia.

Estas son las noticias que escasamente han podido rastrearse de este poeta, consultando el archivo de la iglesia parroquial de Valdepeñas, la Historia de Puertorico, la Biblioteca de Don Nicolás Antonio, y tal qual especie que él apunta en su *Grandeza Mexicana*. Sus obras, siguiendo el mismo destino que las memorias de su vida, iban ya á perecer por la escasez de los exemplares á que estaban reducidas. En tales circunstancias el Editor ha creido hacer un servicio importante á nuestras letras reimprimiendo el Poema, que es la principal produccion de Balbuena, y merece un lugar tan distinguido entre los apreciadores de las musas españolas. El desaliño repugnante de la edicion antigua solo es comparable con el abandono inconcebible que se tuvo en su correccion. Balbuena á la sazon se hallaba en América, y los que se encargaron de publicar su obra en España correspondieron muy mal á su confianza. Ademas de las erratas groseras, fáciles

de advertirse por qualquiera lector menos instruido, son innumerables las que destruyen el sentido hasta el punto de hacerle ininteligible, ó que vician torpemente la medida y cadencia de los versos. Nada se ha omitido en la edicion presente para corregir en lo posible estos lugares; y los que quieran cotejar algunas de sus páginas con otras de la primera, se convencerán al instante de la enorme diferencia que hay entre las dos, y del cuidado que el Editor ha puesto, para que el *Bernardo* se vea impreso al fin de una manera correspondiente á su mérito, y digna del Público, á cuya utilidad se dedica.

AL EXCELENTISIMO SEÑOR

DON FRANCISCO FERNANDEZ DE CASTRO,

CONDE DE LEMOS Y ANDRADE, MARQUES DE SARRIA, DUQUE DE TAURISANO &c.

Este poema heroyco del famoso Bernardo del Carpio, *en que se describe la esclarecida descendencia de la excelentísima casa de Castro, ha mas de catorce años que se le dedicó su autor en esa Corte al gran Mecenas de todas las buenas letras y habilidades de España el Excelentísimo Don Pedro Fernandez de Castro, que está en el cielo, hermano de V. E.; y despues que la suya, con la agradable benignidad de su nobilísima condicion, no se desdeñó de honrar la obra pasando los ojos por ella, debaxo de la aprobacion de su clarísimo ingenio se ganó privilegio para imprimirla, lo qual hasta ahora no se ha hecho, por*

las dificultades con que de ordinario caminan las cosas que van sobre diligencia de cuidados agenos. Ahora su autor, que puede decir que ha salido de nuevo al mundo de las soledades de Jamayca, donde este tiempo estuvo como encantado, por refrescar el gusto en la memoria de haber hecho este pequeño servicio, á quien se debian los mayores de la tierra, la ha mandado poner en la estampa. Suplica á V. E., como á dignisimo sucesor, no solo de la nobilísima casa y estado, sino de las demas heroycas y soberanas virtudes, entendimiento, magnanimidad y gentileza de animo de su tan querido hermano, la favorezca con admitirla por suya, y dar licencia que ella y su autor gozen, debaxo de la proteccion y amparo de un tan gran Príncipe, la honra y acrecentamientos que desean, cuya excelentísima persona guarde nuestro Señor muy felices años &c.

El Doctor Don Bernardo de Balbuena.

PRÓLOGO.

Aunque sacar ahora á luz este libro, en alguna manera desdice de lo que en rigor toca á mi oficio y dignidad, y á la profesion de púlpito y estudios de teología, porque el tiempo, dueño de las acciones humanas, de tal manera altera y muda las cosas, que lo mismo que en uno era gala y bizarría, en otro suele heredar diferentes nombres; con todo eso, lo que en una ocasion fué virtud reconocerlo por tal, en otra no puede ser vicio: y así este poema, demas de haber sido los primeros trabajos de mi juventud, fábrica y compostura del calor y brio de aquella edad, que tiene por gala semejantes acometimientos y partos de imaginacion, todo él es sugeto heroyco y grave, lleno de honestidad, modestia y pureza de lenguage, y qual de necesidad se requeria para celebrar el real origen y descendencia de la excelentísima casa

de Castro, una de las mas calificadas de Europa.

Y aunque para el vulgo y generalidad del pueblo, que por la mayor parte lee estos libros, sin mas advertencia que á sola la armonía de los consonantes, ó al superficial deleyte de la fábula, no habia que hacer este discurso, ni menos para los doctos, que versados en letras humanas, saben de todo fundamento lo que yo aquí puedo repetir; todavía quise servirles el plato con salsa, á los unos, que procuren seguir los preceptos de su arte, y á los otros, que si quisieren salir de su ordinario paso, y entrar al fondo de las cosas, hallen senda y camino por donde. Y así digo, que deseando yo en los principios de mis estudios, y por alivio dellos, poner en execucion y práctica las reglas de humanidad, que en la Poética y Retórica nos acababan de leer (clase por donde todos en la niñez pasamos), y celebrar en un Poema heroyco las grandezas y antigüedades de mi patria en el sugeto de alguno de sus famosos héroes,

cuyas admirables hazañas, asombrando con magestad el mundo, tambien con la de su fama pregonan el descuido de su nacion; me puse á buscar un asunto, que levantando con su espíritu el mio en la grandeza de sus partes, se llegase tanto á la perfeccion del arte, que siguiendo yo el que desta facultad Aristóteles nos dexó en sus obras, esta mia saliese, sino con toda perfeccion, con los menos descuidos posibles.

Este fué el fundamento de acometer en aquella primera edad, con los brios de la juventud, y la leche de la Retórica, á escribir este libro, que pudiera haber salido á dar cuenta de sí muchos años ha, pues de diez que se le concedieron de privilegio, son ya pasados mas de los seis, y poco menos de veinte que se acabó, aunque no de perfeccionar, que esto es inacabable. Al fin sale ahora por gusto y consejo de personas que le tienen bueno, y le saben dar mejor en casos de mayor importancia, persuadido, que no por haber trocado el tiempo el estado y profe-

sion de las cosas, era justo se perdiesen aquellos primeros trabajos que para algo podrian ser buenos, supuesto que el dexarlos perder y olvidar para siempre, no era de provecho para nada, con que me convino ajustar á su voluntad la mia, y dar por la misma regla cuenta de las que fuí siguiendo en el discurso desta obra.

Y sea la primera, que por quanto las fábulas que se fundan en alguna breve historia, dice el Filósofo, que son las de mayor artificio y lustre, y las que de la centella de la verdad dan el rayo del deleyte vestido de mas verisimilitud y hermosura, trabajé en hallar una, que sirviendo de fundamento á mi Poema, en sí misma fuese breve, admirable, y de varon famoso, y tan llena de rastros de grandeza en la memoria de los hombres, que desde luego el tratar della la hiciese agradable y deleytosa.

Tal me pareció la de nuestro famoso español Bernardo del Carpio, breve en su discurso, como lo son casi todas las historias de aquel tiempo; admirable por la

pomposa fama con que siempre sus hechos se han celebrado de memoria en memoria hasta la nuestra; de Príncipe heroyco, descendiente de la real sangre de los Godos, y por el consiguiente de la mayor nobleza de la tierra.

Y porque la accion en estas obras ha de ser una, y esa de la persona principal (que llaman épica) la mas famosa, escogí la mas célebre victoria de Roncesvalles, donde con la gente española el Rey Don Alonso el Casto su tio, por cuyo general iba, destruyó la potencia de Carlo Magno, que venia á dar sobre Asturias, venciendo por su persona y las de sus españoles, los tan celebrados Paladines de Francia, y dando de su mano, con el último de sus golpes, muerte á Roldan, el principal de todos, en que se remata la accion y el libro, porque siendo aquella muerte la del hombre mas famoso que por aquellos siglos habia, pasar adelante en sus victorias, fuera descrecer en la grandeza y magestad dellas.

Algunos del número primero, á quien

en estos discursos respondo, me habrán ya en diversas ocasiones hecho cargo, que esta victoria de Roncesvalles, y muerte de los doce Pares, en ella se tiene comunmente por incierta y fabulosa, segun la apurada diligencia de los mas graves historiadores de España, que con ser en favor suyo, hay pocos que la admitan por verdadera; con que parece, que desde luego entra esta mi obra manca, pues toda su máquina se funda sobre cimiento dudoso, y aun por ventura de todo punto falso: pues los encantamentos de Orlando, las bravezas de Reynaldos, las traiciones de Galalon, las mágicas figuras y cercos de Malgesí, y las demas caballerías de los doce Pares, con su tan celebrado cronista y Arzobispo Turpin, mas tienen de fabuloso que verdadero, no solo en las historias graves, mas aun en el juicio y estimacion de un moderado discurso.

Digo pues á toda esta objecion, que lo que yo aquí escribo es un poema heroyco, el qual, segun doctrina de Aris-

tóteles, ha de ser imitacion de accion humana en alguna persona grave, donde en la palabra *imitacion* se excluye la historia verdadera, que no es sugeto de poesía, que ha de ser toda pura imitacion, y parto feliz de la imaginativa. Donde de paso se verá quan inadvertidamente hablan los que la principal calidad de sus obras en verso, hallan, que es el no haberse desviado un punto de la verdad: como quiera que quanto mas desta tuvieren, tanto ellos tendrán menos de poetas, pues dice el mismo filósofo, que si la historia de Heródoto se hiciese en verso, no por eso seria poesía, ni dexaria de ser historia como antes, que es la razon porque tampoco Lucano es contado entre los poetas, con haber escrito en verso. Porque la poesía ha de ser imitacion de verdad, pero no la misma verdad, escribiendo las cosas, no como sucedieron, que esa ya no seria imitacion, sino como pudieran suceder, dándoles toda la perfeccion que puede alcanzar la imaginacion del que las finge, que es lo que

hace unos poetas mejores que otros; y así para mi obra no hace al caso que las tradiciones que en ella sigo sean ciertas ó fabulosas, que quanto menos tuvieren de historia, y mas de invencion verisimil, tanto mas se habrá llegado á la perfeccion que le deseo.

La accion y fundamento del poema es este: el artificio de su ampliacion, es imitando las personas mas graves de la Iliada de Homero, porque la del Rey Casto es la de Agamenon; la de Bernardo la de Achîles, al qual la diosa Tetis dió á criar al centauro Chiron, como la hada Alcina dió á Bernardo al sábio Orontes; Ferraguto es Ayax Telamon; Galalon Ulises; Morgante Diomedes; Roldan Hector; y así de los demas.

Y porque á la magestad heroyca, conforme á nuestra religion, hacen falta para lo verisimil las deidades y semideos, con que los antiguos hacian tan admirables y pomposos sus poemas; el Boyardo, y los que le han seguido, inventaron en su lugar las Hadas y encantamentos de

los magos, que siendo potestades superiores, sirven de levantar la fábula, y hacerla en el deleyte y alegoría mas vistosa y admirable. Yo en esto seguí lo que hallé inventado, por tratar de las mismas hazañas, y de los mismos héroes, que la comun tradicion nos da muertos á manos de nuestro Bernardo, y de sus españoles; y así este poema se puede llamar el cumplimiento, la última linea, y la clave, que de lleno en lleno cierra el artificio y máquina de sus fábulas, y aquellos portentos y asombros, que de los Príncipes de aquel siglo con tanta admiracion ha celebrado lo mejor de Italia y Francia.

En la narracion de la fábula, de tal manera proseguí su discurso, que sin comenzarla por el principio, quedase en el fin patente y descubierta en todas sus partes: porque así como el mundo consta de dos géneros de cosas, unas naturales, y otras artificiales, así tambien hay dos modos de contar y hacer relacion de esas mismas cosas, uno natural, que es el

histórico, y otro artificial, que es el poético: y así como seria defecto en el discurso natural, no comenzar las cosas con claridad desde sus principios, siguiéndolas ordenadamente hasta los fines, así lo seria en el artificial contarlas sin artificio, y como las cuenta el historiador; y así conviene, que la narracion poética no comience del principio de la accion que ha de seguir, sino del medio, para que así, al contarla toda, se comience, se prosiga, y acabe artificiosamente, y traya con eso en su discurso aquel deleyte que el artificio con su novedad, y la novedad con su admiracion suelen causar, tanto mayor, quanto mas ingenioso es, y mas sutiles y menos violentas invenciones descubre.

Sirve tambien este modo de contar las cosas con artificio, de engañar disimuladamente el receloso gusto del lector, que siempre con la prolixidad se cansa: el qual, comenzando su lectura por el medio de la fábula, caminando tras los deseos de saber su principio, al encontrar-

lo, se halla tan cerca del fin, que no le es molesto acabar lo que resta; y esta es la razon porque mi poema no se comenzó, como dice Horacio, por los huevos de Leda, esto es, del conocimiento de Bernardo, ni de su educacion y crianza, sino de los alborotos de la guerra de Francia, que ya le hallaron criado, y hecho hombre valeroso en el mundo, sin dexar por eso de contar su nacimiento y origen, sus hazañas y descendencia, y quanto dél, y de sus sucesores han escrito los historiadores mas graves de nuestra nacion hasta ochocientos años despues de su muerte, con lo mas florido de las antigüedades y nobleza de España, descripciones de lugares, montes, rios y fuentes, castillos y palacios suntuosos, con una casi universal geografía del mundo sembrada artificiosamente por él, y las costumbres mas notables de sus naciones, y aquellas que por haber dexado vistoso rastro de sí en las memorias de las gentes mas dignas juzgué de ser celebradas.

Y no solo este artificio se guardó en lo principal de la accion, mas aun en sus episodios, ó digresiones, no hay fábula, que antes de mostrar su fin, no ponga al lector en las manos los principios de otra, de no menor deleyte y gusto, dexando siempre la primera en el mayor riesgo, y en lo mas apretado del nudo, y donde el deseo queda mas violentado, y el deleyte mas empeñado en lo por venir: artificio á mi parecer poderoso á llevar entretenido hasta el fin con el natural apetito de saber al gusto mas tibio y helado que en él entráre.

Para todo lo qual, y para mejor texer las narraciones de un poema tan largo, sin cansar demasiado con ellas, procuré que la persona del autor hablase en él lo menos que fuese posible, con que tambien se pudo añadir á la fábula mas deleyte: siéndole por esta via permitido el extenderse á cosas mas admirables, sin perder la verisimilitud; porque si la persona del poeta contara los monstruos de Creta, ó el origen de la ciudad de Gra-

nada, careciera lo uno y lo otro de apariencia de verdad: mas referidos estos casos por tercera persona, queda con todo lo admirable, y el autor no fuera de lo verisimil. Porque sino lo es, que Gravinia se convirtiese en árbol, y Estordian en gusano de seda, eslo, y muy posible, que aquellos cuentos por entonces anduviesen en las bocas de los hombres de aquel mundo, y los unos los contasen á los otros debaxo de aquella misma opinion que los oían: que si de la imitacion poética, la porcion mayor de su fin es el deleyte, en ningun modo le podrá dañar el enriquecerla de ese tesoro por todos los caminos posibles.

Mas porque este con perfeccion no se consigue menos que moviendo las pasiones del ánimo, y estas con ninguna cosa se mueven tanto, como con la compasion y el miedo en los sucesos agenos, que mientras mas lastimosos y tristes, mas poderosos son á mover los presentes; hice lo posible porque este poema en sus partes, y en su todo, fuese una

apurada tragedia, y que así lo principal de su deleyte le naciese de la compasion de tantas muertes lastimosas, sucesos trágicos, destrozos de gentes, truecos de reynos, y caidas de Príncipes, como por él van sembrados, con que no solo se deleyta el gusto, se mueve el ánimo, y sus pasiones; mas aun con su encubierta moralidad y alegoría le dexa instruido en las virtudes y saboreado en ellas, dibuxándole entre el deleyte de la fábula, y sus colores retóricos, en la persona de Bernardo, que es la épica, un Príncipe soberano, invencible, generoso, lleno de heroycas virtudes, de magnanimidad y fortaleza; en la del casto Alfonso, un Rey prudente y catolico; en la de Carlo Magno, un victorioso y potente Monarca mal aconsejado: la atrevida libertad de un lisonjero en Galalon; un mancebo disoluto y libre en Ferraguto; un prolixo hablador en Galirtos; en Angélica una distraida cortesana, á quien ya el tiempo va marchitando los claveles de su rostro, y las flores de su juventud; en

Garilo un astuto ladron; y en Arleta una sagaz ramera, y una hechicera supersticiosa: la gran fuerza del favor en la fuente de la hada Iberia; en el desgraciado Arnaldo, los embelecos y fábulas de un alquimista; la dísoluta vida de un tirano en Bramante, y las desatinadas blasfemias de un soberbio en las de su hermano Morgante; y en lo principal de la accion, lo poco que hay que fiar en favores de fortuna y prosperidades de tiempo.

Mas porque tocar toda la moralidad, fuera dilatar demasiado este discurso, remito al lector que la quisiere al fin de cada libro, y de aquí al principio del primero, por donde desde luego entre haciendo anatomía, sino de la apurada observacion del arte, á lo menos de un cuidadoso é infatigable deseo de acertar con la vena del deleyte, para dar con ella en la del su gusto.

Y porque el ser los versos de muchas dicciones y sinalefas, los hace llenos y sonoros, y el tener pocas, floxos y humildes, y dos asonantes juntos disminu-

yen la suavidad de las cadencias, y los consonantes en verbales humillan mucho el estilo, y le descaecen, se ha huido todo lo posible destas dos cosas, procurando llenar los versos de manera, que en cinco mil octavas que tiene este poema, que son quarenta mil versos, no se hallará uno que sea de solas tres dicciones, sino que el menos lleno tiene quatro, y de ahí para arriba, de ocho y de nueve, de catorce y quince sílabas, y algunos de catorce dicciones, y diez y ocho sílabas, como el último de la octava 1ª de la página 97 del tomo II, que dice:

Que es bien, que es mal, que es fin, que es vida y muerte.

EL BERNARDO.

LIBRO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Describe este primer libro los estados de España y Francia, los alborotos de la guerra, el gran viaje de la Hada Alcina á los palacios de Morgana, la prision del Conde de Saldaña, y de D. Teudonio, el qual da cuenta al Conde de su linage, y antigua privanza con el Rey Casto, y como el tirano Manuzes se apoderó del reyno de Leon, y por negociacion suya el Emperador Carlo Magno envió con D. Gayferos un gran socorro de gente, que Rodamonte desbarató en el camino, con la muerte de Rosia y su amante, y la hermosa arquitectura de los palacios de Morgana.

Cuéntame, ó Musa, tú, el varon que pudo
A la enemiga Francia echar por tierra,
Quando de Roncesvalles el desnudo
Cerro gimió al gran peso de la guerra:
¡Tanto en Alcina hizo un dolor mudo!
¡Tanto el zeloso ardor que su alma encierra!
¡Tanto la envidia obró, tanto la saña
De defender su invicta tierra España!

Allí donde de un grave desafío,
El trágico suceso lastimoso,
A los pies de un Leonés, el cuerpo frio
Del francés, arrojó, mas orgulloso:
Tú de esta fuente caudaloso rio,
De su real sucesion fruto precioso,
Por quien la fama ya promete á Castro
Láminas de oro, y bultos de alabastro:

Mientras que de Austria el sucesor divino,
Por honra á su diadema soberana,
A su diestra el asiento mas vecino,
Qual mereces en dártele se ufana;
Y el nuevo mundo de gozarte indigno
En voz te adora y en librea humana,
Y tu sangre heredada de mil Reyes,
Honor le envia, y moderadas leyes;

Muestra aquí tu valor, que si allanares
Del Parnaso á mi voz las agrias cuestas,
Las alas que en mis hombros levantares,
Te dexaré en tu heroyco templo puestas:
Estense Apolo y Baco en sus altares,
Este dando furor, y aquel respuestas,
Que tú que en magestad al mundo sobras,
Con tus grandezas honrarás mis obras.

Donde en el mar cantábrico se acaba
La rica Europa, y en su golfo helado,
Las fértiles arenas ciñe y lava
Al inculto español nunca domado;
Un pequeño rincon solo quedaba,
Que al bárbaro furor habia sobrado,
Y en él el casto Alfonso recogido,
De estrecho y breve término ceñido.

Aquí se conservaba antiguamente,
Como en el duro pedernal guardada,
La santa luz de una centella ardiente,
Jamas del infernal yelo apagada:
Aquella ilustre y belicosa gente
De la fortuna hija regalada,
Corona universal, cetro fecundo,
De honor á España, y de gobierno al mundo.

Y bien que entonces del furor de Marte
Viese arruinado su florido asiento,
Y del morisco bárbaro estandarte,
De sombras lleno y de pavor el viento;
El que mas tuvo en sus despojos parte,
Menos seguro vió su vencimiento,
Que no trueca su tierra á gente extraña,
Menos que á sangre la invencible España.

No se vió en Colcos nunca vellocino
Bañando el ayre con vislumbres de oro
Entre mas enemigos, quando vino
La flor de Grecia á entrar en su tesoro;
Ni las manzanas del metal mas fino,
Que Atlante cria y beneficia el moro,
De mas Hércules fueron asaltadas,
Ni con mas sed ni mas calor buscadas,

Que el agradable reyno y fértil tierra,
Que el Betis riega, fué de gente extraña;
Que es hambre de oro la sangrienta guerra,
Hija cruel de la ambicion y saña:
Y los tesoros que en su seno encierra
Siempre inquietaron á la rica España,
Desangrando sus venas por mil modos,
Griegos, romanos, árabes y godos.

A todos dió la bárbara codicia
De sus metales loco atrevimiento
De violar con hidrópica avaricia
Los sacros bosques de su alegre asiento;
Hasta que al fin de Arabia la malicia,
Con soberbia crueldad, y horrible intento,
Mas de sangre sedienta, que de imperio,
Volvió el suyo en estrecho cautiverio.

Y aunque desde aquel dia lastimoso,
Que sobre el desgraciado Guadalete,
Cayendo el nombre ilustre y cetro honroso,
Donde en el mar de Cadiz se entremete,
De azares hizo el hado su reposo,
Y que de su grandeza se interprete,
El agorero rio, en quien hundido
Su invencible valor quedó en olvido;

La paz y magestad que antes gozaba
Vuelta guerra y comun desasosiego,
Quanto en sus anchos términos sonaba
Era de un feroz Marte el voraz fuego:
La altiva frente desdeñosa y brava,
De ardiente rabia llena y furor ciego,
Viendo sembrado en su español distrito
Del mauro pueblo el número infinito.

Y bien que á un triste asalto y ronco estruendo
Vió siempre su primer sosiego asido,
Despues que entre peñascos revolviendo
Sobre el honor y crédito perdido;
Salió del cuello altivo sacudiendo
El yugo infame á que le habia rendido,
Sin gozar tiempo, término ni tierra,
De asaltos libre, y de ambicion de guerra.

Mas en la que al presente está alterada
A toda antigua competencia excede,
Sin que desde la cumbre mas nevada
Del Alpe helado al firme Atlante quede
Pueblo, gente, ó nacion tan olvidada,
Que en ella con su riesgo no se enrede,
Que este fué el ademan en que fortuna
Quiso de mil tragedias hacer una.

Ni quando sobre aquella cueva altiva,
Alcazar real de la perdida España,
Del valiente Alcaman la furia esquiva
Cubrió de gente y tiendas la campaña;
Y á no le reservar persona viva,
Espigada de lanzas la montaña,
Un nuevo Rey acometió escondido,
Que con mil hombres le dexó vencido.

Ni quando á sus magnánimas conquistas
El Catolico Alfonso abrió la mano,
Y con mas lanzas que Trinacria aristas
Pasó á Galicia exército asturiano;
Y en varios lances, y en copiosas listas,
Gran número añadió al pueblo cristiano
De victoriosos triunfos, cuya gloria
Eterna da á los siglos su memoria.

Ni otro alboroto, brega, ni ruido,
De los que en aquel tiempo peligroso
El grave reyno vieron consumido,
De asaltos lleno, y falto de reposo;
Ni con mayor estruendo y alarido
Sonó el arnés de Marte belicoso,
Que hoy sobre la cerviz y altiva frente
De la francesa y española gente.

¿Las causas de tan nuevas disensiones
Qué furia las sacó sobre la tierra?
¿Qual dios de tan valientes esquadrones
La ira trazó desta enconada guerra?
¿Nacieron de odio antiguo sus pasiones?
¿O del furor que la ambicion encierra?
¿O las cosas violentas cuesta arriba
Su misma pesadumbre las derriba?

¿Por donde abriré senda á los portentos
Que estos siglos sembraron por el mundo?
¿En quales casos, sobre quales cuentos
Mi esteril verso volveré fecundo?
¿Desta antigua preñez de pensamientos,
Qual el primero haré, qual el segundo?
¿Qué brazo, qué valor, qué brio, qué saña,
El discurso guiará desta hazaña?

Por los campos sepulcros olvidados
Se han visto temerosamente abiertos,
Y los enxutos cuerpos descarnados,
De triste amarillez salir cubiertos:
Los ojos sin mover embelesados,
La voz sin fuerza, los cabellos yertos,
Pregonando desdichas no pensadas,
Con los vivos trocaron sus moradas.

El mar sus peces espantó bramando,
Y la tierra tembló de su bramido,
A quien mil monstruos fueron afeando
De vista y talle nunca conocido:
Donde tal madre se asombró mirando
El hijo que ella misma habia parido,
Y muchos sin nacer, en no aprendidas
Palabras, dieron voces escondidas.

Y donde el nuevo horror en sangre fria
Los alientos volvia mas briosos,
Donde con mas violencia prometia
Tristes tragedias á los lastimosos;
Era sobre los ánimos que via
De lo mejor del orbe victoriosos,
Que siempre los favores de fortuna
Crecen para menguar como la luna.

Reynaba en las regiones de occidente
Carlo Magno, un gran Príncipe famoso,
Príncipe á quien las águilas de oriente
Su estandarte volvieron mas pomposo:
Obedecido de invencible gente,
Y sobre mil ciudades poderoso,
A cuyo nombre ilustre y lirios de oro
Reverenció el cristiano, y tembló el moro.

Los altos muros de trofeos cargados,
(Fama á sus victoriosos esquadrones)
Los altares y templos coronados
De conquistadas armas y pendones;
Despojos de enemigos destrozados
De indómitas y bárbaras naciones,
Que las mas peregrinas y extrangeras
Llenas vieron de espanto sus banderas.

¿Quien á los altibaxos de la vida
Punto dará, y compás tan acertado,
Que cortando del tiempo á su medida
El círculo feliz saque quadrado?
Ninguno hasta el fin de la partida
Se sueñe á sus contentos ajustado,
Que en suerte humana todo es movimiento,
Ni mal que dure, ni placer de asiento.

Triunfante el victorioso Carlo Mano
Con los favores de la instable rueda,
Persuadido vivia, que en su mano
El punto estaba de tenerla queda:
Frágiles trazas del juicio humano,
Que quien mas fia en él, sin él se queda,
Que cierto es en la noche mas serena
El descrecer la luna en siendo llena.

Despues de haber el mundo amenazado
La fama con la voz de sus victorias,
Despues de dar su nombre celebrado
Con letras de oro escrito en mil memorias,
Despues de haberle á su sabor colmado
Fortuna el vano plato de sus glorias,
Y que cebado en ellas su contento
Menos temia del contrario viento.

Para reseña y fin de sus mudanzas,
Y freno de ambiciosos corazones
En su fama y pomposas esperanzas,
Hoy la flaqueza muestra de sus dones;
Y pues á las mas firmes confianzas
Las desvanecen flacas ocasiones,
Del bien ó el mal, que el tiempo nos envia,
Será el juez mas cierto el postrer dia.

Tenian sus belicosos paladines
Lleno el mundo y la fama de proezas,
Que en lisonjera lengua á varios fines
Nuevas ensanchas daba á sus grandezas:
Sonando en lo mejor de sus clarines
De Orlando las victorias y bravezas,
Los muertos Reyes, los gigantes fieros
De su invencible brazo prisioneros.

Del bravo Almonte y nuevo Rey troyano,
Y el altivo Agricon la sangre ardiente,
Que halló su espada, y derramó su mano
Sobre las yerbas, aun se está caliente;
Y de Cimosco el instrumento vano,
Ya sin rayos ni luz resplandeciente,
Por orla al vencimiento, y triste caso,
Del soberbio Agramante, y Rey Gradaso.

Mas como no hay valor siendo extremado
Sin carcoma de pechos envidiosos,
El mundo deste antiguo error llevado
Lleno estaba de quejas y quejosos:
De tan largas venturas enfadado,
Que no hay sin agraviados victoriosos,
Ni hombre tan ajustado, y tan querido,
Que de alguno no sea aborrecido.

Las Hadas que á las cosas variables
De nuestro inferior mundo dan gobierno,
Y en cavernas y grutas espantables,
Vecinas viven del silencio eterno;
Y del antojo humano los mudables
Gustos al suyo revalidan tierno,
Y en sus vácios asientos desiguales,
Los bienes acrecientan y los males:

Estas de los franceses paladines
En general estaban agraviadas,
Destruidos sus palacios y jardines,
Y su halago y caricias despreciadas:
Alcina sus tritones y delfines,
Focas, ballena, y redes delicadas,
Deshechas ya, y en libertad Rugero
Del torpe lazo en que se vió primero.

Despreciada Morgana y su riqueza,
Febosilla su fama destruida,
Falerina su astucia y sutileza,
Olofana sus gulas y comida;
Filteorana su amor y su belleza,
Y la soberbia máquina caida
De Limaturia, Bruna y Aquilina,
Y el juvenil ardor de Dragontina.

Ninguna en el fatal colegio habia
Sin queja de francés, ninguna al cielo
Sin lágrimas miró desde aquel dia
Que la furia de Francia pisó el suelo:
Sino fué Logistilla, que seguia
Desta parcialidad el mejor zelo,
Y sobre todas la afeytada Alcina
Es la que á su venganza mas se inclina.

Esta en un lago obscuro de horror lleno,
Su jardin y su casa destruida,
Consumiéndose estaba en el veneno
De la afrentosa injuria recibida:
Bien que su fértil isla y bosque ameno
Cobrar pudieran la beldad perdida,
Y ella su alcazar con mayor tesoro
De cristal reformar, y lazos de oro.

Mas ardiendo en deseos de venganza
A solo este deleyte y gusto aspira,
Que es muger agraviada con mudanza,
Metida en un zeloso infierno de ira:
Conoce que le ofende la tardanza,
Y que si la ocasion se le retira,
Su agravio pasará, que el tiempo leve
Las penas traga, y los agravios bebe.

Y como con la cólera quemada
Se alumbra y sutiliza el pensamiento,
De uno en otro discurso dió la Hada
En la traza mejor para su intento:
De aquella rica y peligrosa espada
Que Falerina obró en su encantamento,
En conjunciones de menguante luna,
Y temples de mudanzas de fortuna,
Se acuerda, y revolviendo sobre el caso
Los libros de su ciencia peregrina,
Sin dexar del oriente al turbio ocaso
Planeta, signo, aspecto, y luz divina,
Que no consulte, siga, y mida el paso,
Llegó á saber que el hado determina,
Adquiera aquella espada vigor nuevo
En la templada sangre de un mancebo.
Faltóle un punto quando fué forjada
En las observaciones de su estrella,
Y esta falta con sangre reparada,
Sus vivos filos volverán sin mella:
Invencible, y su artífice vengada
La dexara, y á Alcina sin querella,
Si la bañare en una oculta guerra
La mas heroyca sangre de la tierra.
De un mago aspecto el abreviado punto
A decirle llegó, que el mar Tirreno
Ya sobre sus cristales tiene junto
A un galeon de amor y de armas lleno
Un jóven español, que puesto á punto
Se via entrar por su entoldado seno,
A que la autoridad de un Rey severo,
Blason y armas le dé de caballero.

Es de suyo el contento bullicioso,
Y Alcina que le ha puesto en la venganza,
Al orgullo de su ánimo brioso,
Cada hora le es un siglo de tardanza:
Una carroza de cristal lustroso,
Que una piedra preciosa á otra se alcanza,
De oro las ruedas, de marfil los tiros,
Los clavos de diamantes y zafiros;

Para ir á los jardines de Morgana
Hace aprestar, y en forma contrahecha
De varia plumería y pompa ufana,
Al yugo dos soberbios grifos echa:
Que en invencible vuelo por la vana
Region del ayre, una alba hermosa hecha
La llevan, y ella derramando amores,
Llueven hechos aljofar por las flores.

En silla de oro, y rica pedreria,
En el triunfante carro recostada,
Con mayor luz que la que saca el dia
La mañana de mayo mas pintada;
De perlas, de rubís, y argentería
Por el cabello vuela una lazada,
Que haciendo el rostro un sol, sirve de llama,
Que en bellos arreboles se derrama.

De blanca tela de oro con plumages,
De diamantes y aljofares menudos
Vestida, y por las puntas y follages
Erres de perlas y cuajados nudos:
Entre doradas nubes y zelages,
Volando pasa por los ayres mudos
Al lago blanco que Morgana habita,
Entre el frio Geta, y el helado Escita.

Tomó la Hada toda esta belleza
Del primer arrebol de la mañana,
Que del mago pincel la sutileza
Lo sano enferma, y lo doliente sana;
Lo feo agracia, al muerto da viveza,
La encogida vejez vuelve lozana,
Y al fin hacen y fingen sus unturas
Alegres teces, nuevas hermosuras.

Hoy la suya amasó de un roxo cielo
El vengativo gusto de la Hada,
Y á la enemiga Francia torció el vuelo,
Por ver qual nuevo ardor la da ocupada:
Miró, y gozando triunfos sin recelo,
La vió de pompa y fiestas coronada,
Tan llena de victorias, que en su adorno
Un despojado mundo goza en torno.

Si bien de la jornada y pretensiones
En que Saturno agüera su caida,
Nuevo rumor halló, y alteraciones,
En armas toda, y en furor metida;
Contrapuestos sus llenos esquadrones
A una tasada gente, así rendida
Al violento rigor del duro hado,
Que apenas tierra en que morir le ha dado.

Contempla la soberbia y aparato
Del belicoso exército, y las fiestas
Que á vueltas de la guerra y su rebato
En públicos carteles vuelan puestas;
Y en esto divertida un breve rato
Pasa el Reno sus aguas y florestas,
Y Holanda un tiempo dura é inclemente
Mira ya de agradable y culta gente.

Dexa el fuerte Calés á la siniestra,
Y los peñascos Anglicos nevados,
La Chersoneso Címbrica á la diestra,
Con el mar que le escarva los costados;
Y Zelandia amenísima le muestra
En los golfos de Esquenia sus pescados,
Donde volando el carro cristalino,
A la Noruega tuerce su camino.

En el Gótico mar mira al oriente
De Colmar los alcázares famosos,
Ahora patria, y otro tiempo fuente,
Y origen de los Godos belicosos;
Y siguiendo la costa del poniente,
De la Suecia goza los preciosos
Metales, que revientan por los riscos,
Y las fieras que amparan sus lentiscos.

Pasa á Fimarquia, y sobre el cristalino
Y endurecido mar que la costea,
Conoce en el peñasco subentino
El peligroso golfo que la ondea;
Y dando á las espaldas el contino
Fuego, que en la encubierta Tileumea
A las alturas de Biarmia sube,
Y allí se baxa de su hueca nube.

Estampa de las ruedas las molduras
En la vega de Elsingue placentera,
Gozando de las nuevas hermosuras
Que en sus flores sembró la primavera;
Y por entre arboledas y frescuras
Del lago blanco llega á la ribera,
En cuyas playas el mayor espacio
Ocupa de Morgana el gran palacio.

Fueron en este lago antiguamente
De Galatea los baños celebrados,
De cuyo pecho y cuerpo transparente
La tibia leche y el cristal mezclados
Le dan nombre y color, y la corriente
De Varciga á la mar nuevos pescados,
Que de sus revoltosos y anchos senos
Por secretos caminos le hace menos.

Humillando jazmines y azucenas,
Rosas y lirios, que el placer retoza,
De blanco aljofar, y de olores llenas
Las ruedas van de la imperial carroza;
Y la playa, el cristal, y ondas serenas,
La Hada mira, y con la vista goza
De un florido tapiz, y alfombra rica,
De quanto abril y mayo multiplica.

Del inmortal laurel en la guirnalda
Que en torno ciñe el lago, considera
Bruñida plata, y cercos de esmeralda,
Que un resplandor en otro reverbera;
Y en las floridas rosas de su falda
De pedrería una estrellada esfera.
De no menor beldad que la que en vuelo
Trastorna por sus bóvedas el cielo.

Dentro del fértil lago, hácia la parte
Que le apunta la luz de la mañana,
O por natural curso, ó fuerza de arte,
Está una fresca isleta y tierra llana;
De cien torres ceñido un baluarte,
Donde resurte vuelto espuma cana
El cristal tierno, que en hermosos léjos
Sirve á sus playas y árboles de espejos.

Aquí sobre cimientos de alabastro,
Y mármoles preciosos, se levanta
Hecha de un cerco en conjuncion de un astro
De un real palacio la soberbia planta;
Sin que de cimbrias ni canteras rastro
Quedase al mundo de grandeza tanta,
Que Morgana lo hizo en sola un hora,
Al romper blando de la tierna aurora.

En doce altivas torres dividido,
Donde el diestro primor de un nuevo Apeles
Mil lazos relevó de oro bruñido
Al vuelo de sus altos chapiteles;
El jaspeado muro compartido
En dorados balcones y rexeles,
Y el claro ventanage en mil maneras
De alegre luz, y claras vidrieras.

Las altísimas bóvedas cargadas
Del peso real de un bárbaro tesoro,
De bruñido alabastro las portadas,
Los firmes quicios de metal sonoro;
Sobre que se revuelven ajustadas
Las puertas de marfil, y clavos de oro,
Que es esta Hada la que al mundo vano
Las riquezas reparte de su mano.

Crece un fresco jardin sobre la playa,
A sus resacas y frescor dispuesto,
Del quebrado cristal florida raya,
Y del deleyte humano alegre puesto;
Donde Pomona de su verde saya
El regalo mayor dexó traspuesto,
Sembrando por sus yerbas y sus flores
La humana industria todos sus primores.

De un lustroso cristal muro almenado
La corva playa ciñe del poniente,
De dorados balcones rodeado,
Al precioso jardin pomposa frente:
Donde del rico mayo el matizado
Artificio, en la cerca transparente
De rayos de oro forma, y de vislumbres
Hermosos visos, y encendidas lumbres.

Que al jugar por los árboles el viento,
Y el sol dorar sus hojas de esmeralda,
Del claro golfo en el mudable asiento,
Del real jardin la altísima guirnalda;
A la vista hace del que mira atento,
De verde, azul, de rosicler, y gualda,
Bellos reflexos, claros resplandores,
De un mezclado color de mil colores.

Tal de vidrio sutil hinchadas pomas,
Del claro alinde por el terso poro,
Alegres fingen de lustrosas gomas
Jardines de esmeralda, y bosques de oro;
Y en bellos tumbos de preñadas lomas,
La matizada cera abre tesoro
A unos alegres visos, que en reflexos
La vista engañan con fingidos léjos.

Y así la Hada por la selva amena,
Mientras volando pasa su carroza,
De aljofar y oro la campaña llena,
Sus flores mira, y sus olores goza:
Ve el palacio, el jardin, y la serena
Playa, donde el verano se remoza,
Que en aquel punto al despuntar el dia
Luces sembraba, y rosas producia.

Ya de las torres un clarin bastardo
La salva hacia á la amorosa Alcina,
Que en vista alegre y ánimo gallardo
Doblando iba la playa cristalina:
Quando en hábito humilde, y paso tardo,
Entre dos mirtos, y una parda encina,
Un bulto vió.... mas yo que un mundo entero
Confuso miro, y darlo en orden quiero;

La pluma vuelvo á la intricada masa
De historias, que en aliento y son divino,
Como de un nuevo abril flores sin tasa
Por este asunto brotan peregrino:
Despues diré de la encantada casa,
La traza, el modo, y fin deste camino,
Que de la historia aquí la grave suma,
Tras su vuelo arrebata el de mi pluma.

Y el triste y ronco son de las cadenas
De un Conde por envidia aprisionado,
Aunque al Rey sordas, porque son agenas,
Ya mi música y voz han destemplado:
Y sus canas de honor y llanto llenas
Piden que dexe el cuento comenzado
Por ver de sus delitos el proceso,
Que es obra santa consolar un preso.

Tuvo el Rey Casto una gallarda hermana,
Y hubo en Saldaña un Conde valeroso,
Ella Venus en gala cortesana,
Y él en braveza un Marte belicoso:
Y ambos de la nobleza castellana
La fuente de caudal mas abundoso,
En quien mostraron su poder á una
Los tiempos, el amor, y la fortuna.

El tiempo les dió en gracia y gentileza
Colmada á sus deseos la medida,
Y del pródigo amor la ancha largueza
Todo el vivo placer con que convida:
Solo de la fortuna la tibieza
Su gloria dexó en llanto convertida,
Con que sus gustos vueltos en dolores
Tuvieron mas de amargo que de amores.

Duró el tiempo feliz de los amantes
Lo que el sagaz recato en su cuidado,
Que en el amor los gustos importantes
Son hurtos de contento reservado:
Al fin con ocasiones semejantes
Del cielo llegó el tiempo señalado,
Que á Bernardo con próspero ascendiente
La vida habia de dar, y luz presente.

Y luego que en los signos mas dichosos
Que en sus esferas vió el cielo sereno,
Y á gozar de los siglos venturosos
Salió encogido del materno seno;
Incitado de pechos envidiosos
El Rey, quitando á la templanza el freno,
De su hermana, y el Conde de Saldaña,
A pesar se vengó de toda España.

Y en justa pena al descortés delito
De haberse tras su antojo desposado,
Y en la ciega pasion del apetito
Su real palacio y opinion manchado,
Con dura ley y riguroso edito
Ocultó el niño, el Conde aprisionado,
A su hermana hizo monja, con que pudo
Torcer del firme matrimonio el nudo.

Sobre tres quintos lustros daba el quarto
De su curso infeliz la mayor parte,
Que de gustos ayuno, y penas harto,
La honra y la fama de Saldaña y Marte:
En el mas solo y encubierto quarto,
En que un torreado alcazar se reparte,
Vivia en su cadena y prision fuerte,
Si es la vida en prision vida y no muerte.

Guardaba el mundo tan oculto al Conde,
Que ya los vivos le tenian por muerto,
Y si está preso, nadie sabe donde,
Que el Rey por mas seguro lo ha encubierto;
Y siempre á un desdichado corresponde
Olvido general, favor incierto,
Que la fortuna al trastornar su esfera,
Ninguna gloria antigua dexa entera.

De un ofendido Rey el rigor grave
Ponerle pudo en carcel tan estrecha,
Que ni del dia ni la noche sabe,
Ni qual favor le daña, ó le aprovecha:
Del trato mas hidalgo y mas suave
Con mas recelo vive y mas sospecha,
Que es grave riesgo, y de áspero castigo
Un ofendido Rey por enemigo.

Así en larga cadena aherrojado,
El preso Conde sin vivir vivia,
Quando un hombre de nuevo aprisionado
Su tristeza aumentó, y su compañia:
De aspecto afable, rostro autorizado,
De discrecion un centro y cortesía,
Que son las partes que con fiesta doble
El lustre muestran de la sangre noble.

Ceñido en torno de un doblado muro
En la Mota de Luna un quarto habia,
Que un ciego caracol por mas seguro
A sus lóbregos senos descendia:
Secreta estancia, calabozo obscuro,
Donde jamas llegó la luz del dia,
Y tal que al delinqüente mas amigo
De carcel le servia, y de castigo.

A esta baxó Teudonio por mas fuerte,
Que así el honrado preso se llamaba,
Y al afligido Conde allí la muerte
Por sobrarle la vida le faltaba:
Llegó el huesped, y tuvo á feliz suerte,
Aunque en la ciega sepultura entraba,
Ver otro muerto allí, que todavía
Consuela en la afliccion la compañia.

Diéronse en cortés trueco afablemente
El pésame, y la bien venida á una,
Doliéndose cada uno del presente
Daño que al otro ha hecho la fortuna:
El Conde, como aquel que ha estado ausente
Del cielo, el claro sol, y errante luna,
Tantos años cerrado en el profundo,
Podiase ya contar por de otro mundo.

Y deseando saber qué nuevo estado
Las cosas alcanzaban de la tierra,
Quién gobernaba el reyno, á quál cuidado
La dulce paz está, y á quál la guerra;
Dexando su valor disimulado,
Que quien luego lo dice todo yerra,
Así con un fingido regocijo,
Afable, vuelto á D. Teudonio, dixo:

"Señor, aunque en mis culpas he aprendido
Que jamas el castigo faltó en ellas,
Sé tambien que no siempre un afligido
Padece y sufre agravios por tenellas;
Que el tiempo muchas veces compelido
Del contrario rigor de las estrellas
Trocarse vemos, y enviar al suelo,
En vez de alegre sol, borrasca, y yelo.

Y ahora vuestra presencia resplandece
Aun entre estas tinieblas de tal modo,
Que en su compuesta gravedad parece
Retrato singular del valor godo.
Yo, señor, soy un hombre en quien fenece
De mi principio y fin el nombre todo,
No tengo mas valor, ni mas estado,
Que ser dichoso ayer, y hoy desdichado.

No os quiero ya informar de mi derecho,
Que en la carcel no hay preso con delito,
Todos estan sin culpa, y sin provecho
Es dorar á la culpa el sobrescrito:
Solo os ruego, señor, si á un noble pecho
Amor con sola ceremonia y rito
Puede obligar, conozca ahora el vuestro,
Que le deseo servir en mas que muestro.

Y en recambio me deis de vuestras cosas
La parte que sin riesgo os pareciere,
Seguro que en las tristes, ó dichosas,
Mi gusto os seguirá como pudiere:
Mas si estas son demandas peligrosas,
Que ni el lugar ni el tiempo las requiere,
Contadme en trueco, porque así se ahorren,
En el mundo qué mundo y tiempos corren.

¿Qué cetro le gobierna y rige ahora?
¿Qué guerras hay de nuevo? qué dictados?
¿Si es ciega todavía la señora,
Que da y reparte reynos emprestados?
¿Quién se señala en armas? ¿quién adora
La fama? ¿quién celebra sus cuidados?
Qué ritos? qué premáticas? qué leyes?
O qué lisonjas privan con los Reyes?"
Así el Conde, y Teudonio así admirado
De la prudencia y gravedad del preso,
En tanto que habló estuvo colgado
De su dulce discurso y raro seso:
De aquel discreto preguntar pagado,
De las preguntas, y su grave peso,
La entereza del ánimo, y el modo,
Tan de pecho real y heroyco en todo.
Y en sus penas suspenso y divertido,
Sin conocer al olvidado Conde,
Teudonio, mas de honrado y comedido,
Que gustoso de hablar, así responde:
"Si los agravios con que me ha traido
Fortuna aquí, lugar me dan por donde
Aliviar tu cadena, y mis prisiones,
Gran campo han descubierto tus razones.
La tierra está sembrada de portentos,
De grandezas hasta ahora nunca vistas,
Famosos hombres, de altos pensamientos,
Armas, guerras, furor, pleytos, conquistas:
Fieros jayanes, bárbaros intentos,
Altivos Reyes, que en copiosas listas
El mundo sacan al soberbio alarde [arde.
De un desman nuevo en que hoy se enciende y

En gran riesgo está España de perderse
Preñada de costosos enemigos,
Ligero el Rey, y fácil de creerse,
Y sin lealtad y fe los mas amigos:
Harto desto en mis causas puede verse,
Y servir mis agravios de testigos,
Pues mis nuevas cadenas y prisiones
Son de eterna lealtad los galardones.

Es Teudonio mi nombre, y mi famoso
Linage en todo el orbe conocido
Del feliz Recaredo en rio copioso,
Por sucesion legítima traido
Hasta D. Pedro, Duque valeroso
De la Cantabria, padre esclarecido
Del Católico Alfonso, y del valiente
Fruela, de corazon y de alma ardiente.

Fué sucesor de Alfonso otro Fruela,
Y el generoso Infante Vimarano,
Por quien del Rey su hermano la cautela
Cruel le hizo, y fratricida hermano:
Deste un hijo quedó en su infiel tutela,
A quien en recompensa dió el tirano
Del muerto padre, y de su injusta saña,
En título el Condado de Saldaña.

Del Fruela primero, hijos famosos,
Aurelio fué, Teudonio, y D. Bermudo,
Soldado el uno, y Reyes poderosos
Los dos, que es quanto el tiempo darles pudo:
Teudonio otros dos hijos belicosos
Dió al mundo, y de los dos el mas membrudo,
Por animoso, intrépido, y osado,
El Conde D. Osorio fué llamado.

Deste nació mi padre, y por el suyo,
Como he dicho, me llaman D. Teudonio,
Y esta es la sangre que amo, y la que huyo,
Y este de mi linage el testimonio:
Ni la fortuna me faltó, sin cuyo
Favor en el estado y patrimonio
Ser la nobleza suele grave carga,
En honras corta, y en congojas larga.

Estado tuve, y tengo suficiente
Por mí, y por mis mayores levantado,
De Reyes como el Rey soy descendiente,
Y tan leal con él como agraviado:
Un tiempo me trató por su pariente,
Con favor y caricias de privado,
Mas siempre las privanzas de los Reyes,
Como viven sin ley, mueren sin leyes.

Quando de Nugariz la furia esquiva
Con ochenta mil moros de pelea
Entró en Asturias, y á su voz altiva
Tembló quanto en sus términos rodea:
Yo que de mis primeros años iba
Dando al mundo el ensaye y la tarea,
Por el gusto del Rey toda la tierra
General me aclamó de aquella guerra.

Nuestro pequeño campo en el de Lutos
Al morisco dexó desbaratado,
Que las infames párias y tributos
Pedia soberbio, y de ánimo arriscado;
Y pasando con libres pies enxutos
Sobre el roto esquadron empantanado,
Crucé de Miño y Duero ambas riberas,
Y asombré á Portugal con mis banderas.

Largo es contarte desta gran jornada
Los sucesos y lances por menudo,
Públicos fueron, y ella tan nombrada,
Que al mundo hacer temblar su fama pudo:
No quedó filo de enemiga espada,
Ni resistencia de contrario escudo,
De Oviedo hasta Lisboa, que no fuese
De la opinion y ley que yo le diese.

Y aunque para las fuerzas de la guerra
En campo la persona real venia,
El baston general de mar y tierra
A cuenta anduvo siempre de la mia:
Tomé á Lisboa, y quanto dentro encierra
Dí franco á mi española infantería,
Con que la volví rica, y ví triunfante,
Mas por faltarle yo no fué adelante.

En este tiempo con la hermosa Berta,
De Carlo Rey francés querida hermana,
Santo himeneo el Montañés concierta,
En solene aparato y pompa ufana;
Y en la rica ciudad ahora desierta,
Que á Ulises ya fué un tiempo cortesana,
Del grave asiento á las futuras bodas
Las condiciones se firmaron todas.

Despachóse á mi cargo la embaxada
Por gusto real, ó pretension agena,
De quien por dicha el ver la mia colmada,
Era para la suya estorbo y pena:
O fuese que ocasion tan señalada
Con solo mi valor quedaba llena,
Yo al fin con el asiento y real presente
Partí, dexando al Rey por mi teniente.

De parte del exército asturiano,
De sargento mayor hacia el oficio
Basilio de Manuces, un villano
Catalan falso, hecho de artificio:
A quien pudo el dinero dar la mano,
Y subirle del reyno en perjuicio
A la plaza que ocupa, y no merece,
Mas donde él manda todo le obedece.
Era bisnieto del traidor Manuces,
Que con Tarif capituló concierto
De dar á sus esquadras andaluces,
Rendida la ciudad, y su Rey muerto:
Este pues, que por caños y arcaduces
Tan limpios vino al mundo, y salió enxerto,
Hijo de una africana esclava lora,
Con mezcla catalana, y sangre mora;
Luego que el campo y gente victoriosa,
Sin mí quedó en dos bandos dividida,
Y su hambrienta codicia, y la ambiciosa
Sed de mandar no se halló oprimida,
Con maña astuta, y traza cavilosa,
La mas granada gente reducida
A su opinion en riesgo no pequeño,
De la guerra y la paz se alzó por dueño.
Fuese en secreta astucia apoderando
De las fuerzas del reyno, y porque habia
Leales cabezas del contrario bando,
Cuya ambicion las suyas reprimia;
Por dar mas nervio al usurpado bando,
Y entrada á su insolente tiranía,
Dos parientes del Conde de Saldaña
Nuevos cómplices hizo en su maraña.

Estaba el Conde preso injustamente,
Y aun lo está todavía sino es muerto,
Sin que criado, amigo, ni pariente
De su prision alcance el lugar cierto;
La culpa á tanta pena insuficiente,
El rigor grande, el perdonarle incierto,
Agraviada de España la nobleza,
Y el obstinado Rey en su dureza.

Esto en su arbitrio fué ocasion bastante,
Y el fingirse falaz protector della,
De hacer mal quisto al Rey, y su arrogante
Animo, con mas fuerte y firme estrella;
Creció en hinchado aplauso en lo restante,
Y al fin por esta senda sin perdella,
Un sin principio pudo, mal nacido,
Privar del reyno al Rey inadvertido.

Libróse en nueva astucia y presta huida
De las traidoras armas del tirano,
Que para asegurar la infame vida,
Contra su Rey tomaba ya en la mano:
El nuevo asombro de la real caida
A la Corte llegó de Carlo Mano
Conmigo, en que se vió ser mi persona
La leal cabeza de su real corona.

La triste nueva el mundo alborotado
Dexó, y de mi embaxada el grave asiento
Sin fuerza, que en no haberla el cielo dado,
Frustrado vino y sin sazon su intento;
Hallóse el reyno y Rey necesitado,
El imperio temiendo un fin violento,
De árabes lleno, y bárbaros jayanes,
Y ausentes sus invictos capitanes.

Bien que en medio el aprieto en que Agra-
A Francia tuvo en la ocasion presente, [mante
Su ínclito Emperador campo bastante
Al Rey envió de su francesa gente;
Y por ausencia del señor de Anglante,
A quien vió á la sazon el rubio Oriente
De amores preso de su Reyna bella,
A Gayferos nombró general della.

Con valiente esquadron de pechos briosos
De Carlo Magno el generoso yerno,
De París los alcázares famosos
Soberbio dexa, y vuelve á mirar tierno:
Llevando de su esposa los hermosos
Ojos por norte y luz de su gobierno,
Que el niño amor por las recientes bodas
Quiso á una gloria aventurarlas todas.

No se atrevió á quedar la bella Infanta
En las mudables manos de la ausencia,
Que es amor con la soga á la garganta,
Y hacer sin fruto y premio penitencia:
Es niño amor, qualquier cosa le espanta,
Y en gustos dilatados no hay paciencia:
Tierno Gayferos, Melisendra bella,
La guerra larga, no quiso ir sin ella.

Dexó del rio Siene los cristales,
Y la costa Aquitania al diestro lado,
De Orliens los muros, y altos pantanales
De Bourges, y el rio Erve medio helado:
Y tocando en Limoxes sus breñales
Pasa, y llega á Garona, en que alojado
Sobre una fértil vega hizo alarde
De su aparato bélico una tarde.

De doce veces mil fué la reseña,
Gente en cursadas guerras escogida,
Bien que á la que fortuna es zahareña,
No importa mas despierta que dormida:
Una mañana quando el alba enseña
De aljofar su guirnalda guarnecida,
De aquel aljofar que al romper la aurora
Su luz primera, el cielo en flores dora,

El Rey de Argel, el fiero Rodamonte,
Con una esquadra de enemiga gente,
Saliendo de una selva, entrando á un monte,
Dió sobre el nuevo campo de repente;
Y apenas con la luz del horizonte
La desvelada centinela siente
La mora tropa, quando al arma grita,
Y ella al son de un clarin se precipita.

Hallónos descuidados el asalto,
Y el sagaz enemigo en ordenanza,
La grita, el algazara y sobresalto
Fué la primera y la mayor matanza:
Quien corre á las trincheas, quien de un salto
Caballo cobra sin espada y lanza,
Va sin saber adonde, y de esa suerte,
Por guarecer la vida da en la muerte.

Uno busca las armas, que dormido
Ya le solian servir de cabecera,
Otro por yelmo de su arnés lucido
Del caballo se encaxa la testera:
Quien arrogante, quien despavorido,
Quien con alma cobarde, quien con fiera,
Quien con espada, quien con solo escudo,
Y quien de rabia armado va desnudo.

El astuto enemigo que el desorden
Vió del dormido campo, el suyo aguija,
Y antes que de oro los penachos borden
Los rayos del que al mundo regocija,
Nuestro alboroto atropellando en órden,
Codiciosos del saco y la partija,
Con trápala, alarido y alboroto
Quedó al primer asalto el francés roto.

Rodamonte de Sarza, que en la tierra
De la muerte fué el dardo mas agudo,
Y al cielo de la paz no movió guerra,
Solo porque subir allá no pudo,
Una luciente cimitarra afierra,
Y echando á las espaldas el escudo,
Entró por el exército normando,
Aquí y allí rompiendo y destrozando.

El rostro al uno, al otro la cabeza,
A otro llevó los pies, á otro los brazos,
Hecho dos dexó á otro de una pieza,
Y á otro de tres golpes seis pedazos:
Hiende, mata, rebana, descabeza,
Y sin defensa, estorbos y embarazos,
De aquí, de allí, de aquesta, ó de otra suerte,
No alcanza golpe que no sepa á muerte.

Parecia en el herir vivo trasunto
De Briareo en su batalla brava,
Quando á un tiempo con todo el cielo junto,
Con cien brazos y espadas peleaba:
Desbaratando y rebatiendo á un punto
Su alfange á Marte, á Hércules su clava,
A Palas su gorgon, su flecha á Apolo,
Y el rayo ardiente al Rey del alto polo.

Gayferos que á la bella Melisendra
Abrazado en sosiego y paz dormia,
Al alboroto despertó, y contienda
De la desbaratada infantería;
Salta del lecho, y sale de su tienda
Con sola espada, al tiempo que venia
El africano bárbaro arrogante,
Con mil vencidos pechos por delante.

Deten canalla vil desordenada,
Dice el francés, y de un escudo afierra,
Y con él, con su cólera, y su espada,
Con Rodamonte y su soberbia cierra:
Y apuntando á la gola una estocada,
Aunque por su desgracia el golpe yerra,
Tal fué su furia y su llegar tan presto,
Que le llevó seis pasos descompuesto.

Valióle al yerno del francés caudillo
Coger al Rey de Argel de sobresalto,
Que á tener mas lugar de prevenillo,
Su muerte fuera el descompuesto asalto:
Yo solo que lo ví puedo decillo,
Que fuí á ayudarle en verle de armas falto,
Al tiempo que el jayan de rabia loco
Le era para vengarse el mundo poco.

Lanzando humo y fuego la visera,
Y los dientes quebrando de corage,
Sobre el francés la cimitarra fiera
Hace á dos manos que furiosa baxe:
Fué su reparo el ir á la ligera,
Y un salto que por medio no le raxe,
Que á esperarle fiado en el acero,
Dos Gayferos hiciera del primero.

Al desviarse dél baxó la espada,
Y á un duro risco en inmortal empeño
La mitad della se quedó clavada,
Y bramando de cólera su dueño;
Por junto al firme puño destroncada,
Y viendo el golpe en vano, aquel pequeño
Trozo que de su alfange halló consigo,
Furioso envió á buscar á su enemigo.

El bravo Alcin, y el bello Atenedoro,
Ambos competidores y galanes,
Que por la dama que gozó Medoro
Otro tiempo pasaron mil afanes;
A la sazon que el descompuesto moro
De la espada arrojó los gavilanes,
En favor iban del francés Gayferos,
Matando el uno, el otro haciendo fieros.

Y aunque erró el tiro el moro de arrogante,
A Atenedoro dió que era el postrero,
Que no está todo el riesgo en ir delante,
Ni el peligro mayor en ser primero:
La celada le abrió, que á ser diamante
Lo mismo fuera entonces que de acero,
Poniéndole los sesos por el suelo,
Y á Alcin eternas treguas en su zelo.

Gayferos que vió el golpe, y la herida,
Y que le libró de ambos su destreza,
No huye el riesgo, que salvar la vida
Padeciendo la honra no es grandeza;
Y aunque está la ventaja conocida,
Y armado de los pies á la cabeza
El moro, y él sin armas todavía,
En mas que el hierro está la valentía.

Por la cimera le alcanzó un mandoble,
Que de plumas dexó sembrado el suelo,
Y forzó al fiero Rey que humille y doble
El cuello altivo á su orgulloso zelo;
Que honra herida en sentimiento noble,
No hay cosa que acometa con recelo,
Tras él le da una punta y otra punta,
Por quien tal vez la roxa sangre apunta.

El moro que se halla sin espada,
Y de un hombre sin armas ofendido,
En rabia ardiendo con la vista ayrada,
Parece al cielo vuelto aspid herido;
Y de la peña que dexó cortada,
Un duro risco en alto suspendido
Contra el francés arroja, y arrojara
El monte Tauro que á sus pies hallara.

Bien así el ciego Polifemo bruto,
En descompuesta cólera encendido,
Sintiendo irse por agua el griego astuto,
En su humilde vellon entretexido;
De la puerta del sótano con luto
El gran peñasco asió, y tiró al ruido
Del libre preso ya, y el peso grave
Hiciera en medio el mar hundir la nave.

No fué de riesgo el espantoso tiro,
Aunque se llevó á Fabio por delante,
Fabio infeliz, que natural de Epiro
En Francia subió á noble de farsante;
Y dando el alma el último suspiro,
Confesó que la culpa de arrogante
Mudar le hizo de oficio y pasatiempo,
Y en la guerra morir antes de tiempo.

Mas no dexó su muerte sin venganza
El francés capitan, que al homicida
A dos manos por medio el cuerpo alcanza
De un revés diestro una mortal herida;
Dada en tal ocasion, con tal pujanza,
Que á no estar la escarcela guarnecida
Con redobladas láminas de acero,
Mucho antes le matára que Rugero.

Fué encenderle la cólera al gigante,
Que saliendo de sí de rabias lleno,
Un duro roble asió que vió delante,
Qual seca caña de liviano heno;
Y dél ya hecho un bárbaro montante,
Lleva á dos manos sin templanza y freno
A descompuestos golpes el medroso
Campo huyendo de su herir furioso.

Las calientes entrañas escondidas
Ya por el valle aquel dexa sembradas,
Los destrozos, crueldades y heridas
Sin cuento fueron para ser contadas;
Diferencias de muertes nunca oidas,
Antes puestas por obra que inventadas,
Aquí destroza y hunde, acullá mata,
Y un campo entero asombra y desbarata.

Así tal vez del Alpe se desgaja
Peñasco altivo en ímpetu furioso,
Que á buscar en el centro humilde baxa
A pesar de los árboles reposo;
Y si la encina, el fresno, ó roble ataja
A su caida el vuelo presuroso,
Hasta arrojarse en el profundo valle
Por quanto encuentra rompe, y hace calle.

Tal el jayan en su tropel violento
El roto campo con furor derrama,
No causa mas horror el raudo viento
Quando en las olas del Egéo brama;
Y á escapar solo el marinero atento
A Santelmo en devotos gritos llama,
Que del moro el destrozo y el gemido
Del campo humilde á su furor rendido.

Y mientras el soberbio Rey de Sarza
Tales blasones labra á costa nuestra,
Bravo en ver que el francés huya, y se esparza,
Medroso de los golpes de su diestra;
El valiente Alancredo de Galarza,
Del montañés valor su parte muestra,
Defendiendo la bella Melisenda
De mil moros que acuden á su tienda.

Era el jóven feliz de ánimo vivo,
Briosa portacion, y fuerza brava,
Galan, diestro, cortés, bizarro, altivo,
Que el roxo bozo apenas le apuntaba;
De una bella muger recien cautivo,
Que á la francesa Infanta acompañaba,
Y la formó de intento su ventura,
Mas que el sol bella, y mas que el mármol dura.

Dióle el gusto y el alma por despojos
A las primeras vistas de su gala,
Y ella por una gloria mil enojos,
Que amor es peso que jamas se iguala:
Bien que tal vez con halagüeños ojos
Le acaricia al descuido y le regala,
Que no hay muger tan dura y desabrida
Que del todo aborrezca si es querida.

Tocóle aquella noche ser de guarda
A la real tienda, cielo de su gloria,
Adonde en sueño envuelta la gallarda
Rosia, dél ni de sí tiene memoria:
Mas el que ama de veras nunca aguarda
A si es ó no su voluntad notoria,
Que en quanto hace, habla, piensa, siente,
Siempre se da el amante por presente.

Fué por ser visto el montañés gallardo
Mas puesto á lo galan que á lo seguro,
Bizarra calza de amarillo y pardo,
Grabado, pero ardiendo en oro puro;
Plumas en el sombrero, y por resguardo
De una acerada cofia el temple duro,
Relumbrante rodela, espada y daga,
Y un gran valor que á todo satisfaga.

De verde y plata el fino arnés grabado,
De aljofar y oro los bordados tiros,
Una banda de perlas y encarnado,
Y un collar de diamantes y zafiros;
Un barco entre dos aguas engolfado,
Que las altera un ciego con suspiros,
En la rodela, y este mote abierto,
"Donde está el bien dudoso, el mal es cierto."

No se vió en los cristales de Zefiso,
Ni trastornó las flores del Parnaso
En mas lozano talle su narciso
Siguiendo á un presto corzo en campo raso;
Ni con mas gracia, mas primor ni aviso
Notó Beocia su gallardo paso,
Quando fué de sus selvas el tesoro
Con arco de marfil y flechas de oro:

Que el brioso Alancredo con su gente
A hacer la ronda fué, y guarda á su dama,
Donde los arreboles del oriente
Le saludaron con su nueva llama;
Y el mauritano campo de repente,
Con la ocasion de un gran renombre y fama,
Dándole amor aliento, el honor brio,
Y su espada de sangre mora un rio.

El rubio orion, que con su alfange de oro
El mundo alumbra, parecia á la puerta
De la real tienda, quando el cauto moro
La asaltó en sueño sepultada y muerta;
Y el de su nuevo amor viendo el tesoro
Al riesgo puesto de una suerte incierta,
Y que aun los bravos huyen, sale ciego
De honra y amor de dos haciendo un fuego.

"Teneos, dice, cobardes, ¿dónde os lleva
El deseo infame de vivir sin honra,
Que antes de hacer de los contrarios prueba,
De su temor haceis vuestra deshonra?
Tened, parad, volved, haced que os deba
Mi espada el verla un rato como os honra,
Y deste orgullo os da, que ahora os espanta,
A costa suya una venganza santa.

Si tanto miedo os pone el de la muerte,
¿En qual parte del mundo no se halla?
¿Donde ó cómo podrá la humana suerte
Dexar por mas que huya de alcanzalla?
¿Adónde al flaco campo huís del fuerte,
Cobarde, vil y mísera canalla?
¿A qué castillo, á qué ciudad, qué muros,
Si con trincheas aquí no estais seguros?"

Dixo, y en tanto que él con sus razones,
Y los sangrientos filos de su espada,
Venció algunos honrados corazones,
Y mató alguna gente desmandada:
Una esquadra de alarbes Nasamones,
Gente en las sirtes líbicas criada,
La tienda real entró, prendiendo en ella
A Melisendra ilustre, y Rosia bella.

El montañés que mira su esperanza
Mudada en posesion de un torpe moro,
Y que en qualquiera punto de tardanza
A mortal riesgo queda su tesoro:
Furioso en medio el esquadron se lanza,
A rescatar con sangre y no con oro
La vida de su alma que es amante,
Y está á verle morir su amor delante.

Hiere de tajo, de revés y punta,
Y á voces, golpes, gritos y heridas,
De amor la furia á la de Marte junta,
Rinde, espanta, acobarda, y quita vidas;
Y al que la suya vió llevar difunta,
Con manos sin temor descomedidas,
Los ojos con que osó verla agraviada,
Ambos se los cosió de una estocada.

A otro el brazo cortó, dexando asida
La mano al velo de oro y halagüeño,
Por donde la prendió medio dormida,
Y le quitó la libertad y el sueño;
Y ya en ella y su honor restituida,
"Toma, dice, señora, este pequeño
Servicio, del que indigno de tal palma
No se atreve tambien á darte el alma."

Ella en alegres ojos y alma ardiente,
Con un tierno suspiro vergonzoso
El riesgo le pagó y favor presente,
Que á mas que esto un mirar es poderoso;
A la sazon que un bárbaro inclemente
Al francés lecho perturbó el reposo,
Por saquear la bella Melisenda,
Y el rico mueble á su asaltada tienda.

Pone punto al amor, y á la honra acude
Suya en un trance tal, y de la Infanta,
Y sin que el jayan fiero el paso mude,
La cabeza le dexa sin garganta:
Haciendo en esto que la Reyna dude,
Si el bulto muerto mas que el vivo espanta
El lecho, antes de gusto, ya cubierto
De roxa sangre, y un contrario muerto.

Los demas que en la tienda al robo atentos
Por interés sin honra habian entrado,
Asombrados de golpes tan violentos
Por la vida renuncian lo robado;
Y al victorioso amante entre lamentos
De francesas beldades rodeado,
Que asidas todas dél, pensó cada una
Guarecer en la suya su fortuna.

La tienda reforzó qual mejor pudo,
Y al paso se hizo una invencible roca,
Donde un ciego monton de pueblo rudo
Confuso arremetió con furia loca;
Por capitan un Zahará membrudo,
Nacido del rio Cénega en la boca,
Que al filo de una corva cimitarra,
A un hombre dentro de su arnés desgarra.

Acertóle uno al montañés valiente,
Y no bastando á todo la rodela,
Parte aunque poca le alcanzó en la frente,
Que le sirvió á su cólera de espuela:
Tras él la chusma de la negra gente,
En confuso esquadron y estrecha muela,
Por todas partes le acomete y pica,
Y en sangre agena y propia le salpica.

Uno le arroja un dardo, otro una flecha,
Otro el venablo que á sus pies enclava,
Este con él se afirma, aquel le flecha,
Este hiere de alfange, aquel de clava:
Parecia nube y tempestad deshecha,
Que instrumentos de guerra granizaba,
Cruzando por el ayre hechos cometas,
Chuzos, lanzas, gorguces y saetas.

Y él como áspera roca á todos vientos,
En medio el turbulento mar sentada,
Que de los alterados elementos
Es por mil partes juntas contrastada;
La mar carcome, y bate los cimientos,
De rayos, ayres, y ondas asaltada,
Y ella firme en sus ásperos baxíos
De léjos pone espanto á los navíos.

Andaba por mil partes mal herido,
Aunque de todas á su honor vengado,
Que no hay en su esgrimir golpe perdido,
Ni en su reputacion tiempo olvidado;
Mas ya de tanto bárbaro ofendido,
Y de ayuda y socorro desahuciado,
La rodela arrojó, y asió la espada,
Que ha de dexar su cólera vengada.

Y al feroz capitan en brio lozano,
Al pasar de dos brazos quitó el uno,
A otro dexó en un pié y sin una mano,
Y á otro cortadas ambas sin ninguno:
A este hiere de corte, á aquel de llano,
Y este y el otro ensarta de uno en uno,
Hiende, parte, rebana, descabeza,
Y quando al parecer acaba, empieza.

La bella Rosia que en sangriento dia
Su caro español ve pisar la tierra,
Y la pena del riesgo en que le via
Al rostro saca lo que el pecho encierra:
Deseosa de tenerle compañia,
Y con vista de paz templar su guerra,
Sin ocasion salió, que la sacaba
Cloto, y el filo ya á su estambre daba.

Eran escarches de oro sus cabellos,
De un cielo de marfil ricas techumbres,
Que en tiernas rosas y jazmines bellos
De su garganta dan doradas lumbres:
Los ojos de azabache, y dentro dellos
De placenteras niñas dos vislumbres,
Que al sol retozan, que en coral hacia
La rica concha de quien nace el dia.

Salió á ver el exército enemigo,
Y así le dice á su español brioso:
"Tu brazo el cielo esfuerce, ó caro amigo,
Y de riesgo te saque tan dudoso:
Animo amor, que moriré contigo,
¡O Anercio triste, agüero prodigioso,
Fortuna cruel, que á la primera suerte,
Quieres que sea el favor azar de muerte!"

Aun mas queria decir, quando de lleno
La voz le atajó un dardo, que venia
Deseoso de llegar al blanco seno,
Donde su cielo la beldad tenia:
Cayó qual tierna flor en valle ameno,
Al tiempo que su amante revolvia
A darle el alma y vida por despojos,
Y cobrarla él de nuevo de sus ojos.

¡O tragedias de amor, glorias de viento
Las que el tiempo nos muestra en sus mudan-
¡Vienen en sombra, sombras de contento, [zas!
Tesoros de engañadas confianzas!
¡Con qué facilidad mudan asiento
Las mas bien asentadas esperanzas!
"¡O mi gloria, acabada ya, y perdida!"
Dixo Alancredo al golpe de su vida.

Quiso ir á recibir entre sus brazos
El desmayado cuerpo de su dama,
Y los primeros y últimos abrazos
Con que sin tiempo le convida y llama;
"Mas no merezco, dice, tales lazos,
Ni que de mí en el mundo quede fama,
Si antes no le quitare con la vida
La gloria de tu muerte al homicida."

Así dixo, y qual Hércules furioso,
Con el incauto don de Deyanira,
Rompe, quiebra, destroza, y presuroso
Los altares trastorna ardiendo en ira;
Hasta llegar al mensagero odioso
Que el presente le dió, y temblando mira,
Y en él á su furor ciego entregado,
A no poder ya mas muere vengado;

Así de Rosia el sin ventura amante
Furioso entró en el esquadron texido,
Rompiendo quanto encuentra por delante,
Hasta el cobarde moro mal nacido;
Que con medroso y tímido semblante,
Del tiro y daño hecho arrepentido,
Las espaldas volvió, mas no se fuera,
Aunque por padre á Dédalo tuviera.

Por el crespo cabello, áspero y duro,
Bramando le ase, y dél rastrando tira,
Y haciendo que le den paso seguro,
Seguro va á pesar de quien le mira,
Adonde yace entre un confuso muro
De armas un rostro bello, en quien espira
Del mundo la beldad, de honor lo justo,
De amor lo fino, y de su amante el gusto.

Llega, y haciendo campo con la espada,
El delinqüente preso le presenta,
Y así le dice con la voz turbada:
"Remate triste de mi alegre cuenta,
Suspende por un rato la jornada,
En tanto que esta víctima sangrienta
En tu altar sacrifico, y yo tras esto
A seguirte y morir por tí me apresto;

Que no es bien que la pena de perderte
Pueda menos en mí que un enemigo,
Y que la aprehension del bien de verte
No me lleve tras tí á verme contigo:
Mi corta vida se acabó en tu muerte,
Y así es muy fácil de acabar conmigo;
Sigo tus pasos, que á quien vive en pena,
La muerte mas penosa le despena.

Ya la vida me sobra, y el suave
Deleyte del morir siento en el pecho,
Gloria y gusto que no se alcanza y sabe
Sino es al punto deste paso estrecho:
Que el cielo á este secreto echó la llave
Porque el mundo quedase de provecho,
Que á saberse lo dulce de la muerte,
Fuera el largo vivir adversa suerte."
Así dixo, y al moro que fué causa
De la triste tragedia clavó al punto
La daga al corazon, con que hizo pausa
Su miedo, y se extendió el cuerpo difunto;
Y tomando en sus brazos quien le causa
Tormento, vida y muerte todo junto,
Los ya turbados ojos un instante
Para mayor dolor puso en su amante.
Y con la débil voz enflaquecida,
Como aceptando el sacrificio hecho:
"¡Ay, dice, honesto amor, prenda querida,
Quan tarde conocí tu honrado pecho!
¡Ingrata, que te vine á dar la vida,
A tiempo que ya no era de provecho!
Siendo para morir con pena eterna,
Dura en la vida, y en la muerte tierna.
Mas si una alma es de estima en quien mudan-
No habrá ya para siempre, en ella viva..." [za
Fué á decir tu memoria, y no le alcanza
La última parte que quedaba viva:
Cayó muerta, y con ella la esperanza
Del triste amante, que con ansia esquiva
Del presente dolor, y la perdida
Sangre, tambien allí quedó sin vida.

En tanto el francés campo, á la potencia
Del fiero Rey de Argel, cayó delante,
Sin caudillo que hiciese resistencia
Al furor de su exército arrogante;
Que á unos el miedo, á otros la imprudencia,
Para darlos rendidos fué bastante,
El moro con soberbia vanagloria,
Del despojo gozando, y la victoria.

Yo en tanta confusion del ya vencido
Campo francés las sobras derramadas
Qual pude recogí, aunque mal herido,
En esquadron y mangas concertadas;
Gente visoña, pueblo mal regido,
Que los de pundonor y armas honradas,
Por varios trances, en diversos modos,
Sin dar un paso atrás murieron todos.

Quatro mil desta gente alborotada,
Al ronco son del repentino asalto,
A defender su honor mal enseñada,
En mi real estandarte hicieron alto:
Melisendra á Sansueña fué llevada,
Su esposo, de armas y de sangre falto,
Quedó donde un soldado fugitivo
Por muerto entre los muertos le halló vivo.

Con estas sobras de vencida gente
Al socorro pasé del Rey ingrato,
Que en Samos, en custodia suficiente,
Sin magestad vivia ni aparato;
Qual ya otra vez huyendo la insolente
Tiranía se libró de Mauregato,
Que de aquel santo claustro la guarida
Dos veces le dió el reyno, y dos la vida.

Rehice allí sus fuerzas con la mia,
Y el bastante presidio reforzado,
La vuelta de Leon tomé otro dia,
Injusta Corte del tirano alzado;
Por si abria puerta, ó encontraba guia
De reduccion al pueblo rebelado,
Y con deseos tambien de ver mi esposa,
Del cielo de mis gustos alba hermosa.

Filarco, un noble caballero godo,
Caudillo fiel de aquellas dos banderas,
Que en Mondoñedo contra un campo todo
De unas hojas se armaron de higueras;
A cuya sombra se peleó de modo,
Que cobraron cien bellas prisioneras,
Y á España dieron libre del pedido,
Y á Figueroa blasones y apellido:

Deste fué hija Arlinda, por quien vivo
Alegre al rayo de sus ojos bellos,
Desde el dia que amor blando y esquivo
Para mi bien labró su alcazar dellos:
Vílos en mi niñez, fuí su cautivo,
Y todo el cielo de mi gloria el vellos,
Hasta que en dia feliz, y hora dichosa,
Rey de mis gustos fuí, y ella mi esposa.

Trazóse el nudo de mi honrado intento
Para la vuelta y fin de la jornada
Del viage de Lutos, y este asiento
La ocasion suspendió de mi embaxada:
Llevado pues de mi amoroso aliento,
Y la real pretension justificada,
Por si en los tratos descubriese modo,
Que al Rey pueda importar y al reyno todo.

Llegué á la Corte en hábito encubierto,
El riesgo huyendo del tirano brio,
Solo al infiel Garilo descubierto,
Un hombre hecho de solo el favor mio;
Sagaz, traidor, doblado, astuto, incierto,
Con mas mudanzas que el raudal de un rio,
Y con un medio tan de azares lleno,
Ventura fué salir suceso bueno.

Peligro es levantar á honras mayores
Sin gran virtud humildes nacimientos,
Solia decir este ayo de traidores
En favor de sus falsos pensamientos:
Que los niños se engañan con amores,
Y los hombres con falsos juramentos;
Y que en su mejor ley el mundo quiere,
Que aquel tenga mas del que mas pudiere.

Entré escondido, y en su humilde techo
Con fingido recato recibido,
Lo mas guardado le mostré del pecho,
Y el fin honrado tras que habia venido;
Y habiéndole del alma alcayde hecho,
Dél, y la obscura noche guarecido,
A mi Arlinda fuí á ver, yendo conmigo
El alevoso en hábito de amigo.

Hallé la ilustre casa alborotada,
Y mas se alborotó con mi venida,
Por nueva desventura no pensada,
De loca ocasion bárbara nacida;
El sin lealtad tirano en mano armada,
Insolente furor y alma atrevida,
Enamorado de mi esposa bella,
Casarse á su pesar queria con ella.

Habia intentado el caso por mil modos,
Ruegos, lisonjas, fieros, amenazas,
Y habiéndole salido en vano todos,
A las armas se fué, y dexó las trazas;
Y un esquadron de cien bastardos godos,
De aleve sangre y de mestizas razas,
Envió, que por fuerza ó ruegos rinda
Del padre el gusto, y de su hija Arlinda.

Vime de un nuevo enxambre de cuidados
Cercada la confusa fantasía,
Los puertos todos del favor tomados,
Y la salud sin esperanza y guía:
Mas el aprieto y casos ponderados,
El breve tiempo, la venida mia,
La fuerza del tirano, el mando injusto,
Y el peligro comun de honor y gusto;

Todo alumbró el confuso entendimiento,
Y una quimera fabricó no vista,
Que puede mucho un noble pensamiento,
Y es la necesidad grande tracista:
O fué desesperado arrojamiento,
O sentencia que el cielo dió en revista
Contra el tirano infiel, cuya insolencia
En nada halla y tiene resistencia.

Yo fuí de parecer que libremente
Al Rey se entregue mi querida esposa,
Corriendo un velo de alegria aparente
Al triste ceño y cara vergonzosa;
Pues pretenderla resistir sin gente,
Volverla afrenta fuera mas vistosa,
Y donde la insolencia y fuerza daña,
A veces suele aprovechar la maña.

Fué ya opinion del ofendido viejo,
De Hércules Libio ilustre descendiente,
Que donde no alcanzare el gran pellejo
Del fuerte leon, se añada el de serpiente:
Que las fuerzas se ayudan del consejo,
Y el animoso aprenda á ser prudente,
Que donde á ganar nada se aventura,
Perderse no es valor sino locura.

Esto dispuse, y no perder su lado,
Que es el riesgo de honor grave herida,
Y en hábito de dueña disfrazado,
Para la muerte encaminé mi vida:
De un secreto puñal el brazo armado,
Que de uno de los dos fuese homicida,
Del tirano, ó si acaso errase el hecho,
Se entrase de temor dentro en mi pecho.

Convino el grave acuerdo efectuarse
A la priesa mayor que el tiempo daba,
Sin ver el daño que era no guardarse
Del traidor que alli en vez de amigo estaba:
O! ¡cómo debe un cuerdo recatarse,
Si al mejor tiempo la lealtad se acaba!
Y la sin premio envidia muchas veces,
Para matar con una hace dos teces.

Arlinda con la guarda del tirano,
Y con la mia dexó su honrada casa,
Y al palacio guió, en que el Rey en vano
Contando el tiempo los minutos pasa,
Trazando el gusto de entregarse en vano
En la alta posesion de un bien sin tasa,
Que un gran deseo sueña montes de oro,
Que suelen ser al despertar de lloro.

El sin lealtad Garilo de otra parte,
Sin mayor premio que mostrarse ingrato,
A riesgo de ambos trata de dar parte
Al falso Rey de mi encubierto trato;
Y á toda priesa y diligencia parte
A decir con el suyo mi recato,
En el de un memorial, que contenia,
Tras su infame traicion la lealtad mia.

Ya la quadra real se habia cerrado,
Y el Rey con las cortinas en su lecho,
Al lado suyo Arlinda, yo á su alado,
Bañando ambos en lágrimas el pecho;
Y él con el tierno suyo enamorado,
Procurando ablandarla sin provecho,
Quando sonó en la guarda de improviso,
Que al Rey le traen un importante aviso.

Garilo al Rey gallego es quien lo envia,
Y á quien la honra y vida importa el caso..."
Así su dulce historia proseguia
El noble Godo, quando el sábio Eraso,
Su nuevo alcayde, sienten que venia,
Y él por oirlos entretuvo el paso,
Y Teudonio el aviso de Garilo,
Y yo tambien, pues se ha quebrado el hilo.

Que el rumor de la guerra es ya de modo,
Que el ayre en ciega confusion envuelve,
Y en la francesa furia y valor godo
Rayos Marte del roxo alfange vuelve:
Trae revuelto Morgana el mundo todo,
Sola ella es quien su cólera revuelve,
Y la ira mugeril quando se ensaña,
Entre las iras es la de mas saña.

Y aunque en el lago blanco retirada,
Vergonzosa quedó aquel triste dia,
Que Orlando pudo con la nueva espada
El jardin destrozar en que vivia;
Ni dél, ni de su injuria está olvidada,
Que en tristes ansias la alimenta y cria
Dentro el alma, buscando de contino
Para vengar su deshonor camino.

El grave ultraje á su guedexa de oro,
Con libre y atrevida mano hecho,
Y en la encantada sala del tesoro,
Ya el precioso carbunco sin provecho,
Los Reyes libres, y olvidado el Moro,
Ardiente fragua á su lascivo pecho,
Trocado todo en gustos de venganza,
Que son los que en muger no hacen mudanza.

La ciega noche atenta contemplando
Del pardo cielo aspectos y señales,
Fué en puntos de efemérides sacando
De los pasados los futuros males:
Saturno al sol en diámetro mirando,
Marte con un quadrado aspecto, iguales
Desde Cancro á Saturno, y al sol mira;
El ayre altera, el mundo enciende en ira.

Y en estos astronómicos secretos
La mudanza de un reyno vió escondida,
Y en sus soberbias gentes mil efetos
A su salud contrarios, y á su vida:
Cerró el libro, y con cercos mas perfetos
A un apremiado espíritu homicida
La cuenta pide, y que la dé si sabe
Adonde el cielo agüera un mal tan grave.

A la honda boca de una obscura cueva
Desceñida la halló el siguiente dia,
Y en medio sus conjuros la luz nueva
El alma la asombró que la seguía;
Huyó á su centro, y ella con la nueva
De deseada venganza y alegría
La vuelta daba, quando dió con ella
La bella Alcina, en su carroza bella.

Son del mago colegio estas dos Hadas
Las que mas se conforman en los gustos,
Y así ahora de su antiguo amor llevadas
Al cuello hacen los lazos mas robustos;
Y en la carroza de marfil sentadas,
Olvidados de Francia los disgustos,
En tierno labio y pláticas sabrosas
Cuenta se dan y piden de sus cosas.

Llegan al real palacio de Morgana
Quando ya el sol de lleno le embestia,
Y entre el rocío del campo y la mañana
En lumbres de oro y de cristal se ardia,
Donde el diestro pincel con mano ufana
Bellos dibuxos á la vista envia,
Sonando el pueblo dentro, antes dormido,
De las puertas de bronce al gran ruido.

Cercada de sirvientes la carroza,
De bellas ninfas, y bizarros pages,
Que en fresca juventud, y sangre moza,
Salarios gozan de la Hada y gages,
Pasan la altiva puerta, en quien retoza
La vista por bellísimos follages,
De ricas piedras bárbaro tesoro,
En finos jaspes con perfiles de oro.

Entran al primer patio en forma ovada,
De altas colunas de alabastro hecho,
Donde en arcos de bóveda sentada
La cimbria sube, y vuela el antepecho:
De allí, en dos nuevos cuerpos levantada,
La máquina se encumbra al postrer techo,
Que en varias acrotérias se remata,
De enlazados estucos de oro y plata.

Aquí al gran peso de un cristal de roca,
Al frio rigor del polo congelado,
Una clara inmortal fuente provoca
A sed el apetito mas templado:
Cien faunos lanzan agua por la boca
En harmonía y son diferenciado,
Y en otras tantas urnas cien hermosas
Ninfas las ondas cogen deleytosas.

Estas sufren en peso otra ancha taza,
Sobre quien una y otra y otra crece,
De tantos caños, y tan varia traza,
Que el sutil artificio desvanece;
Y así en nuevos primores los engaza
Los unos por los otros, que parece
Que es toda junta, en su primor distinto,
De agua y cristal un bello laberinto.

El patio, á toda cuenta y primor hecho,
De encaxes bellos de bruñidas losas,
Y por los corredores, trecho á trecho,
De valiente pincel prendas vistosas:
De plata los balaustres y antepecho,
De jaspes escaleras anchurosas,
Cuyas pomposas puertas y ventanas
Dan de ébano y marfil sombras galanas.

De relevado estuco y artesones
Las bóvedas bellísimas, con quantas
Piedras de ingrato amor, transformaciones
De bellas ninfas, y torcidas plantas
Da la parlera Grecia en sus ficciones,
Y en sus verdades las historias santas,
Cuyo diestro pincel abre en la vista
De gusto al alma un nuevo coronista.
De quadros de primor ricos encaxes
Coronan la imperial tapicería,
Con faunos, fuentes, riscos y follages,
Dianas, Venus, cazas, montería:
Una Flora entre rosas y celages,
Un muerto Adonis, una Procris fria,
Aquí un Faeton cayendo, acullá un Midas,
En oro las arenas convertidas.
Pasaron las dos Hadas á sentarse
En persianos tapetes de brocado,
En una sala, que á dexar mirarse
Su techo de oro y pedrería grabado,
Pudiera de pobreza avergonzarse
Neron con su palacio celebrado,
Aunque fué el desconcierto sin segundo,
Que el oro embebió en sí de todo el mundo.
Exhalando perfumes y vapores
De aromas finas, pebeteros de oro,
Con lo mejor de Arabia, y sus olores
Fiesta á la diosa hacen del tesoro;
Y de cítaras, liras y cantores,
Viguelas y harpas, un tropel sonoro,
En conforme y suavísima harmonía,
Le añaden gala á la en que nace el dia.

En gozar della, y ver la hermosura
Del fértil campo en bellos miradores,
De la aurora pasaron la frescura,
Y del sol los primeros resplandores:
Mientras el maestresala, que procura
Las mesas adornar y aparadores,
Con vasos de oro, en pompa ufana y larga,
De rica y nueva magestad los carga.

En la sala de Apolo la real fiesta
Por mas ostentacion hizo aquel dia,
Dicha así, de una imágen suya puesta
En un rico Parnaso que allí habia,
Con soberbios collados y floresta,
De árboles de oro y varia pedrería,
Aves de alegres plumas y colores,
Y ricas perlas en lugar de flores.

Víase Dafne en medio, convertida
En un fresco laurel; víase á su lado
El dios de amor, la venda desceñida,
Riendo el triunfo, al arco recostado:
Llorando Apolo, Dafne arrepentida,
El mundo triste, y el cruel vengado,
Y entre las arboledas de Peneo
Tañendo á veces y cantando Orfeo.

Es de la altiva sala la techumbre
Un repartido cielo en mil estrellas,
Que del sol de un carbunco enciende lumbre
La plateada luna á un tiempo, y ellas;
A quien sigue la excelsa pesadumbre
De clavos de cristal y ruedas bellas,
Con su cerco vital, cuyo tesoro
La esfera parte en varios climas de oro.

Los apartados polos, donde el yelo
El blanco nacar da á las ondas frias,
Las templadas regiones, y aquel suelo
Donde tú, Apolo, soplo ardiente envias;
El oriente abrasador del cielo,
Término de las noches y los dias,
Profunda sima, y anchurosa cava,
Adonde el mundo sin morir se acaba.

El abrasado igual meridiano,
De luz sembrado y puntas de oro fino,
Cuya dorada y no torcida mano
Fiel lumbre al mundo llueve de contino;
Los trópicos de invierno y de verano,
Del sol cerrada cárcel y camino,
Uno de nieve y tempestad cubierto,
Y en siempre nuevas flores otro abierto.

La linea de igualdad, cuyas vertientes
Los montes miran sin ninguna altura,
Que unas tiznadas y desnudas gentes
Cultivan en eterna calentura:
Los coluros que ciñen ambas frentes
A los dos nortes, y con luz segura,
El estrellado cerco que los guia
Adonde vive sin morirse el dia.

Hay un camino de oro que divide
Del círculo vital la anchura ardiente,
Por quien el rubio sol que el cielo mide
Ya con luto se ha visto entre la gente;
Y la encantada luna, que preside
Al floxo sueño en su mayor creciente,
Se vió alegre salir con sus estrellas,
Y faltarle la luz en medio dellas.

Relumbra aquí el dorado vellocino
Que un tiempo á Colcos hizo ser famosa,
Y el toro que con cuernos de oro fino
Nadando el mar pasó una ninfa hermosa:
Dos niños, uno humano, otro divino,
El cancro y su figura portentosa,
El leon con la cerviz de oro estrellada,
Y la virgen de espigas coronada.

El peso ajustador de nuestras horas,
El escorpion de su veneno armado,
El que con arco y flechas voladoras
De tierna nieve dexa el campo helado:
El frio capricornio, que en sonoras
Borrascas da el sereno mar turbado,
El copero que á Júpiter infama
Con los dos peces de argentada escama.

Las frias nietas del nevado Atlante,
El dorado orion armado y fiero,
Que al triste y solitario caminante
De guia á veces sirve y compañero:
El carro de oro en ruedas de diamante,
Las dos osas, las guardas, y el lucero,
Y el fixo norte que á sus pies relumbra,
Que es quien las horas de la noche alumbra.

O sea pincel sutil, ó mago aliento,
Fuerza de ingenio, yerbas, ó conjuro,
No hay en el cielo esfera, movimiento,
Signo, estrella, planeta, ni conjuro,
Aspecto, casa, conjuncion, aumento,
Oriente claro, ni poniente obscuro,
Que por esta ancha sala, y su discurso,
No haga en su natural periodo curso.

El año, la semana, el mes, y el dia,
Creciendo en su volar, y descreciendo,
La clara luz á la tiniebla fria,
Con bellos rayos de oro hace ir huyendo:
De la flor tierna que el verano envia,
Dulce fruto el otoño está vertiendo,
Por sustento al invierno y al estío,
Este rico en calor, el otro en frio.

Sin lo que hermoso aquí la vista goza,
Que es del mundo la máquina abreviada,
La alegre esquadra de aves que retoza,
Toda la vuelve en suavidad bañada:
Canta, gorgea, despierta, y alboroza
A Orfeo, que ayude, si á Morgana agrada;
Mas si ella con su gusto no lo entabla,
Todo ello es oro muerto que no habla.

Sirve esta alegre pieza de intervalo,
Y antecámara de otra mas secreta,
Donde su estudio tiene y su regalo
De libros en quietud y paz perfeta:
Yo en su dulce memoria me regalo,
Que á un pacífico gusto y vida quieta
En sábia juventud nada la iguala,
Y mas con tal estudio, y con tal sala.

Aquí las reales mesas coronadas
De costosas baxillas de oro fino,
Con preciosos manjares ocupadas,
Vestidas dió aquel dia el blanco lino;
Donde en comida espléndida á las Hadas
Las tazas colman de espumante vino,
Y en graves salvas sirven y aparato
La real ostentacion de cada plato.

ALEGORÍA.

De tal manera se puso el blanco y último fin desta obra en la moralidad y enseñanza de costumbres, que lo que en otra parece accidental y accesorio, puede confesarse en esta por principal intento; y así en ninguna parte va tan obscura, que no descubra y dé algunas centellas y resplandores de sí, mostrando debaxo de la dulzura del velo fabuloso, la doctrina y avisos convenientes á la virtud; de modo que si aquí por evitar prolixidad no se descubre toda la alegoría, podrá con este estilo sacarla quien con atencion la leyere.

En las prosperidades de Francia, tan vecinas á su caida, se descubre la poca estabilidad de los bienes temporales, y como entonces tiene el prudente mas que temer, quando en mayor grandeza se halla, porque ni á la virtud le faltó emulacion, ni á la envidia modos para dañar.

Las Hadas significan los efectos y pasiones del ánimo sensitivo, y así ninguna hay en que no se pinte alguno dellos: Alcina, el apetito amoroso; Morgana, el de la riqueza; Febosilla, el de la fama; Falerina, que labró la espada para matar á Orlando, las astucias de la guerra, á cuyas manos suelen morir los mas invencibles capitanes.

En Teudonio, tan privado en el gobierno del Rey Casto, y luego puesto por el mismo en prision, se muestra lo poco que hay que fiar en favores de Príncipes, que tan dispuestos estan á pasarse de un extremo á otro, porque en quanto hombres, aunque Reyes, son mudables.

En la tragedia de Alancredo y Rosia se muestran quan juntos y engazados andan en los amores los gustos y los disgustos; y en la de Manu-

ces en medio de los suyos, el ordinario fin de un tirano.

En Garilo, que traidoramente quiere vender á su amigo, el gran riesgo que hay en fiar secretos de importancia á hombre de quien no se tenga entera satisfaccion.

En la amistad de Alcina y Morgana se dice, que el apetito de la sensualidad y el de las riquezas, son las dos pasiones que mas unidas estan en el deseo humano, y que hasta en los cursos de los cielos pretende el rico tener dominio.

Fin del libro primero.

LIBRO SEGUNDO.

ARGUMENTO.

Cuenta Alcina á Morgana la causa de su venida, las admirables cosas que vió en la cueva de los Hados: y para darle entera relacion de la persona de Bernardo, que las ha de dar vengadas de Orlando, y los demas paladines; refiere el origen de los Godos en España, de cuyo linage él desciende. Morgana, agradada de la relacion del mancebo, promete darle para adorno de su persona las celebradas armas de Aquiles. Pintase la casa de la fama, y la que hay de la venida del francés. Libra Ferraguto una ninfa de las manos de un sátiro, que se convierte en la fuente del Desengaño, y la ninfa en un lienzo de su labor en profecía le muestra algunos valerosos capitanes de España.

Templó en tanto Gadir su laud dorado,
Y todo en furor bélico encendido,
Por el ayre sutil dexó sembrado
Del suave acento un resonar medido:
De tan varia harmonía acompañado,
Que el alma cautivó por el oido,
Al dulce son que en los sentidos dexan
Los golpes de las cuerdas que se quejan.

Y dando á los bemoles compañia
La dulce voz de su divino canto,
La beldad comenzó á cantar, que el dia
Al mundo saca en su rosado manto:
Las flores que derrama la alegría,
En que á la noche trueca el ciego manto,
Y en invisible y blando movimiento
De negras sombras barre y limpia el viento.

Hurta á la luna el oro de su esfera,
Y á las estrellas su argentado brio,
Entolda de jazmines su litera,
Respira el ayre blando aljofar frio,
Sale el dorado sol, la mar se altera,
Tiembla la luz sobre el cristal sombrío,
Y de su barro al caluroso aliento,
El baxo suelo humea, y arde el viento.

Y ya despues que toda esta hermosura
Al bello rostro acomodó de Alcina,
Y el lisonjero labio su dulzura
Envuelta dió en destreza peregrina:
La antigüedad del largo tiempo obscura
Veloz cantó, y la priesa en que camina
El origen del mundo, y quando el cielo
Feliz principio halló á su inmortal velo.

Cantó de las mudanzas de fortuna
En su inconstante esfera el punto breve,
Cantó al sol sus eclipses, y á la luna
La luz que con dorados cuernos bebe:
Cantó el fatal colegio, y de una en una
Las Hadas celebró su canto leve,
Tocando á vueltas no menuda parte
De heroycos hechos del sangriento Marte.

Y acabada la música y comida
En pomposa grandeza y aparato,
La una magestad á la otra unida
A gozar fueron del jardin un rato:
En cuya alfombra fértil y florida,
Vivo de la beldad dormia el retrato,
Al templar con los árboles y el viento
El tierno ruiseñor su alegre acento.

Habia por él diversos cenadores,
Sobre estanques y arroyos cristalinos,
De estátuas adornados y primores,
Y de diestro pincel quadros divinos:
Allí burlas y juegos de pastores,
Personages de risa y desatinos,
Aquí brutescos, acullá grimazos,
Y de olmos y de parras mil abrazos.

Despues que con jazmines y claveles,
Azules lirios y encarnadas rosas,
Lo mas vistoso hurtando á sus vergeles,
Sus cabezas volvieron mas vistosas:
Al márgen de un arroyo entre laureles,
Sobre alcatifas pérsicas preciosas,
A sombras frescas de una vid lozana,
Así Alcina habló, y oyó Morgana:

"Si ya deseas saber, ó Reyna hermosa,
De mi nueva venida el fundamento,
Que causa hacerme pudo venturosa,
A hurtarle á tu vista este contento;
Negocios graves, ocasion forzosa,
A salir me obligaron de mi asiento,
Aunque el gusto de verte lo hiciera,
Del muerto mundo quando allá estuviera.

Mas hoy este regalo y mi venida
A tu servicio queden, y á mi cuenta,
Que tú en venirte á ver serás servida,
Y yo en verte qual ves rica y contenta:
Un agravio comun nunca se olvida,
Ni á un noble la memoria de su afrenta,
Ni á un amigo, si lo es en lo que digo,
La injuria que le hicieron á su amigo.

Despues que tu jardin fué destrozado
Por la mano de aquel francés furioso
Que ganó á Balisarda, y ha ganado
Contra nuestra nacion nombre famoso;
Nunca de mi memoria se ha borrado
De la afrenta el ultraje vergonzoso
En que su espada nos dexó, y quedamos
Las que de sangre tuya nos preciamos.

Y aunque ninguna goza en tu linage
Derecha accion á la fatal bebida,
De cuyo vaso y su inmortal brebage
El brio desciende á nuestra larga vida,
Que recibido no haya algun ultraje
Desta nacion francesa mal nacida,
Todas sin hacer caso de los suyos,
Como á mas principal lloran los tuyos.

A tí contenta sola, á tí vengada,
Desea en esta ocasion la mas briosa,
Y yo mas como mas interesada,,
Y en yerros contra tí menos piadosa,
Que como rica debes ser honrada,
Y en solo este cuidado cuidadosa,
Ninguna diligencia he perdonado,
Oye lo que con ellas he alcanzado.

Donde el mar Jónio al Ténaro le baña
Los verdes jaspes de su fértil vena,
Y en bosque espeso y hórrida montaña
Sobre las nubes se encarama y suena:
De entrada obscura, y abertura extraña
De negro hollin, herrumbre, y lamas llena,
Una espantosa cueva se descubre,
Que el cielo y mar con humo altera y cubre.

Por esta se camina al ciego mundo,
Y Alcides á esta luz sacó el cerbero,
Quando de las deidades del profundo
Victorioso salió, arrogante y fiero:
Aquí la muerte tiene otro segundo
Caron, que asista y sirva de portero,
A cuyo aliento y cálido bochorno
El vivo huye, el muérto tiembla en torno.

En cierto aspecto de menguante luna
La obscura cueva está en segura entrada,
Hasta donde en los libros de fortuna
La humana cuenta se nos da ajustada:
Por tu ocasion aquí en hora oportuna,
De fantasmas baxé y horror cercada,
A consultar tu caso, y ser testigo
De lo que allí hallé, y aquí te digo.

Despues que por torcidos escalones,
Vacíos de claridad, baxé á los senos
De la tierra, y sus negros artesones,
De hollin tiznados, y de sombras llenos,
Antes del triste término y mojones,
Del reyno de Pluton vi unos serenos
Campos, y allí un castillo, á quien el dia
De la suya una luz dudosa envia.

En la jurisdiccion de los mortales
Este alcazar está, y quien dentro vive;
De aquí el hado, los bienes y los males
A la tierra despacha, y apercibe:
Aquí con altibaxos desiguales
Fortunas labra, y su valor describe;
Y aquí es al fin la casa de moneda,
De quanta el tiempo por el mundo rueda.

Aquí Demogorgon está sentado
En su bancó fatal, cuyo decreto
De las supremas causas es guardado
Por inviolable y celestial preceto:
Las parcas y su estambre delicado,
A cuyo huso el mundo está sujeto,
La fea muerte, y el vivir lucido,
Y el negro lago del obscuro olvido.

Aquí se labra el siglo venidero,
Y las humanas inviolables leyes,
Que ni el tiempo las muda lisonjero,
Ni las quebrantan Príncipes ni Reyes:
Cuelga el último dia del primero,
Y en torpe yunta de alquilados bueyes
Ara la vida el mundo, y nadie advierte
Que es el vivir dar pasos á la muerte.

Aquí en negro dosel sin luz sentadas
Tres diosas hilan las humanas vidas,
Al curso las madexas devanadas
De nueve ruedas de cristal lucidas:
Donde en el huso apenas marañadas,
Las blandas hebras crecen mal torcidas,
Quando de todas tres la mas ligera,
Por lo hilado corre la tixera.

Copos de suertes y colores varias,
Unos blancos sin tez, otros lustrosos,
Unos á quien los Reyes pagan párias,
Y otros que pechan á los mas astrosos:
Quales de tornasol hebras voltarias,
Quales de rica luz hilos preciosos,
Quales de alquimia, y quales de oro fino,
Y en cada qual su hebra y su camino.

El siglo venidero, la mudanza
De Reyes, reynos, casas y dictados,
Lo que el distrito de fortuna alcanza,
Lo que al decreto toca de los hados:
Quanto se pesa con mortal balanza,
Los que vendran, presentes y pasados,
Quanto es, quanto ha de ser, y quanto ha sido,
Aquí se hila, corta, y da texido.

De los tiempos la masa vi abreviada,
Manar al mundo, y revolver sus cosas,
La vida de congoxas asaltada,
La muerte de sus bascas temerosas:
La fortuna dichosa, y desdichada,
Con sus dos caras ambas engañosas,
Volando en sus favores y desdenes
Los males engazados con los bienes.

Y entre estos mundos, al que ya nacia,
Humilde vi la victoriosa Francia,
Que un mancebo y su espada le tenia
Por el suelo sembrada su arrogancia;
Miréla, y admirada en lo que via,
Aquella conocí ser la inconstancia
Del bien humano, que los mas cumplidos
Forzados vienen, y se van corridos.

No me admiré de ver que tanta alteza
En tragedia tan triste se trocase,
Que es cierto que en mortal naturaleza
Todo tiene su fin, y ha de acabarse:
La rueda me admiró con su presteza,
Que apenas dexa de la vista hallarse,
Allí, ¡ó fortuna! quien de tí se fia,
Verá quan firme tiene su alegría.

La espada Balisarda vi presente,
Que un victorioso jóven á tu instancia
En la sangre bañaba de un valiente,
Que asombró el mundo, y dió valor á Francia,
De oro con estas letras en la frente:
"Bernardo, honor de España, aunque en distancia
Brevísima su fama así encogida,
Que apenas al nacer fué conocida."

Qual la dudosa luna amortiguada
En los principios del helado invierno,
Entre negros celages ofuscada,
Falto muestra de luz el rostro tierno;
Y antes de ver el alba deseada,
El oro pierde de uno y otro cuerno,
Haciendo el tibio resplandor difuso,
De mil colores un color confuso.

De tal manera entre una niebla obscura
De Bernardo la fama se quedaba,
Y sin lumbre, sin luz, ni hermosura,
Confusamente aquí y allí volaba:
Cortas las alas, pobre de ventura,
Y aunque el confuso espíritu alentaba,
Faltábale la pluma, y no podia
La obscuridad huir, que la ofendia.

No porque su grandeza no subiese
Adonde hasta hoy nadie ha llegado
Mas un astro infeliz quiso que fuese
Corta de voz, y de valor sobrado:
Faltó quien á sus alas añadiese
Una pluma de estilo moderado,
Y así en lenguages bárbaros metida,
Arrinconada quedará, y perdida.

Hasta que el tiempo que ofuscarla pudo
Hermosa y clara al cielo la levante,
Y de su obscuro y encantado nudo
Un nuevo verso y voz la desencante;
Esto por las molduras de su escudo
Grabado vi, y con letras de diamante,
"A otro de su nombre está guardado,
El romper con la pluma este nublado."

Mas si gustas saber con fundamento
Quién este valeroso jóven sea,
Qué sangre puso en él tan firme aliento,
Qué obligacion honrada le espolea;
Sabrás, hermana, aunque es prolixo el cuento,
Que en su real nacimiento dió una idea
De su furor la quinta esfera al suelo,
Y otra de afable amor el tercer cielo.

En esta rica Escandinavia hermosa,
A quien la antigüedad llamó otro mundo,
Y desde aquí con vuelta deleytosa,
Casi en torno la ciñe el mar profundo:
Madre ilustre de gente belicosa,
De fértil suelo, y de vigor fecundo,
Donde este rico lago halló asiento,
Que hoy da á tu alcazar real firme cimiento:

Tres soberbias provincias y regiones
Pisan su invicto suelo, y la postrera,
Cuyo distrito y bárbaros mojones
Del mar Germano tocan la ribera:
Oficina de indómitas naciones,
De inculta vida fué, y de gente fiera,
Donde los Getas fueron, y los Dacos,
Y el primer Godo aró bosques opacos.
De aquí salieron por diversas vias
De antigua gente en gruesos esquadrones
Valientes hombres, que las tierras frias
Pueblos producen de altos corazones;
Buscando en que habitar partes vacías,
Por venirles ya estrechos sus rincones,
Los Vándalos, los Cimbrios, los Suevos,
Y los Alanos mas que todos nuevos.
Pues entre estas naciones, que su tierra
Dexaron por estrecha, aunque abundosa,
Y á revolver el mundo y darle guerra
En figura salieron temerosa,
Los Godos fueron gente en quien se encierra
Nobleza humana en sangre belicosa,
Y que de los Monarcas mas potentes
Siempre temidos fueron por valientes.
Tras la alta insignia de un leon bermejo,
Que en azules banderas tremolaba,
Y de tres capitanes de un consejo,
Animo altivo, y arrogancia brava,
A ser salieron de grandeza espejo
Al mundo en la region donde él se acaba,
Del cielo á su nobleza prometida,
Y al feliz brio de su valor debida.

No salieron con pechos ambiciosos
A solo hacer alarde de valientes,
Mas con la paz pidiendo, aunque briosos,
En que habitar lugares suficientes:
No guerra, campos piden anchurosos,
Del gran derecho usando de las gentes,
Que el pueblo que en su tierra no cabia,
Que se llegue permite á la vacía.

Negó el Imperio la demanda justa,
Y la inquietud parió desasosiego,
Que es hacer guerra justa de la injusta,
Negar lo justo de un humilde ruego:
Y dando á la razon fuerza robusta,
Su despreciado campo á sangre y fuego
De Italia destruyó una larga parte,
Y en el rio Tiber la ciudad de Marte,

Y á tal colmo subió el de su potencia,
Que hacia y deshacia Emperadores,
Hasta que en útil premio y convenencia
A su Rey y futuros sucesores
Honorio dió en legítima tenencia
La España, á quien los bárbaros furores
De los Suevos, Vándalos, y Alanos,
Al Imperio usurparon de las manos.

Fué el trato que al Rey Godo le quedase
Lo que entre el Pirineo y mar se encierra,
Y que del yugo vándalo sacase
A su corona la usurpada tierra;
Con que su invicto campo reservase
A Italia y Roma de su injusta guerra,
Dando por precio al español estado,
Quanto en el Lácio suelo habian ganado.

Ora sea ó no justificado el hecho
Con que se habian en él introducido,
Su cetro tenia ya el primer derecho
De ocupacion por armas adquirido:
Y así al ceñido imperio útil provecho
La ley fué del contrato establecido,
Y por aquí legítima, y no extraña,
La entrada de los Godos en España.

Murió Alarico hecho el trato en todo,
Si bien no pudo verlo efectuado,
Sucedióle Ataulfo, el primer Godo
Que en España metió campo formado:
Ganó hasta Barcelona, y allí, el modo
De su gobierno próspero asentado,
Por mano le mató de Ernulfo fiero,
Que las suyas por Rey besó primero.

Siguióle el desgraciado Sigerico
En el reyno tambien como en la muerte,
Con mas vana codicia de ser rico,
Que en campo armado belicoso y fuerte:
Dióle el tiempo en gran cuerpo ánimo chico,
Con que se ahogó en él la buena suerte,
Matándole en la paz por mas casera,
La espada que en la guerra no lo hiciera.

Tras este el reyno dieron á Walía,
Porque la siga y haga sin partido,
Salió en armada flota á Berbería,
Que el ayre la venció, y volvió corrido;
Y con él la arrogante valentía
Del gótico poder nunca vencido,
Para hacer firme pié en el reyno instable,
La antes odiosa paz halló agradable.

Sucedió á su real pecho el animoso
De Teodoredo, á quien los adivinos
Triste muerte anunciaron, y él furioso
A buscarla salió por mil caminos;
Contra el soberbio Atila victorioso
De Tolosa en los campos convecinos,
Donde en sangriento innumerable estrago
El Rey bebió entre el vulgo el comun trago.

Bien que su belicoso Turismundo,
Del muerto padre en la áspera venganza,
Contra el azote del vencido mundo,
De firme acero armó su invicta lanza;
Fuera al primer azote ella el segundo,
Si envidia no enfrenara su pujanza,
Quando al bárbaro rayo de la guerra
Las fuerzas le templó, y quitó la tierra.

Tuvo por sucesores dos hermanos
El sin piedad incauto Teodorico,
Que á un humilde Rey vándalo en sus manos
Matar le hizo, y á él su hermano Eurico:
Fratricida cruel, pero de humanos
Respetos, noble, afable, ilustre y rico,
Que á su reyno dió ley y á su corona,
La orla de Zaragoza y de Pamplona,

Compeliendo á bramar al cielo en vano,
En un toro de alambre á Burdeneo,
Alarico entró al reyno, y por su mano
La ambicion lo usurpó de Clodoveo;
A este le sucedió un bastardo hermano,
Y á este el valor, que de Ámalo y Balteo
Las nobles sangres puso en un supuesto,
Y en él un nombre de los dos compuesto.

Matáronle en Narbona, y entró luego
Teudis, en cuyo tiempo el real de Francia
En España sembró sangriento fuego,
Con mayor daño suyo que ganancia:
Matole un brazo loco en furor ciego,
Sucedió de Teudisclo la arrogancia,
Y á esta de Egica la arriana suerte,
Ya ambos tras torpe vida infame muerte.

Atanagildo entró determinado
De echar de España la romana gente,
Siguióle Liuvia, y por acompañado
El cruel Leovigildo, Rey prudente;
Aunque soberbio, y sin piedad airado,
En grandeza y tesoros eminente,
De Recaredo padre, y de su hermano
El mártir Emergildo sevillano.

Fué el singular y noble Recaredo
Del cetro y silla real sucesor dino,
De Francia vencedor, de Roma miedo,
Y de la Fe restaurador divino;
De amada magestad, brioso denuedo,
De tan feliz estrella, y noble sino,
Que del real valor que le acompaña
Eterna sucesion gozará España.

Sucedióle de Liuvia el reyno breve
De esperanzas en flor sembrado en vano,
Que Viterico con espada aleve
Segarlas pudo al cetro toledano:
Dexándolo él con muerte menos leve
A Gundemiro, el que en fervor cristiano
Los templos hizo con piedad sagrados,
Inviolables defensas de culpados.

Tras este el eloqüente Sisebuto
Por dos veces triunfó de los romanos,
Y á los hebreos con público estatuto
Dexar les mandó el reyno, ó ser cristianos:
Entró al suyo de lágrimas y luto,
Niño de tierna edad y años lozanos,
Su hijo Recaredo, y murió luego,
Que aun no lloró á su padre con sosiego.

Heredóle Suintila, y fué el primero
Que el reyno hizo de España monarquía,
Y tras él Sisenando copió el fuero
De la jurispañola policía;
Chintila entró en resplandeciente acero,
Mas que por sucesion por tiranía,
Y Tulga al mundo dió en veloz corrida
Solos deseos de gozar su vida.

Alzóse con el reyno Chindasunto,
Y sucedióle su hijo valeroso
El católico y noble Recisunto,
De ánimo insigne, y corazon piadoso;
Tras quien á Wamba hizo el pueblo junto
En concorde eleccion Rey poderoso,
Y él dando temporal por infinito,
La púrpura trocó en sayal benito.

Dió en sucesion el reyno no estimado
Al Conde Ervigio, Rey ahora intruso
En la real silla, donde no forzado
A Egica su famoso yerno puso;
Por quien Vitiza entró en adverso hado,
De cuyo infeliz tiempo el torpe abuso
A obscurecer llegó y deslucir todos
Los graves hechos de los Reyes Godos.

Fué ayo de perniciosas libertades,
Y el que estragó de la compuesta España
En las nobles virtudes sus beldades,
Tanto un mal Rey con su insolencia daña:
Desnudó de sus muros las ciudades,
A las armas quitó el acero y saña,
Y al mal regido reyno dió permiso
Del sensual deleyte en quanto quiso.

Privólo dél Rodrigo en campo armado,
Que su robusto pecho y brazo fuerte,
En sensuales deleytes estragado,
Su grandeza perdió, y ganó su muerte;
Un antiguo palacio dió encantado
En su alcazar real la infeliz suerte,
A cuyo firme umbral el bronce duro
Mil siglos tuvo en su quietud seguro.

Nadie en la antigüedad fué así atrevido,
Que el acero rompiese á sus candados,
Medroso que el furor allí escondido
Sus desastres tenia encarcelados;
Deste Rey solo al pecho distraido,
La infiel codicia le vendió pintados,
Los bárbaros que á España en triste dia
Un encantado bulto prometia.

Turbóse el Rey al infeliz agüero,
Aunque el lascivo amor mas le turbaba
Con una dama, y su desden severo,
Niña, lozana, altiva, hermosa y brava:
Por ganalla perdió su reyno entero,
El fué el último Godo, ella la Cava,
Su padre Julian, por él España
Bárbara presa de una gente extraña.

En las selvas cayó del rio Leteo
Del sin ventura Rey el cetro y mando,
Quedó perdida España, harto el deseo
En sus destrozos el morisco bando;
Mas ¡qué no puede un vicio torpe y feo,
Y el descuido de un Rey lascivo y blando!
Todo al fin lo abrasó y tragó en su rabia
La torpe secta que nació en Arabia.

Hiciera punto aquí el linage godo,
Su altivo reyno, y el valor de España,
En miserable riesgo puesto todo,
Al tirano furor de gente extraña;
Si un nuevo Rey, por milagroso modo,
Del áspero solar de una montaña
No levantara, el cielo ya cansado
Del fiero azote, y del rigor pasado.

Fué este feliz restaurador Pelayo,
Del despojado Rey noble sobrino,
En quien conservó el cielo vivo un rayo
Del gótico valor, brio peregrino;
Y el triste reyno en su mortal desmayo
Nuevo aliento cobró, nuevo camino,
A la rica esperanza, antes sin vida,
De recobrar la libertad perdida.

Pelayo al reyno dió un brazo animoso
Por sucesor de su ánimo valiente,
A quien la breve vida quitó un oso:
Y el Católico Alfonso entró prudente
A gobernar el cetro valeroso,
Por digno Rey de la española gente,
Y en linage, valor, brio y denuedo,
Inclito sucesor de Recaredo.

Deste fué hijo el áspero Fruela,
Que en corazon cruel y ánimo impuro
Un hermano mató, sin mas cautela
Que deseos de gozar reyno seguro:
Fué de su religion fiel centinela,
De su sagrada fe inviolable muro,
Y al estragado clero, en casto zelo,
La limpia honestidad volvió del cielo.

Fué alegre prenda de una hija hermosa
Del que en Guiena fué Duque contrario
Al potente Martel, que en la alevosa
Francia á Rey le subió el tiempo voltario;
Abuelo del que ahora reyna, y osa
Con sus Duques nombrarse tu adversario,
De cuya real sangre así enemiga
De Carlo Magno y su francesa liga

El Casto Rey nació, que ahora enfrena
Con riendas de oro la invencible España,
Y su hermana menor Dª Ximena,
Que al mundo dió del Conde de Saldaña
La invicta espada de victorias llena,
Cuyas grandezas en prudente saña
Harán los hados sin que el curso muden,
Que ahora espanten, y despues se duden.

Este es el gran Bernardo, á quien el cielo,
Por benignos favores de su estrella,
A su brazo rendido dará el suelo,
Que guia de flor de lis la empresa bella:
Hará vengado á su ofendido abuelo,
Satisfará tu agravio y mi querella,
Y á un golpe que la fama le atribuya,
De Francia la honra y la opinion por suya.

Es al presente un jóven valeroso,
De real disposicion, feroz denuedo,
Noble, fácil, cortés, compuesto, brioso,
De pecho altivo, y corazon sin miedo;
En paz afable, en guerras desdeñoso,
De España al fin, que es quanto decir puedo,
Que un ánimo español de sangre noble,
En quantas goza el mundo es fiesta doble.

En la Corte nació del Rey su tio,
De adonde el sábio Orontes deudo nuestro
Pequeño le robó, y por gusto mio
Ayo le ha sido fiel, guarda, y maestro:
Salió qual se esperaba de su brio,
En todas armas valeroso y diestro,
Cuya temprana espada y brazo fuerte
Su Rey libró de una alevosa muerte.

No se crió en regalos ni en blanduras,
Ni el ocio padre fué de heroycos pechos,
Que del deleyte humilde las dulzuras,
Solo son de almas pobres ricos lechos:
Desde que á las primeras luces puras
Abrió los tiernos ojos, los vió hechos
A soledades y asperezas solas,
Y á oir del sordo mar las roncas olas.

En el crespo Archipiélago copioso
De ásperas islas un preñado monte,
De la jovial Creta al golfo ondoso,
Su cabeza descubre á mi horizonte;
Y entre el Samo y el Mergo pantanoso,
Y entre el principio de Asia y Negroponte,
Hecha dexa una isleta y costa brava,
Que Icaria en otro tiempo se llamaba.

En cuyos solitarios arenales,
Del atrevido Icaro la pluma,
Aun eternas conserva las señales,
Sin que el mudable tiempo las consuma;
Y su nombre en las ondas inmortales,
De herviente cubierto y blanca espuma;
Sobre el sepulcro temeroso suena,
Puesto al rigor de su mudable arena.

El sábio aquí por la esperanza mia
A su cargo tomó la ilustre empresa,
Y en noble crianza y sábia policía,
Salva guardó la destruccion francesa:
Probando en aventuras que fingia
De su niñez la inclinacion traviesa,
Y tras ella sus años juveniles,
Al grave pundonor de hechos gentiles.

Vestíle anoche un rico arnés de acero,
Y armóle hoy caballero un Rey persiano,
Guardando á mis lecciones el agüero
De un observado aspecto soberano:
Con que ya su valor veo tan entero,
Que golpe no dará en vacío humano,
Y á darte nuevas desta buena suerte,
Las alas me prestó el deseo de verte.

Ya pues, diosa feliz, en lo restante
Por tí mi jóven se gobierne y rija,
Y contra el brazo y el furor de Anglante
Armas iguales tu saber le elija;
Que aunque es á todo su valor bastante,
Con prevencion prudente el bien se fixa,
Acudiendo á esta empresa por ser tuya
Yo de mi parte, Orontes de la suya.

Está de tu favor necesitado
El católico reyno de Castilla
Contra el francés orgullo, que agraviado
Por fuerza quiere la española silla;
Y al valiente doncel recien armado
La soberbia del mundo se le humilla,
Solo tu amparo pide, que en la tierra
De la paz es el nervio y de la guerra.

Si el francés enemigo se apodera
De España, queda muerto el valor godo,
Todo el mundo rendido á su bandera,
Que el cielo ha dado á España el mundo todo:
Suyo ha de ser en esta edad postrera,
Y de Francia será, si por tal modo,
Por fuerza ahora, ó cautelosa maña,
Su brio introduce en el valor de España.

Tu agravio queda sin venganza justa,
Y para siempre nuestro honor manchado,
Si el ímpetu francés á la robusta
Fuerza de España queda incorporado:
La nueva causa desta guerra injusta,
Que entre estas dos naciones se ha trabado,
De aquí tomó corriente, advierte el modo
Que señora te dé una vez de todo.

Hijo dixe que fué del Rey Fruela,
El que lo es hoy de Asturias y Galicia,
Mas quedó niño, y con su infiel tutela
De Aurelio usurpó el reyno la malicia:
Sucedió del Rey Silo la cautela,
Y á este de Mauregato la avaricia,
Que por gozar de infame cetro de oro,
Bellas párias pagó en tributo al moro.

Sucedió D. Bermudo á Mauregato,
De pecho real, y de ánimo prudente,
Que al casto primo dió del reyno ingrato,
Como antes era suyo el cetro y gente:
Este es hoy de virtud vivo retrato,
En la guerra y la paz sábio y valiente,
Invicto vencedor, feroz guerrero,
Casto en la vida, en el juzgar severo.

Mas viéndose de larga edad ceñido,
Y de ilustres deseos rico el pecho,
En el estrecho término encogido
De un combatido muro y pueblo estrecho;
Sin forzoso heredero conocido,
Con quien dexar su reyno satisfecho,
Vió tambien que aunque sobre fortaleza,
Es confusion un mundo sin cabeza.

Y destos graves pensamientos llena
La heroyca fantasía el Rey severo,
Entre el cargo y descargo de la pena
De ver su invicto leon sin heredero,
De sus trazas tomo la menos buena,
Sin fiarla de prudente consejero:
¡Notable error! y en ya resuelta instancia
Ceder quiere su cetro en el de Francia.

Moviale ver el brazo victorioso
Del nuevo Augusto César de occidente,
Y el español distrito belicoso
Así ocupado de enemiga gente:
Queria dexar un capitan famoso
A su invencible exército decente,
Que con su autoridad al pecho frio
Pusiese, á ser posible, mayor brio.

Que á él su prolixa edad mas le convida
Al ocio blando que á la dura guerra,
Y del mauro la gente mal nacida
De aumentar trata la usurpada tierra:
Mas la rica esperanza concebida
Del noble fin que el real cuidado encierra,
Ya el tiempo con suceso no esperado
En ambiciosa guerra la ha trocado.

Que el reyno al no decente ofrecimiento
Del Católico Rey al Rey de Francia,
De su imprudente arbitrio descontento,
Su valor ofendido y su arrogancia,
Que revoque pidió el dañoso intento
Con la segunda la primera instancia,
O la obediencia le alzarán debida,
Y harán no poco en le dexar con vida.

Esto anular bastó el concierto hecho
Con público estatuto y embaxada,
Y agraviado el francés, quiere de hecho
La injusta sucesion con mano armada;
Y que la fuerza á falta de derecho
Le dé el reyno, y sobre esto es la jornada,
De Francia la soberbia y de Castilla,
Desta fuente bebieron su rencilla.

Vencidos ya Agramante y Desiderio,
Aquel Rey africano, este lombardo,
En el feroz poder del nuevo imperio,
Sobre España el francés baxa gallardo;
Y ella no tiene en todo su hemisferio
Otro valor igual al de Bernardo;
Y este basta, que un brazo valeroso,
Un campo, un reyno, un mundo hace dichoso.

Hasta ahora el riesgo ha estado por mi cuen-
Del rico enxerto, y de la invicta rama, [ta
Que ha de dar sombra al mundo, á Francia a-
Y á su España de honor lustrosa llama: [frenta,
Haz ahora tú, hermana, que yo sienta
Que en esto vuelvo por tu gusto y fama,
Y que eres diosa del tesoro humano,
Que la guerra y la paz tiene en la mano."

Al dulce hablar de la afeytada Alcina,
Morgana en gran deleyte estuvo atenta,
Que es la lisonja dulce golosina,
Que al necio rico en ambicion sustenta;
Y ufana con el nombre de divina,
Así arrogante respondió, y contenta,
Sin mirar que la Hada en quanto emprende,
Solo á su gusto y no al ageno atiende.

"Siempre creí que en tu cuidado puesto,
Vivia seguro el de mi honra y vida,
Que mas promete tu nobleza que esto,
Y en mas que esto te estoy agradecida:
El cielo á mi venganza está dispuesto,
Que pues la veo de tí favorecida,
Ya no la dudo ni recelo en nada,
Tú quedarás contenta, y yo vengada.

Por varios modos pretendí vengarme,
Y todos ellos me han salido en vano,
Ya del fiel Galalon quise ayudarme,
Ya de la injusta muerte de Troyano:
De Agramante el valor pudo alentarme,
El tártaro furor, y el africano,
De Mandricardo, y Rodamonte fiero,
Mas á aquel mató Orlando, á estos Rugero.

En graves pensamientos ocupada
El placer me halló de tu venida,
Ya en mis perplexas dudas enterada
Del francés riesgo en su fatal caida:
Aunque ignorando la dichosa espada
De tal hazaña digna y tal herida,
Ahora que tu saber me la ha mostrado,
Oye lo que al presente me da el hado.

Ya sabes que son mios de derecho
Los tesoros del mar y de la tierra,
Y que á mi cetro y gusto paga pecho
Quanto en los senos de los dos se encierra;
Pues donde del mar Jónio el bravo estrecho
De Acroceranio bate la alta sierra,
Cierta joya en el mundo celebrada
Dias ha que á un grave fin tengo guardada.

Aquellas armas que del griego Aquiles
A Ulises se entregaron por sentencia,
De ricas perlas llenas y perfiles,
En quien Vulcano echó toda su ciencia;
Donde en realces de mágicos buriles
Grabada está una oculta descendencia
De héroes ilustres, que vendrán al mundo
Del primer poseedor, y del segundo;

Del crespo mar una áspera tormenta
Allí hasta hoy las dió depositadas,
Sin que el furioso Telamon consienta
Que le sean de mortal mano tocadas:
Vive en su muerto corazon la afrenta
De haberle sido sin razon quitadas,
Y en virtud deste pensamiento altivo,
Muerto para guardarlas se está vivo.

Si ya este nuevo espíritu valiente
El fin supiere hallar desta aventura,
Yo mi favor le prestaré decente,
Y él me hará de su valor segura."
Así Morgana al márgen de una fuente
Al blando viento hurtaba la frescura,
Y yo al sabor de su parlar atento
Tambien bebí de su discurso el viento.

Quando el tiple marcial que el clarin vierte,
Y el ronco son de trompas y atambores
Con que el mundo camina hácia la muerte,
Su plática deshizo entre las flores:
Cesó el sepulcro en que la Hada advierte
Que el arnés vive lleno de primores
Del griego capitan, á cuya mano
Hector murió, y tembló el muro troyano.

Que el quinto cielo ya en sangrienta rueda
Por la tierra marcial furor derrama,
Y en invisible aliento da el que pueda
Crecer á soplos de ambicion la llama:
Del Rey francés los triunfos, con que queda
En magestad vencido el de la fama,
El requemado enojo, los desvíos,
Y del Leonés los indomables brios.

Entre la tierra, el cielo, el mar y el viento
Un soberbio castillo está labrado,
Que aunque de huecos ayres su cimiento,
Y en frágiles palabras amasado,
Basa no tiene de mayor asiento
El mundo, ni los cielos se la han dado,
Pues á solo él y su muralla fuerte,
No ha podido escalar ni entrar la muerte.

En las nubes esconde sus almenas,
La tierra y cielo desde allí juzgando,
De anchos resquicios y atalayas llenas,
De ojos cubiertas sin dormir velando;
Y con mas lenguas que la mar arenas,
Agenas vidas y obras pregonando,
Sin que palabra, aunque pequeña suene,
Que de rumor las bóvedas no llene.

Fama, monstruo feliz, vario en colores,
Es quien las torres del alcazar vela,
Y en plumas de vistosos resplandores
Por todo el orbe sin cansarse vuela:
Favores pregonando, y disfavores,
Que allí el parlero tiempo le revela,
De ojos vestida, de alas, y de lenguas,
De unos contando loores, de otros menguas.

Vuelan sus claraboyas por la cumbre
De la enarcada bóveda del cielo,
Sobre pilares de oro, cuya lumbre
El ayre baña, y da hermosura al suelo:
Vuelve en quadrados ecos su techumbre
De huecas voces un sonoro vuelo,
Que en confuso rumor los patios llena,
Y un rico mundo de grandezas suena.

Los firmes quicios de las altas puertas,
Sin guardadoras llaves ni candados,
A todo tiempo y toda gente abiertas,
De qualquier calidad, suerte y estados:
Las ocultas verdades descubiertas,
Los antiguos engaños disfrazados,
Los vulgares rumores, cuyo enxambre,
Al deseo de saber crece la hambre.

A estos sin que el reciente rastro borre
El vulgo la ignorante oreja aplica,
Y al ciego aliento que en sus patios corre
La mas templada boca multiplica:
Los cuentos que uno oyó en la primer torre,
Tan mudados en otra los publica,
Que volviendo á encontrarlos sus autores
Nuevos los juzgan, y los dan mayores.

El firme umbral de sonoroso bronce
Al grave peso de la gente gime,
Que el vario tiempo por el ancho esconce
A todas horas de aquel mundo esgrime;
Aquí de nudo eterno el mortal gonce
Los siglos vence, y á la muerte oprime,
Y en vuelo infatigable, y ancha pompa,
El son retumba de una hueca trompa.

Humilde á los principios se levanta,
De ronca voz y de alas encogida,
Mas crece el tibio vuelo en fuerza tanta,
Que á la luz dexa en su cundir vencida;
De feroz vista y proporcion que espanta,
En vivas lenguas y ojos convertida,
Y de tal propiedad y tal sugeto,
Que á todo hace, y no á guardar secreto.

Así á los cielos ruego le suceda
Al vuelo heroyco de mi corta pluma,
Que si hoy humilde y por el suelo queda,
Mañana suba á ser de honor la espuma;
Y en lo alto ya de la voluble rueda,
El tiempo ni la halle ni consuma,
Mas con su altiva voz tan hueca suene,
Que el mundo espante, y sus regiones llene.

De todas las humanas invenciones,
Soberbias torres, máquinas, trofeos,
Bellos teatros, ricos panteones,
Altas columnas, graves mausoleos,
Anchos doriscos, sacros iliones,
Colosos, arcos, termas, coliseos,
Pincel, estátuas, bronces, escultura,
Y otra si hay mas constante, ó mas segura;
En todas cunde la infeliz polilla
Del voraz tiempo, autor de las verdades:
No hay real corona, ni suprema silla,
Sagrado imperio, muros ni ciudades
Contra sus fuerzas, todo lo aportilla,
En todo imprime y causa novedades:
Los reynos muda, sus linderos trueca,
Y hoy donde ayer fué mar, ya es tierra seca.
¿Quién me dirá de la usurpada España
El cetro obscuro de ásperos Alanos?
¿Qué terrones rompió la inculta saña
De Almonidas y antiguos Turdetanos?
¿Quién los Épalos fueron, cuya maña
Al Betis dió los muros sevillanos?
Los Zacintos, los Celtas, los Ancones,
¿En qual mundo tuvieron sus regiones?
Ya el tiempo los tragó en ruedas voltarias,
La romana y la griega monarquía,
De Virgilio y de Homero plumas varias,
Murieron, y ellos viven todavía:
Si á sus versos los reynos dieron párias,
Tambien yo espero que á la musa mia
Rinda, á pesar del tiempo y de envidiosos,
Roma sus muros, Rodas sus colosos.

Estos deseos, sabrosa medicina
Contra la muerte son de honrados pechos,
Que el alma eterna de nacion divina
Eternizar tambien desea sus hechos:
¿Quién á un famoso nombre no se inclina?
¿Quién la honra no antepone á otros provechos?
¿Quién tan inútil, y de humilde suelo,
Que de una inmortal voz no ame el señuelo?

Pues este altivo monstruo en pasos blando,
De pechos nobles pasto apetecido,
Hoy por un ciego mundo hace volando,
Con mayor voz que nunca, mas ruido:
La nueva infausta guerra pregonando,
El valor del francés nunca vencido,
El aprieto de España, y de sus cosas,
Unas alegres, y otras lastimosas.

Y entre las que el clarin con mayor vuelo
Del vulgo humilde al real dosel levanta
Es de Francia el exército, que el suelo
Con sombra cubre, y con braveza espanta:
Por quanto ciñe el mar y abraza el cielo,
Ni otra voz suena ni otra gloria canta,
Que siempre el vario monstruo se recrea
Con los que la fortuna lisonjea.

Tambien la invicta España en contra viene
Del comun enemigo á la potencia
Con quanto dentro encierra, hasta el que tiene
En religion y leyes diferencia:
El que de arar la tierra se mantiene,
Los que en mandarla alcanzan eminencia,
Al que en alcazar real, ó humilde choza,
La nueva guerra asesta, ó la paz goza.

Los que á Duero cultivan sus jazmines,
Y al rio Miño las riberas roxas,
Y de Ebro los principios y los fines,
De nieblas frias, y corrientes floxas;
Los que del Tajo habitan los confines,
Y pisan de sus álamos las hojas,
Y el que sin fruto en Guadiana pesca,
O al Betis ciñe la ribera fresca.

Marsilio en prevenirse fué el primero
Contra el comun pavor que asombra á España,
Y al Rey Casto ofreciendo un campo entero
El de su gente infiel puso en campaña:
Mandando á Ferragut, que al mauro fiero
Por gente pase natural y extraña,
Y á la de Cataluña por Valencia,
De Africa anude y junte la potencia.

Fué Ferragut un bárbaro brioso,
De fornida estatura de gigante,
Miembros doblados, ánimo orgulloso,
Colérico en sus gustos, y arrogante:
En fuerzas firme, en cuerpo poderoso,
Belloso rostro, y áspero semblante,
Y en el llegar con su opinion al cabo
Entre los valerosos el mas bravo.

A insignes triunfos de armas inclinado,
Y á desvolver del mundo las regiones,
Y dexar fama en él, que es un cuidado
Que no cabe en estrechos corazones:
Todo hasta el marcial pecho era encantado,
Y este lleno de honradas pretensiones
A sembrar sale belicosa saña,
De Zaragoza á lo mejor de España.

Del Ebro claro á la corriente fria
Alterando llegó en rumor la tierra,
Con rayos de orgullosa valentía,
Que es la paz de su espíritu la guerra;
Y del florido salto que hacia
La preñada cuchilla de una sierra,
Como en grillos de plata vió ceñido
Del humilde collado el tumbo erguido.

Así enfrenada la corriente brava,
De arboledas vestido y de frescura,
Que el sosegado curso que llevaba
A la vista engañara mas segura:
El bosque en sus cristales se miraba,
Y dando y recibiendo hermosura
De Flora, á vueltas via el brazo tierno
Rosas sembrando del florido cuerno.

La fresca vid al álamo sombrío
Sus ramos dulcemente encadenaba,
Y á costa del humor del manso rio
De una inmortal frescura le adornaba,
Donde al ardiente sol, el blando frio
Con pardas frescas sombras convidaba,
Y á contemplar en su cristal profundo
Otro bosque, otro cielo, y otro mundo.

En este alegre soto entretenido
Sus flores Ferragut pisa contento,
Y del lugar, y del calor movido,
Un nuevo busca y apacible asiento:
Este halla fresco, el otro mas florido,
Aquí hay mas verde juncia, allí mas viento,
Hasta que de uno en otro remolino,
De un raudal espumoso al salto vino.

Al sordo murmurar que se despeña,
El hondo valle suena comarcano,
Y de una peña dando en otra peña,
De aljofar lleno salta al verde llano:
Aquí una cueva está que aunque pequeña,
Hecha parece por divina mano,
En cuyo húmedo seno y hueco frio
Las deidades habitan de aquel rio.

Donde en tiernos cuidados ocupadas,
En grutas de cristal y ondas ceñidas,
Las ninfas sobre telas delicadas
Sus amores dibuxan y sus vidas:
Las rubias hebras de oro marañadas,
Entre la blanda lana retorcidas,
A vueltas muestran de sus lazos bellos
Mil lances de primor dellas y dellos.

Aquí entre olores que tributa el prado,
Al ronco estruendo del cristal rompido,
El moro en graves trazas ocupado,
Sin saber cómo se quedó dormido:
Débil Morféo en paso sosegado
El sentir le robó sin ser sentido,
Al blando entrar de una quietud suave,
Que al sueño abrió, y al alma echó la llave.

Y apenas de la vista en las ventanas
El sentido comun fixó dos sellos,
Y de las cosas las figuras vanas
Hechas ayre sutil voló por ellos;
Quando con luces no del todo vanas
El sueño le mostró en retratos bellos
Un alarde, á quien dan rayos adustos
Los malogrados fines de sus gustos.

Sueña que se halla en los alegres dias
Que á Doralice festejó en Granada,
Quando á un breve favor largas porfias,
La puerta le dexaron mas cerrada:
Las armas y pomposas gallardías
En la amorosa empresa celebrada
De Angélica, y la bella Guadalara,
Del Brabonel amante prenda cara.

Prosigue amor en su pesado sueño,
Y hácele en Babilonia enamorado
De Bagdelia, y que en Persia alzó por dueño
A la Hada Argiran de su cuidado:
Que á la dueña del lago en dulce empeño
Tambien sin premio le entregó el cuidado,
Y de Marfisa fué atrevido amante,
Y oculto de la bella Bradamante.

Que á Flordelis, y á Flordespina quiso
En diferentes partes, y en ninguna,
O sea por cuidadoso, ó por remiso,
Favorable le vino suerte alguna:
O sea estrella cruel, hado preciso,
Azotes, ó regalos de fortuna,
O la aspereza de su rostro y talle,
Que era oille temor, miedo miralle.

Nadie le codició por tierno amante,
Ni él en saberlo ser halló ventura,
Con que el parlero sueño fué bastante
A despeñarlo en una cueva obscura,
Donde en lloroso vió y mortal semblante
La bella granadina hermosura,
Que á la arrogancia de su pecho fiero
Su primer gusto fué, y su amor primero.

Parécele que en triste cárcel puesta,
Donde halagüeñas lágrimas vertia,
Con medroso ademan y habla modesta
Breve socorro á su afliccion pedia:
Quiso darle las obras por respuesta,
Y del pesado sueño la agonía
Su quietud le hurtó, y en medio el prado
Un sátiro á una ninfa vió abrazado.

Ahora fuese que al sabroso frio
A recrearse sin temor saliese,
Y á gozar de algun álamo sombrío
Su labor y la siesta le moviese:
O que en la cueva del cercano rio
En cuidosas lazadas le prendiese,
O que ahumado encanto le fingia
Lo que durmiendo oyó y despierto via.

En mil lazos el sátiro encadena
El delicado cuerpo transparente,
Y la boca de amarga espuma llena,
Ya el dulce aliento de la ninfa siente,
Que á desdeñosos golpes le refrena,
Y en teson duro, y forcejar valiente,
El torpe nudo huye, y feo semblante
Del atrevido deshonesto amante.

Procura libertar el tierno cuello
Del peligroso nudo de sus brazos,
Y el sátiro importuno el bulto bello
Mas encadena en amorosos lazos:
El cendal rompe, troza los cabellos,
Y el cuerpo sin piedad hace pedazos,
Y todo en vano, que aunque no rendida
Está de la ocasion del gusto asida.

Qual parda sierpe, que de nudos llena,
El águila real lleva á su nido,
Las alas con sus roscas encadena,
Y en ellas cuerpo y pies le tiene asido;
O escura yedra, que en maraña amena,
El tronco á un olmo dexa entretexido;
O el blanco risco que la xibia tiñe;
O el pulpo en negros lazos texe y ciñe;
Tal el lascivo sátiro envolvia
La bella ninfa en su prision forzada:
El moro que entendió la demasía
Del torpe amor y el tiempo ocasionada,
Del fresco lecho salta en que dormia,
Y al vano amante la desnuda espada
Al ciego corazon le guió de suerte,
Que echó fuera el amor, y entró la muerte.
Cayó descoyuntado al mortal yelo
El corvo fauno, y una alegre fuente
Las nuevas flores del pintado suelo
En su cristal bañó resplandeciente:
O fuese influxo de observado cielo,
O de mágica fuerza cerco ardiente,
Al desangrado amante entre la yedra
El mundo recibió mudado en piedra.
Y un zeloso cristal por la herida
De desengaños lleno corrió al rio,
Tal que si al gusto á verse en él convida,
Tal vez le vuelve en tristes sombras frio;
Que al pecho no dió amor duda escondida,
Que clara no la dé el licor sombrío,
Los zelos, las sospechas, los antojos,
Descifrados su luz pone en los ojos.

El hijo de Lanfusa fué el primero
Que el alinde probó de la onda pura,
Y ya por culpa agena, ó rostro fiero,
Del suyo le asombró ver la figura:
O sea sospecha, ó caso verdadero,
El lo sabe, y amor que le asegura,
Que de su arco los menos agraviados
Salen quando no heridos asombrados.

Ni importa en nobles gustos ser amado;
Que en alegre verano, y pasto tierno,
Al corderillo que hay mas regalado
A vueltas crece de la lana el cuerno:
El caso de Anteon, ¿á qual honrado
En el alma no imprime miedo eterno?
Pues no hay Diana fiel si se le antoja,
Que en ciervo no convierta á quien la enoja.

Para humillar de su altivez la rueda
En gustos locamente confiados,
Labrada esta parlera fuente queda
De un libre desengaño de cuidados;
Donde el Narciso de favores pueda
En el agua escribir los mas fundados,
Y gozar en sus márgenes y orillas
De los hurtos de amor las maravillas.

Del feo bulto del fauno heredó el nombre,
Y de su pecho y cuernos agua fria,
Y su fama en el mundo tal renombre,
Que de divino oráculo servia:
¡Ciega locura aventurar el hombre
Sin ganancia el caudal de su alegría!
¡Vana curiosidad, locos antojos,
Donde es mejor no ver que tener ojos!

Bien que al cristal de su parlero seno,
Hermosos campos, y pinturas bellas,
Un tierno niño amor de gustos lleno,
Sobre un cielo de flores por estrellas:
Mil bellas ninfas por un bosque ameno,
Venus que alegre se regala entre ellas,
Y al compás de sus sátiros que espantan
Baylan las unas, y las otras cantan;

Quanto el antojo del que al agua llega
Por gusto pide halla retratado,
Montañas de oro la codicia ciega
De Midas, si aun le dura ese cuidado:
Cazas Adonis en su fértil vega,
Desengaños de amor quien no es amado,
El nuevo amante pensamientos tiernos,
El galan galas, el zeloso infiernos.

Los caballeros guerras y aventuras,
Los sábios mil secretos naturales,
La vista melancólicas pinturas,
Los placenteros ojos otros tales:
El labrador sus mieses mal seguras,
El pescador sus cañas y sedales,
La dama bella amor, galas la fea,
Y cada qual al fin lo que desea.

En campo abierto el agua transparente
Un tiempo al mundo dió sus maravillas,
Mas el ciego concurso de la gente
Que á ver llegó sus márgenes y orillas,
Con disgustos turbada la corriente,
Roxas volvió sus flores de amarillas,
Hasta que en defendida niebla obscura
La ninfa le encantó la hermosura.

Fué esta aparente máquina de cosas
Sombríos cercos de la Hada Alcina,
Que á hacer las de Bernardo mas pomposas
Su nuevo estudio y su saber camina;
Y de España las sangres belicosas,
A que su natural gusto la inclina,
Entre estas sombras quiere y su aparato
Al mundo dar un singular retrato.

A este fin levantó en sus huecos senos
De un rico alcazar la belleza extraña,
Cuyas cornisas y artesones llenos
De lazos de oro tan sutil maraña,
De marciales sucesos mas ó menos
Que en venideros siglos tendrá España,
Crecientes olas que en lenguages mudos
Los campos honrarán de mil escudos.

Hasta aquel siglo de oro, y Rey prudente,
Que como antes la vuelva monarquía,
Y el lleno goce en el de su creciente,
Y sin menguante corra su alegría:
Esto en muros de vidrio transparente,
Y en cristalinos tumbos de agua fria,
La ninfa dibuxó, y en niebla obscura
Encantó hasta su tiempo su hermosura.

Al primer riesgo de la sábia fuente
El lascivo animal perdió la vida,
La ya vengada ninfa en la corriente
Del claro rio sin temor metida:
Viéndose con castigo suficiente,
En su ofendido honor restituida,
A su libertador vuelve lozana,
Y á darle el premio del favor se humana.

Los espumosos tumbos refrenando,
De entre ellos levantó el gallardo cuello,
Con las nuevas vislumbres deslumbrando
Al que se atreve con su riesgo á vello;
Y en lazada sutil de un cendal blando,
En crespos lazos reformó el cabello,
Que á no ser de mas precio su tesoro,
El dia comprára dél sus rayos de oro.

Halló el moro caida entre las flores
De un sirgo azul la tela delicada,
De matices cubierta y de primores,
Milagros de la aguja de la Hada:
Donde en preciosas sedas y colores
Una historia sutil vió dibuxada,
Parte labrada ya, parte en amago,
De punto natural, ó aspecto mago.

Nunca de Palas la sutil aguja,
Quando Aragne intentó su competencia,
A los heroycos dioses que dibuxa,
Igual perfeccion puso ni igual ciencia:
Ni el divino cendal que sobrepuja
Toda invencion de humana suficiencia,
Sembrar pudiera en el atento moro
Igual deleyte ni mayor tesoro.

No entendió las figuras, aunque pudo
Su gallardo ademán entretenello,
Y atento á verlas por un rato mudo
El gusto le dexó del cendal bello;
La sábia ninfa que del torpe nudo
Del ya muerto animal vió libre el cuello,
Y al caballero en entender atento
De su labor el escondido cuento,

Por conveniente paga que al servicio
En algo iguale de su espada hecho,
Y el premio al recibido beneficio
La magestad descubra de su pecho:
Quiso al moro dexar que es noble oficio
En su presente gusto satisfecho,
Con breve relacion de quanto incluso
En el rico cendal su aguja puso.

Huyóse de las aguas el ruido,
Y por hacerse espejo á su belleza,
El rio en nuevo estanque convertido,
Inmudable volvió su ligereza;
Y ella en palabras de inmortal sonido
Así al invicto moro vuelta empieza:
"Bien que sea tu valor en quanto haga
De su antigua virtud la mayor paga;

Tal vez á un fiel servicio le ennoblece,
Que digno dél quien le recibe sea,
Y el gusto y gloria de la hazaña crece
Quanto es mayor la parte en que se emplea:
Pues porque el tuyo en lo que en sí merece
Su colmo goce, y su creciente vea,
Contarte quiero á quien por modo honrado
Con tu invencible espada has obligado.

Conocerás de paso los varones
Que en mi heroyca labor voy dibuxando,
Que sombras de proféticas visiones
No se pueden gozar solo mirando:
Y yo que el gusto miro en las acciones,
Ya los deseos del tuyo estoy juzgando,
Oye pues, te diré, moro valiente,
Lo que deseas saber, y hay en mi fuente.

Una soy de las ninfas deste rio,
De su juncia nacida en las riberas,
Ya en otro tiempo el exercicio mio
Fué por los montes fatigar las fieras:
Ninguna selva ni lugar sombrío
Sin los despojos de mi caza vieras,
En armar redes y acechar paradas
Las mas diestras no fueron tan nombradas.

Sin lanudos sabuesos ni lebreles
Al jabalí rendí y al oso fiero,
Y si hay fieras mas fieras y crueles,
Esas trataba de amansar primero:
De rosas coronada y de laureles,
Mas tuve, sin querer, de un prisionero,
Que de lo que yo entonces me preciaba
Era de un arco, un dardo, y una aljaba.

Y no me estraga el áspero exercicio
La atezada beldad de mi figura,
Que si estimarla en poco no fué vicio,
Nunca mas la estimé de lo que dura:
El terso espejo, cuyo amargo oficio,
El siempre preparar nueva hermosura,
Nunca la mia templó, ni en clara fuente
Por nuevo adorno contemplé mi frente.

Ya Febo estas montañas abrasaba,
En iguales balanzas puesto el dia,
Quando yo sus collados trastornaba
Rastrando un ciervo que flechado habia:
El cansancio el calor me acrecentaba,
Y una fresca alameda que nacia
De las orillas deste hondo rio,
Señas hacia temblando á un viento frio.

Texiendo en frescas hojas y altas ramas
De sombríos sauces y ásperos laureles
Tupidas cuevas, y floridas camas
De azules lirios, carmesíes claveles,
De atada yedra, y revoltosas gramas,
Vistosos lazos, rejas y canceles,
Donde el blanco jazmin hacia ventana
Al tierno grumo de la vid lozana.

La murta, madreselva y arrayanes,
Los almeces cercaban y algarrobos,
Y ellos con sus brutescos ademanes
De hojosas ramas resonantes globos;
Por donde las calandrias y faysanes
Cruzando daban silbos y corcovos,
Y el sol por su tupida celosía
Su luz queria engazar, y no podia.

Bebiendo al fresco viento el soplo blando
Al frio llegué de la ribera amena,
Por donde se iba sin mover pasando
En brazos de cristal la onda serena,
Cuyo profundo seno va volcando
Los granos de oro en la menuda arena;
Meto el pié dentro, y como siento el frio,
Desnuda me arrojé en el manso rio.

A veces con la una y otra mano
Si asir procuro de las ondas frias,
Ellas haciendo mi trabajo vano
De mí se huyen por diversas vías:
Vuelvo y revuelvo el cristalino llano,
Y entre el huir del agua, y mis porfias,
Sentí por ellas nuevos remolinos,
Y vi temblar los árboles vecinos.

El dios deste lugar sagrado rio,
De verdes cañas y ovas coronado,
El rostro y barba llenos de rocío,
Lloviendo arroyos de sudor helado:
En una mano un álamo sombrío,
Y en una urna de vidrio reclinado,
Del lugar con el mio mas vecino
Salió rompiendo el muro cristalino.
Al descubrir el dios quedé turbada,
Y á huir medrosa comencé desnuda,
Y él viéndome sin ropa despojada,
De mi arco de oro, y de su flecha aguda,
Ardiendo sintió el alma antes helada,
Y de su nueva pretension no duda,
Que al gran señuelo que el amor le hacia,
Ninguñ estorbo en él serlo podia.
Yo huyo dél, qual tímida paloma
Del presto gavilán que le da caza,
Y él el seguirme tan por suyo toma,
Como á paloma el gavilán de raza:
Saliendo deste valle á aquella loma
Subia, y como nada me embaraza,
En lugar de correr creo que volaba,
Y siempre á mis espaldas le llevaba.
En esto veo su sombra de improviso,
Que el sol ya por mis hombros la subia,
Sino era de algun álamo, ó aliso,
Y por suya el temor me la vendia:
Mas no era el presto dios nada remiso,
Ni sus pies solos cabe mí sentia,
Que ya casi en mis pasos tropezaba,
Y su aliento el cabello me volaba.

Pasmóme el corazon un miedo heladó,
Y allí sin poder mas me vi rendida,
Que al desenvuelto amante el premio amado
Metiendo espuelas via en la corrida:
Los ojos volví al cielo, y el cuidado
Le entregué de mi honra y de mi vida,
Y á la casta Diana en tal estrecho
Esta breve oracion dixe en mi pecho:
"Divina diosa, si por mí ofrecidas
Víctimas fueron humos de tus aras,
Y sus puras entrañas encendidas
Llamas en nombre tuyo dieron claras;
Si aljaba y flechas traxe á tí debidas,
Y tu selva aprobó sus diestras varas,
Deste fiero enemigo, y su torpeza,
Defiende, ó casta Diosa, mi limpieza."
A este fresco lugar en que ahora estamos
Diciendo estas palabras descendia,
Quando Diana de entre aquellos ramos
Salió esparciendo en mí una niebla fria:
Las dos en medio della nos salvamos,
Y el fugitivo dios, que ya ponia
En mí sus brazos, aunque quedó ciego,
Por mil partes cercó la nube luego.
Yo viendo tan solícito enemigo,
Aunque de la triforme luz guardada,
Y en su inviolable amparo y casto abrigo
Segura estaba de dañarme nada;
La beldad ciega, que vivia conmigo,
Inquieta me traía y alterada,
Qual tímida cordera, que presente
El lobo en torno del aprisco siente.

Quando medrosa entre un sudor helado
Me vi ir toda abrasando y consumiendo,
Que á modo de rocío delicado
De sus senos la nube fué lloviendo:
Los huesos ya en cristal se habian trocado,
Y como yelos se iban derritiendo,
Corriendo entre las yerbas, y el amante,
Que el agua conoció, mudó el semblante.

Dexó la grave magestad pesada,
Y en ver mis nuevas ondas atrevido,
"La empresa mia, dixo, es acabada,"
Y en sus aguas tras mí se ha convertido:
Yo viendo pretension tan porfiada
Rendíme, y al tomarle por marido,
Vi que á mudar el celestial decreto
Ningun humano curso hace efeto.

Entre estos riscos mi morada tengo
De cristal duro y blancos pedernales,
Y aquí con otras ninfas me entretengo
En dibuxar empresas inmortales:
Del dios Jano por recta línea vengo,
Y saben las antorchas celestiales
Que es Iberia mi nombre, y mi estandarte
La mejor sombra del sangriento Marte.

Fué Tubal nieto del famoso Jano,
De quien segunda vez renació el mundo,
Y á poblar esta tierra de su mano
De Armenia vino sobre el mar profundo:
Deste nació el segundo Rey Hispano
Llamado Ibero, y yo deste segundo,
Este es mi antiguo origen, deste Ibero
Nombre tomé, y le di á este mundo entero.

Soy pues la que hoy en grave pompa y vue-
Sus cosas guia, y soy la que su fama [lo
Con pio derramará, y heroyco zelo,
Por quanto el roxo sol su luz derrama:
De entre las ondas de mi claro yelo
El cielo ha de sacar la inmortal llama,
Que dará vida y ley á un mismo paso,
Desde la rubia aurora al turbio ocaso.

Quisiérate mostrar, pero no quiero,
Los preciosos tesoros de mi cueva,
Las grandezas que al siglo venidero
Por todo el orbe su corriente lleva:
Los triunfos, y el camino verdadero,
Que al mundo sacará una gente nueva,
A reducir debaxo de su lanza
Quanto rodea el sol, y el mar alcanza.

Los apartados reynos, y las gentes
Por los senos del mundo derramadas,
El fin del mar las playas diferentes,
Y aquellas islas del calor tostadas,
Que al valor de mis claros descendientes
Por las estrellas viven reservadas,
Aunque no caben todas en la tierra,
Lo menos cunden que mi pecho encierra.

Mas no es posible alcance tantas cosas
El presto huir de un tiempo tan escaso,
Ni tú, en horas tan breves, mis famosas
Grandezas puedas ver sino es de paso:
A otro brazo las lumbres poderosas
La victoria pasaron deste caso,
Y á tí lugar famoso al márgen suyo,
En honra al real valor del brazo tuyo.

Mas por bastante paga al beneficio
De haber en mi favor tu espada honrado,
Ya que el precioso hado te es propicio,
Y tanto tu nobleza me ha obligado;
Del mundo por venir un breve indicio
Quiero que en mi labor veas abreviado,
En nueve hermosos rayos, cuya llama
Con los nueve compite de la fama.

Este lienzo entre lazos de oro fino
Al mundo guarda vivos sus retratos,
Cuya estampa y dibuxo peregrino
Labrando me entretiene alegres ratos:"
Dixo, y desde el remanso cristalino
La tela desdobló, que dió baratos
A sus ojos mil rayos de contento,
Y ella así prosiguió su alegre cuento:

"Estos que de mi aguja retratados
Dan gloria á las edades venideras,
Son nueve capitanes celebrados,
Tras de quien vienen todas mis banderas:
Los triunfos á sus hechos reservados
Celebrados quedáran si los vieras,
Que yo ahora no he de darles mas renombres,
De que aquí los conozcas por sus nombres.

Este que ves entre moriscas lides
Con seis azules roeles señalado,
Antiguas armas del Gentil Persides,
En tiempo del Rey Artus celebrado;
Es el Godo Aleman Nuño Belchides,
Y este esquadron que en sombras abreviado
Aun se está en los principios de mi aguja,
Y su luz la del cielo sobrepuja.

El fruto es de su tronco, que al cercano
Mundo que ha de venir promete el cielo,
Y yo en su nombre al reyno castellano
Príncipes dignos de su invicto suelo;
Y á Castro y Lemos, colmo soberano
Desta creciente, quando en feliz vuelo
Nazca un Apolo por patron y guia
De una famosa historia suya y mia.

El que tras él no quiere atrás quedarse,
Y su opinion tan adelante lleva,
Que á todo el ancho mundo hará estimarse,
Si á hacer llegare de su espada prueba;
Pues aquí no pudieron dibuxarse,
Celebre sus hazañas con voz nueva,
Y al Conde Hernan Gonzalez sin segundo,
No solo España, pero todo el mundo.

De la real sangre que sucede y mana
A Sandoval desta sagrada fuente,
Lerma gozará Duques, y hará ufana
A España un Soberano descendiente;
De cuya sábia y fiel prudencia humana,
El grave sucesor de un Rey prudente,
Hará el mejor gobierno que en Castilla
Haya tenido la española silla.

Este de blancas plumas señalado,
Que el campo de morisca sangre baña,
Si el frigio Hector no ha resucitado,
Famoso Cid será, y honor de España:
Temblará Mauritania en verle armado,
Y en el frio ataud, grandeza extraña,
Hecho á vencer con su ademán altivo,
Tambien vencerá muerto como vivo.

Mira tras este al que por propio nombre
El de Gran Capitan será debido,
Y si el retrato te parece de hombre,
Es porque en mortal lienzo está texido:
Su fama, sus hazañas, su renombre,
No en colunas de mármol esculpido
Al mundo dexará para memoria,
Mas toda Italia cantará su gloria.

Este á quien favorece la fortuna
Al parecer con tan alegre cara,
Si los hados le sacan de la cuna,
Marques será famoso de Pescara:
Victoria eterna en inmortal coluna,
Digna promete á su grandeza rara,
Y él al honor de España un gran tesoro,
En el Rey preso de los lirios de oro.

Aquel por tantos mares venturosos
En pequeños baxeles engolfado
Es Hernando Cortés, que en mil colosos
Su nombre ser merece eternizado:
Descubrirán sus ojos venturosos,
Y rendirá su esfuerzo afortunado,
Otro mundo, otro cielo, y otro polo,
Que es poco para él un mundo solo.

Este que tiene el venerable cuello
De un bello toyson de oro enriquecido,
Y colgado del peso dél y dello
Del suelo lo mejor y mas florido;
Si acaso el mundo mereciere vello,
Como el ser su Monarca ha merecido,
Duque de Alba será, y honor de España
En Portugal, en Flandes, y Alemaña.

El que sobre este carro cristalino
El mar gobierna en venturoso freno,
Si al mundo hallare su valor camino
Para dexarlo de victorias lleno,
De Santacruz será Marques divino;
Y si la parca en su enlutado seno
Antes de tiempo su valor no encierra,
Temblar hará el furor de la Anglia tierra.

Aquel en quien las horas presurosas
El curso abreviarán con tal corrida,
Que apenas á las puertas deleytosas
Llegar le dexarán de nuestra vida,
Quando entre negras sombras tenebrosas,
La tierna faz de amarillez teñida,
Dexará el ayre claro y nuevo dia,
Que en su real presencia amanecia;

Yo digo de aquel Príncipe famoso
Que á España vestirá de luto y llanto,
Despues que su valor vuelva espantoso
El seno de Corfú, y el de Lepanto:
Y desde allí con triunfo victorioso
Al espanto del mundo ponga espanto,
Mostrando en esto ser hijo segundo
De Cárlos Quinto, emperador del mundo.

¡O estrellas! ¡cómo fuistes envidiosas
A la gloria de España! ¡ó duro hado!
Si al golpe de sus suertes valerosas
No les faltára tiempo señalado,
Tú solo á mil regiones poderosas
Pusieras yugo y freno concertado,
Desde donde se yela el fiero Scita,
Adonde el abrasado Mauro habita.

Dadme, ó hermosas ninfas, frescas flores
Para esparcir sobre la tierna frente,
En sacrificios y debidos loores
Deste mi soberano descendiente:
Y vosotros divinos resplandores
Deshaced los agüeros felizmente,
Y aquella sombra y triste centinela,
Que sobre su cabeza en torno vuela.

Destos nueve bellísimos luceros,
En oro ahora y rosicler grabados,
Sin otra inmensa copia de guerreros,
Entre sombras y luces esforzados,
A los siglos prometen venideros,
Honra á los vivos, gloria á los pasados,
No sé si diga en tan veloz corrida
Otro que aquí de intento se me olvida.

Vive en el mundo, y es el adversario
Mayor que ha de encontrar tu brazo altivo,
Por quien un nombre heroyco el tiempo vario
Para siempre dará á tus obras vivo:
Dexára el alabar á tu contrario,
Mas véotele mirar con rostro esquivo,
Y es de tan grandes llenos la figura,
Que aun asombra su luz puesta en pintura.

Es pues el valeroso brio dispuesto,
Que allí campea entre plumages de oro,
Y en tierna edad, y en ademán compuesto
Al francés rinde, y doma al pueblo moro,
El invicto Bernardo, en quien he puesto
De mi esperanza el sin igual tesoro,
Cuya braveza ha de librar la mia
De un yugo de ambiciosa tiranía.

Ya en nuevo arnés grabado representa
Un invencible Marte al turbio Egeo,
Donde al rigor de una áspera tormenta
De un casto amor le alcanzará el deseo;
Y con el Rey de Persia en lid sangrienta
Ya esta noche le vi, y ahora veo
Que fué el segundo trance, y el primero
De que triunfó con voz de caballero.

Otro tuvo en defensa de su tio
En los famosos bosques de Miduerna,
Donde de mora sangre un roxo rio
Su dura espada abrió, y su mano tierna:
Allí sin otras armas que su brio
Su Rey libró, y ganó una fama eterna;
Mas son ensayes, que en las veras puesto,
Su espada rendirá de un mundo el resto.

Matará en Benavente y en Zamora
Al soberbio Alcaman, y al Rey Oreste,
Que con la suya la pujanza mora
Hará que ni le valga ni le preste:
Dexo el campo de Orcejo, dexo ahora
El riesgo del Rey Casto, y muerto en este
El antiguo D. Bueso, que á Castilla
Humillar quiso á la Aquitania silla.

Dexo trances de honor, dexo victorias,
Que mil clarines volverán sonoros,
Y de quien de memorias en memorias
La fama hará el mayor de sus tesoros:
Las tierras que en pomposas vanaglorias
Dará á su Rey, y quitará á los Moros,
Dexo, y dexo tambien el triunfo manco
De Barbaste, Sobrarbe, y Monteblanco.

Ni de la conquistada Barcelona
Digo ya el merecido Principado,
Ni el tributar la Italia á su persona
En escaño real cetro dorado:
Ni al ponerle al Imperio la corona
A un golpe de su espada en tal estado,
Que por bien que la fama ande ceñida,
Siempre á sus pies se la dará rendida,
Que esto es lo menos de su brazo fuerte,
Y de los bravos que hoy pisan el mundo,
A los mas por su mano ha de dar muerte,
Y harto el primero hará en quedar segundo:
Ni pienses que es el nuevo encarecerte
De sutil invencion parto fecundo,
Que ya algun dia tú has de ser testigo
De lo mas y lo menos que aquí digo.
Lugar precioso en esta rica tela
Queda á otros nobles hijos de la fama,
En cuya heroyca historia me desvela
La industria de mi mano y de su fama;
Y aquesta luz que en torno dellos vuela,
Es la que á eterno nombre y voz los llama,
Ahora en tanto que ellos nos suceden,
Oye lo que los hados te conceden.
"Si en esta clara fuente siete veces
Al rayo de la luna te lavares,
Y á los difuntos dioses tus jueces
Con nocturnos inciensos aplacares,
Y una sagrada víctima le ofreces
Al dios conservador destos lugares,
Con lumbre de laurel y hojas de olivas,
Harán que al mundo eternamente vivas:

Y tu edad y tu siglo se renueve
Como los campos con las frescas flores,
Sin que tu vista eterna noche pruebe,
Ni tus sentidos sientan sus temores;
Mientras Ebro á la mar tributos lleve,
Y por abril nacieren los amores,
Y el cielo coronaren las estrellas,
Y los años volaren en pos dellas.
Mas si por no observar las impresiones
De los celestes astros lo dexares,
Y destas ceremonias y oraciones
Indigno el limpio y grave arnés juzgares,
De las otras forzosas ocasiones
Este rocío temple los azares,
Y en tu antes duro trato vuelva el mio
Gusto agradable lo que fué desvío.
Perderás las congoxas del profundo
Sueño que te inquietó la fantasía,
Pues gozar de inmortal vida en el mundo
El cielo te lo da por otra vía,
Si merecieres el lugar segundo
En los contestos de una historia mia,
Que ha de durar mas siglos en la tierra,
Que ondas derrama el mar y arena encierra."
Dixo, y de en medio del sagrado rio
Con la mano arrojó licor bastante,
Con que al valiente Moro creció el brio,
Y lo áspero lavó al feroz semblante:
Volviendo lo argentado del rocío
El antes rostro bárbaro elegante,
Desnudo del primer capote y ceño,
Que de horrible le hacia zahareño.

De una apacible gravedad compuesto,
Hasta en los ojos de la envidia amable,
Así en gallarda proporcion dispuesto,
Que aun el áspero gusto volvió afable;
Que mas se da con la ventura que esto,
Como sin ella es todo abominable:
El agrado, la gala, y la hermosura,
No son mas que un rocío de ventura.

ALEGORÍA.

Por la cueva del Hado se entiende la providencia divina, á quien todas las cosas están sujetas.

En la relacion de los Reyes Godos se muestran los altibaxos del tiempo, y como ni el cetro y corona de las Magestades de la tierra, ni por altos ni por grandes se libran de sus mudanzas.

En Iberia abrazada con el sátiro, quan poderosa es en el vicio de la sensualidad la fuerza de la ocasion, y como para librarse della conviene que entre de por medio la fuente del desengaño.

En el rocío que á Ferraguto le lavó el rostro, y mejorándole el ser le perficionó la figura, se descubren los admirables efectos que la ventura hace en el hombre, y como á veces hasta de lo por venir le da noticia, como la Hada á Ferragut.

Fin del libro segundo.

LIBRO TERCERO.

ARGUMENTO.

Ferraguto envidioso de las alabanzas de Bernardo se parte á buscarle para probarse con él. Prosigue Teudonio su historia, y en ella las grandezas de un valeroso doncel, que libró al Rey Casto de cierta traicion, y dase á conocer el Conde. Trátase de las fiestas de Francia, y del Consejo de guerra del César, donde queda confirmada la guerra contra España, y el modo con que el sábio Orontes robó á Bernardo.

Queria el Moro por tan ricos dones
Mostrarse agradecido y obligado,
Quando sin aguardar á otras razones
La Hada se volvió en cristal helado;
Y él vestido de nuevas perfecciones
El camino siguió de su cuidado,
De gustos lleno, y desabrida pena,
Con el bien propio, y con la fama agena.

Del Ebro inculto por la fértil grama
De sus mismas acciones va admirado,
Fria de envidia el alma con la fama
Que al gallardo Leonés promete el hado:
Zelos le yelan, el honor la inflama,
Y en él, y en su experiencia confiado:
"¡Será posible, dice, que en el mundo
Hay quien me baxe á mí al lugar segundo!
Primero en ciega confusion hundido
Todo lo dexará este brazo fiero,
Los que ahora viven, los que ya han vivido,
Quanto me espera á mí, quanto yo espero:
Mio es, mio ha de ser, y mio ha sido
En todos trances el lugar primero,
Este defenderé con dura guerra
A quanto surca el mar y ara la tierra.
No volveré á los ojos de mi gente
Sin quitar á mi honor este embarazo,
Y ver si dese Montañés valiente,
Lo que no hizo el mundo hará su brazo:
A buscarle quiero ir al mar de oriente,
Y quitarle la vida en su regazo,
Antes que toque en tierra, y haya brio
En ella que compita con el mio."
Así dixo, fantástico y brioso
Su caballo guió para Valencia,
Que es el honor herido en pecho honroso
Viva inquietud, agravio sin paciencia:
Dos dias anduvo sin hallar reposo
Tras el fin de su vana competencia,
Discurriendo por ella, y sin camino,
De un desatino en otro desatino.

Mas ya al tercero, quando el sol sembraba
Del dorado Zenit rayos mayores,
Y el pastor caluroso se amparaba
Al fresco de los sauces entre flores,
Por el nuevo camino que llevaba
En ligeros caballos voladores,
Huyendo vió venir una doncella,
Y un caballero en los alcances della.

Ella á gritos pidiendo al cielo ayuda,
Y él con solo el intento de alcanzalla,
Con la cobarde espada alta y desnuda,
Por herilla, prendella, ó por matalla;
Sacó el Moro feroz la suya aguda,
De quien los bravos tiemblan en miralla....
Quando Teudonio en la prision de Luna
Así en cuentas está con su fortuna.

Llegó el Alcayde entreteniendo el paso
Con sagaz atencion á lo que habia,
Acogiéronle bien, viólos de paso,
Que solo á requerirlos descendia:
Sintió de nuevo el nuevo preso el caso,
Su corta fe, su escasa cortesía,
Y mordiendo los labios al ultraje,
Entre un suspiro reprimió el corage.

Y vuelto al Conde, dixo: "al fin qual digo
De la quadra real llegó á la puerta
El aviso traidor del falso amigo,
Quando ni pudo entrar, ni la halló abierta;
Y viendo el riesgo y fin del enemigo,
Y mi importante traza descubierta,
El rebozo troqué en que satisfaga
Mi muerto honor la prevenida daga.

Y antes que el frio temor, en las entrañas
Entera entró, y se la escondí dos veces,
Con que el sensual amor y sus marañas
Huyó corrido entre sangrientas heces:
¡O cómo el tiempo da vueltas extrañas!
¡O cómo humilla locas altiveces!
Matóle al fin del muerto honor la traza,
Y una ventana le colgó á la plaza.

Yo allí aclamando "libertad! victoria!
Leon por el Rey Casto!" con que á un punto
De los contrarios no quedó memoria:
Que á mi voz viva, y á su Rey difunto,
Libres dexaron la usurpada gloria,
Las armas, y el rendido alcazar junto,
Hecho ya en roxa sangre un negro charco,
Con mi espada y las gentes de Filarco.

Sacudió el yugo infame del tirano
El reyno fiel del oprimido cuello,
Haciendo en estos trances de mi mano
Que el despojado Rey volviese á sello:
Prendí, tracé, compuse, y todo en vano,
Pues al fin se olvidó tan presto dello;
Vino á hacer Cortes luego, y á ser vino
En mis alegres bodas el padrino.

Mostró correspondientes los favores
A la importante fe de mis servicios,
Siendo en todo mis votos los mejores,
Y mis sanos consejos mas propicios;
Hasta que el malsinar de hombres traidores
Esta privanza leal sacó de quicios,
Trocándose los vientos favorables,
Que hombres aunque sean Reyes son mudables.

Mahamut, Arrez de Mérida, fué un moro
De falso pecho y de ánimo atrevido,
Que ardiendo en ambicion rompió el decoro
Al Rey Hissen de Córdoba debido;
Y con su gente y bárbaro tesoro,
Ya el africano yugo sacudido,
Del rio Vierzo entró en el campo vasto,
Y al amparo se vino del Rey Casto.

A este por órden y consejo mio
En fiel guarda le puso á las fronteras
Que el Miño riega, y crece el Duero frio,
Por hondos saltos y ásperas laderas;
Y allí en dos lustros por su ardiente brio
Al mundo espanto dieron sus banderas,
Y el reforzado puesto en que vivia
Asaltos á los Moros cada dia.

Era temida hasta en su misma gente
La aspereza del bárbaro inhumano,
Enemigo feroz, brazo inclemente
Al pueblo infiel y exército africano;
Un hermano no menos que él valiente
Tuvo, á quien sobre el muro zamorano
Un dia, por sedicioso y homicida,
El Rey Casto prendió, y quitó la vida.

Encendió al Moro el presumido agravio
En deseos de vengar su hermano muerto,
Era mudable, trascendido y sábio,
De sangre castellana y mora enxerto;
Y como de traidor tenia el resabio,
Y de astuto el falaz pecho encubierto,
Encerró en él con pundonor discreto
De la traicion que urdia el gran secreto.

Y por mostrar que del perdido hermano
La odiosa muerte ya tenia olvidada,
Al Casto Rey envió á pedir humano
Importante favor á una jornada;
Y á mí por de mas nombre, y mas cercano
A la persona real, dió encomendada
La suya, y de su causa me hizo agente
Con mil lisonjas, y un falaz presente.

Dióse el despacho á diligencia mia,
En despediente afable, y grato modo,
Y en la conquista y tierras que pedia
Sin nada reservar se le dió todo:
Mas no el traidor Alcayde pretendia
Favor, sino venganza del Rey Godo,
Enviando con el nombre de embaxada
Doblada gente, y prevencion doblada.

Del trono real á descansar baxaba
Al valle de Miduerna comarcano
Tal vez el Casto Rey, donde gozaba
De ver correr un oso de verano;
Y el Montañés Filarco le hospedaba
Con espléndida mesa y franca mano
En un real bosque, que en hinchada loma
Sobre las puntas de aquel bosque asoma.

En esta insigne casa de contento
De Alcayde el fiel Garilo nos servia,,
Puesto en olvido el alevoso intento,
Con que á tener mas tiempo me vendia;
Aunque él á la traicion trocando el viento,
La doró con decir que pretendia
Con aquella ocasion verse á mi lado,
Para morir allí, ó salir honrado.

Es fácil de engañar un noble pecho,
Y en un traidor jamas faltan engaños;
Este pues, que parece que fué hecho
Para sacar á luz los mas extraños,
Era en Miduerna Alcayde á mi despecho
Por el gusto de Arlinda habia dos años,
Quando de Mahamut la torpe gente
A Leon llegó con su falaz presente.

Y ahora por grave suma de tesoro,
O la esperanza de otra mas cumplida
En él, porque escondió el esquadron moro,
Del Casto Rey deseando la venida,
Donde la fuerza los guardó del oro,
Sin ser de nadie su traicion sentida,
Hasta que el señalado tiempo vino,
Y un notable suceso en el camino.

El Casto Alfonso al real jardin derecho
A espaciar se guió, quando en un llano,
Que el monte da á la humilde selva hecho,
Un doncel pareció, y un hombre anciano:
El viejo alto, feroz, calvo, derecho,
De rostro enxuto, talle cortesano,
Palabras pocas, y modestia mucha,
Dos grandes bienes al que ve y escucha.

Del doncel solo no sabré pintarte
La gallarda postura con que vino,
Que al brio natural llegado el arte,
Era en humano trage ángel divino:
Hijo hermoso de Venus y de Marte
En su ayre le juzgáras peregrino,
Y humilde de Narciso la pintura,
Si como yo te hablára su hermosura.

Niño que el tierno bozo le apuntaba,
De cuerpo algo mas grande que pequeño,
De alegres ojos, y de vista brava,
Suave en el mirar, y zahareño:
Temor el verlo y alegria causaba,
Y el rostro armado de capote y ceño,
Mezclando á lo hermoso lo robusto,
La cifra hacia del deleyte y gusto.

En un bravo fantástico caballo
De la color y lustre del armiño,
Que Genil vió nacer, Betis criallo,
Y de su juncia aun no perdió el cariño;
Sin poder con el freno sosegallo,
Lozano el potro, y el ginete niño,
Y así trocando manos y visages
Heria el jaez, temblaban los plumages.

De azul, tela de plata, y encarnado,
Rico jubon, coleto y calza al uso,
El boemio en armiños aforrado,
Que el regalo y la gala juntos puso:
Con broches de diamantes recamado
Y perlas en labor y órden confuso,
Y en el sombrero, en plumas y en ayrones,
Engastes de rubís hechos florones.

La calza de obra, y ricas entretelas,
Lanzando rayos con vislumbres de oro,
De puntas de diamantes dos espuelas,
Y de rubís por ellas un tesoro:
El blando freno, estribos y charnelas,
Con pardos nieles de artificio moro,
La guarnicion de la gallarda espada,
De esmeraldas y perlas amasada.

Varios entalles de oro en cada hebilla,
Sonando del pretal las guarniciones,
De verde brocatel la corva silla,
Y del mismo matiz riendas y aciones;
Gripado lo embutido de platilla,
Y en nuevos trebolillos y florones,
Con asientos de perlas y rubazos,
Floridos brichos, y escarchados lazos.

Así tal vez entre celages pardos
Suele bullendo en luz resplandeciente,
Con bellas alas de oro y pasos tardos,
El lucero alegrar al roxo oriente;
Y entre peñascos de ámbares gallardos
Dorar las nuevas rosas de su frente,
Recamando de aljófares y grana
El tierno dia, el mundo, y la mañana.

Tal el doncel llegó, tal el mirallo
Deleyte puso y gusto en los presentes,
El Rey por le hablar paró el caballo,
Hecho un texido muro de sus gentes:
Quando el sábio Gentil, que á presentallo
Al Casto Rey venia, estas prudentes
Palabras sembró al ayre, y fué escuchado
Del circunstante pueblo descuidado.

"Aunque jamas en mí, Rey poderoso,
Ni hubo causa ni habrá para ofenderte,
Por si fuí en algun lance sospechoso,
Y tu gusto agravié por complacerte,
El brazo deste jóven valeroso
De mi culpa podrá satisfacerte,
Quando su espada ampare, no vencida,
De varios riesgos tu importante vida.

Tienes con él mas parte que conmigo,
Con ser yo por mil partes todo tuyo;
No tardarás en conocerme amigo,
Y en suficiente prueba el valor suyo,
Que el furor de un doméstico enemigo
Te aguarda en este parque, para cuyo
Remedio todo lo posible he hecho
En reducirle á tiempo de provecho."

Dixo, y el Casto responder queria
Del grave anciano al noble ofrecimiento,
Quando el jayan Fracaso, que venia
Por traidor capitan del falso intento,
Viendo que el Rey el paso suspendia,
Feroz salió en su loco atrevimiento,
Temiendo en verle así por cosa cierta
Ser su oculta traicion ya descubierta.

Con cien valientes moros del castillo
Muera el ingrato Rey salió gritando,
Suspendímonos todos en oillo,
Al Casto en frágil esquadron cercando,
Por donde á todo riesgo abrió portillo
Del furor ciego el enemigo bando,
Dexando su confusa arremetida
Los mas bravos Guzmanes sin la vida.

El doncel de la selva compelido
De un brioso ardor, y el gusto de mostrallo,
Niño lozano, y de ánimo atrevido,
La espada sacó á un tiempo, y el caballo;
Y qual si temeroso ciervo herido
Le espoleara el deseo de alcanzallo
Salió contra la bárbara emboscada,
Sacando mas que el sol rayos su espada.

Era Fracaso un moro berberisco,
De grueso cuerpo y ánimo doblado,
En rostro sierpe, en ira basilisco,
En vista torpe, en lengua libertado:
Cuba de alegre vino, que el morisco
Que en esto se desmanda es consumado,
Y á la sazon sobre un frison polaco
Hecho venia recien comido un Baco.

Lleno el celebro de arrogancia y vino,
Qual fantástica torre iba el primero,
Quando el diestro doncel salió al camino,
Vestido uno de seda, otro de acero:
Hízole al Moro errar su desatino,
Y acertarle el contrario un revés fiero,
Que dexó por el suelo su braveza,
Y á él y á sus contrarios sin cabeza.

Pasó sin alma el cuerpo en el caballo,
Qual si vivo buscara á nuestra gente,
Donde al miedo primero de mirallo,
La nueva admiracion creció presente;
Acudió á toda rienda por vengallo
De su morisma el esquadron valiente,
Que en confuso alarido sin reparo
Por el nuestro rompió de claro en claro.

Eran los diestros Moros escogidos,
Armas, lanzas, caballos, caballeros,
Al alevoso asalto apercebidos,
Y á qualquier trance de ánimos enteros:
Los nuestros solo á caza prevenidos,
Aljabas de color, peros ligeros,
Propios para huir desa manera,
O de la muerte ahora, ó de una fiera.

Quedaron los mas bravos por el suelo,
Sembrados los no tales por el llano,
Que ni del Rey ni de su honor el zelo
Freno dar pudo á su temor liviano:
Encontróse Dorasto con Tranquelo,
Aquel moro valiente, este cristiano,
Y vinieron al prado sin sentido,
El moro muerto, y el cristiano herido.

Volvióse á levantar, cobró sangriento
Su fiel caballo, y el contrario escudo,
Y con él, con su espada, y con su aliento
Del Rey lo fué mientras durarle pudo:
Yo á su lado siguiendo el mismo intento,
Vestido de lealtad, de armas desnudo,
La defensa que pude, y que debia,
Sin dar un paso atrás hice aquel dia.

Mas ¡quien dirá entre tantas las proezas
Que el doncel bello en este tiempo hacia!
¡Los peligrosos golpes, las destrezas
Con que unos daba y otros rebatia!
Cortando piernas, brazos y cabezas,
A este ayudaba, al otro defendia,
Aquí se ampara, y acullá executa,
Y á todo acude con presteza astuta.

A Mosquino llevó una espalda entera,
Mollita de Coimbra renegado,
Que por ser brava su muger y fiera
A ser moro se fué desesperado,
Donde encontró una vieja hechicera,
Que fué siempre en casarse desdichado,
Y dichoso en el golpe que hoy le dexa
Libre de una zelosa, y de una vieja.

El diestro brazo le arrancó del codo
A Fulco, gran maestro de un montante,
Con que le arrebató su saber todo,
Y de muy sábio le dexó ignorante;
Y al taur Alcin le dió un revés de modo
Que ambas las manos le quitó delante,
Y él hecho á perder manos en el juego
Quedó del golpe con algun sosiego.

A Zegrildos pasó de parte á parte,
Valiente capitan de Peñaranda,
Y á Boacel derribó, y á Galimarte,
Y á Berberuz el de la roxa banda:
Hiere, rompe, destroza, hiende, y parte,
De aquí y de allí, de aquesta y la otra banda,
Hecho en la gallardía, y la persona,
Un formidable hijo de Belona.

Qual rayo ardiente, que en revuelta llama
De tres puntas, los rústicos haberes
Del campo asuela, y la copada rama
Del sauce, alegre sombra á mil placeres,
Humeando dexa, el hueco monte brama,
Gime el cielo al caer, la rubia Ceres
Arde en secas aristas, y en su daño
La madura esperanza esconde al año.

Ni era menor el daño que hacia
El esquadron contrario en nuestra gente,
Que uno muere, otro cae, otro huia,
Otro queda hecho piezas por valiente:
El soberbio Abdelmon, que pretendia
Ser de Mahoma obscuro descendiente,
Y en su ciego Alcorán tener cauciones
Para mudar decretos y opiniones,

Traía un diestro herir tan presuroso,
Que era el asombro del sangriento llano;
Derribó á Peñalver, mató á Fragoso,
Uno bravo leonés, otro asturiano:
Topó al burlon Grafil, truhan gracioso,
Que con lenguage libre, y cuerpo enano,
Solia satirizar por su deporte
Los descuidos del Rey, y de su Corte.

Mas dañóle aquel dia uno que él tuvo,
No ser en huir como en hablar prolixo,
Que hacer entonces á Abdelmon le pluvo
Nuevo donayre del que tantos dixo;
Y en verle así pequeño se detuvo,
Y al brazo se le ató por regocijo,
Hecho de espada, que antes era escudo,
Dado á su tahalí en el suyo un nudo.

Pudo la alegre burla estarle á cuento,
Que á sombras del juglar nadie le heria,
Quando una flecha por el libre viento
A poner tregua en su placer venia:
Dió en la visera, y acertando á tiento
Los sesos le cosió en la fantasía,
Quedando muerto, y el enano vivo,
Por dueño ya del que antes fué cautivo.

El Casto Rey entre escabrosas breñas
A su gente formó frágil reparo,
Y con mañosa industria á sus pequeñas
Fuerzas trazó defensa, y puso amparo:
Bien que contra las armas extremeñas
El vencer fuera incierto, el morir claro,
Si el doncel de la selva le faltara,
O su presta venida se tardara.

Sacó el morisco orgullo tres gigantes,
Resplandeciendo en láminas de acero,
Uno en los abrasados Garamantes
Nacido, otro en las Sirtes, otro en Duero:
De gruesos cuerpos, y ánimos bastantes
A rendir el furor de un campo entero,
Y para en él llevar nuestro Rey preso
Un fuerte carro de acerado peso.

El mauro Dragonel que iba delante,
Armadas de un alfange ambas las manos,
Con presto herir, y con feroz semblante,
En campo á un tiempo entró con diez cristianos:
Mató á Feinigue, músico y danzante,
Al duro Orbelio, y á Franconio hermano,
Que en ciego pleyto andaban por su herencia,
Y el gigante igualó la diferencia.

Aun todavia con ellos combatiendo,
Muerto el uno del todo, el otro herido,
El gallardo doncel pasó corriendo
Del gran combate por lo mas texido;
Y ora de intento fuese, ó no pudiendo
Detener el caballo desabrido,
En el jayan chocó, y á todo vuelo
Como una gruesa torre vino al suelo.

Quedó sin la una pierna en la caida,
Y encima della y dél muerto el caballo:
Causó la no pensada arremetida
El dar en el gigante, y derriballo,
Ver el confuso campo de vencida,
Preso el anciano Rey, y por librallo
A toda furia arremetió, y al paso
Le ofreció el cielo el venturoso caso.

De la escogida esquadra, á quien cumplia
En Lugo al Casto Rey dar preso y vivo,
A pesar de quien mas lo defendia
En su carro Zayran le entró cautivo;
Y con la rica presa que hecho habia,
A larga rienda y paso fugitivo,
Sin aguardar al fin de la revuelta,
Cumplida su intencion daba la vuelta.

¿Quien del real jóven contará el denuedo
Al diestro entrar del peligroso alcance,
El derribar á Dragonel, y el miedo
Que á todos puso este segundo lance?
Yo lo vi, y lo toqué, y apenas puedo
Creer que hombre mortal tal brazo alcance,
Corriendo su caballo á todo vuelo
Una lanza al pasar cogió del suelo;

Y puesta sin perder tiempo en la cuxa,
La enristró contra el fiero Calimargo,
Que un áspero alcornoque sobrepuja
En bestial proporcion de duro y largo;
Y qual menudo aljofar limpia aguja
Taladra, cruza, y pasa sin embargo,
Así el tierno doncel, ó el feroz Marte,
Al gran jayan pasó de parte á parte.

Rindió la brutal vida al golpe honroso;
¡Caso extraño! Pues oye lo restante:
Gabadul que volvió el rostro espantoso,
Y muerto de un encuentro vió al gigante;
Bramando contra el cielo asió furioso
Un alfange, al doncel que halló delante
Quiso sin creer que fuese el homicida,
Que su muerte pagase con la vida.

Mas sacóle el caballo así ligero,
Que dieron golpe y cólera en vacío,
Bien que en un hombro abrió el furioso acero
De un pequeño rasguño un roxo rio,
Con que el jóven qué huyó volvió mas fiero,
Y viendo del contrario el desvarío,
Le ayudó de una punta, y puso en punto
De ir aunque vivo á dar sobre el difunto.

Enlazó con los brazos su caballo
El jayan de la firme punta herido,
Perdió el sentido, mas volvió á cobrallo,
En nuevo espanto y cólera encendido;
Y alta la espada hácia el doncel por dallo
En dos partes de un golpe dividido,
Ciego al pasar topó en el jayan muerto,
Y turbado perdió golpe y concierto:

Y el doncel á un revés la mano airada
Con tal donayre revolvió, y tal fuerza,
Que aunque de tierno brazo, y nueva espada,
El golpe le obligó se agovie y tuerza;
Y abierta una espantosa cuchillada
Al hombro diestro, quanto mas se esfuerza
A la venganza, y en sus rabias muerde,
Mas tibio aliento y roxa sangre pierde.

Que al diestro reportarse del contrario,
Y hacer con cauta ligereza herida,
Sin tiento andaba, en movimiento vario
La fuerza, y no la cólera perdida;
Y en golpes ciego, en iras temerario,
A dos manos la firme espada asida,
Uno se afirma á dar, y á darle entero,
Hiciera dos un cáucaso de acero.

No pudo huir el jóven valeroso
El riesgo todo, y quando mas no pudo,
El golpe entró á coger con brio ayroso
En la sangrienta espada y el escudo,
Donde al grabado acero un cerco hermoso,
Y de diamantes al plumero un nudo
A tierra derribó; y abrió en la frente
De roxa sangre una vistosa fuente.

Valió al doncel que por el blando viento
Del corvo alfange un tercio dió en vacío,
Que á no hallarse tan junto un fin violento
Sin tiempo hiciera malograr su brio;
Y entre armiños y plata el rio sangriento
De rubís pareció, y de nieve un rio,
Creciendo con los nuevos arreboles
Brio en su brazo, y en su espada soles:

Y así al salir rompió con tal violencia,
Que el corvo escudo y el brazal siniestro
Le echó al suelo, y con ellos la paciencia,
Contra el bizarro ardor del doncel nuestro:
Dexó el jayan la espada, y sin prudencia
Quiso asir con la mano al jóven diestro,
Que de un dulce revés á todo vuelo
Dos dedos de los cinco le echó al suelo.

Tal vez así en aquel florido puesto
Cerdoso jabalí se vió acosado
De un sabueso irlandés, que en contra puesto
Ladrando le entretiene desarmado,
Hasta que del venablo el golpe diestro,
Ya por el yerto lomo soterrado,
Furioso cierra, y quiere desa suerte
Morir matando á quien le dió la muerte.

No de otra suerte el bárbaro gigante
Morir desea matando á su enemigo,
Rabioso en ver que su ánimo arrogante
Un desarmado niño sea el castigo;
Y él con la diestra punta por delante,
Por entre malla y malla abrió un postigo
Al ronco pecho, que arrojó con brio
De requemada sangre un negro rio.

Venia en el servicio del Rey Casto
Altravicio un fantástico mancebo,
De aguda presuncion, de ingenio vasto,
De antiguas vidas un archivo nuevo:
Momo de habilidades, cuyo pasto
Fué siempre decir mal, y de ese cebo
Sacó por menor paga, y mayor mengua,
Dos riendas en la cara, y no en la lengua.

Autor de extraordinarias opiniones,
Vano hablador, baraja de porfias,
Tan lleno de razon, y de razones,
Que venciera con ellas un Golías:
Adulador, quimera de invenciones,
Y por dar en privado aquellos dias,
Y fingirse algo allí donde era nada,
Al Rey acompañaba en la jornada.

Este cobarde, que huyó el primero,
Viendo el temido riesgo reparado,
A hacer volvia del gallardo y fiero,
Con limpia espada y ánimo hurtado,
Al tiempo que el gigante iba ligero
A abrazarse al doncel, y él recatado
Le barrenó de una estocada el pecho,
Y dándole lugar pasó derecho.

Fué á dar con el bascoso desatiento
En el vano Altravicio que venia;
Cayó sobre él, y como leon hambriento
A rabiosos bocados le comia;
Y él que en su boca nunca tuvo tiento,
Muriendo en otra conoció aquel dia,
Que es justo el cielo en que permita y quiera,
Que allí cada uno con sus armas muera.

Ya el preso Rey en su carroza estaba
De la sangrienta lid un largo trecho,
Con diez soldados, cuya vista brava
Cobarde hacia al mas valiente pecho:
Síguenle algunos, pero el que llegaba
No era al segundo golpe de provecho,
Hasta que ya el doncel, muerto el gigante,
Gallardo á su pesar pasó adelante.

Mató un caballo, y manca la carroza
El curso refrenó, y un diestro moro
Alcambisto, nacido en Zaragoza,
Alcayde en Portugal, casado en Toro,
De anciano parecer, y sangre moza,
Armado en blanco con plumages de oro,
A encontrallo salió, y pudo encontrallo
Sino cayera su andaluz caballo.

Pasó furioso el moro, el doncel visto
Su riesgo revolvió mas concertado,
Dando al segundo encuentro de Alcambisto
Del roto escudo un cerco destrozado,
Por donde el hierro de la lanza listo
Pasó el acero y parte del costado,
Quedando sin escudo, y sin sentido,
Y el buen caballo en un quadril herido.

Grande fué el golpe, y grande su castigo,
Y la pena tan bien executada,
Que con ser él autor, yo fiel testigo,
Pienso que es su verdad, verdad soñada;
Pues hecho dos de solo un enemigo,
Con tal velocidad corrió la espada,
Que rebanando acero, carne, y hueso,
Sacó el caballo un monstruo horrible en peso.

El del doncel cayó ya sin aliento,
De la fuerza que puso en la herida,
Al dar el desigual golpe violento
En la feliz segunda arremetida:
Saltó el jóven, pisó el prado sangriento,
De adonde con veloz arremetida
A la carroza fué, á quien por parallos
Las piernas cortó á tres de seis caballos.

Púdolo hacer sin riesgo, que los nuestros
Ya conociendo la victoria ufanos,
Que del tierno doncel los golpes diestros
Con tanta admiracion les dió en las manos,
En el herir y en el huir maestros,
Rodearon los rendidos africanos,
Que allí pagaron la traicion urdida,
O con la honra huyendo, ó con la vida.

El herido doncel, tras un caballo
De los que al roxo campo andaban sueltos
Al ciego bosque entró, y por alcanzallo
En la morisca lid nos dexó envueltos:
Ninguno le siguió ni fué á buscallo,
Hasta que ya de la victoria vueltos,
De alegre gusto y de despojos llenos,
Su singular valor echamos menos.

El Rey que vió su libertad y vida
Deberla toda á aquella heroyca espada,
Y la honra y magestad antes perdida
Con sus famosos golpes restaurada,
No viendo el dueño, y viendo su partida
Tan sin sazon ni tiempo acelerada,
Y que ni el sábio que antes le traía,
Ni él por el campo y bosque parecia;
A notorio milagro le tuvimos
De nuestro gran Patron, que de aquel modo
Ya muchas veces batallar le vimos,
Y á su espada rendirse un campo todo:
Otros que eran los ángeles creímos
Que antes la cruz labraron al Rey Godo,
Porque de las hazañas la braveza
Sobraba á toda humana fortaleza.
Diez moros, tres fantásticos gigantes,
Y otros tantos valientes caballeros,
Los mas dellos caudillos importantes,
De pechos bravos y ánimos guerreros,
De otras tantas heridas penetrantes,
Altivos golpes, y altibaxos fieros,
Rendidos, libre el Rey, y todo hecho
De un tierno brazo y desarmado pecho.
¡Quien pudiera creer que fuera humano
Brazo tan tierno, y pecho tan altivo,
Tras la codicia de buscarle en vano
Sin le poder hallar muerto ni vivo!
Hasta que por las nuevas de un villano
El Rey las tuvo dél, de su ayo esquivo,
De sus heridas, y el gallardo lustre
De su linage real, y sangre ilustre.

Mas ya esto sobra á mi prolixo cuento,
Y es cansarte añadir nuevas historias,
Que ni son de tu gusto ni mi intento,
Y las mas para tí poco notorias:
Y así digo, señor, que el fundamento
Fué de mi daño, frágiles memorias
De mis servicios, y sin culpa mia
La traidora emboscada de aquel dia,
Que como del florido parque el daño
Nació, en que iba á hospedarse el Rey seguro,
De Filarco y de mí temió el engaño,
Y sospechas cobró del fuerte muro:
Mandó arrasarlo, y con rigor extraño
De esteril sal cubrir el campo duro,
Y derribar por él torres y almenas
De mas lealtad que de desastres llenas.
Huyó el traidor Alcayde, con que puso
Escrupuloso al Rey de nuestro trato,
Y á prendernos de hecho se dispuso,
Por ser tan justiciero como ingrato,
Que olvidar los servicios es el uso
Que en la Corte se vende mas barato,
Y el que ni muda ley, ni guarda leyes,
Desde el menor lacayo hasta los Reyes.
Esta es la historia y curso de mi vida,
Y la traicion que aquí me traxo preso,
Con otras circunstancias añadida
De menos importancia, y de mas peso:
Mas porque no sea en todo desabrida
Ni dura mi prision, ahora tu seso,
Señor, la temple, y si te viene á cuento
Me dí quién eres, para no ir á tiento.

Que si por la presencia he de juzgarte,
Templanza, autoridad, talle y figura,
Bastantes causas dan de respetarte
Tu mucha gravedad y compostura;
Y aquesta misma estimacion es parte
De hacer la mia en tu valor segura,
Y que desee saber con fundamento
Que ayre alteró de tu fortuna el viento."

Así Teudonio dixo: el de Saldaña
Con pecho y corazon sobresaltado,
Como que en una historia tan extraña
Algun caso le toque no pensado:
Oyendo del doncel de la montaña,
Niño de tierna edad, y ánimo osado,
De sangre real, la suya alborotada,
Así con voz le respondió turbada:

"Señor, si desde luego no he traido
A tus pies con humilde reverencia
Aquel respeto á tu valor debido,
Y el que pide y se debe á tu presencia,
Esta dura cadena lo ha impedido,
Y el no fiarme aquí de la experiencia,
Para creer que á un Príncipe tan alto
Fortuna obligue á dar tan baxo salto.

Mas ya que el tiempo por consuelo mio
Quiso igualarte á mí en tu desventura,
Y que de mi fortuna el desvarío
Con otro mayor cure su locura;
En mi intencion y tu valor confio
Que alcanzaré perdon y honra segura,
De quien la puede dar al mundo todo,
O preso, ó libre, de qualquiera modo.

Perdona si dilato, y no te digo
Todo el secreto y casos de mi vida,
Que la honra que me hizo igual contigo
No la quiero tan presto ver perdida,
Hasta pedirte ahora como amigo,
Y no como inferior, dexes cumplida
Tu historia, y me declares si has sabido
Quién fué el doncel tan bien encarecido.

De dónde vino á se volver tan presto
Un tierno niño, y un jayan tan fuerte,
Que lo deseo saber, para tras esto
En todo sin estorbo obedecerte:
Perdóname, señor, serte molesto,
Que el ver tan llena mi felice suerte
De tu afabilidad y gracia ha sido
Quien me ha vuelto enfadoso de atrevido."

Don Sancho así con pecho alborotado,
Aun sin saber de qué, y con voz prudente,
Humilde al gran Teudonio, y reportado
El nombre pide del doncel valiente:
Quando del dulce estilo acariciado,
Término cortesano y eloqüente
Del preso ignoto, en gravedad compuesta,
Esto dió á su pregunta por respuesta.

"En triunfo triste, y suspension callada,
El destrozado Rey daba la vuelta,
Del riesgo aun la persona alborotada,
Y en deseos de venganza el alma envuelta;
Quando al sordo baxar de una cañada,
De los cristales de Ezla en flores vuelta,
Dellas cubierto el rústico Silvano
Salia de su vecina selva al llano;

Y ante el brioso alazán que el Rey traía,
Postrado con medroso encogimiento:
"Señor, dixo, á la humilde choza mia,
Que á los pies tiene deste monte asiento,
A la hora vino ayer que se fué el dia
La alegre vista de un doncel sangriento
Con un viejo sagaz que era su guia,
Y á tu real mano este papel envia.
Por enxugar la sangre á las heridas
Del amado doncel paró un instante,
Y en bálsamos de yerbas conocidas
Mitigado el dolor pasó adelante."
Del Casto Rey las nuevas recibidas
En gusto general, ver lo restante
En el papel mandó, y el que servia
De secretario dixo que decia:
"Al Casto Alfonso, el Mago Orontes Grie-
Salud, y muerte al bando sarracino, [go,
Qual la que el cielo hoy dió al del rio Monde-
Estorbo de tu gusto, y mi camino: [go
El mismo esta partida ordena, y ruego
Al curso eterno del volar divino;
Por tales puntos sus estrellas guie,
Que á tu honra bienes sin cesar envie.
El tierno brazo que con nueva espada
Hoy hizo extremo della en tu servicio,
Y de bárbara sangre barnizada
Dió de la suya real bastante indicio;
No ha vuelto su partida acelerada
Antojo nuevo de inconstante vicio,
Mas celestial impulso que le llama
Por este curso al colmo de su fama.

Conviene á la salud y al noble aumento
De su importante nombre esta partida:
A tiempo volverá que mas contento
Que pena ahora cause en su venida;
Que yo que solo á tu servicio atento
Mi tiempo gasto, y trazo el de su vida,
Muerto hoy sin su favor te vi en mi ciencia,
Y ahora en riesgo á él sino hace ausencia.

Esta causa nos lleva, esta nos pudo
A tus montes volver de los de oriente,
Despues que en turbio cielo, y dia sañudo,
Niño en Miduerna le robé á tu gente:
Dos llenos lustros en silencio mudo
De España por mas bien ha estado ausente,
Probando en el honor de hechos preclaros
La noble vida de sus miembros caros.

No en deservicio tuyo el robo ilustre,
Mas en favor de su importante vida
El hado le trazó, porque deslustre
Su espada el golpe de la mas temida;
Al fin del reyno el bien, de España el lustre,
Es sangre de la tuya producida,
Tu sobrino Bernardo, aquel que ha sido
Tan llorado este tiempo por perdido.

De Francia no te altere el rompimiento
Si guerra da á tu oferta en vez de gracias,
Que es nube hinchada de ambicioso viento,
Que en daño suyo ha de llover desgracias;
Y de tu gran sobrino el firme aliento,
Así sus brios y sus fuerzas lácias
De un golpe dexará, que sea testigo
El de ser sangre tuya, y yo tu amigo."

Esta en suma es la carta, oye quién sea
El sobrino del Rey, y por qué vía:
Junto de Oviedo en una alegre aldea,
Donde la Corte un tiempo residia,
En gallardo ademan, y real librea,
Una Infanta bellísima vivia,
Niña de tierna edad, y alma lozana,
Y del Rey Casto Alfonso única hermana.

Siendo el padrino amor, en lazo ardiente
Unió con ella un Conde de Saldaña,
De la gótica sangre descendiente,
Y de la nata del valor de España,
Privado ilustre, y de su Rey pariente,
Mas en una desdicha todo daña,
Y así no valió al Conde en cosa alguna
Amor, privanza, sangre, ni fortuna.

Tomó en agravio el Rey lo que pudiera
A feliz suerte de su hermosa hermana,
Si el real respeto con rigor no fuera
Contrario en esto á la razon humana:
Quiso que el Conde en larga prision muera,
Y en clausura la Infanta soberana,
Nacido della ya el doncel gallardo,
Que de su abuelo se llamó Bernardo.

Crióle el Casto Rey con nombre de hijo,
Tiernos gustos de amor, y fe paterna,
Hasta que en la ocasion de un regocijo
El sábio Orontes le robó en Miduerna:
La causa ni la sé, ni nos la dixo,
Ni de donde nació amistad tan tierna
Con el doncel, y con el Rey gallego,
Siendo el uno español, y el otro griego.

El Casto con la alegre nueva ufano
Del doncel ya llorado por perdido,
Viéndole vivo, y por su altiva mano
A su primer grandeza reducido,
Ni al moro teme, ni al poder cristiano,
De la experiencia y la esperanza asido,
Antes para la guerra venidera
Solo que vuelva su sobrino espera.

Y sino son lisonjas de la fama,
O el tiempo sin sazon corta la espiga,
No hay lengua en quanto España se derrama
Que otras grandezas que las suyas diga:
Uno Marte español, otro le llama
Alcides nuevo, y todo en voz amiga
Celebra, ora de vista, ora de oidas,
Sus cosas grandes, ciertas, ó fingidas.

La guerra que con Francia está aplazada
Del mundo sin por qué mortal ruina,
Es toda de ambicion ocasionada,
Y de imprudente traza repentina....
Mas ¿qué accidente ó causa no pensada
A tal congoxa y lágrimas te inclina?
¿Qué desgracia ó pasion puesta en olvido
Mi cuento á la memoria te ha traido?

Si es por hallarte sin por qué enterrado
A tal sazon en sótanos estrechos,
Que qual yo pienso el ocio desalmado
Carcoma es interior de honrados pechos:
El reyno está y el Rey tan apurado
De hidalgos que lo sean en sus hechos,
Que no solo abrirá esta cárcel fiera,
Mas aun las de la muerte si pudiera.

Mitiga ahora, señor, tu acerbo llanto,
Y de qualquiera causa que proceda,
Qué podré hacer por tí me advierte en tanto
Que este altibaxo de fortuna rueda,
Que tu valor en mí ha podido tanto,
Que nada el mio te negará que pueda,
Ora vaya en tu dicha, ora en la mia
El desear yo tanto tu alegría."

Dixo, y el preso Conde á sus razones:
"O invicto D. Teudonio, quan al vivo
Tus palabras descubren los blasones
De la real sangre por quien muero y vivo:
No tiene ni ha tenido el Rey prisiones,
Cárcel cruel, ni calabozo esquivo,
Que puedan agraviar, y hacer ultraje,
A quien no fuere de tu real linage;

Y así lo que pudiera al mas perdido
Ser provecho y favor á mí me daña,
Pues mi culpa mayor es no haber sido
De la sangre real la mia extraña:
Yo soy, si acaso soy, primo querido,
El desdichado Conde de Saldaña,
Que tanto ha que enterrado y muerto vivo,
Que no sé si me vi algun tiempo vivo."

"¡O cielo santo! D. Teudonio dixo,
¡Posible es que veo viva la persona
Así agraviada del valiente hijo
Del Conde de Saldaña y Barcelona!
¡O humano engaño! ¡ó corto regocijo!...."
Mas ya á mi voz el llanto desentona,
Que venturas halladas en cadenas,
Solo para lloradas salen buenas.

Otra vez cantaré de los varones
El muerto gusto de su alegre vista,
Sus mal afortunadas pretensiones,
Que una desgracia no hay quien la resista;
Y ahora entre los franceses esquadrones
Sus fuerzas todas la fortuna alista,
Y en sonando de Marte el ronco acero,
Ningun atento gusto queda entero.

Cargada de favores de fortuna
Altiva estaba la indomable Francia,
Su fama por el cuerno de la luna,
Y sobre el mismo rumbo la arrogancia,
Sin triste azar, sin disonancia alguna,
Sin guerra ni enemigo de importancia,
Y solo contra España declarado
El orgulloso brio de su estado.

De galas llena y bélico aparato
Su imperial ambiciosa Corte crece,
Y en pompa ilustre da vivo retrato
De quanto en gusto humano se apetece;
A quien de la fortuna el rostro ingrato
Ahora agradable sus favores crece,
Y al viento hinchado de su luna llena
La hueca trompa de la fama suena.

Por la real sucesion al reyno hispano
Alarde hizo el placer desta riqueza,
Y en laurel victorioso el pueblo ufano
Ceñida al César dió la real cabeza:
Mas de un signo infeliz el curso vano
Templó al público estruendo la grandeza,
Y en su contrario aspecto pudo tanto,
Que el comun regocijo volvió en llanto.

Ya en astas de oro deslumbrando el viento
Sus victoriosos estandartes planta,
Cuyo altivo y revuelto movimiento,
Si á unos causa placer, á otros espanta:
Ya entre su alegre tremolante aliento
Sus triunfos cuenta, sus victorias canta,
Y en públicos carteles de alegría
Fiestas aplaza, y les señala dia.

Dar en pomposo alarde los trofeos
Que el tiempo dió á sus ínclitos varones,
La no vista creciente de deseos,
Las conquistadas bárbaras naciones,
Será gastar el tiempo con rodeos,
Y por cortar la letra hacer borrones,
Que es querer cifrar mucho en breve suma
Cargar de tinta sin sazon la pluma.

Otra musa los cante si tuviere
Con mas obligacion menos cuidados,
Que la mia en su tasada pluma quiere
Casos forzosos, y esos limitados;
Pues de los cortos bienes que escribiere
Hasta los dexos quedan olvidados,
Y al gusto humano no hay dolor mas grave
Que el bien pasado en quien sentirlo sabe.

Solo unas fiestas pediré á la fama,
Que así ensancharon con su trompa el vuelo,
Que no en mas partes de su luz derrama
Rayos al mundo el dios que nació en Delo:
Si el tronco se conoce por la rama,
Esta en que se enramó y se enredó el suelo
Se llame en quanto ronda y ve la luna,
Rama del mayor tronco de fortuna.

Por suyo en Perpiñan tenian el dia
Que se diesen los muros de Girona,
Girona, á quien el César pretendia
Por orla nueva á su imperial corona:
Mas ya entibiado el punto á la alegría
Con el desprecio de la real persona,
Que España no estimó por ser cabeza
Pequeña á su magnánima grandeza.

La vuelta de París tomó, dexando
Al grave Orlando el peso de la guerra,
Donde en su parlamento platicando
La sucesion de la asturiana sierra:
Que en derecho le funden pide el mando
Y accion que tiene á la española tierra,
Si hay alguna, ó quien sombra della saque,
Pues basta á la ambicion qualquier achaque.

Quan raras veces la verdad desnuda
Hasta el real dosel va sin sospecha
De adulacion, que la transforma y muda,
Y entre oropel la da lisonjas hecha:
Guísanla porque suele amargar cruda,
Y tales salsas el engaño le echa,
Que con el amor propio la hace al justo
Maná que quadra y viene á qualquier gusto.

Como al triunfante hijo de Pipino,
Que en verle al español cetro inclinado,
No hubo voto ni voz de paladino
De contraria opinion en el senado:
Todos firman y afirman, que en divino
Y en humano derecho está fundado,
Que entre y suceda en el distrito hispano
O Rey francés, ó Emperador romano.

Como Rey tiene ya el primer derecho
De la renunciacion que el Casto hizo,
Y como Emperador es el derecho
Sucesor, y el que hoy reyna advenedizo:
Esto Turpin, un gran Licurgo hecho,
Dió por su parecer, y le rehizo
D. Reynel con el suyo, D. Grimaldo,
El Conde D. Galban, y el Rey Geraldo:
Y bien que cada qual por su camino,
Y á diferente pretension guiado,
De derecho dan nombre al desatino,
De una ciega ambicion ocasionado:
Solo el anciano Malgesí adivino,
En los agüeros de Merlin fundado,
En pié se levantó, y en voz severa
A su Príncipe habló desta manera:
"Es el ser singular tan peligroso
En resueltas materias de importancia,
Que aun acertando queda un hombre odioso,
Y en manchadas sospechas de arrogancia;
Pues ¿qué será si el caso está dudoso,
Y en la opinion contraria la ganancia?
Y el parecer opuesto y descuidado
Del gusto que ha de ser aconsejado.
Servirá solo de quedar corrido
Quien á todo este riesgo se arrojare,
Mas no por esto un pecho bien nacido
Es bien que en miedos y sospechas pare:
Yo, señor, desta junta he conocido,
Que quien el gusto tuyo reforzare
Con su opinion será, decirlo quiero,
El mejor capitan y consejero.

Por eso no hay en todo el parlamento
Voto por escribir ni firma en blanco,
Que ha descubierto ya en tu real intento
Para sus tiros la lisonja el blanco;
Y así en lo que ahora por servirte intento
Temo que ha de salir la suerte en blanco,
Que te veo ya resuelto por mil modos,
Y es mucho ir uno solo contra todos.

Pero la fe me obliga, y la obediencia,
Que como á mi señor y Rey te debo,
A pedir, no que mudes la sentencia,
Que esto es ya mucho á un parecer tan nuevo;
Mas que se mida con mayor prudencia
Lo que quizá á decirte no me atrevo,
Medroso que mis dichos verdaderos
No les llamen, mudado el nombre, agüeros.

Vanamente se funda quien te dice
Que á Francia incumbe España por derecho,
Si la antigüedad sábia contradice
Con su razon á la opinion y al hecho:
Por bien que con lisonjas autorice
Tu gusto en esto mas que tu provecho,
Verá, si ver quisiere, libre á España
De ageno cetro y dependencia extraña.

Si atiendes al antiguo origen suyo,
Fundada fué por el primer hermano
De Noé bisnieto: si al derecho tuyo
De Rey francés, ó Emperador romano,
Antes que el Franco Merobeyo, cuyo
Cetro ha venido á tu prudente mano,
Ataulfo fueron y Alarico Reyes,
Que á Italia, España y Francia dieron leyes.

Y si tu pueblo no se precia en vano
De ser de un hijo de Hector descendiente,
Y el de Priamo, y ambos del troyano
Dárdano, de Atlante ítalo pariente;
Siendo el décimoquinto Rey hispano,
De España es el origen de tu gente,
Y ella, de quien nació en nuestro hemisferio
La antigua Troya, y el romano Imperio.

Esta es la antigüedad, quanto al derecho
Que en la renunciacion has adquirido,
Si pudo darte alguno el Rey de hecho,
Ya de hecho tambien lo ha suspendido:
Ni tengas por ofensa lo que ha hecho,
Pues tu grandeza en nada ha descrecido,
Que no está en muchos reynos, ni en tenellos,
Sino en un pecho real, y digno dellos.

Quanto mas, que si el rico y fértil suelo
De España puede con sus venas de oro
Dar codicia, tambien dará recelo
Ver que leones guarden su tesoro:
Trueca, señor, la empresa, trueca el zelo,
Y el riesgo del cristiano al pueblo moro,
Sientan Valencia y Aragon tu saña,
Que esto es ganar, y no perder á España.

Sabe que del gran mundo en los secretos
Por donde el cielo sus discursos guía,
El hacedor del tiempo en sus efetos
A España ofrece eterna monarquía;
Y en inviolables pactos y decretos
A sus Reyes, y real genealogía,
Lo que hay desde la aurora hasta donde
El sol alumbra quando aquí se esconde.

Yo así al cielo lo oí, y así de un sábio
Está en firmes figuras definido,
Y en justa pena á un ambicioso agravio
Un dragon de oro ante sus pies rendido:
Hable á su antojo el lisonjero labio,
Yo solo digo y sé lo que he leído,
Y que va ya en los fines de su cuenta
El riesgo, la venganza, y el afrenta."

Así dixo, y del grave parlamento
No quedó quien en ánimo y semblante
No aprobase con nuevo encogimiento
De su razon la fuerza por bastante,
De la eficacia el vivo sentimiento,
De la resolucion el brio importante,
Que la clara verdad se trae consigo,
Sin respeto de amigo ni enemigo.

Era de insigne crédito la ciencia
Del sábio por los cursos de Aqueronte,
Y el lustre de la noble descendencia
De ambas sangres Mongrana y Claramonte;
Quien le hizo el oráculo y prudencia
Que al gobierno imperial mas pese y monte,
Por ser Príncipe y sábio, que en efeto
Es bueno un gran señor para discreto.

Ya reducido á plática ordinaria
Un sordo hablar corrió por el senado,
Quien dando esta razon, quien la contraria,
Conforme á su intencion, ó su cuidado:
El César de opinion perplexa y varia,
Ni del todo resuelto ni mudado,
Entre un discurso y otro divertido,
De la ambicion y la razon herido;

Quando del falso bando de Pontiero
El traidor Galalon ardiendo en ira,
Con rostro grave, y con desden severo,
Así al César habló, y á solo él mira:
"Si lo que con palabras decir quiero,
Con la luz lo dixera que me inspira,
Vieras, señor, ser ayre sin cansarte
Los montes con que piensan espantarte.
Pero si la razon ha de ir vestida
Como á la guerra armado el caballero,
Yo que no oí retórica en mi vida,
Ni me armé de papel, sino de acero,
Quizá no acertaré á dar la medida,
Que soy soldado al fin, no palabrero;
Mas si aquí fuere corto en la jornada,
Mas que sus lenguas cortará mi espada.
Y tú, invicto señor, César Augusto,
A quien en triunfal carro de leones,
Ya con brazo enfrenar veo robusto
Las españolas bárbaras naciones,
Manda callar los magos, que no es justo
Que agüeren tu valor supersticiones,
Ni como á niño con asombros vanos
Quieran atar tus victoriosas manos.
Si Malgesí con loco fingimiento
Así no admite en el saber segundo,
Que él solo vió de Adan el testamento,
En los agudos Reyes manda el mundo:
Lo que en sus vueltas guia el firmamento,
Lo que las gentes trazan del profundo,
Lo que es, lo que ha de ser, y lo que ha sido,
Con un lazo lo vió en un bosque asido.

Quando en venganza pública colgado
De un pié le tuvo el risco de Miduerna,
Dándole el infernal quaderno amado,
Afrenta humana en penas de la eterna:
Si allí su ciencia le dexó burlado
En causa leve, y ocasion tan tierna,
¿Por qué se finge de saber profundo
En la revolucion de todo un mundo?

Los ciegos ojos á la luz presente
Soñando quieren ver lo venidero,
Y con vano temor á un Rey prudente
Hacer lo que no harán brazos de acero:
Si la española á la francesa gente
Origen dió, y su cuento es verdadero,
El reyno es nuestro, á tierra propia vamos,
Los Godos nos la usurpan, ¿qué esperamos?

Mas no es justo se admitan sus razones
En discurso gentil ni ánimos puros,
Ni en grave junta de ínclitos varones
Mágicos hablen, lóbregos y obscuros:
Allá en ciegos desvanes y rincones
Sus cercos formen, rezen sus conjuros,
Y solo suenen los reales techos
Nobles palabras de hidalgos pechos.

Si el Casto Rey te dió su cetro y silla,
Y á instancia ya del reyno te la niega,
Tu valor tiene en poco el de Castilla,
Pues á no te estimar por su Rey llega:
Como dice la mágica cartilla
Del que á tí te predica, y él reniega,
Que en esto no te ofende ni lastima,
Si un reyno tu grandeza desestima.

Es ignorancia de quien solo sabe
Descalzo andar entre papeles y untos;
¿Quién hizo al vano Malgesí tan grave,
Que á medir llegue del honor los puntos,
Y que el tuyo y el nuestro menoscabe,
Pudiendo él solo mas que todos juntos?
Y siendo en su decir el vano adorno,
Mancha á tu fama, á tu opinion soborno.
Al fin, señor, el parecer mas sano
Destos invictos príncipes y mio,
A tu grandeza y nombre soberano,
Y á la reputacion del francés brio,
Es que á pesar del mundo por tu mano
Conquistes el gallego señorío;
Y pues la tierra á tu derecho toca,
Tuya será, que aun para tuya es poca."
Dixo, y mirando con desden severo
Al francés sábio reventando enojos,
Rióse, haciendo escarnio altivo y fiero,
Y él centellando fuego por los ojos:
Al libre hablar del magancés parlero,
Fundado del Rey Carlo en los antojos,
La mano quiso ya en la espada puesta
Darle en ella librada la respuesta.
Alteróse el confuso parlamento,
Y en nuevas opiniones dividido,
Con riesgo de un notable atrevimiento
El hablar castigára desmedido,
Si el grave César desde su alto asiento,
Para apagar el fuego ya encendido,
No mandara salir, aunque agraviado,
Al sábio y á los suyos del senado.

Tenia facundia el magancés astuto
Y gracia en persuadir quanto queria,
O fuese de la yerba moli el fruto,
Que Alcina de su huerto le dió un dia,
O porque con lisonjas el mas bruto
Dar gusto sabe, y Galalon sabia
Disimular las suyas de manera
Que un argos vuelto en lince no las viera;
Y entonces fué su hablar general gusto,
Por el que á todos daba la jornada,
Y porque al cielo en su castigo justo
El mismo delinqüente da la espada:
Faltó del parlamento el brio robusto
Del grave hijo de Amon, siendo agraviada
La autoridad del sábio no admitido,
Maganza victoriosa, y él corrido.
Pero antes de salir de la gran sala
Así al senado dixo un aspid vuelto:
"Aunque ninguna recompensa iguala
Mi agravio, ver al Rey francés resuelto
En el consejo, y la intencion mas mala
Que el mundo vió para quedar revuelto,
Me lastíma, que siempre un noble pecho
Mas mira el bien comun que su provecho.
Mas si ya es la desgracia irremediable,
Y el veneno hasta el alma ha penetrado,
Si el mundo y su grandeza deleznable
Límite tiene y curso señalado,
Si contra el hado y suerte inevitable
Ni hay fuerza real ni Imperio reservado,
Caiga la francés pompa, caiga hambrienta
De humana sangre, y vénguese mi afrenta.

Que yo os anuncio, y pongo por testigos
Desta verdad quantas el mundo encierra,
Que de todos los Príncipes amigos
Que á ver llegaren la española tierra,
Quando quieran contar los enemigos,
Los que vivos salieron de su guerra,
Les sobrarán, si mi saber no es vano,
Dos dedos de los cinco de la mano."
Dixo, y dexando el grave parlamento,
Parte confuso, y parte acobardado,
Con inviolable y firme juramento
De no volver, se va, hasta ser vengado;
Y al deseado Reynaldos por el viento
A pedir fué donde le habia encantado
Una Hada en los reynos del oriente,
Justa venganza al deshonor presente.
El Rey con los demas que en su consejo
A la revuelta dél mueven el labio,
Unos de incauto y de caduco viejo,
Y otros nombre le dan de noble y sábio;
Hasta que al fin con altercar perplexo
De varios pareceres, en agravio
Del mal aconsejado Carlo Augusto,
Los mas discordes quedan de su gusto.
Y ya desta imprudente opinion todos,
En la del falso Galalon fundada,
Que cruel pretende por diversos modos
La Imperial Magestad ver acabada;
Contra el estrecho reyno de los Godos
Sangrienta guerra queda declarada,
Y que á las flores del abril siguiente
Campo se forme, y se levante gente.

Que el galan Durandarte á Desiderio
Su gente haga baxar de Lombardía,
Y Galalon las fuerzas del Imperio
En Bretaña reforme y Picardía,
Que á Roldan se dé aviso, y á Silverio,
Marques de Fox, y Duque de Pavía,
Que concluido el cerco de Girona,
Por Perpiñan descienda hácia Narbona.

Que dexando presidio suficiente
Al real de Barcelona y Cataluña,
Con lo sobrado marchen de la gente
Por Cominges derechos á Gascuña;
Donde en todo el florido abril siguiente
Del campo el resto llegue, y con la uña
Del águila imperial haciendo garra,
Por Roncesvalles se entren en Navarra.

Y que entre tanto las famosas fiestas,
Que en Perpiñan se dieron aplazadas,
En París se prosigan, y en compuestas
Barreras, y soberbias palizadas:
Los estandartes y banderas puestas
Levanten gente, y den armas grabadas,
Sin que haya cosa en quanto el reyno encierra
Que no sea asombro y gallardía de guerra.

Esto salió por último decreto
Del francés parlamento y grave junta,
Mas mientras al ponerlo por efeto
La gente y el exército se junta,
Y en medido esquadron se ve perfeto
Las lanzas cuento á cuento, y punta á punta,
Con grato gusto quiero del oyente
Un oculto secreto hacer patente.

Praxîtel, sábio y noble estatuario
Primero de Corinto, recogia
El oro, el bronce duro, el jaspe vario
Del Tínaro, y de Ormuz la pedrería,
El roxo azofar, el luciente pario,
El verde mármol que la Etolia cria,
Abriendo despues dello sus buriles,
Vueltos divinos, láminas sutiles.

¡O quanto ha menester quien lo que escribe
Vestirlo piensa de inmortal memoria!
¡Y en cuerda alma y cuidado fiel concibe
El parto heroyco de una grave historia!
¡Qué fácil al principio se recibe
La empresa! ¡qué dudosa es la victoria!
¡Qué de caudal, estudio y advertencia
Pide en rigor qualquiera menudencia!

Sabroso estilo, espíritu templado,
Heroyca voz, lenguage casto y puro,
Ni plebeyo en lo humilde ni pesado,
En lo soberbio ni en lo grave duro;
Ni altivo, ni arrogante, ni afectado,
Ni largo, estéril, ni por breve obscuro,
Ni que en regla y compas jamas se aparte,
Freno á la lengua, y al ingenio el arte.

Buena eleccion para la traza y modo,
Y para el disponer perseverancia,
Y una firme paciencia sobre todo
Contra un censor hinchado de arrogancia,
Que da en soberbia presuncion del codo
A la mayor dulzura y elegancia,
Y no hay espejo de cristal de roca
Que no empañe el aliento de su boca.

¿Quién se libró del riesgo de una falta?
¿Quién se dió á todos gustos por cumplido?
¿A qué regla ó compas no sobra ó falta
En lo mas ajustado y mas medido?
No hace el brazo mortal raya mas alta,
Nadie puede dar mas que ha recibido,
A alcanzar con mi pluma adonde quiero,
Fuera Homero el segundo, yo el primero.

Mas contra el ciego error de una quimera
Cien Midas hay si un sátiro no falta,
Y así anudando la razon primera
Del cuidoso desvelo en no hacer falta,
El que en estilo grave y voz severa
Antigua historia escribe heroyca y alta:
Porque contra mi crédito no lleve
D. Teudonio esta falta por ir breve;

Si algun cuidado á su discurso atento
Saber deseáre en este heroyco paso,
Con mas adelgazado fundamento
Del robo ilustre el importante caso;
Qué á Orontes traxo por el blando viento
Del oriente á los reynos del ocaso;
Quién le dió nuevas de Bernardo, y cómo
Con un hecho salió de tanto tomo;

Quién le obligó á encargarse del Infante,
Qué gusto, qué interés por esta vía,
La voluntad del sábio Nigromante
A tan nueva lealtad y amor movia;
Todo fué de un gran fin causa bastante,
Dirélo, si á la heroyca musa mia
Del oyente otorgare la paciencia
Para una breve digresion licencia.

Y que por esta sola vez rompiendo
La brevísima accion y corto asunto,
Que á toda priesa y brevedad siguiendo
Desde el primero voy al postrer punto,
Pueda volver atrás, donde cogiendo
El agua en su principio todo junto,
Con clara brevedad se entienda y vea
Quanto aquí falta, y el lector desea.

Yo al punto volveré de mi victoria
A nueva diligencia y paso largo,
Que es breve el tiempo, y grande la memoria
Que para darla al mundo está á mi cargo:
Pues luego que de amor la dulce gloria
Al Conde y á su esposa en llanto amargo
El Casto Rey volvió, y en noche obscura
Uno puso en prision, y otro en clausura;

A Bernardo crió en mantillas de oro,
Con nombre de hijo, y con igual cuidado,
Guardando á su real sangre el decoro,
Y á la alta estrella de su invicto hado;
Cuya luz dixo, que del pueblo moro
Verdugo cruel seria en campo armado,
Y los agudos filos de su espada
Muro invencible de su patria amada.

Entre los que en sagaz destreza vana
De los astros midieron la influencia,
Y del natural hado y suerte humana
El sutil peso hallaron en su ciencia,
Fué Alcina por el gusto de Morgana,
Y Orontes en su mágica experiencia,
Por el gusto de Alcina, en cuyo gusto
Se dice que alcanzó mas de lo justo.

Era Orontes un viejo descarnado,
De vivos ojos, y mirar compuesto,
Cetrino en la color, alto, delgado,
Cuidadoso, sagaz, grave, modesto,
Calvo, corva nariz, rostro afilado,
Blanca la barba, en el vestido honesto,
Y que en su aspecto, gravedad y talle
Velle ponia aficion, gusto hablalle.

De conjurados cercos y abusiones
Mas que Zoroastes y Merlin sabia,
Ocultos pactos, firmes convenciones
Con todo el reyno de Pluton tenia:
Con un breve carácter diez legiones
De apremiados espíritus traía,
Mas sujetos al yugo de sus leyes,
Que al de un recio gañan dos tardos bueyes.

Lo que Merlin no supo, que es la tasa
Con que crece la mar y vuela el viento,
Dónde el firme pisar halló la basa
Sobre que el mundo estriba y hace asiento,
Quién al tiempo pasado alquiló casa,
O en qué camina tanto el pensamiento,
Este sábio lo supo, y mayor fuera
Si solo conocerse á sí supiera.

A este entregó la cuidadosa Alcina
Al tierno niño Conde de Saldaña
Su noble crianza, su sagaz doctrina
Al santo rito y cristiandad de España;
Y que de un riesgo y muerte repentina
Libre le saque su cautela y maña,
Que envidia á un gran valor siempre hizo guer-
Y el del Infante es único en la tierra. [ra,

Dióle para esto un libro de Morgana,
Que es de magos el cerco mas seguro,
Y su aspecto Pluton, á quien se allana
La ciega potestad del reyno obscuro:
Que al rico todos dan en pompa vana
Lisonjera obediencia hasta aquel muro
Que el de la muerte abraza, donde el yerno
De Ceres vive y muere en fuego eterno.

Quedó con la virtud del nuevo encanto
Orontes superior á los mas diestros,
Sirviendo de aprendices en su encanto
Los que antes le servian de maestros:
Esto pudo el quaderno, y puede tanto
En casos venturosos ó siniestros,
Que trocó los del niño, y le trocara
Al cielo el curso si él volar dexara.

Temian los sábios de la altiva Francia
Por ver su invicto Rey en tanta alteza,
Del inconstante tiempo la inconstancia,
Y de sus bienes la infeliz firmeza;
Y los franceses magos con instancia
Procuraban saber desta grandeza,
Quando se habia de cansar fortuna,
Y hacer menguante la creciente luna.

Entre estos Malgesí fué el mas famoso
Sutil encantador, fiel estrellero,
En ahumados cercos prodigioso,
Y en fantásticas sombras agorero:
En las negras cavernas poderoso,
Que con ladrar asombra al Cancervero,
Donde ni alma ni sombra su horno ardiente
Recuece, que á su voz no esté obediente.

Era, segun Turpin, por línea recta
Quinto nieto del Rey de Tuberlanda,
Padre que fué de Nemia la discreta,
Dueña del lago que reynó en Irlanda:
Que en negra tumba y bóveda secreta
Vivo metió á Merlin, y en cama blanda
Le encantó, donde en bosques resonantes
Brama en la gruta y árboles de Armantes.

Desta los libros heredó, y la ciencia,
Por gusto, profesion, parte, y pariente,
Y de estudio ayudado y diligencia
En los mágicos cursos fué eminente;
Donde vió con profética evidencia
El fin cercano á la francesa gente,
Y del niño español la rica espada
De su mas noble sangre matizada.

Ligó en dos nuevos cercos poderosos
Su filo y brazo tierno, ¡cosa extraña!
Que sus lirios se vieron victoriosos,
Francia en las nubes, y á sus pies España:
"Estos, dixo, no son lances dudosos,
Si el fingido Asmodéo no me engaña,
Y hace alterar con su mudanza y truecos
Las vanas sombras destos bultos huecos.

Este es el negro humo que compuso
La falsa secta que nació en Arabia:
El que soñó el alquimia, y el que puso
En los amores la zelosa rabia;
El que al mundo sacó y vendió el abuso
Que con lisonjas de oropel enlabia,
El que intentó privanzas y favores,
Y en la Corte el barniz de aduladores.

Mas vuélvanse las cosas alteradas
Al primer vuelo, y al lugar debido;
Corran del curso natural guiadas,
No con hado violento y detenido:"
Dixo, y apenas de las dos lazadas
Se vió el mágico nudo dividido,
Quando el mundo tembló, y cayó por tierra
La flor de Francia en la gascona sierra.
Asombró al sábio de la rica espada
El riguroso golpe, asombró el vuelo
Del brazo altivo, y ver su patria honrada,
Las águilas y lirios por el suelo:
Quitar quiere al doncel la vida amada,
Y contra el curso del volar del cielo
Detener el feliz, que por su mano
Dispensa á España el brazo soberano.
Esto en un cerco Malgesí trazaba,
En ciego antojo y ánimo obstinado,
Quando el niño Bernardo atento andaba
En ver volar un sacre remontado:
Orontes que tambien tras él volaba
Sobre la alta cerviz de un grifo alado,
De las nubes llover se dexó al suelo
En blando curso, é invisible vuelo.
Y el gallardo doncel por quien venia
En sus brazos tomó, y ligero vuela,
Y no en la silla, porque no sabria
Templar el niño el freno con la espuela:
Huyó con él, quedó el francés sin guia,
Burlada su engañosa centinela,
Que es calva la ocasion, y el punto della
Que consiste en gozalla es no perdella.

Ya del monte Ida en una alegre plaza
Otra vez hizo una águila divina
De un bello niño semejante caza,
De igual beldad y gracia peregrina:
Si aquel le sirvió á Júpiter la taza
De nectar en su esfera cristalina,
A este el cielo á servir le lleva, y llama
Honra á sus gentes, y á sus siglos fama.

Fué hecho el hurto en cercos tan seguros,
Oculto apremio, é invisible paso,
Que á Malgesí y sus mágicos conjuros
Encubierto quedó y nubloso el caso:
Sus ciegos caractéres halló obscuros,
Su traza sin sazon, su tiempo escaso,
Y su apremiada sombra vigilante
De virtud superior vuelta ignorante.

Así al volver sin tiempo la cabeza
El músico de Tracia, en la salida
Del Ténaro sin luz, cuya maleza
Se ve entre verdes pórfidos nacida;
Vuelta vió en ayre vano su riqueza,
Dos veces muerta su costosa vida,
Que él por temprano, y Malgesí por tarde,
No hay quien el punto de ventura guarde.

Esta fué la ocasion que al sábio griego
Ayo le dió del español Bernardo,
A este fin le robó, este fué el ruego
De Alcina, este en su vida el fiel resguardo:
Mas lo que Malgesí en sus rumbos ciego
Ganó con fria venida y paso tardo,
¿Quién lo sabrá decir? ¿con qual aliento
Seguir podré el alcance á tan gran cuento?

Mas conviene, señor, contarlo todo,
Por digna prenda del valor de España,
En quien el santo zelo al cetro godo
Un reyno prometió de gente extraña:
Allí por nuevo y soberano modo
De Leon sonaron en la real montaña
La vez primera en aparato ufano
Los mundos que hoy gobierna vuestra mano.
Allí con ciento y veinte lustros antes
Que el sol viese de España las banderas
Voltear los abrasados garamantes,
Y asombrar de Etiópia las riberas,
Como en sombras se vieron sus triunfantes
Carros romper las tiernas vidrieras
Del cristalino reyno, que por muerte
De Saturno á Neptuno cupo en suerte;
Y que habia de ser suyo este ancho mundo,
Donde el dia muere de volar cansado,
Con el rico tesoro en su profundo,
De rubio oro y de perlas amasado:
Esto en este paréntesis segundo
Es fuerza no dexarlo destroncado,
Que las grandes imágenes en torno
Para sus llenos piden grande adorno.
De aquí tambien cortó á las velas paño
De un feliz curso el nuevo atrevimiento,
Con que el mago francés en vuelo extraño
De su encantado barco surcó el viento:
Grandes cosas al fin de aqueste engaño
Toman en este grave asunto asiento,
Y así es fuerza seguirle por historia
De España digna, y de inmortal memoria.

ALEGORÍA.

En Ferraguto ofendido con la fama de Bernardo, se pinta el ánimo de un ambicioso, que las agenas alabanzas tiene por baldon y menosprecio propio.

En el socorro del Rey Casto se ve como el cielo nunca desampara á los suyos; ni las traiciones, como por la mayor parte se efectúan á ciegas y atropelladamente, llegan á tener buen suceso.

En el conocimiento de D. Teudonio y el Conde de Saldaña envuelto en lágrimas, se muestra que sin la libertad ningun bien hay que sea de gusto.

En el consejo de guerra del César, se ve quan poderosa es una lengua lisonjera en un ánimo ambicioso.

Fin del libro tercero.

LIBRO QUARTO.

ARGUMENTO.

Dexa Orontes por su ciencia á Malgesí colgado de un árbol, donde cayéndosele el libro de sus conjuros, un demonio con la fuerza dellos saca algunas legiones del infierno para destruir á España, y su Angel Custodio los refrena; y haciendo alarde de los muchos Mártires españoles que la persecucion de los moros ha dado al cielo, promete á España un nuevo mundo en premio á su católica religion. Bernardo, entrando en un barco milagrosamente, llega á bordo de un galeon, donde halla presa á Angélica la bella; y habiéndose allí armado caballero por mano de un Rey Persiano, hace batalla con él por la libertad de la Reyna de la China, la qual es arrebatada de un carro de fuego por el ayre.

No bien el sábio Orontes satisfecho
Del robo ilustre en negro hollin tiznado,
De la órden superior un humo estrecho
Contra el mago francés dexó emboscado:
Que en su incauta venida sin provecho
Al pasar le dexó de un pié colgado,
Como negra corneja, que el anzuelo
Las alas le ase, y le detiene el vuelo.

Era la horrible sombra el Rey que á cargo
Los necios tiene, y sus descuidos doma,
Con quien ya fuera el álamo mas largo
A su pié puesto el punto de una coma:
Este al pasar le echó pesado embargo,
Y en lo alto lo dexó de una ancha loma,
A una encantada cerda dada un nudo
Tal, que apenas romperle el tiempo pudo.

Este fué el ciego lazo en que caido
Le vió España, y el Conde de Pontiero,
Con el que aquí y allí quedó corrido,
Y en ambas partes sin su honor entero;
No habiéndole ayudado ni valido
Aquí la ciencia, ni acullá el acero,
Que hay sábios que ni saben, ni son buenos
Sino es para agüerar males agenos.

Perdió turbado el mágico quaderno,
Y quedó preso sin recurso alguno,
Que de mil que sacó del hondo infierno,
A la necesidad no halló ninguno:
Excepto Trashurgin, que el lago averno
Duende no vomitó mas importuno,
Que por cansado hablador sin xugo,
Hasta al infierno sirve de verdugo.

Este acudió, mas no á prestarle ayuda,
Con negra esfera y mágico astrolabio,
Mas por si la obstinada alma desnuda
Prender pudiese al ignorante sábio:
Este pues, cuya lengua tartamuda
Al mundo ofende, y cansa el torpe labio,
Al mago libro arremetió ligero,
Que es propio un hablador para embustero;

Y con él, en figura horrible puesto,
Formando rayas y fingiendo cruces,
Un sombrío esquadron sacó molesto
Del centro obscuro á las odiosas luces,
A librar al francés mago dispuesto,
Con corvos cuernos y ásperos testuces;
Mas el furor del templo aqueronita
La fuerza á todos y el vigor les quita.

No fué en la clara Rodas mas gigante
De pardo bronce su inmortal coloso,
Mas negra tez, mas hórrido semblante,
Ni en talle y proporcion mas espantoso,
Ni en bulto mas obscuro vió delante
De sí la noche al mundo tenebroso,
Quando al cerrar de su enlutado manto
Es quanto por sus sombras vuela espanto,

Que el gran torreon de la fantasma obscura
Que al francés mago en su prision asombra,
De cuyo aspecto la infeliz figura
Un mundo viste de enlutada sombra;
Y así en triste silencio mal segura
La negra esquadra que en sus versos nombra,
El burlon Trashurgin á su ventaja
La soberbia cerviz humilde abaxa.

El viejo Satanás, que es de tres cuernos,
De discordias amigo, y de rencillas,
Cuya rabia revuelve los infiernos,
Y de Aqueronte asombra las orillas;
Viendo allí de sus fuegos sempiternos
Tanta centella y sombras amarillas,
Sembrando guerras con ladrar prolixo,
Vuelto al soberbio Belcebú le dixo:

"Príncipe ilustre, á quien del reyno obscuro
La parte mas indómita obedece,
Y de la triste noche el negro muro
Bañado en sangre por tus manos crece,
Contra quien no hay valor ni arnés seguro
Si el tuyo de una vez se ensoberbece,
A cuyo ceño triste en raudo vuelo
Suele el mundo temblar, y tembló el cielo;

Aquí por pactos que en sus reynos tiene
El francés Malgesí nos ha juntado,
A darle ayuda nuestro infierno viene,
De sus voces y cercos apremiado:
Sola tu invicta mano nos detiene,
Y el inviolable lazo fabricado
Por tu saber, contra quien ya no es justo
Se oponga nueva presuncion y gusto.

Mas si conforme al cerco fué en tu mano
Prender, y el desatarle no está en ella,
No es bien que tanto infierno agravie en vano
La odiosa luz de esa enemiga estrella:
Mas quede en pena al reyno castellano
Humosa estampa de su ardiente huella,
Y sepa el mundo que por estas quadras
Juntas Belcebú tuvo sus esquadras.

Bien sabes que la espada rigurosa,
Que nos echó de encima las estrellas,
Quizá por parecerle peligrosa
Nuestra vecina cólera cabe ellas;
No ha mucho que esta tierra belicosa,
Que ahora con tus negras plantas huellas,
La entregó á nuestra furia, y al castigo
De un poderoso bárbaro enemigo.

Cansada ya de los dislates vanos
En que por tantos años ciega anduvo
Entre soberbios dueños, cuyas manos
Con sus doradas masas entretuvo,
Ya en católicos Reyes, ya en paganos,
De una en otra fortuna se detuvo,
Hasta que llegó el fuego de Vitiza
A hacer su antigua honestidad ceniza.

Este al ardor de mis centellas hecho
Aun mas fuego sacó que yo emprendia,
A un tiempo unidas en su torpe pecho,
Juntas ambas malicias, suya y mia:
No fueron mis discordias de provecho,
Ni ardiera la ambiciosa tiranía,
A no añadir veneno en mis marañas
El sensual calor de sus entrañas.

Con este permitió libre soltura
Al seglar pueblo y religioso estado,
Hasta negar, envuelto en su locura,
Del Vicario de Cristo el principado;
Y sin dexar muralla en pié segura,
Firme torre, ni alcazar almenado,
Las armas derritió, el morrion de guerra
En corva rexa vuelto abrió la tierra.

Iba ciego aprestándose al castigo
Que el cielo á sus delitos prometia,
Yo trazando ocasiones, y él conmigo,
Dando alientos al fuego que encendia;
Hasta que el reyno le entregué á Rodrigo,
Y él al ciego furor de Berbería,
A quien por cruel verdugo á su malicia
Conmigo envió la celestial justicia.

Ya entonces tuve por seguro y fixo
Para siempre mi reyno en esta tierra,
En quien de Jove el belicoso hijo
De su fuego el mayor calor encierra:
De aquí pensé con un rodeo prolixo
Al ancho mundo hacer injusta guerra,
Y ser de la morisca gente solo
El feroz Marte, y el prudente Apolo.

Mas no sé quién ni cómo me ha trocado
El feliz curso á mi primer gobierno,
Y aquel muerto valor resucitado,
Vuelto en firme diamante el pecho tierno:
Salió como de burla en campo armado
De una alta gruta, cóncavo de infierno,
Un capitan, que á la primer jornada
Ni yo le tuve ni el contrario en nada.

Mas como de una mínima centella
Creciendo el fuego una ciudad se abrasa,
Y el ayre que antes pudo deshacella
Feroz la vuela ya de casa en casa;
Así desta vencida gente el vella
Con nuevo brio el sobresalto pasa,
Y llega á punto de engendrar temores,
Que los pequeños riesgos sean mayores.

Mas si tú ahora, príncipe del mundo,
Esta legion y tu poder me prestas,
Fácil cosa será al golpe segundo
Quitar su grave carga de mis cuestas:
Daré con toda España en el profundo;
¿Quien me lo estorbará, si tú le asestas
Un esquadron que pudo sin recelo
Plantar banderas y armas contra el cielo?

Quedarnos ha segura esta cosecha,
Y yo con la española monarquía
Tal, que al infierno harán la puerta estrecha
Los que á tenerte baxen compañia."
Así el soberbio espíritu, deshecha
La lengua en rabia, á Belcebú decia,
Solicitando el esquadron liviano
Para arruinar el reyno castellano.

Quando la negra estatua acaronita,
Mandando sosegar el alboroto,
Así con torpe labio y voz maldita
Volvió á asombrar los árboles del soto:
"Yo antiguo defensor de la mezquita
Que en Meca goza, y tiene el primer voto,
Que su Alcorán forjé de un desatino
Que soñó el imprudente Calcabino;

No tengo mi furor tan olvidado,
Ni el odio interno á esta enemiga gente,
De las que en el bautismo se han lavado,
La mas firme, católica y prudente,
Que si pudiera habérmela tragado,
No haya en mi boca hambre suficiente;
Mas ¿quien podrá contra aquel brazo eterno,
Que es de su mundo universal gobierno?

Alzad los ojos á esa clara nube,
Que en torno ciñe vuestras negras sienes,
Y de España vereis adonde sube
El aumentado colmo de sus bienes:
Y aquel sangriento azote, en quien ya tuve
De su deseado fin firmes rehenes,
La antorcha ha sido con que el pueblo ilustre
De su valor ha descubierto el lustre."

Dixo, y de los ministros inferiores
Cada uno alzando la infernal cabeza,
En luz divina, y rubios resplandores,
Un bulto vieron de inmortal belleza;
Un mancebo gentil, cuyos colores
La nieve y rosas vencen en fineza,
Y el rico manto en varia pedrería
Rayos le presta al sol, y lumbre al dia.

Con dos pomposas alas, cuyo vuelo
Al ayre da los roxos arreboles,
Que el nacar de la luz pinta en el cielo,
Quando hace al dia bellos tornasoles:
Por gala armado, mas que por recelo,
De una celada azul y peto goles,
Que en rubís esta, y este en esmeraldas,
Arden y alumbran por las nubes pardas.

El yelmo en varias plumas enrizado,
Al cuello un tahalí de piezas de oro,
De un entero zodíaco grabado,
Desde el templado géminis al toro:
Y por el peto, y manto de brocado,
Todo sembrado el celestial tesoro
De imágenes, de signos y planetas,
En luz distintas, y en virtud perfetas.

Un venablo en la mano, cuyas lumbres
Al enemigo asombran que las mira,
Y el brioso esgrimir de sus vislumbres
Temor y espanto á los contrarios tira:
Así del cielo por las huecas cumbres,
Quando al vellon de Colcos se retira
El bello dios que tuvo cuna en Delo,
El mundo alegra, y regocija el cielo;

Y el encogido invierno entre celages
Lloroso huye, y baxa la cabeza
Al alegre verano, que en ropages
Llovidos viste el mundo de riqueza:
Tal dexa los nocturnos personages,
De envidia deslumbrados, la belleza
Del Príncipe de España, á cuya mano
Dió su defensa el brazo soberano.

Baxan los rostros de temor rendidos,
Suspensos los furiosos ademanes,
De aceda envidia y de dolor corridos.
Mas que primero dentro en sus afanes:
Tales, que á no tenerlos oprimidos,
Huyeran del infierno á los desvanes,
Como la noche huye de la aurora,
Quando el aljofar cuaja que antes llora.

Mas el divino Príncipe de España,
Con su agradable y natural braveza:
"Estad canalla, dixo, estad zizaña
Del mundo, alzad á oirme la cabeza;
Y sepa quanto de Aqueronte baña
El negro lago y hórrida maleza,
Y el ronco can asombra con ladridos,
Y de las furias siente los gemidos:

Que todo junto ese infernal espanto,
Que al mundo el centro y el reposo quita,
Desde el negro dosel de Radamanto,
Al frágil leño en que Charon habita;
Con quanto de la muerte el triste llanto
En niebla cubre y sombras precipita,
Que contra España aquí vomite y eche,
Haré yo que ni baste ni aproveche.

Es verdad que aquel Padre soberano,
Que sobre el cielo tiene silla eterna,
Y del mundo las riendas en la mano,
Quanto hay en él con su saber gobierna:
Este reyno entregó al furor tirano
De la mahometana rabia interna,
Que con natural odio y pecho osado
Tanta cristiana sangre ha derramado.

Mas no fué todo causa de venganza,
Aunque eran mas que arenas sus delitos,
Que en la pia y justísima balanza,
Diez buenos pesan mas que mil precitos:
Otros secretos fines, que no alcanza
El criado saber en sus distritos,
Dieron fuerza al azote y desconsuelo,
Que de nuevos tesoros pobló el cielo.

¿Qué venas de oro el fértil Duero cria,
Qué fino jaspe el temple de Granada,
Qué turquesas Zamora, qué Almería,
En finísimas ágatas sentada,
Qué vario resplandor de pedrería
Levantó el rayo de la luz dorada
En su playa oriental, quando la embiste
La alegre aurora tras la noche triste;

Que mas la altive, ilustre, y ennoblezca,
Y mas grados le dé de gloria y fama,
Que esta calamidad; por mas que crezca,
Y que el humo la empañe de su llama,
Dándole noble sangre, que enriquezca
El cielo que la coge y la derrama?
Que de tan rica y fértil sementera
Menor cosecha y fruto no se espera.

¿Qué reyno, qué ciudad goza en España
Del fértil suelo que su marca encierra,
Que no le deba á la morisca saña
Algun precioso mártir de su tierra?
¿Qué nacion hay en ella tan exrraña,
A quien le falte gloria en esta guerra?
Dexo aparte las palmas que su mano
Victoriosa quitó al furor romano.

Y ahora ¡á quien no admira aquella fuente
De ilustre sangre, y de saber divino,
Que ayer corriendo en Córdoba caliente
Encima dió del Betis cristalino!
Y el que antes llevó turbia la corriente
Con la ceniza y fuego peregrino
De Isác y sus sequaces, ya con luto
Sangriento lleva al mar rico tributo.

Yo digo el sábio Eulogio, nuevo espanto
De vuestro ahumado reyno tenebroso,
Que despues que pobló el alcazar santo
De esquadra insigne, y campo victorioso;
Y en los hijos de Artemia pudo tanto,
Que á tres de un golpe dió triunfo glorioso,
Y su patricio suelo volvió rico
Con la sangre de Paulo y Ludovico.

Despues que entre suavísimas prisiones
Luz dió y esfuerzo á Flora y á María,
Y tras su voz con limpias persuasiones
Corrió al roxo martirio Leocrecía:
Rodeado de lumbrosos esquadrones,
Su triunfo guió por donde vuela el dia,
¿Qué pérdida venir le pudo á España,
Que á la ganancia iguale desta hazaña?

Mirad de ese encumbrado pirineo
La florida vertiente, mas preciosa
Por la sangre que en ella correr veo
De Alodia santa, y de su hermana hermosa,
Que por sus ricas pastas, que al deseo
Humano hartaron, quando en voz famosa,
Arrojando tesoros del profundo,
Sus llamas dieron nombre y plata al mundo.

¿Como la masa cándida bendita,
Gloria del cielo, y honra de Cardeña,
Gozára España, si la sed maldita
De humana sangre fuera mas pequeña?
Y los brazos y pies que troncha y quita
Al sufrido Rogelio, con que enseña
A pisar mundo, y alcanzar sin manos
Por golpes muertos bienes soberanos.

Al mártir Gundesindo, toledano,
Y el hijo del Rey moro que hoy le rige,
Que para serlo la paterna mano
El cielo ahora en su favor le elige:
A Sisinando, noble lusitano,
Y el gallardo Fandila, que corrige
El juvenil furor, y hace sagrada
Del real Guadix la tierra, y de Granada.

Y de Getulia ardiente la honra antigua,
Que lo fué de Alcalá en su nacimiento,
Y con su sangre en Córdoba averigua,
Que al mundo no quedó ciudad de asiento;
Con otro inmenso pueblo que atestigua
Contra el pagano, en cruz y altar sangriento,
La fe que dexó al hombre encomendada
El Rey que saqueó vuestra morada.

¿Con qué comprára España tal tesoro,
Aunque para hallarlo desvolviera
Los firmes montes tras sus venas de oro
De la codicia la hambre mas hartera?
Ni penseis, hijos del eterno lloro,
Que el gran Rector de la estrellada esfera
Tiene entregada para siempre á España
Al grave yugo de esa gente extraña.
Que ya de hoy mas sin que en menguante vea
El primer punto de su nuevo aumento,
Ni corvo alfange poderoso sea
A usurparte otro paso de su asiento,
Mi español reyno irá como desea
En próspero y dichoso crecimiento,
Hasta aquel siglo de oro, y feliz dia,
Que como antes la vuelva monarquía.
Ni solo el mundo que ahora ondea y baña
De sus dos mares el mudable yelo,
Y esta encumbrada y áspera montaña,
Que con los Francos parte clima y suelo,
Le ha dado el cielo á mi invencible España,
Que no en valde le ha dado España al cielo
Tantas cabezas por su amor perdidas,
Que es rico el cielo, y paga en ambas vidas.
Antes á su Católico Monarca
Un nuevo mundo ha dado y nueva gente,
Donde corra su ley, y ponga marca,
Desde el alba á las sombras del poniente;
Y una ignota nacion, que ahora embarca
El feo Charon sobre su lago ardiente,
Despierte con su luz á nueva vida,
Del mortal sueño en que la veo dormida."

Dixo, y batiendo las ligeras alas,
Que el ayre dexan de vislumbres lleno,
Haciendo alarde de su brio y galas,
Y un arco de oro en su volar sereno;
Gallardo vuelve á las soberbias salas
Del estrellado alcazar, donde en freno
De oro gobierna las crecientes olas
De las varias fortunas españolas.

Así sobre los vientos se levanta,
Tras la serenidad de un pardo dia,
La iris roxa y azul, que siembra y planta
Por el cielo colores de alegría;
Y en lirios de oro su vislumbre santa
El ayre encrespa, y en sus sombras cria
Los bellos arreboles en que sube
A lo alto desde el hueco de su nube.

Quedaron los espíritus inmundos
De envidia y confusion desalentados,
Y los rabiosos pechos en profundos
Dolores y congoxas anegados:
Arruinára su colera mil mundos,
A no hallarse impedidos y apremiados
Del ángel superior, mas sobre el Mago
Vuelan á hacer el impedido estrago.

Y bramando en tristísimos aullidos,
En torbellino y lóbrega manada,
Ya sobre el árbol, ya sobre él subidos,
Mas le afligen, y aprietan la lazada:
Así en las ramas donde estan sus nidos,
La banda de estorninos alterada,
Cruza, vuela, y revuela por el viento,
Trocando ramos, y mudando asiento.

Creció el fiero combate de manera,
Que entre las negras sombras alteradas,
Si el francés de su fé no se valiera,
Alma dexára y vida rematadas;
Mas de entre el humo de la gente fiera,
Hecha una cruz las manos levantadas,
"Jesus, dixo, socorre un siervo triste,
Por quien para morir en cruz naciste."
Y apenas de aquel nombre soberano,
A quien el cielo y el infierno adora,
El dulce acento resonó en el llano,
Bien que en compas de lengua pecadora;
Quando toda deshecha en humo vano
La infernal junta se apagó á deshora,
Quedando limpio el ayre, claro el cielo,
Y de mil monstruos escombrado el suelo.
Malgesí aquella noche y otro dia,
Que de su lazo le duró el tormento,
De rezar no dexó, si bien no habia
Caudal de qué en su obscuro pensamiento:
Solo un breve renglon de oracion pia,
Que escrito vió á las puertas de un convento,
Ese sabia, y ese en dulce vuelo
Llevado de la fe se oyó en el cielo.
De emendar prometió la incauta vida,
Y el pacto obscuro con Pluton guardado,
Mas siempre fué dificil la salida
Del mal que ya en el cuerpo está arraygado:
Al que mas llora la salud perdida,
Dexa la enfermedad menos reglado,
Que es la costumbre un enemigo fuerte,
Y mudar condicion á par de muerte.

Puesto de un pié en sus mágicas prisiones
Dos dias en ciego humo vivió á obscuras,
De su ciencia burlado, y las razones
Que primero adoraba por seguras;
Donde de noche en hórridas visiones,
De dia en bultos, sombras y figuras,
Con fingido temor daban castigo
Al vano presumir del falso amigo.

Hasta que de los bosques comarcanos
Rústica tropa de villanos vino,
Que al lazo haciendo cruces con las manos
El nudo desataron peregrino;
Con que libre se halló de miedos vanos
El mal regido mágico adivino
En el deseado robo del Infante,
En años niño, y en valor gigante.

Esta es la oculta traza, la cautela
Es esta, y este el generoso intento,
Que á hacer á España cuidadosa vela,
De Grecia traxo á Orontes por el viento.
Mas sobre el mar una pequeña vela
Así volar entre sus olas siento,
Que amaynar ó perderse le conviene,
Y á mi ver donde va el que en ella viene.

El que con su primer atrevimiento
Sobre el agua halló nuevos caminos,
Y del incierto mar, y sordo viento,
Los rincones buscó mas peregrinos,
Fixo al principio con medroso tiento
En la ancha playa y puertos convecinos,
El viento en calma, y con la mar serena,
No osa apartar los ojos de la arena.

Crece el aliento, crece la osadía,
Y olvida poco á poco la ribera,
Engólfase hoy, engólfase otro dia,
Y halla la mar mas blanda, y menos fiera:
Pierde el primer temor que le tenia,
Y á nuevo cielo y mundo abre carrera,
Ni golfos teme ya, ni de la airada
Scila la herviente espuma aljofarada.

Que el gusto en sus presentes pretensiones
Atropellando pasa inconvenientes,
Descubre otras riberas y regiones,
Otro cielo y estrellas diferentes,
Otras costumbres, leyes y naciones,
Otra habla, otro trato, y otras gentes;
Y llega al fin del mundo, y playas solas,
Adonde el ronco mar quiebra sus olas.

Tal mi pequeño esquife va rompiendo
El peligroso golfo en que me hallo,
Unas veces en calma, otras corriendo,
Y apenas del temor puedo apartallo:
Por nuevo mundo y cielo discurriendo,
Y pues ya el detenello es anegallo;
Nobles deidades, que guiais mi intento,
Socorred mi barquilla con buen viento.

Y tú, gloria y honor, cetro segundo
Destas ricas antárticas regiones;
Que cerradas de inmenso mar profundo
Ven otro cielo, estrellas, y oriones;
Vuelve los ojos á su nuevo mundo,
Oye mi voz, atiende á sus razones,
Serás mi Apolo, y en la lira suya
Pondrá mi canto, y la grandeza tuya.

Darle has honra y favor en escuchallo,
Y en brio lozano con su nuevo aliento,
El barco tras quien va podrá alcanzallo
Con mas facilidad el pensamiento:
Que conforme á la altura en que me hallo,
Si aquí me falta de tu soplo el viento,
En calma quedaré, y en golfo incierto,
Sin esperanzas del amado puerto.

Por el mar ancho en desenvuelto vuelo
Un barquillo sin alas discurria,
Y ahora ¡ó lustre del iberio suelo,
Sucesor digno del que en él venia!
Luego que al mundo el sin igual modelo
De tu raro valor, con el que cria
Tu antigua sangre real, hizo en Miduerna
Principio ilustre á tu memoria eterna.

Venciendo el campo aleve con su espada,
Su tio en libertad por ella puesto,
Sin darse á conocer dexó asombrada
La Corte al Rey, y del contrario el resto;
Y con la bella oculta retirada
Mas lustre en sus hazañas, y tras esto,
Con las nuevas del nuevo coronista,
Nuevos deseos de gozar su vista.

Despues que el griego mago á sus heridas
Con frescas yerbas dió salud bastante,
Por montañas y sendas conocidas
A las playas guiaron de levante,
Por breñas y quebradas escondidas
Entreteniendo al generoso Infante,
A fin que en la distancia del camino
El curso hiciese de un contrario sino.

Los floridos collados que Ezla riega
Dexan atrás, y la Sublancia loma,
Donde el gran Trismegistro en fértil vega
La ciudad hizo que deshizo Roma;
Y allí de un cerro, que á las nubes llega:
"Ves, hijo, dixo Orontes, donde asoma,
Tras de aquel risco y áspera montaña,
Tu antiguo patrimonio de Saldaña.
Allí el que te dió el ser su estado tuvo,
Y en todo este ancho mundo tus mayores,
Y á tí mas fama en él, que en ellos hubo,
Te espera en tus divinos sucesores:"
Desde allí hasta Fontible se entretuvo
En ver las fuentes de Ebro, que entre flores
Lloran hechos cristal por sus mexillas
Dos riscos en las torres de Mantillas.
Templando el sol con los alientos frios
De las nevadas cumbres de Iduveda,
Pasan por bosques y árboles sombríos,
Entre Bribiesca y Burgos la fresneda:
Pisan de Rioja los alegres rios,
Los collados de Nicla y Valvaneda,
De Orbion las altas sierras y peñones,
Sitio antiguo de Uracos Pelendones.
Aquí miran el lago monstruoso
Que á Duero da las aguas y arrogancia,
Y de adonde con ímpetu furioso
Baxa á buscar los muros de Numancia;
Y entre Agreda á la diestra, y el frondoso
Bosque de Tarazona á igual distancia,
Pasan del rio Moncayo la alta sierra,
A quien dió nombre el que á Palatuo guerra.

Baxan de allí á Tudela, y á Ebro el llano
Vadean humilde por canal estrecha,
Dexan á Xaca á la siniestra mano,
Y á Huesca en Aragon á la derecha;
Y entre Urgel y Cardona el gran pantano,
Que al pedregoso Ayton sus aguas pecha,
Y el campo de Girona ven seguros,
Y allí el de Francia en torno de sus muros.

Era pública voz que la persona
Del César al exército asistia,
Y de sus paladines la corona
Con la suya llevaba y componia;
Y Bernardo en el campo de Girona
Que le arme caballero pretendia,
Mas desabrido ya de la inconstancia
Del Casto, el Rey tomó la posta á Francia.

Triste al doncel la no esperada nueva
Dexó, viendo alargar su deseo santo
De dar al moro de su brazo prueba,
Y al mundo nuevo con su espada espanto;
Y este cuidado tan sin él le lleva,
Y en su disgusto divertido tanto,
Que el caballo sin rienda, y él sin tino,
Al tomar de una senda erró el camino.

De su ayo astuto, y su encubierta gente,
Perdido se halló en un bosque espeso,
El sol ya en las montañas del poniente,
De las tinieblas trastornando el peso:
Dió en caminar sin luz confusamente,
Y por derecha senda, ó curso abieso,
Llegó al mar de Colibre, quando el dia
En el de la Coruña se escondia.

Era en la sorda playa la resaca
El son con que la noche iba creciendo,
Y á cada tumbo por la selva opaca
Las fieras con bramidos respondiendo:
El viento que ni crece ni se aplaca,
Las estrellas sus rayos esgrimiendo,
Él con su gusto, y sus deseos en guerra,
Suspenso, solo, y sin saber la tierra.

Dexó la silla, y el caballo suelto
Pacer sin rienda en el florido llano,
Receloso que su ayo allí le ha vuelto
Para del César le apartar en vano;
Y en este antojo el suyo fué resuelto,
De no tomar las armas de otra mano,
Ni heroyca hazaña acometer que importe,
Hasta ser uno de su casa y corte.

Mas luego que el descuido entre las flores
Robando el alma le dexó dormido,
Una voz tierna hecha de temores
Pidiéndole favor llegó á su oido:
O fuese el viento, ó sueños burladores,
O el sábio que se huyó lo haya fingido,
Porque en principios no del todo humanos
Él lo diese á sus hechos soberanos.

Parécele haber visto una doncella
De un su enemigo sin por qué afligida,
Y que era el enemigo tal, que en ella
El gusto tiene puesto de su vida:
Que el querella causaba su querella,
Y el ser amada la hace desabrida,
Y sin mas ocasion que esta agonía,
Breve socorro á su afliccion pedia.

Salió alterado, y puso con presteza
Furiosa mano á su atrevida espada,
Buscando en vano la mortal belleza,
Que de su favor vió necesitada:
Sacude el sueño, y culpa su pereza,
Y con el alma inquieta, y voz turbada,
Por no la haber con tiempo socorrido,
Así despierto habló á quien vió dormido.

"¿Dónde, ó nueva deidad, mandas te siga?
Muéstreme mi ventura, ó tú, el camino,
En que tu intento y gusto se consiga,
Y el mio de tanto bien no salga indino:"
Dixo, y por ver en vano se fatiga
Por donde fué lo que en el sueño vino,
Que el no ver lo que vió en sombra tan bella,
Que es falta cree de luz, ó sobras della.

A su lado halló unas armas bellas,
De flores de oro y pedrería sembradas,
Blancas y salpicadas con estrellas,
De un verde azul y rosicler grabadas;
Como pudo mejor se armó con ellas,
Y á su cuerpo y á su ánimo ajustadas,
En belicoso fuego se encendia,
Deseando ver lo que durmiendo via.

Un rastro de oro, qual cometa ardiente,
Volando vió cruzar el hueco viento,
Por rayo de un rumor, que de repente
Sacar pareció al mundo de su asiento:
La cercana deidad Bernardo siente,
Y adórala en su oculto pensamiento,
Con los pasos siguiendo, y con la vista,
Del rayo ardiente la dorada lista.

Llegó á la playa, y de la mar salada
Los pies mojó en la combatida arena,
Pasando entre el silencio sosegada
La noche de quietud y sueños llena:
Sin viento el golfo, en calma sosegada,
Como en estanque claro agua serena,
Y el cielo noche y vidas abreviando,
Sobre exes de oro sin parar volando.

Un pequeño batel en la arenosa
Playa sin ver con qué vió detenido,
Y embarcándose en él ¡extraña cosa!
Volando se engolfó en el mar tendido:
De entre las manos no tan presurosa
Sale dexando el ave el caro nido,
Ni el harponcillo de oro mas ligero
De su arco despidió el mejor flechero.

Qual ave ó flecha por el blando viento
Sin dexar rastro el agua va cortando,
En varias cosas puesto el pensamiento,
Y como en todas acertar trazando:
De unas en otras su alto pensamiento
Qual va su esquife por el mar volando;
Mas siga ahora su gusto, huya su pena,
Que de lo que él propone el cielo ordena.

El carro de oro sobre el hombro diestro
Del mauritano Atlante volteaba,
Y en el del sol el carretero diestro
A los caidos Antípodas baxaba,
Y de su vela al marinero nuestro
Rendir el primer quarto convidaba,
Quando el esquife á un galeon armado,
Sin ver cómo, ó por quién, se halló abordado.

El quieto mar en calma le tenia
Pegadas á los árboles las velas,
La gente aun su bullicio mantenia,
Y el primer quarto sus recientes velas:
El bullicioso esquife que venia,
Al temor puso y alboroto espuelas,
Tales, que el que llegaba mas atento
Temia por uno que miraba ciento.

Llegó al real bordo el encantado barco,
Y en deseos de mostrarse los primeros,,
Alperso el roxo, y Galbarin el carco,
Dentro saltaron con braveza y fieros:
Uno diestro en espada, el otro en arco,
Y ambos de los persianos caballeros
De mas denuedo, y opinion mas sábia,
Aquel nacido en Persia, este en Arabia.

El altivo español con la templanza
Que á disfrazar bastó su desden fiero,
Brioso y comedido á la pujanza
Salió del uno y otro caballero;
Y á qué deseado puerto la esperanza
Al pesado galeon lleva ligero
Humilde preguntó, y al, cómo, y dónde,
Así de dos el uno le responde.

"A la gran Siria la derrota lleva,
Si Eolo nos ayuda con su aliento,
Que encerrados los ayres en su cueva,
Con prolixo calmar nos da tormento,
Y andar haciendo de los vientos prueba,
Es propiamente andarse tras el viento:
Orimandro, famoso Rey de Oriente,
Navega aquí con su invencible gente."

Bernardo entonces "lo que á mí me toca
Sabrás, dixo; que soy un navegante,
Que no he hallado con fatiga poca
De mi viage el fin que veo delante:
Mi nombre el Caballero de la Roca,
Poco famoso, y menos importante;
Busco á tu Rey, y solo hablarle quiero,
Si se dexa hablar de un caballero."

"Mi Rey, respondió Alperso, dar no escusa
En todo tiempo á todos grata audiencia,
Ni el verdadero Príncipe rehusa,
Ni en calidades hace diferencia:"
Entró Bernardo por la nao confusa,
Y á los dos que le dieron la licencia,
El contrahecho barco á lo profundo
Libre arrojó de aquel mudable mundo.

Pasó gallardo, la visera alzada,
Sin ser de nadie en nada defendido,
La cámara de popa vió labrada
De precioso marfil y oro bruñido,
De persianos tapices entoldada,
Y allí á una bella dama un Rey rendido,
De aspecto bravo, bien que ya no lo era,
Que le habia vuelto amor de acero en cera.

La Reyna del Catay, la luz mas pura,
Que fué de Europa y Asia fuego ardiente,
La que entregó á Medoro la ventura,
Y á ella los reynos del rosado oriente;
La angélica beldad, la hermosura
Que á nadie dexó libre, el Rey potente,
Hecha su alma un altar de amor injusto,
Por ídolo traía de su gusto.

Y en contemplar su hermosura atento
Mas que hombre estátua muerta parecia,
Insaciable en hartar el pensamiento
Del sabroso veneno que bebia:
Quanto mas bebe queda mas sediento,
Que es el amor mortal hidropesía,
Y el gusto que se veda en quien padece,
El que solo se estima y apetece.

Con blandos ruegos la sazon buscaba
De hallar menos altiva su aspereza,
Mas ni ese ni otro medio aprovechaba,
Que donde falta amor todo es dureza:
Quando él á su desden mas se humillaba,
Mas ella hermoseaba su fiereza,
Que es la muger de suyo áspera roca,
Si amor de cerca ó léjos no le toca.

"Gloria de esta alma tuya, le decia
En su dolor, y en ella transformado,
Si por haber aquesta vida mia
Al gusto de tu altar sacrificado,
Con ese llanto anegas mi alegría,
Y el adorarte pagas con enfado,
¿Qué mas grave tormento se me diera,
Si contra tí otra culpa cometiera?

Bien sabes que fué el término de verte
Feliz principio de rendirte el alma,
Ni te es del todo oculto que en quererte
Al mio ningun amor llevó la palma:
Si solo el dulce bien de obedecerte
Mis gustos tienen por el tuyo en calma,
Anatomía suficiente han hecho
Tus bellos ojos en mi humilde pecho.

No con mayor lealtad el cristal puro,
Ni sosegada fuente en valle ameno,
Detrás mostró del transparente muro
A los ojos su limpio y casto seno;
Ni en torreado alcazar mas seguro
Príncipe fué de sobresalto ageno,
Que en mi pecho se vió, y está en mis ojos,
Gozando un casto amor dobles despojos.

Si con temor te sirvo y reverencia,
Y adoro y temo tanta hermosura,
Si entre mi sufrimiento y tu violencia
Cada hora el oro de mi fe se apura;
Y si es justo vivir en tu presencia,
Siendo mi cielo en cárcel tan obscura,
Aborrecido, y lleno de firmeza,
Hable por mí, responda tu belleza.

Bien sabes que tu ira la he temido
Qual verdugo el cuchillo y brazo alzado,
Qual violencia de Príncipe ofendido,
Qual pequeño batel al mar airado,
Qual vulgo en nuevos bandos dividido,
Qual avariento golpe desusado,
Qual tirano cruel gente alterada,
Qual sagaz capitan gente emboscada.

Y que entre estos temores te he servido
Qual siervo al interés aficionado,
Qual pretensor en Corte entretenido,
Qual á juez dudoso hombre culpado,
Qual page nuevamente recibido,
Qual por conjuro espíritu apremiado,
Y por comparacion mas ajustada,
Qual nuevo amante á dama disgustada.

Y tú por esto me has aborrecido
Qual á cruel enemigo declarado,
Qual labrador á un avariento exido,
Qual noble pecho á un corazon hinchado,
Qual á competidor favorecido,
Qual ánimo ambicioso hombre privado,
Qual prolixa visita alma enfadada,
Y á libres ojos dama recatada.

Entre estas muertes vivo, y desta suerte
Tu aspereza me está martirizando,
Mi esperanza en los brazos de la muerte,
Ya entre vive y no vive agonizando,
Muriendo por los gustos de quererte,
Que es en leyes de amor vivir reynando;
Mas ahora viva ó muera, muerto ó vivo,
Jamas morirá en mí la fe en que vivo.

Ponme al sol que la seca arena abrasa,
O adonde él muere envuelto en tierna nieve,
Ponme al cielo que llueve ardiente brasa,
O al que nieve, granizo, y rigor llueve,
Por donde el dia con su carro pasa,
O la callada noche el suyo mueve,
Que en luz, tinieblas, en calor, y en frio,
Dexaré por ser tuyo de ser mio."

Dixo, y qual si de blanco mármol fuera
Quedó sin habla, sin color, sin vida;
Solo dió el llanto muestra verdadera
De estar al triste cuerpo el alma asida:
¡Duro paso de amor, que enterneciera
Del Caspio mar la roca mas ceñida!
Y en Angélica obró su sentimiento,
Lo que en acero duro el blando viento.

Qual parda encina en años arraygada,
De un desabrido ciervo acometida,
Que mientras mas de aquí y de allí asaltada,
Mas á su firme centro se halla asida;
O qual peña en revuelto mar sentada,
De una y otra y otra ola combatida,
Que el ayre y agua lavan las estrellas,
Y firmes quedan en sus montes ellas:
Tal á los dulces ruegos y blanduras
Del Persa Rey Angélica quedaba,
Rotas de la razon las ligaduras
Con que las suyas convencer trazaba:
Volviéndose á las voces mal seguras
Del deleytoso son que la encantaba,
En muda lengua, y en semblante duro,
Sierpe enroscada al mágico conjuro.
Bernardo con razon quedó admirado
De dos tan diferentes voluntades,
De aquel amor y desamor, causado
De sus mismas contrarias qualidades:
De Orimandro el valor considerado,
De su pena y dolor las propiedades,
A compasion y lástima obligaba,
Mas que á quitarle lo que aun no gozaba.
Mas aquel firme y generoso aliento,
Y aquella fuerza del autor divino,
Que por el ciego mar, y sordo viento,
El alto fin guió de aquel camino,
Era á todo su bien impedimento,
Y la violencia del contrario sino,
Que en no admitido gusto determina
Que muera el Rey por la gallarda China.

Llegó el doncel el rostro descubierto,
Y el persa en verlo entrar salió alterado,
Que ante su ingrata dama el pecho abierto,
Dándole estaba el alma arrodillado:
La que dormido vió halló despierto,
Y viendo el tierno gusto violentado
En que allí está, contra el presente agravio
Así á Orimandro vuelto movió el labio.

"Por tales cursos el del cielo guia
El vario fin de las humanas cosas,
Que á veces gloria del dolor se cria,
Y de un contrario azar suertes dichosas;
Y en la fruta que al gusto parecia
Sazonada, en lisonjas mentirosas
Suele estar la ponzoña entremetida,
Y tras la flor la víbora escondida.

Y así, famoso Rey, si al justo cielo,
Que aquí por varios trances me ha traido,
Con mi venida diere algun recelo
Al gusto en que te hallo entretenido:
El discurrir de su piadoso vuelo
A nuestro bien va siempre dirigido,
Y aquel que de su mano y trazas viene,
Es el que mas á quien lo da conviene.

Si del incierto fin de mi venida
De propósito hubiese de informarte,
Seria tomar tan léjos la corrida
Con desabridos cuentos enfadarte:
Mas la causa entre muchas preferida,
Que en tanto riesgo me obligó á buscarte,
Es pedir de tu mano el verdadero
Honor, título, y voz de caballero.

Soy un mancebo como ves dispuesto
A recibir, señor, lo que te pido,
Noble en linage, y la probanza desto,
El valor que á este punto me ha traido,
Que en pecho hidalgo un corazon compuesto,
Ya por su propia sangre es bien nacido;
Yo siento ahora en mí que soy qual digo,
Y cada uno es de sí el mejor testigo.
Lo demas, si tú gustas por ahora,
Para tiempo y sazon mas larga quede,
Que descubrir de un hombre en sola un hora
El pecho, ¿quién sin Dios hacerlo puede?
Esto, señor, por la que el tuyo adora,
Pues nada pido injusto, me concede;
Despues sabrás de la venida mia,
Quién soy, á lo que vengo, y quién me envia."
Dixo, y el Rey con esto satisfecho
Quedó, sino seguro, reportado;
Bien que el medroso amor, el noble pecho
No le dexó, aunque libre, asegurado:
Que lo mas imposible da por hecho,
Porque el amante viva recatado,
Y en las leyes de amor quien no temiere,
Burla, si dice que de veras quiere.
Y así le respondió: "de tu venida
La causa podrás darnos que quisieres,
Y á los largos discursos de tu vida,
O añadir gustos, ó acortar placeres:
Que una imaginacion tan divertida
En nada dudará que le dixeres,
Baste por tí que el título pedido,
Ya en desearlo le hayas merecido.

Y si al honroso peso estás dispuesto,
Que en la voz del heroyco nombre carga,
Y en esos delicados hombros puesto,
Pesado yugo no es, ni grave carga;
Sino reparas en lo mas que es esto,
Menos el riesgo de la muerte amarga
Tu brio enfrenará, yo te concedo,
Sino quanto me pides, lo que puedo."
Dixo, y en silla de marfil labrada
Por mayor aparato fué á sentarse,
Antiguo rito, y ceremonia usada,
En que actos tales suelen celebrarse;
Bernardo, desciñéndose la espada,
Fué á la oriental Princesa á presentarse,
Y á los pies puesto del soberbio estrado,
Así le dixo ante ella arrodillado,
"Retrato vivo del valor humano,
Sino eres sombra ó lumbre del divino,
Reseña y toque del pincel y mano
Que á tan gran perfeccion abrió camino;
O seas toda del coro soberano
Angel de luz, ó bulto peregrino,
De la masa mortal, en lo que quiero,
Séame tu alta beldad dichoso agüero.
Esta espada, señora, que te juro,
Que en servirte estará siempre ocupada,
De esa tu tierna mano, ó marfil puro,
Para nuevas victorias me sea dada;
Que este favor me guardará seguro,
Y á ella de agenas fuerzas inviolada,
Mostrando que al caudal humano excedes,
Si esto es lo menos de lo mas que puedes."

La suspensa beldad de divertida
Apenas dió al doncel grata respuesta,
Que en sus disgustos y afliccion metida,
Estaba en tristes sentimientos puesta;
Que aun de cuidado ageno es ofendida
La muger que de veras es honesta,
Y su fama y honor tan delicado, [do.
Que á un soplo, ó queda muerto, ó destempla-
Calló, y fué su callar templada muerte
De discrecion tan lleno y de cordura,
Que al discurso mas vivo y eloqüente
En proporcion venciera, y en dulzura;
Y en grave pundonor la altiva frente,
De arrogancia mas llena y hermosura,
Que de flores la aurora aljofarada,
Al gallardo doncel ciñó la espada.
El Persa Rey en nuevo triunfo aparte,
De una trompa marcial al ronco estruendo,
Espuelas calzó de oro al novel Marte,
Ya todo en belicoso fuego ardiendo;
Y de perlas un bárbaro estandarte,
Con las persianas armas descogiendo,
Así en semblante y ánimo severo,
La fe juró debida á caballero.
"Por estas invencibles armas juro,
Y los secretos desta noche muda,
Que envuelta va pasando en ayre obscuro,
De espantos llena, y de color desnuda;
Por ese claro y estrellado muro,
Que nuestras vidas con sus vueltas muda,
Y el resplandor de sus lumbreras bellas,
Y la deidad que asiste en él, y en ellas;

Que la inviolable fe de caballero,
Que al nombre heroyco debo que hoy recibo,
Segura y salva á todo un mundo entero,
El tiempo guardaré que fuere vivo:
Ni por mi punto perderá el severo
Marte el grave rigor del suyo altivo,
En quanto en sus sagradas leyes manda
El feroz Rey que gobernó en Irlanda.
Daré favor á quien pidiere el mio,
Y á quien no le pidiere si está opreso,
Y en libre campo, y justo desafio,
Ni hacer consentiré ni haré exceso:"
Dixo, y dexando con gallardo brio
Del bárbaro estandarte el grave peso,
Así en nuevo ademan al persa fiero,
Que atento le escuchó, le habló severo.
"Invicto Rey, si al celebrado pacto
En tus heroycas manos se le debe
Asiento firme, y que en respeto intacto
Siempre delante el de su intento lleve;
Si ya no en sola ceremonia el acto
Presente ha de acabar su curso breve,
Mas la justa promesa á tí debida,
El suyo es bien que iguale al de mi vida;
La misma fe á tu real valor jurada
Sin culpa me ha de dar nombre de ingrato,
Si tú con voluntad mas concertada
No grangeas ese cielo, ó su retrato:
Y su hermosura, al parecer forzada,
En su libre la das y honroso trato,
Donde podrás por término debido
Grangear, pues lo mereces, ser querido.

El manjar de sabor mas sazonado,
A quien le falta gusto es desabrido,
Y adonde no hay amor todo es enfado,
Y el mas alto valor aborrecido:
El mundo por tu brazo conquistado
Podrá ser, y no un pecho endurecido,
Y mas de una muger que importunada,
Lo mismo que antes le agradó le enfada.

Las de mas tiernas almas, mas briosas
Por no humillar de su arrogancia el viento,
De los gustos que estan mas deseosas,
Fingen mas sacudido el pensamiento:
El descuido las vuelve cuidadosas,
El cuidado es especie de tormento,
Los que menos procuran sus favores,
Son los que entre ellas gozan los mayores.

Quieren sin igualdad ser tan señoras,
Que nada fuera de su gusto valga,
Y que él señale qual relox las horas
Al curso de la vida mas hidalga:
Si esto es qual ves el gusto que tú adoras,
¿Cómo harás que ajustado al tuyo salga,
Si en él con nuevas leyes forzar quieres
La antigua libertad de las mugeres?

Vuelve, señor, pues á tu honor conviene,
El que hasta aquí á esta dama has usurpado,
Busca otras reglas, que el amor las tiene,
Mejores que estas para ser hallado:
La humildad no disgusta, y entretiene,
Que amor no cabe en corazon hinchado;
Servir y porfiar todo lo alcanza,
Quando ambas cosas se hacen con templanza.

Y esto no yo, mas la razon lo pide,
Y la obligacion nueva en que me hallo,
Con ambas cosas tu apetito mide,
Porque ninguna en tí pueda estorballo;
Que lo que sin sazon su efecto impide,
Yo estoy resuelto ya de atropellallo,
Y que esta vez nos dé la incierta suerte,
O á ella la libertad, ó á mí la muerte."

Qual suele destrozado peregrino,
Del largo mar y tierras enfadado,
De léjos viendo el fin de su camino,
La amada patria y puerto deseado,
De un no esperado viento repentino
Hallarse en nuevos riesgos arrojado,
Quando ya libre consagrar queria
Su roto barco al dios que fué su guia;

Tal el Persiano Rey oyendo estaba
Quanto el doncel del mar decirle quiso,
Que de iras lleno su furor llegaba
En desesperacion á ser remiso:
Y ya por esto, ó porque su alma brava
Mostrar pudiese en trance tal su aviso,
En grave aspecto á la demanda puesta
Dió este breve discurso por respuesta.

"Aunque en vuestras razones se conoce
La mucha que es seguir su dulce acento,
Ni el tiempo quiere ni mi honor que goce
El de un tan acertado pensamiento:
Que el bien mezclado al mal se desconoce,
Y así, aunque en mi confuso pecho siento
El bien y el mal, y lo mejor apruebo,
Aquello solo sigo que repruebo.

Que la invencible fuerza de los hados,
Quando ha de echar un alma por el suelo,
Si los sentidos dexa desatados
A los sanos consejos que da el cielo,
Traelos al libre gusto tan trocados,
Que en vez de alivio sirve de recelo,
Y aquel que á la razon va mas medido,
Es della con mas dudas admitido.

Y así los vuestros, aunque en la aparencia
De su valor descubren la importancia,
Conmigo hacen tan mala conveniencia,
Que toda su harmonía es disonancia;
Y el cielo en esta nueva diferencia
Concluir de un golpe quiere mi arrogancia,
Trayéndome para ello á tal estado,
Que sea sin pedirlo aconsejado.

Si la vida, la honra, y el contento
En mí se han de acabar todo en un dia,
Y á la fortuna, amor, y mi tormento,
Tanto estorbo les es la vida mia,
Nada me podrá ser impedimento
Que no muera vengando mi alegría,
Y consuelo es al fin de desdichados,
A no poder ya mas morir vengados.

Y vos, valiente y nuevo caballero,
Si á vuestros pies quedare sin la vida,
Quando sepais la causa porque muero,
La juzgaréis por bien ó mal perdida;
Que por lo que padezco, y lo que quiero,
Tengo por experiencia conocida,
Que en materia de gusto, y pretendello,
Estorba al alcanzallo el merecello."

Dixo, y qual bravo toro, que admitido
Ve en su lugar quien le ha desafiado,
En rabia ardiendo, en zelos encendido,
Corva la frente, el pecho levantado,
Escarvando la tierra al fresco exido,
A un golpe piensa de quedar vengado,
Y la contienda y zelos acabada,
Libre y señor de su vaquilla amada;

Bien así el Rey de Persia en rabia ardia,
Y á la incierta venganza se aprestaba,
Con los medrosos zelos no podia
La cólera enfrenar que ardiendo estaba:
El yelmo de oro, que á la noche fria
Un nuevo sol de pedrería formaba,
Se enlazó, y la ancha plaza del navío
Palenque dió al dudoso desafío.

Era en forzosos trances el persiano
En golpes diestro, en ánimo orgulloso,
En gusto y paz discreto y cortesano,
En guerra y armas fiero y peligroso:
Ahora con su ardiente amor lozano
En nada halla á su quietud reposo,
Ni al novel tierno en su español denuedo
Un mundo de contrarios pondrá miedo.

Los brazos altos, y altas las espadas,
De un bélico furor dexan llevarse,
Y las valientes fuerzas abreviadas
De un golpe quieren por igual vengarse,
Que es flaqueza en defensas excusadas
Buscando tiempos sin sazon cansarse,
Y no abreviar pudiendo la victoria
Hacer el pecho indigno de su gloria.

Crece el furor, y ponen sus espadas
Lumbres al ayre, y á la mar plumeros,
Y al cortar cercos de oro en las celadas,
Las rodillas por tierra sus guerreros;
Cuyas robustas fuerzas alentadas
Así se aumentan con los golpes fieros,
Que en cada qual parece que revive
Nueva fuerza y vigor del que recibe.

La altiva causa de la lid sangrienta
Suspensa mira el riguroso estrago,
De cuyos golpes la áspera tormenta
La mar pretende hacer de sangre un lago:
Y ni del todo triste ni contenta
Tiene qualquier favor por aciago,
Que de su ocasionada hermosura
Ninguna guarda juzga por segura.

Teme que venza el Rey, y no querria
Ver salir su contrario victorioso:
Desea, quando Bernardo le heria,
Ser escudo del golpe peligroso;
Y si en el persa siente mejoría,
Eso tambien la saca de reposo,
Que entre antojos contrarios puesta en duda,
A qualquier viento, al fin muger, se muda.

Ni se hallaban los dos menos revueltos,
En golpes vivos, y en las lenguas mudos,
Qual dos leones de Numidia sueltos,
De rabia llenos, y piedad desnudos:
En roxa sangre sus arneses vueltos,
Y en mal formados quartos los escudos,
Y la indómita saña tan entera,
Que ella parece acero, y ellos cera.

A la argentada luz de Cintia bella
Son en el diestro herir retrato vivo,
Uno del orion armada estrella,
Otro del roxo serpentario esquivo:
De la vara fatal del dios que en ella
Trae dos dragones de oro fugitivo,
Que en contino anhelar los pechos llenos
De ira derraman sin cesar venenos.

Dos largas horas la victoria en duda
Suspensa tuvo la neutral batalla,
Y á cada golpe la opinion se muda,
Ya en este, ya en el otro de alcanzalla:
Y sembrado el combés de la menuda
Blanca hebilla y de enlazada malla,
Entre la roxa sangre que corria
Un escarchado rosicler fingia.

Mas ya cansado el persa de reparos,
De fieros golpes y de sangre lleno,
Del roto escudo los grabados aros
Del ciego ayre arrojó al cristal sereno:
Rompió al caer del mar los tumbos claros,
Y desatando al sufrimiento el freno,
A dos manos tomó la firme espada,
Que ha de dexar su cólera vengada.

Con ella, y con la furia que alcanzaba,
Que á las parejas con su amor corria,
Al español buscó, que le esperaba
Debaxo el medio escudo que tenia:
Si lo halla esta vez, con ella acaba
De sus rabiosos zelos la porfia,
Que donde quiera que su golpe acierte,
Si hallare vida meterá la muerte.

Mas el diestro novel que vió el mandoble
Baxar cortando en dulce silbo el viento,
Del presto cuerpo hurtó el aliento noble,
Dando lugar á su furor violento;
Y él un pequeño rasgo al peto doble
Abrió del hombro á la escarcela á tiento,
Tal que entre su grabado y pedrería
La eclíptica del cielo parecia.

Y él al volver en sí del golpe fiero,
Con tal violencia le arrimó una punta,
Que no bastando del templado acero
Contra su fuerza la defensa junta,
Por un costado entró, donde ligero
Un nuevo rio de roxa sangre apunta,
Y ayudando otra, y de un revés el vuelo,
El grave Rey de Persia vino al suelo.

Mas no tan presto al jugador valiente
El hueco globo salta á la ancha mano
Desde la firme losa, que en ardiente
Vuelo le escupe por el ayre vano,
Como el persa feroz la altiva frente
Del suelo que hirió levantó ufano,
Y en no vencido aliento, con voltario
Luchar se anuda y ciñe á su contrario.

Las firmes garras codicioso emplea
En anudar al gran pilar de España,
Que con igual codicia le rodea,
Y el cuerpo, hombros y piernas le maraña:
Nuevo, aunque humilde modo de pelea,
Donde las fuerzas prueban, y la maña,
Entre un estrecho revolver de brazos,
A hacer las honras ó el honor pedazos.

De las heridas las sangrientas fuentes
Al mar tributan con calientes rios,
Y su falta en los firmes combatientes
Las fuerzas mengua, pero no los brios:
Danse en abrazo cruel nudos valientes,
De sangre propia llenos y vacíos,
Y aquí y allí en teson revuelto y vario
El menos brioso lleva á su contrario.

Del bizarro español tengo recelo,
Que es arrogante y bravo su enemigo,
Y aunque le ha hecho desgraciado el cielo,
Nadie le ha hecho injuria sin castigo:
Si falto de virtud no viene al suelo,
Tambien desta verdad será el testigo,
Que ya feroz dos veces ha intentado
A esconderle una daga en el costado.

Mas el leonés brioso, á quien agrada
Ver su alegre victoria antes del dia,
Libre de sí le sacudió, y la espada
A buscarle tras él furiosa envia:
Y hecha dos la riquísima celada,
Dió fin el ciego amante en su porfia,
La de su ingrata dama antes cumplida,
Que ella de su crueldad arrepentida.

Triste y sin gusto el castellano pecho
En la caida quedó del Rey Persiano,
Temiendo haber su indigna muerte hecho
Cruel principio al de su heroyca mano:
Y él en su sangre y su furor deshecho,
Si á todos dió dolor, no al inhumano
Corazon de su dama, que quisiera,
Que porque mas penara no muriera.

La feroz gente del vencido amante,
Que su Rey vió en tan triste estado puesto,
A vengarlo ó morir salió arrogante,
Con armas dobles, y con paso presto:
Cercan al vencedor, que en brio bastante
A toda aquella injusta furia opuesto,
Ningun golpe recibe, que el mas fuerte
Su herida no le pague con la muerte.

Qual leon de Libia, ó jabalí cerdoso,
De mastines sin dueño rodeado,
Que entra, acomete, y sale victorioso
Del tímido esquadron desordenado,
Y á uno, á dos, y á tres dexa brioso
De sus blancos colmillos ostigado,
Y el mas lozano, y de mayor guedexa,
Que antes mas le seguia, mas se aléja:

Tal del leon montañés en sangre envuelto
Las nuevas garras dan espanto y grima
Al pueblo infiel, que en paso desenvuelto
Medroso huye su espantosa esgrima:
Y él, libre ya del vulgo inútil, vuelto
Al desangrado Rey, que aun vive, aníma
A volver del desmayo, y dar aliento,
Si ha quedado por donde, al pensamiento.

Como el que en tristes sueños se hundia
Al ciego buche de una sierpe brava,
Si entre sus negras garras le halla el dia
Despierto ve lo mismo que soñaba;
Tal el persiano amante en sí vólvia,
Y tal en sangre envuelto contemplaba
La obscura imágen de la muerte fiera,
A cuyo autor habló desta manera:

"Justa venganza de mi injusta vida,
Para esto de los dioses enviado,
Déxala ya de un golpe concluida,
Abrevia tu victoria y mi cuidado,
Que es cruel compasion, piedad fingida,
Dexar con vida un cuerpo desdichado,
Y el que mas de oro á su placer se viste,
Es á una alma sin él sepulcro triste.

Ya he visto por mi mal lo que amor puede
En un pecho á quien falta la ventura,
Quanto á un breve placer la pena excede,
Y el mas fundado bien quan poco dura:
Si esto así al mas dichoso le sucede,
Dame de un golpe suerte mas segura,
Que es dar la vida á quien la muerte agrada
Género de crueldad disimulada.

Mas si este bien con los demas me veda
La estrella que á este paso me ha traido,
Este ahora á lo menos me conceda
Por premio á lo que en daño la he seguido:
Que esta tasada vida que me queda
Se pierda donde el resto se ha perdido
A los pies de una ingrata, con que vea
Cada uno de los dos lo que desea.

Ella mi alegre muerte, y yo su amada
Cara, en verme morir grata y contenta,
Veré tambien si estar desenojada
Su hermosura y gracias acrecienta:"
Dixo, y la real cabeza reclinada,
Que Bernardo en sus brazos le sustenta,
En diversos remedios que le aplica,
Así el de la esperanza fortifica:

"No se ahogue en tu mal la confianza,
Que los tiempos trocar podrán su suerte,
De los vivos es propia la esperanza,
Que llega hasta las puertas de la muerte:
Vive, que si fortuna y su mudanza
Han podido á tal término traerte,
El pardo cielo de celages lleno,
De turbio suele amanecer sereno."

Así le anima, si en tan triste estado
Palabras son materia de consuelo;
Y habiéndole la sangre restañado,
Curar le hace, y levantar del suelo,
Y de la bella dama al rico estrado
Llevarlo, como á trono de su cielo:
Mas ella le dexó, y se salió fuera,
Que es darle vida el esperar que muera.

Quedó el persiano viendo la aspereza
Ni de nuevo sentido ni admirado,
Que habia ya hecho en él naturaleza
Ser con desdenes y rigor tratado:
Bernardo la crueldad con la belleza
Amasada juzgó en un mismo grado,
Sobre el tirano pecho que en el mundo,
Ni en desden tuvo ni en beldad segundo.

Iban pasando entre el silencio mudo
La obscura noche, y sus calladas horas,
El ayre negro de color desnudo,
Lloviendo en sueños sombras burladoras,
Que en dulce lazo, y encantado nudo,
Las penas atan en su herir traidoras,
Y el sosegado mar riendo en calma
De la tormenta en que se anega el alma.

Quando el cielo en sus exes trastornando
La húmeda noche con sonoro estruendo,
Las circunstantes sombras fué aclarando
De una fogosa nube el bulto horrendo:
En sesgo vuelo por el ayre blando,
Con prestas alas de oro descendiendo
Sobre el suspenso mundo, á quien traía
Antes del alba el no esperado dia.

Y ella en ardientes cercos repartida,
Al ronco son de un espantoso trueno,
La luz dexó de que venia texida
El ayre de dorados rayos lleno;
Y una nueva deidad de luz vestida
Feroz salió de su abrasado seno
Con tanta magestad, que en el navío
Al pecho mas brioso quitó el brio.

Un carro ardiente de metal sonoro,
Cuyo pesado yugo en sus prisiones
Hace humillar con las coyundas de oro
La enroscada cerviz de dos dragones,
Volar se vió, y ardiendo entre el tesoro
De sus grabadas ruedas y florones
Un tierno corazon, y allí esculpido
De fuego azul "Venganza de Cupido."

Al tiempo que estas sombras temerosas,
Nocturnos monstruos de celages hechos,
Las fuerzas refrenaron mas briosas
Con luz medrosa á los presentes pechos,
La grita comenzó y voces llorosas
De Angélica, que en lazos de oro estrechos
Por superior violencia el bulto preso,
Al grave carro dió liviano peso.

Y luego que huyendo en sombra vana
Las fantasmas volaron por el viento,
Y el roxo oriente y lúcida mañana
De luz al mundo dió dorado aliento,
Todos por justa dan de la inhumana
Reyna la grave pena y el tormento,
Y bien que el cielo así lo ordene y mande,
Porque á ingratos ningun castigo es grande.

Mágicos cercos de la Hada Alcina,
Al encantado carro dieron vuelo,
Y allí apremiado de la ingrata china
En silla ardiente el corazon de yelo:
O sea al persiano Rey dar medicina,
O de la Hada cuidadoso zelo
De su leonés, y el riesgo que corria
En la angélica dulce compañia.

Que era en trato y beldad tan poderosa,
Y así eficaz en un sabroso engaño,
Que nadie la vió afable, ó desdeñosa,
Que libre se escapase de su daño:
Despues diré de la carroza hermosa
Y su celestial robo el curso extraño,
Que es largo aquí tan dilatado cuento,
Y corto á ingratitud qualquier tormento.

El persa Rey, á quien la Hada en vano
Para sanarlo le quitó la vida,
Quedó qual sin sus flores el verano,
La esperanza tambien en flor perdida:
Sin alma, que en el carro soberano
A la belleza fué del robo asida,
Y él en el ciego caso no pensado,
Qual con hora menguada hombre atajado.

Las manos con mortal dolor torcia,
Y al riguroso cielo levantadas,
"Si allá algun dios, con lágrimas decia,
La cuenta toca de almas desdichadas,
De las injustas penas de la mia,
¡Cómo, estrellas, volais tan descuidadas!
Y tú, muerte, que el gusto en hiel conviertes,
¡Quando con una acabarás mil muertes!
Ligero tiempo, que qual libre flecha
Del mundo haces correr el curso blando,
Veloces dias de medida estrecha,
Ruedas que el bien y el mal vais devanando;
Y tú, mi gloria, que á su corte hecha
Por el ayre deshecha vas volando,
¿Quando daréis la vuelta á mis enojos,
Y volverán á ver su luz mis ojos?
Mas ya que el ofendido cielo ha sido
Quien en venganza de mi loco intento
La robada beldad habrá traido
La vez segunda al triste altar sangriento,
Y de la infeliz Creta el encendido
Fuego abrasa á vueltas mi contento,
Dando al cuchillo sin poder valella
El blanco cuello de mi imágen bella;
Si á peso del dolor se da el contento,
Si al peso de los bienes dan los males,
Si á breve bien pequeño sentimiento,
Si á pérdida mayor penas iguales;
Conózcase por esto mi tormento,
Que soy quien perdió bienes celestiales,
Y grangeó por un regalo tierno
De vida celestial muerte de infierno."

Dixo, y en la experiencia de su daño
Concluyó que era falto de ventura,
Basa en que estriba el laberinto extraño
Del intricado error de su locura:
Mas del amor el deleytoso engaño
Con nuevas esperanzas le asegura,
Que aunque dudosa y larga medicina,
Las postas son en que el deseo camina.

Y el gallardo español con el recelo
De que tan noble Rey sin culpa muera,
Así le dice, y da por mas consuelo
De su venida relacion entera:
"Si por la cuenta y cómputos del cielo
La nuestra viene á ser mas verdadera,
No hay porque un golpe tanto te lastime,
Ni adverso azar que un alma desanime.

De tus gustos no temas, que si el viento
No con fantasmas me engañó aparentes;
Y en sueño vano, y loco fingimiento,
El tiempo á conocer me dió á tus gentes:
Del grave riesgo de ese altar sangriento,
Y el cuchillo que así en el alma sientes,
Libre tu dama la conserva el cielo,
O en tronos de oro allá, ó acá en el suelo.

La noche ya en el denegrido oriente
Sus cortinas de luto desdoblaba,
Y el torpe nudo á la cansada gente
Los lazos del cuidado desataba;
Y en ocio los sentidos blandamente
Con dulce delirar encadenaba,
Quando mi cuerpo sobre un verde prado
En su nudo tambien quedó ligado.

Y no tan presto por la sombra vana
El alma á su quietud voló sabrosa,
Quando la bella imágen soberana
Mis ojos vieron de tu ingrata diosa;
Y en grave presuncion, y en pompa ufana,
Mas que en el tierno oriente el alba hermosa,
A mí se vino, y con semblante amigo,
"Ven á librar mi honor de su enemigo"
Dixo, y dando la vuelta con sereno
Rostro, vestida de una luz rosada,
De olor dexó divino el ayre lleno,
Y el resplandor mi vista deslumbrada:
Y ella subida al estrellado seno,
De una vislumbre celestial bañada,
Mi atenta vista, tras su presto vuelo,
Aquella estrella mas contó en el cielo.
Estas armas despierto vi á mi lado,
Y el pequeño batel en que venia,
Donde sin ver por quién me hallé embarcado,
Tras el deseo de ver lo que antes vía;
Y el barco por sí mismo gobernado
Aun que iba volando parecia,
Hasta el bordo real deste navío,
Donde en entrando en él vi hundirse el mio.
Pues si del mundo el superior gobierno
Aquí me traxo en tan sabroso engaño,
Y á librar de tu fuerza el bulto tierno
El fin guió de mi viage extraño,
La oculta traza del saber eterno,
Ni por el suyo fué ni por tu daño,
Que para haberle de quitar la vida,
Superflua hubiera sido mi venida."

Dixo, y por el oriente el alba helada
Falta salia de luz y de alegría,
La mar aunque sin viento alborotada
Con sordas olas el galeon batía
En huecos tumbos de cristal preñada;
Y quando á veces sin pensar venia
Un tardo viento que en las velas daba,
Mayor tristeza y soledad causaba.

El deseado sol turbio encogido
A sembrar comenzó lumbre al oriente,
Entre negros celages escondido
De su ancho rostro de oro el rayo ardiente:
Y el ronco son de un áspero gemido
Suena en la nao, y su afligida gente,
Que donde al gusto huye la alegría,
Así amanece el sol, y nace el dia.

ALEGORÍA.

En la prision de Malgesí se muestran los grandes daños que se siguen de perder una ocasion; y el quedar colgado de un árbol al tormento de los espíritus, el remordimiento que queda de haber perdido por descuido la ocasion, y las varias congoxas que al hombre contemplativo siguen en la vida activa fuera de su quietud.

Los demonios, que tratan de destruir á España, muestran la insaciable sed que tienen de nuestra perdicion, y con que gusto y facilidad la harian, si el freno de la potencia divina no los detuviese, significada por el Angel Custodio de España, que descubre quan cortas fuerzas son las del

infierno para ofender á los que el cielo tiene por amigos.

En Bernardo, que guiado de un cometa se entra en un barquillo encantado, que le lleva donde Orimandro le arma caballero, se muestra que al varon obediente, que sin reparar en inconvenientes, de veras se pone á seguir las inspiraciones del cielo, él tiene cuidado de sacarle victorioso y honrado de las mismas ocasiones en que le pone.

Por Orimandro, que sale vencido y lastimado en la honra y el cuerpo, se ve como el vicio todo lo lastíma y afea. Y Angélica robada en un carro de fuego, es el pensamiento amoroso de un amante, que volando navega sin saber adonde, y jamas tiene hora de reposo.

Fin del libro quarto.

LIBRO QUINTO.

ARGUMENTO.

Huye Garilo á Francia, donde encuentra á Orlando y otros paladines. Ferraguto libra á Argina de un salteador, y ella le cuenta el martirio de las dos santas Nunilo y Alodia: libra tambien á Auchalí, esposo de Argina, y ambos mueren cristianos. Encuéntrase con Yucef, tio de Galiana, y por relacion se enamora della: y al márgen de una fuente ve en sueños su hermosura, y la de sus famosos palacios. Píntase al fin del libro el consejo de guerra del Rey Casto.

En tanto el francés campo de Girona,
Rendida la ciudad, salia marchando
Por las ásperas sierras de Narbona
A gozar de Gascuña el ayre blando:
Y ya el real asentado en Carcasona,
Por su deleyte el valeroso Orlando
A correr las fronteras de la tierra
En voz salió y en hábito de guerra.

Con él el Duque Naymo de Pavía
D. Silverio de Fox, Dardin Dardeña
Sanson, Duque y Marques de Picardía,
Alberto, Rey pretenso de Sansueña,
Con otra ilustre y grave compañia,
La honra del campo y flor de su reseña,
Que al castillo caminan no distante,
Que un tiempo por Rugero labró Atlante.

Era vulgar rumor que entre las breñas
Del hinchado Pomier suben en vuelo
Del roto muro las gastadas señas
A dar escalas con su frente al cielo,
Donde del Mago anciano no pequeñas
Grandezas goza el enriscado suelo,
Y á ver las de su exército triunfante
En tropa alegre va el señor de Anglante.

En placenteras fábulas sabrosas
De sucesos de campo y montería,
Olvidados de aquellas peligrosas
Vueltas que al mejor tiempo el tiempo envia:
Al dar fin á las cumbres deleytosas,
Con que un monte de flores se vestia,
Dos muertos hombres, y otros seis huyendo,
Del viage suspendieron el estruendo.

Otro que tras los pasos perezosos
Y huellas de un cargado dromedario,
Por entre árboles va en pasos medrosos,
Con sus regates revoltoso y vario;
Viendo de los franceses belicosos
El esquadron á su intencion contrario,
Con astucia sagaz, y maña aguda,
A pedirles llegó fingida ayuda.

Es desta ocasion bella el nuevo caso
Florido ramo de mi heroyca historia,
Por grave azar, que el amagado paso
Suspender pudo de su gran victoria:
Diez lunas volvió á Francia el campo escaso
De gente esta ocasion, esta su gloria
A España suspendió, por tantos meses
Su venida alargaron los franceses.

Tantos la rica sala del tesoro
Detenidos los dió cercos dorados,
Y entre la sed, y la virtud del oro,
En dulce suspension embelesados:
La ardiente hambre del metal sonoro,
Con su vislumbre mágica trocados
Los dió en mudas estatuas, hasta tanto
Que un muerto bulto destruyó su encanto.

Y hasta ver libres los cautivos pechos
De la avarienta sala, el campo junto,
La famosa jornada, y sus pertrechos,
Por un zodiaco entero hicieron punto:
La oculta causa de tan altos hechos,
Delgada raiz deste ahora nuevo asunto
De aquí se ocasionó, esta humilde fuente
Largo curso añadió al de su corriente.

Garilo, ya que el infeliz suceso
De la obscura traicion del bosque opaco,
Contra su lealtad dió largo proceso,
Y culpas al descuido de Filarco,
El Rey ya libre, y el contrario preso,
Por el rio Ezla se salvó en un barco,
A pesar de quien quiso en aquel caso
Por vengar su traicion tomarle el paso.

Salvóse al fin, y á guarecer la vida
En sus trazas juzgó por mas seguro
Hacer á Mahamut de su huida
Forzosa causa, y de su amparo el muro:
Contando el que á su gente mal regida
Del rio Parque dió en el cerco obscuro,
Pero nueva tan triste no podia
Ser con ningun afeyte de alegría.

Recibió el moro con semblante acedo
La mala relacion, y al que fué á dalla,
Que el traidor siempre enfada, y siempre el miedo
Da al falso corazon triste batalla:
Quedó atajado, mas con nuevo enredo
Dorar quiso la culpa, ó remendalla,
Y hacer de nuevo con su antiguo oficio
Si puede á su ofendido Rey propicio.

Descubrió en los del bando sarracino
Animos llenos de encubierta saña,
Que siempre entre traidores el mas fino
Amor nace sembrado de zizaña:
Creyó por ese paso abrir camino
A una nueva traicion, cuya maraña
Al andaluz dexase sin la vida,
Y á él su leal opinion restituida.

Comenzó aleve el infeliz contrato,
Metiendo incauta prenda en el que urdia,
Mas faltó discrecion, faltó el recato
Que el grave caso y su ocasion pedia:
Y descubierto el encubierto trato,
Garilo huyó, huyó su compañia,
Pagando todos la traicion urdida,
O con culpable ausencia, ó con la vida.

El falso entablador del traidor juego,
Con los que guarecer del riesgo pudo,
De la noche huyó por lo mas ciego,
Al dulce amparo del silencio mudo:
Llegan á Ribadeo, y pasan luego
En hombros de cristal su cerro agudo,
Y en su pequeño golfo al franco suelo
Remos y velas dan entre agua y cielo.

A vista de Bayona, y su ancha playa,
Libres pasaron sin tocar en ella,
Y de Belne la costa, y corva raya,
Que con sus espumosas olas mella:
El Curiano monte, que atalaya
Del frio Garona la ribera bella,
Pasando á Bordeaux con agua viva,
Y hasta cerca de Argen el rio arriba.

De allí hácia Lenguadoc la tierra adentro
La quietud saltearon del camino,
Hasta un antiguo bosque, que al encuentro
De Pomier y Tarascon les vino:
En cuyo verde y escondido centro
Las ruinas hay de un muro peregrino,
Que un tiempo fué ya célebre morada,
Jardin de un Rey, y casa de una Hada.

Despues que en Salabres la Hada Morgana
Al Rey Artus su hermano vió perdido,
Y el destrozado campo en la inhumana
Victoria entre un sangriento rio ceñido,
Por el hondo Garona en pompa ufana
Aquí al vencido Rey traxo escondido,
Donde al mundo quedase con su ayuda
La fama de su vida y muerte en duda.

Allí encantado, ó sin encanto muerto,
Si vive, ó sino vive, está encantado,
Sin que la causa de quedar desierto
El castillo hasta ahora se haya hallado:
Si ya del desamparo no es lo cierto
De la Hada rica el natural enfado
Contra Orlando, por quien del suelo franco
Su real jardin mudó al del lago blanco.

Y porque al viento el arruinado muro
Con sombras tiñe de apariencias vanas,
Del bosque horrible, y del castillo obscuro,
Las gentes todas huyen comarcanas:
Aquí Garilo y su esquadron seguro
De asombros se amparó, y por las cercanas
Aldeas y caminos plata y cobre
Al rico quita, y la esclavina al pobre.

No léjos de aquel bosque hay un castillo,
Guarida de otras gentes de su trato,
Que al catalan hicieron su caudillo,
Y á riesgo y á ganancia fiel contrato:
De estos eran los seis que entre el tomillo
Y árboles de Pomier sacó el rebato,
Huyendo por sus ásperos confines
De los ya descubiertos paladines.

Y el que tras el cargado dromedario
Con revoltosas vueltas discurria
El astuto Garilo, de el voltario
Esquadron falsa y cautelosa guia:
Que por aquel desierto solitario,
En cuidadosa y encubierta espía
Los dos muertos siguio, y en la ancha senda
Vidas á un tiempo les quitó y hacienda.

Huyeron los demas, y él con sosiego
Intrépido al francés esquadron vino,
A quien de deslumbrado volvió ciego
De su astucia un engaño repentino:
Con humilde pidiendo y sagaz ruego
En el riesgo le amparen del camino,
De aquella esquadra, cuyo brazo fuerte
Por robar sus amigos les dió muerte.

Creyeron todos que el valiente pecho
Del feliz español se habia librado
A propias fuerzas del dudoso estrecho
Con que de los que huyeron fué asaltado;
Y que el verlos venir dexó deshecho
El peligroso asalto comenzado,
Temiendo los franceses valedores
Los seis mal concertados salteadores.

Y él no contento del sutil engaño
Con que el riesgo salvó de su delito,
Y á cuenta puso del ageno daño
Del castigo á su culpa ancho distrito,
Un nuevo enredo de artificio extraño
Así por los presentes dexó escrito,
En dulce delirar, que al mas agudo
Deslumbrar su encubierto estilo pudo.

Ni tiene lo hecho por bastante hazaña,
Si á todos no los roba y desbalija,
Y aquel fiero esquadron contrario á España
De armas su astucia y de altivez no alija:
Y así despues que en cautelosa maña
Licencia para hablar pidió prolixa,
Desta suerte empezó, y con este enredo
El gusto les ganó, y les perdió el miedo.

"Ya que el rigor de la enemiga estrella,
Que tras sí lleva el curso de mi vida,
Y haciendo de desgracias prueba en ella,
La trae de un riesgo en otro divertida,
Si á pesar suyo el tiempo quiere hacella
A sus mortales golpes no vencida,
Y á la esperanza aun en tan largos casos
Lugar le queda donde dar mas pasos;

No es justo que reserve prueba alguna,
Ni humana diligencia que no intente,
Si punto no hay de tan menguante luna
Que algun dia no halle su creciente:
Sabré qual puede ser en la fortuna
De los suyos el don mas excelente,
O si es acaso de imposibles hecha,
Como el rigor desta cadena estrecha.

Del Rey Hércules libio, que en España
De tres cuerpos sacó un tirano aliento,
Y de tres cuellos la cabeza extraña
Al roxo suelo dió un golpe sangriento,
Mi linage desciende..." Así en maraña
Fingida entrada abrió á un prolixo cuento
El sutil catalan, pero yo al brio
Del bravo Ferraguto vuelvo el mio.

A toda rienda por un verde llano
De un caballero dixe que huía
Un bulto en la belleza soberano,
Y en rostro un rayo del pintor del dia:
Quando á su amparo levantó la mano
El bravo aragonés, y al que venia
Ya executando el golpe, el suyo al vuelo
Le echó arrogancia y vida por el suelo.

Volvió la dama, y viendo sin cabeza
El furor que la suya amenazaba,
Del suceso admirada y la braveza,
Que muerta aun no menor espanto daba,
"¡O invicto brazo! dixo, ¡ó fortaleza
Heroyca! el cielo guarde alma tan brava
Contra injustos agravios, en quien fio
Ver por tal mano reparado el mio.
¡Socorre, ó ilustre resplandor de Marte,
En un dudoso trance mi alegría,
Antes que sean mis desdichas parte
A dar la muerte al que es la vida mia!
No léjos deste bosque, por la parte
Que este florido monte se desvía
A darle paso á un rio que yo pienso,
Que á Ebro corre á pagar tributo y censo,
Una soberbia puente ambos costados
Con dos torres altísimas le cierra,
Y estás llenas de bárbaros soldados
El comercio han quitado de la tierra:
Aquí á los que de paz van descuidados
Prenden sin fé, y á los que van de guerra
Con ardides la hacen tan villanos,
Que ninguno se escapa de sus manos.
Allí el bien, que me dexa aquí perdida,
Preso, ó sin alma está, que es lo mas cierto;
Acude pues, señor, á dar la vida,
O sepultura honrada á un hombre muerto:
De paso te diré de mi venida,
Y de mis desventuras lo encubierto,
Quién soy, con quién y adónde hacia jornada,
Que quien como yo está no encubre nada."

Dixo, y el moro hácia la parte guía
Que antes salió huyendo la doncella;
Quién fuese preguntando, y por qué huía
Y el feroz caballero iba tras ella,
Cómo con tal denuedo la seguia,
Si era para matalla, ó por prendella;
A quien la dama en desmayado aliento
Así empezó de su tragedia el cuento.

"Del valiente Dedran, que un tiempo quiso
Ser absoluto Emperador de España,
Y lo fuera si á su ánimo y aviso
No se mostrara la fortuna extraña,
Nieta soy, y heredera del preciso
Hado que á él engañó, y á mí me engaña,
A pesar que del tiempo el movimiento
A una alma puede dar bienes de asiento.

Hija de Doriscan, y una cristiana
Noble, de los tributos de Galicia,
En Córdoba nací, y con pompa vana
Nágera me crió por su patricia;
Donde en destierro honrado, y suerte ufana,
Del Rey Albucasar dió la avaricia
A mi agraviado padre esa frontera,
Donde él viviendo su grandeza muera.

Aliatan dió despues el reyno de Oca
A Zumail, un ambicioso viejo,
Que en hambre de oro, y en prudencia poca,
Quanto halla tomará, sino es consejo:
Este embriagado de avaricia loca,
En los montes prendió de Castrovejo
Dos tiernas niñas, huérfanas, doncellas,
Mas que el sol limpias, y que el alba bellas.

La culpa era dexar su ley paterna
Con que el Rey su avaricia disfrazaba,
Y el ciego ardor de la codicia interna
Con que el infame corazon cebaba:
Nunilo la mayor, y la mas tierna,
La honesta y bella Alodia se llamaba,
Cristianas, aunque ricas, y él tirano,
De alma avarienta, y corazon villano.

Vendia el rigor por zelo de su seta,
Y de impedir la religion cristiana,
Aunque era en lo interior hambre indiscreta
Del patrimonio de una y otra hermana;
Y por hacer la causa mas secreta,
Y la injusta prision menos liviana,
Con impedir del dulce trato el uso
En diferentes cárceles las puso.

La niña Alodia, compañia dichosa,
Fué en depósito honesto de la mia,
De las beldades dos la mas preciosa,
Pecho inculpable, rostro de alegría:
Era en prudencia y alma generosa,
Y tan afable trato, que solia
Dexarme con él llena el alma ufana
De un ardiente aficion de ser cristiana.

Si tal vez la aceché por verla sola,
En ferviente atencion orar la via,
Y que de alegre luz divina una ola
De quando en quando el rostro le embestia;
Y en soberanos lustres la arrebola
El rosicler de gloria que salia
De un Dios, que puesto en cruz traía consigo,
Por inviolable esposo y dulce amigo.

No es de mi edad juzgar qual sea mas justa,
La ley cristiana, ó la del pueblo moro,
Y en casos de opinion qualquiera gusta
Vestir la suya de un parlar sonoro:
Mas ahora sea justa, ó sea injusta,
Yo en la árabe nací, y en esa adoro;
Y aunque su Alcorán creo, creo y juro
Que si Mahoma es Dios, es Dios obscuro.

No hace milagros como habemos visto,
Que en favor de su ley, y quien la sigue,
El nombre hacen y la cruz de Cristo,
Quando en mas sangre el mundo los persigue:
Ni hallo yo en la mia aquel bien quisto
Modo de proceder que se consigue
De la cristiana, quando sus sugetos
A sus reglas se ajustan y precetos.

Hace hombres concertados y compuestos,
Mansos, sufridos, blandos, conversables,
Llenos de fé y de amor, castos, modestos,
Gratos, humanos, dóciles, afables,
Del todo humildes, sin cautela, honestos,
Medidos, comedidos, y así estables,
Y puestos en razon, cuenta y justicia,
Que no halla que tacharles la malicia.

Nuestro Alcorán si como dicen vino
Del cielo, escrito fué por otra mano,
No es tan llano y tan claro su camino,
Ni tan fundado en el discurso humano:
Tiene de cruel su parte, y de sanguino,
Y no poco de bárbaro y tirano,
Pues con la espada y con las armas quiere,
Que aquel sea en él mejor que mas pudiere."

Rióse el feroz moro á las razones
Con que la dama su Alcorán condena,
Que como hombre sin ley, ni cree opiniones,
Ni que hay para unos gloria y otros pena:
Tiene nuestros milagros por ficciones,
Su secta ni por mala ni por buena,
Solo por Dios á su ánimo invencible,
Y por de burla á todo lo invisible.

No le replicó nada, ella siguiendo
Por su camino, y su discurso, dixo:
"Presa la bella Alodia, un monstruo horrendo
El avariento Rey tenia por hijo,
Con quien nació en el mundo, y fué creciendo
Un arrogante espíritu prolixo,
Que siempre, ó por la cara, ó las costumbres,
Del padre saca el hijo las vislumbres.

Este fué todo estampa de su padre,
Fantástico, avariento, y disoluto,
Sin que noble amistad le asiente y quadre,
Falso, libre, mordaz, doblado, astuto,
De parto incierto, y fementida madre,
Y al fin de tales árboles tal fruto,
Llamado Harpalí, ó sucia harpía,
Que todo lo manchaba y confundia.

Este de la honestísima doncella
Alodia, y de su rostro soberano,
Un torpe y necio amor concibió en vella,
Con loca presuncion y ánimo insano:
Creyó que era tan fácil como bella,
Y él por soberbio hijo de un tirano
Bueno para querido, y fué simpleza,
Que amor ni estriba en sangre ni en nobleza.

No dió por sus ofertas y servicios
Escarnios ni desdenes la cristiana,
Ni de oracion mudó ni de exercicios,
Ni se le mostró tierna ni tirana;
Ni el ver los Reyes á su amor propicios
Altiva la hizo, ni volvió lozana,
Ni triste el riesgo, y verse en casa agena,
Que nada en quien no hay culpa causa pena.

A los principios en su afable trato
Todo Harpalí creyó que estaba hecho,
Y que el ser Rey le prometia barato
Aquel como otros gustos habia hecho:
Mas quando llegó á ver con mas recato
La entereza y valor del casto pecho
De una tierna beldad, que en ser constante,
No era niña y muger, sino gigante,

Quedó asombrado, y al negarle el gusto,
Con el desden creció la llaga fiera,
Y viendo á mayor fuerza mas robusto
El pecho que antes parecia de cera,
Nueva sentencia dió en el suyo injusto,
Que ame por fuerza, ó que por fuerza muera:
Mas buscar al amor por esa pinta,
Es blanquear el ébano con tinta.

No está mas firme á los combates fieros
Del cierzo helado la montaña de Oca,
Quando peñascos y árboles enteros
Su soplo vuela, y su rigor apoca;
Ni en sus cumbres y cerros altaneros
Antigua encina, ó carcomida roca,
Que así entera se libre, y se defienda
De un torbellino, y su áspera contienda,

Como la casta niña á las blanduras
Y amenazas del bárbaro enemigo,
Sin que de hierro las prisiones duras,
Ni del tierno regalo el trato amigo,
Hiciese mella en las entrañas puras,
Ni en ellas otro amor hallase abrigo,
Que el de su honestidad, y del precioso
Retrato vivo de su muerto esposo.

Viendo el tirano Harpalí vencido
Su pensamiento y trazas de una niña,
Y que en deseos y ansias consumido,
Ni un soplo de esperanza se le aliña;
Ya de amante en contrario convertido
Robarla quiere, y que esto la constriña,
Con gusto acedo, ó voluntad sabrosa,
A serle, ó torpe amiga, ó dulce esposa.

Por un muro almenado que ceñia
De un florido jardin el fértil suelo,
Y parte de una quadra en que dormia
Yo con la hermosa Alodia sin recelo,
A Harpalí le pareció se abria
Paso á sus gustos, puertas á su cielo,
Y que era fácil por allí la entrada,
Para haberla á sus manos descuidada.

Ya el sacrílego amante, confiado
De saquear el cielo, entretenia
Su torpe gusto en ver del sol dorado
El carro de oro en que camina el dia;
Y en aguardar su ausencia desvelado
Las horas cuenta, y de la noche fria
El manto pide por agüero y luto
De su fin triste, ó pensamiento bruto.

Llegó la noche obscura, aunque serena,
De broches de oro y pedrería sembrada,
Y al medio curso de tormentas llena,
De agua, rayos, y truenos asombrada:
Braman los vientos, la arboleda suena
Con ruido mas que de ayre alborotada,
Creció la obscuridad, y el negro velo
De la sombra escondió en su luto el cielo.

De ásperos vientos la baraja obscura
Con sordos ecos de furor bramaba,
Y del cercano monte la espesura
Roncos gemidos por las peñas daba:
Del frio polo sin luz la ciega altura
En temerosos truenos resonaba,
Que el cielo al parecer se defendia
Del moro que robarlo pretendia.

Despertome el rumor, corrí medrosa
A ver mi amiga, y á valerme della:
Halléla en oracion, la quadra hermosa,
Llena de luz, y un ángel bello en ella:
Una luciente espada en la briosa
Armada mano en son de defendella,
Con un grabado peto en que el tesoro
De ricas piedras daba precio al oro.

De argentados coturnos ambas plantas
Ceñidas, y la suelta vestidura
Al estrellado cielo en luces santas
Vencia, y á la nieve en la blancura:
Pomposas alas con vislumbres tantas,
Que ante ellas la del sol quedára obscura,
Diciéndole en acento soberano,
"Ya, vírgen, estás libre del tirano."

Cerróme los sentidos el espanto,
Indignos de gozar la luz del cielo,
Con la presencia y el lenguage santo
Del ángel, de su espada, y de su vuelo:
Quedéme desmayada hasta tanto
Que el nuevo dia despertó en el suelo,
Y yo de mis temores y fatiga
En el dulce regazo de mi amiga.

Alegre en verla de placer lloraba,
Que al ángel que antes vi se parecia,
Y aunque en grave respeto la trataba,
Amorosas caricias le decia:
Ella que por ventura cierta estaba,
Que aquel habia de ser el postrer dia
De gozarnos en tierno regocijo,
Así mezclando lágrimas me dixo:

"Ya es tiempo, ó dulce Argina, de pedirte
Que qual Reyna me cumplas la promesa
De ser cristiana, y nunca arrepentirte
De profesar lo que mi ley profesa:
Yo iré presto delante á prevenirte
En el cielo corona de princesa,
Que en premio del amor que me has tenido,
Así me lo ha mi esposo concedido.

A grandes golpes de dolor se labra
El cetro y la diadema para el cielo,
No ha de ser solo, amiga, de palabra
El darle á Dios lo que le debe el suelo:
Sus puertas ese tierno pecho le abra,
Porque la halle al alma su consuelo,
Y sin hacer de otros contentos caso,
Por todos hasta allá pase de paso.

Bien sé que los espantos de la muerte
En varios riesgos te traerán metida,
Que tal es siempre y fué la humana suerte
Servir acibar al que á miel convida:
Y como si el morir fuese mas suerte
Que el padecer viviendo en esta vida,
Quiere en adversa ó próspera fortuna
Mascar mil muertes mas que tragar una.

Tú serás desto exemplo, amada Argina,
Que gran discurso por pasar te queda,
Mas todo en tí á dichoso fin camina,
Y así el cielo lo ordena que suceda:
Lo que ahora el amor que á tí me inclina
Con mas ansia me pide, es que yo pueda
Llevar de tí esta prenda y fé dichosa,
Que has de ser de mi amado esposo esposa.

Y que pues nuestras almas ya son una,
Es bien que tambien tengan solo un dueño,
Un bautismo, una fé, una ley, y á una
Ambas á un Dios la demos en empeño:
Que quanto alumbra el sol y ve la luna,
Sin este solo bien es sombra y sueño,
Y yo en tenerte amor eterno y puro,
Eternos bienes para tí procuro."

Así mi amada Alodia me pedia
La fé que así le di, y he mal cumplido,
Quando del pueblo que en furor se ardia
En mi casa cundiendo fué el ruido:
Llanto, alboroto, estruendo y vocería
En confuso era y bárbaro gemido;
Sobresaltéme yo, y con regocijo
Ella se sonrió, y llorando dixo:

"Aquí, ó querida Argina, la corona
De un reyno eterno ofrecen á tu hermana,
Este confuso grito la pregona,
Vamos por ella en pompa soberana:
Tendrás tuya en la Corte una persona
Que prive con el Rey, y te haga ufana,
Y en quanto le pidieres por mil modos
Bienes sin fin te los alcance todos."

No entendí su razon, quedé atajada
Viendo crecer el sonoroso estruendo,
Y que la casa en armas ocupada
Se iba en ciego alboroto confundiendo:
Quando de la ocasion certificada,
Pasmada me dexó el suceso horrendo,
Extraño caso, puesto por testigo
De un ofendido cielo en su castigo.

De un moral arrimado al fuerte muro,
Adorno y sombra del florido huerto,
Con que Harpalí baxar pensó seguro
Al malogrado fin de su concierto;
Colgado le dexó en el ayre obscuro
Un ángel á los ojos descubierto
De los que iban con él, y el mas osado,
Huyó despues que le lloró ahorcado.

Era la única prenda del tirano,
Corta y frágil coluna á su esperanza,
Cayó por tierra, y su soberbia mano
Al mundo asolar quiso en su venganza:
Tuvo sospecha de Aliatan mi hermano,
Que en contiendas de amor y de privanza
Traían pasion por ciertas moras bellas,
Que donde hay zelos todas son querellas.

Menos que esta ocasion fué necesaria,
Con la desgracia del dolor presente,
A la ciega arrogancia temeraria
Del ofendido bárbaro insolente:
Era en todo mi casa real contraria
A la suya de humilde suelo y gente;
Esto solo bastó, que un bien nacido
Siempre es del que no es tal aborrecido.

Mi anciano padre al defender su casa
Por el furor tiránico fué muerto,
Y tras él vueltas en ceniza y brasa
Sus altas torres y el lugar desierto:
Mi hermano viendo la crueldad que pasa
Por senda oculta se salvó encubierto,
Yo quedé presa, Alodia sentenciada
A ser por su limpieza degollada."

Traxeron á la cárcel á Nunilo,
Y al verse y despedirse ambas hermanas,
Gruesas perlas regaron hilo á hilo,
De un celestial jardin rosas tempranas:
La mayor con honesto y grave estilo,
Dulce afecto, y palabras cortesanas,
Mientras el cruel verdugo se apercibe,
Esto en el alma de su Alodia escribe:

"Ya la dichosa suerte concedida
De aquel Rey soberano por quien mueres
A eterna palma y triunfo te convida,
Reyna serás si esta corona adquieres:
Mira, tierno regalo de mi vida,
Que solo hagas lo que hacer me vieres,
Que aunque primero por tu exemplo muera,
No llegarás al premio la postrera.

¿Quién no conoce de la humana suerte,
Que al fin por bien que de morir rehuya,
Le ha de alcanzar del tiempo el golpe fuerte,
Que los regates y el huir concluya?
Si ningun vivo se libró de muerte,
Loco es quien piensa rescatar la suya;
Y mas si por la carga desabrida
De un vivir breve pierde inmortal vida."

Así dixo, y el rostro soberano
Revestido de gloria parecia,
Que ya desnudo de aquel lazo humano
Nueva deidad y luz en él vivia:
Las madexas del oro, que el liviano
Ayre en el cuello de marfil bullia,
Por la cabeza se enlazó gallarda,
Y el fiero golpe del alfange aguarda.

Llevó su filo á cercen la cabeza,
Cayó el hermoso cuerpo destroncado,
Que su hermana compone y adereza
Con rostro alegre y pecho reportado:
Y con igual sosiego y entereza
Que si fuera á un banquete regalado,
Sin que la muerte ni su error la esquive,
Para el segundo golpe se apercibe.

Habíasele á su hermana descubierto
El blanco pié con la mortal congoxa,
No quedando compuestas ni en concierto
Las limpias faldas por la sangre roxa:
La tierna niña, que hasta el cuerpo muerto
Quiere guardar honesto, alegre afloxa
Una colonia azul, en que trenzaba
El mas fino oro que el Hidaspes lava.

Con ella recogió sus vestiduras,
Y á su compuesta honestidad previno,
Sirviéndole las tiernas ligaduras
De fuertes grillos á su amor divino;
Y con palabras que las piedras duras
Blandas volvian, el rostro cristalino
Al cielo vuelto, mientras prevenia
El tierno cuello al golpe, así decia:

"Alma dichosa, que del casto velo
Ya libre y suelta del amor llevada
En triunfal carro hasta el empíreo cielo
De victoriosas palmas vas cercada;
Suspende entre esos globos de oro el vuelo,
O de mis tiernos años prenda amada,
Que si un golpe te dió diverso mundo,
Un cielo juntas nos dará el segundo.

Y el hierro que las dos dividir pudo,
Podrá con mejor título juntarnos
Cortando el mortal hilo, mas no el nudo
Con que el divino amor supo enlazarnos:
Y á tí, precioso alfange, cuyo agudo
Corte en la eterna para no apartarnos
Juntas nos ha de dar diadema santa,
Aquí humilde te espera mi garganta."

Dixo, y al punto de rodillas puesta
Sobre el difunto cuerpo de su hermana,
Que allí sirvió de altar, y ahora compuesta
Al sacrificio y víctima temprana;
El filo agudo de la espada presta
Segó el cuello, y el alma soberana
En un resplandeciente y claro vuelo
A vista de mil ojos subió al cielo.

Quedaron en la tierra desangrados
Los cuerpos, de un precioso olor divino
Y nueva luz de gloria acompañados,
Que de la suya descubrió el camino:
De corruptible daño preservados,
A pesar del tirano desatino,
Que por mil modos ya pretendió en vano
El honor usurparles soberano.

Mas mientras con malicia infiel pretende
Destruirles su opinion, manchar su fama,
Con mayor gloria y resplandor se extiende
La misma luz que su crueldad infama:
Y en la cristiana devocion se enciende
Mayor aliento y fervorosa llama,
Que siempre la verdad tiene su fuerza,
Por mas que envidia con pasion la tuerza.

Yo en la cárcel quedé esperando el dia
En que otro golpe hiciese en mí el tirano,
Mas faltóle esta culpa por la mia,
Que fuera tras de aquel el mio liviano:
Un moro cordobés al Rey servia,
Mancebo ilustre, de Daraja hermano,
Esposa de Harpalí, y sobrina mia,
Aunque él deudo ninguno no tenia.

Este con nombre y pretension de esposo
En noble trato y voz me regalaba,
Y yo por su valor y ánimo honroso
De amor honesto y sin doblez le amaba:
Este sintió que el pecho riguroso
Algo del Rey tirano se ablandaba,
Que el tiempo con mudanzas y ocasiones
Los toros doma, y vence los leones.

Dió en escuchar mi causa con blandura,
Y de la cárcel me llevó á palacio,
De un torpe amor ardiendo en llama obscura,
De su imprudente pecho el gusto lácio:
Ya en libertad me vi menos segura,
Y mi muerte venir menos de espacio,
Si mi amado Auchalí no me acudiera,
O el casto cuerpo ó su opinion muriera.

Mas viendo el riesgo y la prision remisa
Trazó conmigo de sacarme della,
Con firme pacto y condicion precisa
De ser su esposa, y de seguir su huella:
Aceptéle el partido, y con divisa
Trocada, por huir mejor con ella,
Por fuera de camino nos libramos,
Hasta que á Soria y Agreda llegamos.

Seguiamos para Córdoba el camino
Del amor de la patria acariciados,
Mas de la tierra nueva el poco tino
En varios riesgos nos dexó entrampados;
Y al pasar este arroyo cristalino,
De una esquadra de gente infiel cercados,
Que á nuestro gran descuido de repente
El muro vomitó de una ancha puente.

Allí á mi dulce esposo entre el malvado
Esquadron le vi dar mil golpes fieros,
De allí escapé del brazo acelerado,
Que ya vió en mi garganta sus aceros:
¡Ay cielos, que allí en sangre está bañado!
Antes que muera, ¡ó flor de caballeros!
Acudí á socorrer el mas honesto [to."
Pecho, que el mundo en tal estrecho ha pues-

Así la hermosa Argina, el grave cuento
Siguiendo de su vida, vió á su esposo,
Roto el escudo, el fino arnés sangriento,
Y en el herir el brazo perezoso:
Haciendo él brio de su honrado aliento,
El término fatal mas presuroso
Que el morir sin socorro era sin duda,
Mas donde el cielo acude todo ayuda.

El tratar con los buenos puede tanto,
Que al malo suele convertir en bueno,
Y la conversacion de un pecho santo
Sacar triaca de lo que es veneno:
Neron con su crueldad nos pone espanto,
Animo un César de clemencias lleno,
Eneas piedad, maldad Sardanapalo,
Que el bueno es bueno en todo, y malo el malo.

Las tiernas niñas que el empíreo cielo
Gloriosas pisan con doradas plantas,
Y ya desnudas del humano velo
De toyson de oro ciñen las gargantas,
Vueltos los ojos al ingrato suelo,
De quien triunfaron con victorias santas,
Viendo entre tantos riesgos y fatiga
Por un vano temor su amada amiga.

Con santa intercesion hecha á su esposo
De las cosas trocaron gusto y fuero,
Que tras el apetito deleytoso
Iban en riesgo á un gran despeñadero:
Esto la traxo al paso peligroso,
Esto tambien le descubrió el guerrero,
Que en favor de Auchalí partió arrogante,
Por dar favor al uno y otro amante.

El cordobés en peligrosa guerra,
Y en gallardo ademán se combatia
Con la vil tropa de la infausta tierra,
Que junta sin por qué le acometia:
Y el vivo aliento que su pecho encierra
Así el honor herido le encendia,
Que en la desigualdad que se hallaba
En mas que defenderse trabajaba.

Bien que á faltar la venturosa suerte
Del brazo heroyco que á valerle vino,
A hacerle compeliera el pecho fuerte
El término forzoso mas vecino;
Y vencedor, la vencedora muerte
A todos por igual diera un camino,
Que el alentado ardor que en él se via,
La honra mas no la vida guarecia.

De diez valientes moros asaltado,
Los seis peleando, los demas sin vida,
Roto el arnés, el cuerpo destrozado,
La sangre y no la estimacion perdida:
Llegó el aragonés, y el brazo alzado,
"Afuera, dixo, gente mal nacida,
Que los que intentan tales desafueros
No son hijos de padres caballeros."

Tres de los que en favor de su contrario
Entrar le vieron con tan vivo aliento,
En confuso tropel y encuentro vario
Por tres partes contra él rompen el viento;
Y del encuentro el golpe temerario,
De tres lanzas las dos rompe violento,
Una en el firme escudo, otra en la frente,
Saliendo la tercera impertinente.

Qual parda encina de trofeos cargada,
Al blando soplo de un delgado viento
Las hojas tiemblan, y ella en encrespada
Pompa se eriza al fresco movimiento,
Así el moro quedó, si bien su espada,
De tres al uno, en un revés violento,
Un brazo le dexó y un hombro menos,
Y de nuevo ayre los pulmones llenos.

Los dos que sobran vuelven, y al caido
Furiosos quieren dar justa venganza,
Y en desiguales golpes y ruido,
Uno al escudo y otro al yelmo alcanza:
Parece del arnés que trae vestido,
Que es Ferragut el yunque sin mudanza,
Y ellos los que al batir de sus visarmas,
Sobre él le forjan á porfia las armas.

Así el uno y el otro le golpea,
Y él quedo sin mudarse un lance aguarda;
Y como, aunque le hieren, ni voltea
Su espada, ni á las suyas se resguarda,
Da ocasion que qualquiera dellos crea
Que está herido de muerte, ó que acobarda,
Hasta que al golpe de un revés extraño,
Con el castigo vino el desengaño.

Del dulce filo al rebanar ligero
A Glauro le llevó brazo y cabeza,
Glauro sin gravedad moro embustero,
Que las canas se tiñe y adereza;
Y no parando alli el sabroso acero,
Dos hizo á Caligante de una pieza,
Que seis mugeres enterró en Porcuna,
Sin llorar ni enlutarse por ninguna.

Y sin hacer de aquellas muertes caso
Al puesto de Auchalí corre ligero,
Quando un grueso jayan le atajó el paso,
Armado sin primor de hojas de acero:
Baxaba de la puente al campo raso,
Al brutal gusto del combate fiero,
Y viendo los tres golpes del pagano,
Él quiso hacer el quarto de su mano.

Sin recelar su espada, ni ser vista
Del encantado hijo de Lanfusa,
Por cima la dorada sobre vista,
La vista el golpe le dexó confusa:
Cayó en el suelo sin aliento y vista,
Ningun libre sentido alcanza ni usa,
Que un traidor quando acierta á ser valiente,
Un mundo entero matará de gente.

Baxó sobre él el sin lealtad gigante,
Y en ver que vivo está le llevó preso:
Cayó Auchalí rendido en este instante,
Y su Argina tambien cayó sin seso:
Llegó á prenderla el falso Garamante,
Y desmayada levantóla en peso,
Llevando las brutales manos llenas,
Qual oso montaraz con dos colmenas.

Ya á la entrada llegaba de la puente
Quando volvió en su acuerdo Ferraguto;
Y hallándose al calor de tanta gente
Al brazo asido de un gigante bruto,
Herido del honor qual rayo ardiente
La bárbara prision dexó sin fruto,
Y el rigor nuevo de sus golpes varios,
Ciego alboroto y miedo en los contrarios.

Trocó el jayan la dama por la espada
Para segunda vez cobrar su preso,
Y aunque le ve la frente desarmada,
No juzga acometerle por exceso;
Ni él al sentirse herir estimó en nada
De la traidora mano el grave peso,
Ni el ver que sus bárbaros soldados
Doce contra uno le arman los costados.

Antes así en su esquadra se revuelve
Qual entre aristas ciego torbellino,
A este hiere, á aquel da, y al otro vuelve
En concierto mayor su desatino:
A uno el pecho y entrañas le desvuelve
El dulce corte del acero fino,
A este del roto arnés lleva un pedazo,
Y aquel dexa en tres pies con solo un brazo.

Dió un reparo al jayan, que á dar venia
Sobre él con nueva y desigual visarma,
Que en cien puntas de acero relucia,
Y á un golpe un hombre de metal desarma:
Hízole errar la furia que traía,
Y al vacío herir en dos quebrada el arma,
Quedóle solo el destroncado trozo
De Palia muerto, y Ferragut de gozo.

No perdió tiempo, que al volver la frente
La calva diosa asió de la ventura,
Y el acerado alfange al vuelo ardiente
Un revés le alcanzó por la cintura;
Por donde el hierro entró, y salió una fuente
De requemado humor y sangre obscura,
Y de otro á cercen le llevó una pierna,
Qual blanca y corva hoz mimbrera tierna.

Así toro andaluz desjarretado
Suele al prado venir dando bramidos,
Y en el sangriento suelo destroncado
La selva asombra, y braman los exidos:
Del cobarde esquadron desordenado
Los muertos quedan, huyen los heridos,
Qual de buytre gloton hambrientos cuervos,
Y de perro irlandés tímidos ciervos.

Miró buscando el victorioso moro
Con vista atenta la agraviada Argina,
Y vióla, cruel, juntando aljofar y oro
Al rosicler de una sangrienta mina:
Con las hebras limpiando y el tesoro
De su cabeza la mortal, que inclina
En su regazo desmayada y muda,
Puesta en si vive ó sino vive en duda.

Llegó el moro quando ella enternecida
A su esposo el primer acento daba,
Que en un suspiro dió señal de vida
El que antes pareció que muerto estaba:
"¡Ay, dice, dulce amor! ¡prenda querida!
Si aquella casta fé que me obligaba
A seguir vuestro noble gusto es cierto
Que en este cuerpo vivo aun no se ha muerto;
Vuelve, noble Auchalí, esos graves ojos
A estos que ya por ellos son dos rios,
Serenarán sus luces mis enojos,
Y en gloria volverán los males mios:
Mas si estos son de amor vanos antojos,
Y entre estas sierras y árboles sombríos,
Mi bien se ha de acabar, y la alegría
Que apenas en mi alma amanecia;

Aquí una sola fiera en sus entrañas
A los dos juntos dé sepulcro vivo:
¡O Alodia santa! luz de las montañas,
Por cuyas firmes esperanzas vivo;
Si á los que en gloria están no son extrañas
Las graves ansias y el dolor esquivo
De los que en vida amaron, destas mias
¿Cómo, señora, tanto te desvías?
Socorre ahora, ó regalada esposa
Del que Reyna te pudo hacer divina,
Desde esa celestial patria dichosa
El dolor desta tu afligida Argina:
Que la palabra que te dió piadosa
Te cumplirá, si de cumplirla es dina,
Mas ¡ay de mí! que el no la haber cumplido
A este presente riesgo me ha traido."
Dixo, y el belicoso Ferraguto
Con templadas palabras la consuela,
Que aunque de alma sangrienta, no es tan bruto
Que de un grave dolor no se conduela:
Mas viendo que llorar el mal sin fruto,
Ni lo hace sano ni que menos duela,
Para poner en tantos llantos tasa
De las palabras á las obras pasa.
Y con la libertad del jayan muerto,
Entre las verdes yerbas desangrado,
El cerrado castillo quedó abierto,
De la gente servil desamparado;
Y de un lóbrego sótano encubierto,
Cárcel de un grave pueblo aprisionado,
Haciendo libre la mortal cadena,
Cien almas de una vez sacó de pena.

Y dando ya la puente y su rastrillo
Segura puerta y paso volvió á Argina,
Que á su esposo abrazada el amarillo
Rostro entre su sangriento pecho inclina:
Lleva á curar sus llagas al castillo,
Si hay para tantas juntas medicina,
Que aplicarle remedios es el cierto
Al menos vivo mientras no está muerto.

Estaba de abastadas provisiones
El sin lealtad castillo apercebido,
Que de las comarcanas poblaciones
Feroz robaba el pueblo mal nacido:
Y de los que oprimia en sus prisiones,
El mal ganado mueble recogido,
Caballos, armas, joyas, plata y oro,
Que á sus dueños volvió con gusto el moro.

Hallóse entre estos presos un cristiano
Que el Soricano Alpidio se decia,
De noble sangre y pecho castellano,
Preso á traicion del falso Arcandro un dia:
Y como caballero y cortesano,
Que así entonces lo usaban, conocia
Preciosas yerbas, cuyos xugos tales
Bálsamos podian ser de todos males.

Este tomó la sangre, y las heridas
De Auchalí reparó lo mas que pudo,
Bien que en grandeza y número medidas
Con desconfianzas lo volvieron mudo:
Mas las dos voluntades conocidas
Por el discreto cirujano agudo
De los amantes dos, que aunque paganos,
Suspiros daban de deseos cristianos;

Ya el victorioso Ferragut partido,
Y de los mas honrados prisioneros
El diferente pueblo reducido
A varios fines y diversos fueros,
Habiendo el tiempo y la ocasion medido
Así á los dos amantes verdaderos,
Con caricias habló, y un dulce trato
Quanto pretende haber compra barato.

"No es menester, señores, preveniros
De acreditar en vuestro amor mi pecho,
Pues mas que en mi razon podré deciros,
Por mí os dirá lo que por vos he hecho;
Que aunque es todo escasezas en sérviros,
En lo que hasta ahora he sido de provecho
No he faltado, y amor por obra enseña,
Que esa no está en ser grande ni pequeña.

El puesto ahora seguro es peligroso,
Que Bramante cuyo es querrá cobrallo,
Y aun vengarse del brazo poderoso
Que con su espada pudo sujetallo:
Yo estoy de vuestro bien tan deseoso,
Que si el mio importare aventurallo,
Por él tendré á mayor ganancia hacello,
Que todo un mundo que me aparte dello.

No léjos de aquí está una antigua ermita,
Que yo un dia hallé saliendo á caza,
Donde en santa quietud un hombre habita
De sangre noble y cortesana traza:
Mientras que el brio perdido resucita
El santo cielo, y la ventura engaza
De nuevo vuestras cosas, ya podremos
Del riesgo allí escapar que aquí tenemos.

Que yo como español hidalgo os juro,
Que debaxo mi amparo y casto abrigo,
Mientras viniere hallaréis seguro
En todos trances vuestro honor conmigo:
Y por mi ley cristiana y fé aseguro
A vuestro gusto en todo obras de amigo,
Sin que ninguna el mio intente y haga,
Que á los dos no contente y satisfaga."

Esto Alpidio les dixo, y con bastantes
Razones trocó así sus tiernos pechos,
Que ya mudando ley los dos amantes
A la ermita con él se van derechos;
Donde aunque de los golpes penetrantes
Murió Auchalí, despues que fueron hechos
Ambos cristianos, á la viuda Argina
A una ciudad llevó circunvecina.

Y allí en santa clausura un nuevo esposo
Ganó de inmortal gloria su deseo,
Trocándose en el cielo poderoso
Para el bien de su alma este rodeo:
Tanto el trato de un bueno es provechoso,
Tanto se medra en un honrado empleo,
Que á tantos bienes siguen otros tantos,
Y tanto con su Dios pueden los santos.

Mas Ferragut despues que dexó puesta
La puente en libertad, y á sus cautivos,
Quando el alba de aljofares compuesta
Los antes muertos campos vuelve vivos,
Y las horas en torno haciendo fiesta,
Con mudanzas y pasos fugitivos
El negro luto vuelven nacar fino,
El reposo dexó, y tomó el camino.

Era el tiempo en que el año se remoza,
Y la tierra preñada de bellezas
Sus flores pare, y sus olores goza,
Y alegra ambas á dos naturalezas:
Quando en los prados el placer retoza,
Y Venus llena al mundo de riquezas,
Comienza el ruiseñor quejas de amores,
Y enguirnaldan sus bueyes los pastores.

Por una selva que el humor del rio
De rosas llena y de árboles tenia,
Y las aves sin dueño con el frio
Sus ramas de suavísima armonía,
Bravo el moro baxaba; y de un sombrío
Bosque, que el tumbo de la sierra hacia,
A caballo salir vió un hombre anciano,
Tras él dos perros, y un neblí en la mano.

Paróse á ver al moro el caballero,
De su apostura y gallardía pagado,
Y viendo en su ademán ser forastero,
Y el limpio arnés de golpes señalado;
Sospechando el suceso verdadero,
Con grave estilo, y con semblante honrado,
Cortés le saludó, y con voz prudente
Nuevas pidió de su enemiga puente.

Y sabiendo que ya el gigante es muerto,
Y del traidor castillo libre el paso,
El pecho por los ojos descubierto,
Alegre el viejo al no esperado caso:
"Ay señor, dixo, si el suceso es cierto,
Y vuestro el golpe de valor no escaso,
Dalde su entero punto á la milicia,
Y á una gran sinrazon haced justicia.

Yo, señor, de Galaf Rey de Toledo
Soy tio, de Alhamud su padre hermano,
Es mi nombre Yucef, y decir puedo
Que á toda España gobernó esta mano:
Y el tiempo, que jamas supo estar quedo,
De uno en otro vayven fué tan liviano,
Que me ha traido á lo que veis ahora,
Que quien mas vive mas desgracias llora.

Treinta cumplidos lustros he vivido,
De ciento y cincuenta años son mis canas,
Y mi alfange el primero y mas temido
Que pasó de las sirtes africanas:
Del esquadron de Muza fuí elegido
Sucesor, las fronteras toledanas
Mias fueron un tiempo, y yo en su tierra
Rey de la paz, y dueño de la guerra.

Cansó el mudable tiempo á la fortuna,
Y á mí tambien los mandos y el gobierno,
Cuya carga sabrosa é importuna
En hombros puse de Aliatán mi yerno:
Y de una vida quieta, á quien ninguna
Iguala, codicioso el pensamiento,
De la pesada autoridad cansado,
Troqué el público bien por el privado.

Dexo el cetro real, y aquí me vengo,
Donde un castillo en puesto suficiente
De alegre recreacion y gusto tengo
Al salto del cristal desta corriente:
Allí en ociosa vida me entretengo,
Y en quietud vivo de mi pueblo y gente,
Con libros, con pinturas, y con caza,
Lo que un regalo al otro no embaraza.

Era tambien del patrimonio mio
Deste castillo la torreada puente,
Que el paso hacia seguro, y por el rio
Se cobraba un portazgo suficiente:
Hasta que ya el soberbio desvarío
Del Rey Bramante la usurpó á mi gente,
Bramante, que tambien con alma avara
De Toledo usurpó á Guadalaxara.

Alzaron el comercio de la tierra
De sus fieros soldados las crueldades,
Siendo el origen de la nueva guerra
Del jayan bruto torpes libertades:
Ha dos veces seis lunas que se encierra
De un yermo en las incultas soledades,
Ofendiendo por zelos insolentes
Con su torpe vivir el de las gentes.

Hija del Rey Galafre es Galiana,
Cuya beldad se entiende que del cielo,
Hecha de alguna pasta soberana,
Para asombro baxó y honor del suelo:
El ámbar y arrebol de la mañana,
Que entre rayos y aljójares de yelo
El mundo argenta, y su tiniebla aclara,
Dirás que son vislumbres de su cara.

Y aunque es del alba el rostro, y la cabeza
Del sol entero que tras ella nace,
Y los ojos dos rayos de belleza,
Con que su luz temer y amar se hace;
Mayor que la hermosura es la grandeza,
Y la honestidad mas, con que deshace
O entibia el fuego que primero espira
Con los rayos que dixe en quien la mira.

Pues desta gran beldad que asombra el mun-
Y por Venus mortal Toledo adora, [do,
Bramante, que en soberbia es el segundo
Lucifer que hoy entre los hombres mora,
Dió de su pecho cruel al centro inmundo
La bella estampa de su muerte autora,
Y á su arrogancia pensamiento altivo
De no dexar el suyo en hombre vivo.

Y llena el alma ya desta locura
Varios modos buscó de conseguilla,
Dando en las justas pompa á su hermosura,
Y á todo el mundo asombro y maravilla:
Hasta camino abrió y senda segura
Desde Toledo á su usurpada villa,
Que como á intento fuera de camino
Iba y venia por él su desatino.

En este tiempo un moro valeroso,
De agradable presencia y alma moza,
Llamado Brabonel, sobrino brioso
Del Rey que ahora gobierna á Zaragoza,
A Toledo llegó, y vió el rostro hermoso
Que el rico Tajo en sus riberas goza,
Y entrando en competencia con Bramante
Perdió el antiguo por el nuevo amante.

Es Brabonel galan, es cortesano,
Un fenix en primor y en gallardía,
Bravo en las guerras, en la paz humano,
De afable trato, lleno de hidalguía:
Bramante un feroz bárbaro inhumano,
Sin término, lealtad, ni cortesía,
No fué mucho llevalle allí del alma
Como del cuerpo la triunfante palma.

Salió el jayan corrido en varios trances
Que entró con su contrario en competencia,
Dándole siempre el disfavor alcances
Del ofendido gusto á la impaciencia;
Hasta que al fin por excusar los lances
Del desden hizo de Toledo ausencia,
Como toro vencido, que al mas fiero
La vaca dexa, que seguia primero.

A este castillo que á tu cuenta dexas
Como á frontera á recogerse vino,
Donde de agravios lleno y tristes quejas
Su reyno dexó el nuestro, y el vecino;
Corriendo en riesgo y condicion parejas
Las leyes del cristiano y sarracino,
Sin respeto de fé, reyno, ni Reyes,
Que quien vive sin ley no guarda leyes.

Harto ya de afligir nuestra comarca
Huyó á nuevo presidio y nueva tierra,
Dexando en esta su señal y marca,
Y en ambas con crueldad, discordia, y guerra:
Mas si es que ya la inexôrable parca
En su vientre el rigor tirano encierra,
Restituye á su antiguo castellano
El vencido castillo de tu mano."

Así el anciano moro persuadia
Su causa al de Aragon feroz caudillo,
Y en su alma amor y zelos encendia
De Galiana el valor con solo oillo:
Quando huyendo vieron que venia
Un caballero, y otro por herillo,
De la fuerza que puso en alcanzallo,
Al hacer golpe destroncó el caballo.

Salió ligero dél qual raudo viento,
Mas viendo que es á pié seguirle en vano,
Al bosque se volvió mudando intento,
Su bayo muerto ya en el fresco llano:
Ferragut le siguió, y el ya contento
Yucef, que si en la edad y el pelo es cano,
Niño es siempre el deseo hecho de antojos,
Y niñas las que miran en los ojos.

En medio el bosque al pié de un sauce um-
Un caballero vieron recien muerto, [broso
Y el que á pié se volvió tras un hermoso
Caballo de armas y sudor cubierto:
Queriale asir del freno, y él brioso
Huyendo hacia su trabajo incierto,
Quando corriendo vieron que venia
Una doncella que favor pedia.

"Socorre, dice, ó Bahamel, la pena
De tu esposa, y traicion de un falso amigo,
Que Arcali el alma deste acibar llena
La lleva en su poder, yo soy testigo:
Y entre tanto que tú por la honra agena
La tuya en guarda das á un enemigo,
Te la robó en la fuente cristalina,
De quien saliste á dar favor á Alpina."

Quedó con las heridas y el espanto
De las amargas nuevas sin sentido,
El triste caballero en tierno llanto
De lágrimas y sangre convertido:
Y en Ferragut su pena pudo tanto,
Que habiéndole el derecho concedido
De su venganza, se partió á hacella
Por donde habia venido la doncella.

No fué ella á guiarle, que quedó curando
Las llagas de su herido caballero,
Y él su presta venganza deseando
Por no perder sazon partió ligero:
De su perdida tierra al Rey dexando
Para la restaurar derecho entero,
Con que el contento ya sin mas seguillo
A poner volvió cobro en su castillo.

Aquel dia y el siguiente anduvo el moro
Por la confusa selva sin camino,
Y quando el sol entre celages de oro
A templar comenzó su ardor divino;
Al doblar de una sierra oyó el sonoro
Murmurar de un arroyo cristalino,
Y á la ribera dél entre las flores
La choza vió de un hato de pastores.

Nunca soberbio alcazar fabricado
En colunas de mármoles preciosos,
Con ventanage y torres almenado,
Léjos puso en su vista mas hermosos,
Que la humilde cabaña, y su ahumado
Techo, y de los mastines perezosos
El frio ladrar, que á la hambre y sus enojos
La boca le hace el juego, y no los ojos.

¡Quan moderados requisitos pide
En su rigor la condicion humana,
Y en que de partes la ambicion divide
Lo que al adorno incumbe y pompa vana!
Su cuerpo el moro entre las flores mide,
Y á la despensa rústica aldeana
Humilde pide moderada cena,
Que no hay mal pan quando la hambre es bue-
[na.

Reformó de los rústicos manjares
Con el vientre tan bien el apetito,
Que los pavos y tortas singulares
Las sobras siempre son de un gusto ahito:
Y viendo por los ásperos vallares
Subir balando el recental cabrito
A las maternas ubres, que cargadas
De gruesa leche buscan sus majadas;

Lo poco que quedaba de la tarde
De nuevo lo gasto tras su demanda,
Y al tiempo que mas hiere y menos arde
El sol que sobre el mar de Cadiz anda;
Desde una sierra vió en vistoso alarde,
Con varias flores de una y otra banda,
Hacer por entre un risco y dos alisos
A una coluna de cristal mil visos.

Volvió la rienda el cuidadoso moro
A la luz de los vivos resplandores,
Y al pié del risco sobre arenas de oro
Una fuente bullir vió entre las flores;
Que de una en otra en murmurar sonoro
Al prado daba en su llorar favores,
Y con su claro estanque al baxo monte
De cercos de cristal bello horizonte.

Una cueva en su tumbo socavada
El yerto lomo de aquel cerro abria,
En lo mas firme dél incorporada,
Que de albergue á la fuente le servia:
De verde yedra y flores entoldada,
Que un taray con sus sombras defendia,
Y su virtud secreta convidaba
A no pasar de allí el que allí llegaba.

Entre el verde taray y los alisos
Un padron de cristal con sus reflexos
Al caer del tibio sol daba los visos,
Que al moro hicieron señas desde léjos:
Y allí entre las molduras de sus frisos
Con letras y carácteres bermejos,
"Esta es la cueva y fuente del contento,
Donde al vivo se sueña el pensamiento."
Dexó la silla el moro, quitó el freno,
Y del prado hizo dueño á su caballo,
Entretenido por el bosque ameno
En el deleyte y gusto de mirallo:
El yerto monte de mosquetas lleno,
De verde yedra el revoltoso tallo,
Que por ásperos riscos y grimazos
Con mil vástagos da tiernos abrazos.
Y por gozarle la belleza entera
Al florido vergel fué sin trabajo,
Subiendo el monte humilde de manera,
Que siempre el pié mas firme era el mas baxo:
Llegó á la verde cumbre, y por de fuera
Del pendiente peñasco vió en un gajo
Escrito: "Esta es la cueva de Jorguines,
Hada del sueño, fuentes y jardines."
Miró en el fondo de la clara fuente,
Y vió nadar por ella peces de oro,
Y del mismo metal resplandeciente
La arena y guijas: admiróse el moro,
Y escondiendo la mano en la corriente,
Asió, y probó á sacar de su tesoro,
Lucientes piedras, que eran acá fuera
Pardas guijas, y arena verdadera.

Con su oculta virtud el agua hacia
En sus cristales tan vistosos léjos,
Que oro, aljofar menudo, y pedrería,
Su arena y peces parecian de léjos:
Limpia, serena, transparente y fria,
Al gusto dulce, y de sabrosos dexos,
Templó el calor el moro con su yelo,
Y recostóse en el florido suelo.

Ya en esto el carro de la luz volcando
El oro y rosicler del horizonte,
Sus argentadas crústulas bañando
De ámbar baxaba á la raiz del monte:
Las blancas playas del Japon buscando,
Que en las de España aguardan se trasmonte,
Para hacer del barniz de aquella esfera
El nacar de su aurora y luz primera,

Saliendo al cielo obscuro trecho á trecho
Bellas centellas, Ferraguto hizo
Del prado alfombra, y de las flores lecho,
Perdido entre las yerbas y el carrizo;
Donde contando al estrellado techo
Los diamantes del carro movedizo,
Las penas, los cuidados, y á su dueño
Sin sentir se llevó un sabroso sueño.

Y luego que el silencio á los sentidos
En dulce olvido puso sepultados,
Y á la interior potencia reducidos
En otro nuevo mundo embelesados;
Entre jazmines y árboles floridos,
Sobre un soberbio risco fabricados,
Unos palacios vió, ó soñó que via,
Labrados del pincel que asombra el dia.

Los muros de alabastro, y las molduras
En negro y fino porfido cortadas,
De enlazados follages y figuras
En ventanage y bovedas sembradas:
Cien torres de cristal, cuyas alturas,
Con chapiteles de oro coronadas,
Las nubes buscan, y al subir sobre ellas
Vencen en luz, y asombran las estrellas.

Eran las puertas de ébano bruñido,
Que un embutido de marfil esmalta,
Las bisagras de acero, y de fornido
Bronce el engace y nudo que las ata:
Con sierpes de oro el firme umbral ceñido,
Aldabones en máscaras de plata,
Lumbreras, claraboyas y balcones,
Con rejas de mezcladas invenciones.

En nueve hermosos patios repartido
De la soberbia casa el rico asiento,
De altas colunas dóricas ceñido
De fino jaspe en cada patio ciento:
De forma ovada en perfeccion subido
El cuerpo y arquitrabes por el viento,
En quatro partes que al crecer descrecen,
Y entre las nubes vuelan y fenecen.

Las puertas adornadas de festones,
De istriadas colunas, y de lazos,
Frisos, triglifos, ménsulas, cartones,
Acrotérias, metopas y cimazos;
De oro y estuco piñas y artesones,
Frontispicios y bellos lagrimazos,
Y en las bóvedas y altos lacunarios
Varios florones, y mosaycos varios.

De follages vestidas y colores
Las antorchadas cimbrias y arquitrabes,
Las altas salas, y anchos corredores,
De historias llenas y sucesos graves,
Feroces guerras, bárbaros amores,
Al hecho fieros, y al pincel suaves;
De alabastro los muros, y sobre ellos
De rica estofa mil tapices bellos.

Resplandeciendo con baxillas de oro
Las ricas mesas de precioso alerce,
A quien el grave peso del tesoro
Por mayor magestad agovia y tuerce;
Resonando en los techos un sonoro
Rüido, que parece que se esfuerce
De rato en rato, y que á su sueño breve
El gusto roba el de un amigo aleve.

El moro que aun dormido se congoxa
Por ver quien el ruido y golpes causa,
Y entrando en una sala se le antoja,
Que una voz tierna en resonante pausa
Dulce favor le pide, y que al que enoja
De su deleyte á la amorosa causa
La vida quita, y con rabioso ceño
Tras los gustos prosigue de su dueño.

Entró á una quadra, y vió en un rico estra-
Sobre alcatifas de oro y pedrería, [do,
La beldad misma que antes desvelado
Amor le dibuxó en la fantasía:
Un rostro de la luz del sol cortado,
Y en un dosel que su sitial cubria,
Con letras de esmeraldas y topacios,
"Esta es Galiana, y estos sus palacios."

Dexó del rico adorno la grandeza
De nuevo ardiendo su ánimo brioso,
Que amor en sueños crece la belleza,
Y el mas frio corazon vuelve amoroso;
Y á veces pinta con mayor destreza,
Entre el mudo silencio y el reposo,
La beldad en el alma, que seria
No tan bella quizá vista de dia.

Estando entre el deleyte y los deseos
De la nueva ambicion de sus antojos,
Dando el rendido pecho por trofeos
Del halagüeño trato de sus ojos:
La quadra llena de unos bultos feos,
Llevarle pareció en ricos despojos
La gloria que gozaba, y que queria
Defenderla del riesgo, y no podia.

Parécele que llevan la hermosura
Que en su pecho el amor pintó robada,
Y que á él no es posible aunque procura
Con brio en su favor sacar la espada:
Y al congoxoso ardor desta apretura,
El alma sin aliento alborotada
Furiosa rompió el sueño, y de repente
Al márgen se halló de la ancha fuente.

Y como absorto en las figuras vanas
Que en vuelo huyen por la eburnea puerta,
Aun gozando sus luces soberanas
La vista ni dormida ni despierta:
En el bosque sintió quejas humanas,
Y de un triste gemido la voz muerta,
Y en duda si es el doloroso acento
La verdad del soñado pensamiento.

Furioso dexa la sonora fuente,
Y en abrigado escudo y firme espada
Al ciego bosque entró, por donde siente
Rastro de la afligida voz cansada....
Despues diré el suceso, que un prudente
Rey, el alma de penas rodeada,
Siento para contarlas que me llama,
Él á mí, yo á mi pluma, ella á la fama.

El bravo Alfonso el Casto, Rey Gallego,
Católico en la fé, en las armas fuerte,
Sábio en la paz, cuidoso en el sosiego,
Y en las guerras intrépido á la muerte;
Viendo abrasarse en belicoso fuego
La invicta España, con prudencia advierte,
En un largo discurso entretenido,
Los males que han de la ambicion nacido.

Con Toledo está Córdoba alterada,
Valencia contra Cordoba y Toledo,
Pamplona contra Huesca, y con Granada
Murcia y Guadix, Segovia con Olmedo:
Mérida en armas, Badajoz alzada,
Lisboa desierta, Portugal con miedo,
Lugo sobre el rio Miño hecho un pantano
Con la reciente sangre de un tirano.

No se habia descuidado el Rey brioso
Del áspero castigo merecido
Del traidor Mahamud, que en poderoso
Exército, y valor nunca vencido,
Sobre el rio de Galicia caudaloso
Lo fué á buscar, halló, y dexó vencido,
Pasándole en su campo y su castillo
Cien mil aleves cuellos á cuchillo.

Murió peleando el moro caviloso,
A quien cortó Adelgastro la cabeza,
Adelgastro un feliz brazo brioso,
Del Rey Fabila hijo, y su braveza:
El que en Obona, sitio peñascoso,
De un real convento alzó la alta grandeza,
Y en el costoso cerco de Girona
Dos jayanes mató por su persona.
Este la infiel cabeza desangrada,
Que en Mérida lo fué, sacó en la mano,
Con que dichosamente rematada
La guerra, y victorioso el Rey cristiano,
A Leon volvió, dexando reformada
La tierra, y supo allí que el francés Magno,
Con soberbia ambicion, y alma imprudente,
Contra las suyas levantaba gente.
Pudiera el Rey Leonés entrarse á vueltas
De las civiles guerras de los moros,
Y á costa de sus bárbaras revueltas
Ciudades adquirir, ganar tesoros,
Si las doradas lises contra él vueltas
No le fueran estorbo, y los sonoros
Clarines del exército que marcha,
A su encendido fuego helada escarcha.
Mas viéndose impedido, y obligado
A la defensa y guarda de su tierra,
El victorioso campo, que ha sobrado
De Mahamud en la sangrienta guerra,
Que marche manda, y suba reforzado
Por Abilés, Fontible, y la alta sierra
De Espinosa y Pomar, sin que en tal caso
Ebro le tuerza y le detenga el paso.

Y entre Santagadea, y la Vitoria,
A Pamplona se acerquen por Tafalla,
Y allí hasta ser de Francia mas notoria
La venida hagan muestra de esperalla:
Y á la rica ciudad, que por memoria
Pompeyo puso almenas y muralla,
Trabajen de abrasar, que es de importancia
Que no esté á devocion del Rey de Francia.

Y á D. Fortun Garcés, Rey de Navarra,
Favor se pida, y paso afortunado,
Cuyo denuedo y corva cimitarra
Vencer sabe al francés en campo armado:
Y el Breton por temor de su bizarra
Gente le da tributo acostumbrado,
Comprando á sus robustos Roncaleses
La paz de un año en tres grasientas reses.

Al Rey Marsilio, ya que no le pida
Por su reputacion favor España,
Como la que en la guerra mas temida
Jamas la quiso de otra gente extraña,
La paz á peso de oro concedida
A Aragon por Galicia, y la montaña,
Se confirme de nuevo, y harto digo,
Que España otorgue paz á su enemigo.

Así el Rey Casto en su sitial sentado
Entre sus Ricoshombres discurria,
En el gobierno y trazas desvelado
De lo que al reyno y su salud cumplia:
Quando para hablar en el senado
Licencia pidió un jóven, que traía
Del muro de Sansueña, y de su gente,
Grave embaxada para el Rey prudente.

Fueron de aquellos siglos fama honrosa
Los torreados muros de Sansueña,
Ciudad insigne, en gente populosa,
Lo que hoy es de Pamplona aldea pequeña:
El tiempo con su fuerza poderosa
Sus grandezas volvió una inculta breña,
Haciendo que esta suba, y la otra ruede,
Que esto y mas que esto con sus vueltas puede.

Dícese que el famoso Ballugante,
Del primer Viarabí segundo hermano,
Con franceses despojos de triunfante
Gente fundó el gran pueblo de su mano:
En muros y edificios elegante,
En sitio fuerte, en mármoles galano,
Famosa corte un tiempo, y del vecino
Pueblo competidores de contino.

Fué cárcel de la bella Melisenda
En prision noble su almenado muro,
Donde Gayferos por inculta senda
Con las armas de Orlando entró seguro
A librar su cautiva amada prenda,
Como la suya Orfeo al reyno obscuro:
Mas si este la perdió por imprudente,
La suya dió al francés el ser valiente.

Ganóla el Casto Alfonso al Rey Tidoro,
Y á su reyno la puso por frontera,
De armas ceñida contra el pueblo moro,
Que en sangrientos rebatos persevera:
Tenian sus torres chapiteles de oro,
Y el firme muro, que de jaspes era,
Por mas emulacion contra Pamplona
De almenado alabastro la corona.

De cien torres altísimas cargado
Da su alcazar real espanto al rio,
A quien un soto de álamos cercado
De bosque sirve, y de jardin sombrío:
Aquí Bastan, Alcayde celebrado
Un tiempo de Zamora, con su brio
Sus fronteras enfrena, y aquel dia
Su mensagero al Casto Alfonso envia.

Diósele grata audiencia, entró, y besando
La mano al Rey, y habiendo conseguido
De hablar licencia el generoso Ovando,
Uno entre mil valientes escogido
Para este grave caso, levantando
La voz, dixo: "señor esclarecido,
Sansueña, y su Virey, de tu alegría
Con mi persona el parabien te envia.

Goces felices años la victoria
Que á Miño espanto dió, y la nueva guerra
A tus pies reales traya en triunfo y gloria
Quanta honra el mundo en su ambicion encier-
Y en trofeos dignos de inmortal memoria [ra;
La tuya asombre con su voz la tierra,
Y por ley de tu mano y estatuto
Párias te den sus Reyes y tributo.

Celebrando en real pompa la grandeza
De tu victoria, célebre jornada
Da á Sansueña Bastan, noble cabeza,
De juventud florida coronada:
Entre alegres bohordos la braveza
De Zumail la vió sobresaltada,
Que á echar por tierra su almenada cerca
Con cien mil combatientes se le acerca.

Por socorrer á Mahamud en Lugo
De Náxera este exército salia,
Que para echar de sí el infame yugo
De Córdoba y Hesen juntado habia:
Y el hado que ya fué cruel verdugo
En la muerte infeliz de Harpalía
Hijo de Zumail, le traxo un moro
A su Corte, llamado Cardiloro,
Hijo del Rey, que en Ayamonte tiene
Cetro sobre el tendido Guadiana,
Y nieto del que digo, á quien conviene
El reyno por su madre Balhamana;
Pues este moro que á heredarle viene,
De ambicion lleno y de arrogancia vana,
Hecho dueño del campo, su real seña
Y el camino volvió para Sansueña.
Llególe dentro en Náxera el aviso
De tu ilustre famoso vencimiento,
Con que de rabia hundir el mundo quiso
En cruel venganza y bárbaro escarmiento,
Y culpando á su pecho de remiso
La jornada mudó, y trocó el intento;
Dexó la Rioja, y por camino llano
A Ebro el curso hurtó á la diestra mano.
No huye de sus aguas perezosas,
Que en Sansueña ha jurado de bebellas
De Arga, y que á sus murallas espaciosas
Hombre no ha de dexar ni almena en ellas;
Y no son todas befas jactanciosas,
Que la cruel experiencia vuela entre ellas,
Y el bárbaro feroz por donde pasa
Todo en cruel fuego y en rigor lo abrasa.

Trae voz de dar seguro y libre paso
Al francés, que ya marcha por su tierra,
Y á pesar nuestro con sus armas raso
El fragoso camino de la sierra:
Este es, señor, de mi venida el caso,
Y aviso que te traigo desta guerra,
Deste nuevo enemigo á tu corona,
Unido á la de Francia, y de Pamplona.

Por Viana á Sansueña va derecho,
Con grande orgullo, y con mayor pujanza,
Y puesta tu ciudad en este estrecho,
Solo en tu real valor halla esperanza;
Que aunque de Viriato el fuerte pecho
Volviese al mundo á gobernar su lanza,
En el presente riesgo sin tu amparo
Nuestro sábio temor haria mas claro."

Dixo, y envuelta el Rey en mil cuidados
La casta alma y prudente fantasía,
Los unos de los otros atajados,
Ni en este asienta, ni en aquel se fia:
No halla quales son los acertados,
Quales seguir ó desechar debria,
Que al discurrir de su alto pensamiento
Todo se altera y mueve en un momento.

Como tal vez con rayos tembladores,
En nocturna quietud luna argentada,
De un jardin bello hiere entre las flores
Remansos sin color de agua espejada,
Reverberan los vivos resplandores
En la cercana bóveda dorada,
Y bullen sus vislumbres sin provecho
Los varios lazos del dorado techo.

ALEGORÍA.

Garilo que huyendo de unos amigos en otros con ningunos se asegura, significa la inquietud que trae el vicio, y quien le sigue, y como una mala conciencia á sí misma se lleva, donde quiera que va, por azote de su culpa.

En Argina librada por Ferraguto en la historia y sucesos de su vida, lo mucho que importa tratar con buenos, pues no se interesa menos que serlo por su intercesion.

Ferraguto, enamorado por relacion de la hermosura de Galiana, muestra que un hombre distraido, con qualquiera causa por liviana que sea, se ocasiona á sus sensualidades.

En las parcialidades y guerras civiles de los Reyes Moros de España, se descubre el gran daño que viene á un reyno de tener muchas cabezas, y lo que la ambicion sabe sembrar de disensiones, quando halla dispuestos para ello los ánimos de los Príncipes.

Fin del libro quinto.

LIBRO SEXTO.

ARGUMENTO.

Cuenta Garilo una fábula á Orlando, y á los suyos, á fin de divertirlos, preguntándoles quál sea el don mayor de la fortuna. Descubre Bernardo desde el navío persiano una fresca isla, donde lleva á Orimandro para curarle: halla en ella á Gundemaro, un noble español, que despues de curar al Rey sus heridas hace á Bernardo una agradable relacion de sus infortunios.

Así el prudente Alfonso la inquieta
Fantasía baraja en varios modos,
Y al peso del gobierno con discreta
Prevencion los tantea y mide todos:
Dan y toman el caso en su secreta
Consulta el Rey y sus valientes Godos,
Buscando á tantos golpes de fortuna
Salida honrada si ha quedado alguna.

Así, señor, en vuestro real consejo,
Presidiendo á sus graves senadores,
De sábia Magestad sois limpio espejo,
Y al mundo repartís honra y favores:
Homero en letras, Néstor en consejo,
Freno al mayor, amparo á los menores;
Y así tambien os miro, y considero,
Armado de prudencia en vez de acero.

Allí, despues de varias opiniones,
Del consejo de guerra fué acordado,
Que á toda diligencia las legiones
Del victorioso campo reforzado,
Con D. Tibalte rompan los mojones
Del navarro distrito, y alojado
Sobre Sansueña pare, y entre tanto
Su Corte pase á Burgos el Rey santo.

Así en su sala real, de sábios llena,
El santo Rey en cetro y silla de oro
Los graves casos de la guerra ordena,
Y al francés pone espanto, y miedo al moro:
Quando en las sierras de Narbona suena
Del astuto Garilo el falaz lloro,
Con que engañado á quien le escucha lleva
Al ciego enredo de su historia nueva.

Era Garilo de ánimo doblado,
En sutiles astucias atrevido,
Vario, cauto, mudable, recatado,
De enxuto rostro, y corazon fingido,
De color verdinegro, retostado,
De erizado cabello, retorcido,
Los alterados ojos, aunque vivos,
Atraidorados al mirar, y esquivos.

De Mauregato el Rey bastardo hijo
En Girona nació de una aldeana,
En traicion siempre el pensamiento fixo,
Resabios de la leche catalana;
O el triste agüero que el furor predixo
De la paterna sangre mauritana,
Que ahora en pomposo estilo, y voz valiente,
Así engañando va la franca gente.

"Segun de mis mayores he aprendido
Aquella sangre real hierve en mi seno,
Que al triforme Gerion de cuello erguido
Doblado yugo puso, y firme freno;
Y aunque en humildes paños encogido
De Reyes el linage tengo lleno,
Que es el mayor valor que á una persona
Las obras le quilata y perficiona.

Del caudaloso Tarno en la ribera
Un aldea humilde goza su frescura,
Adonde en busca de la luz primera
Dexé el antiguo seno en noche obscura:
Aquí tambien nació, que no debiera,
Por principio á mi ciega desventura,
La aldeana mas bella, y mas lozana,
Que jamas se vistió ropa aldeana.

Si en humano retrato su belleza
Posible fuera ó lícito sacalla,
De rosas coronada la cabeza
Gloria de la beldad fuera el miralla:
Mas sube á tal quilate esa fineza,
Que á querer la arrogancia dibuxalla,
A lo menos perfecto no llegara,
Aunque el pincel de la aficion pintara.

Nacimos juntos, y al igual nacia
Amor en nuestros tiernos corazones,
Que al blando trato y la igualdad crecia
De agradables placeres y pasiones:
Penas tambien entre el contento habia,
Que el amor donde faltan sinrazones
El tierno gusto con su dulce estraga,
Y aquello que apetece le empalaga.
Son lo fino de amor los sinsabores
De un no sé qué de cierta niñería,
Y las mezcladas penas con favores
El dulce riego que lo aumenta y cria:
Ni en el campo el verano es todo flores,
Ni en el amor todo gusto y alegría,
Antes mezclados gustos y disgustos,
Del suyo son los verdaderos gustos.
Entre esta variedad de sentimientos,
Ya temiendo, ya huyendo, ya esperando,
Grandes cosas pasé, en que mis contentos
Creciendo á veces fueron y menguando:
Amor á mis felices pensamientos,
Ahora contradiciendo, ora ayudando,
Si la fortuna en algo me terciara,
Su triunfo estaba y mi victoria clara.
Mas fué á mi blanda fé tan rigurosa,
Y á mis tiernos propósitos tan fuerte,
Que quando la hallé mas amorosa,
Jamas sin un azar me salió suerte:
Y á quien con vista mira desdeñosa
El tesoro en carbones le convierte,
Que quantas glorias su inconstancia vende,
Son si falta sazon bienes de duende.

Ya la ocasion, ya el tiempo me faltaba,
Ya el un estorbo al otro sucedia,
Ya el padre, ya el hermano me ocupaba,
Ya la luz, ya la noche me ofendia:
O no tenia cuidado, ó me sobraba,
O ya me desvelaba, ó me dormia,
Que donde no hay ventura todo es muerte,
Por bien que acuda al paladar la suerte.

Eran mis inconstancias de manera
Que nada me acertaba á dar concierto,
Ni ser en el amor de blanda cera,
Ni al frio desden mostrar el pecho abierto:
Que el sabor y regalo que pudiera
Resucitar sin fé un amante muerto,
En mí era enfados de tibieza seca,
Que una desgracia hasta los gustos trueca.

Y como el fino amor no es otra cosa
Que un relox de artificio concertado,
O de pulso sutil y mano ayrosa
Un instrumento músico templado:
Que de su consonancia numerosa
Lo fino está en un punto delicado,
Cuya armonía mientras mas perfeta
Con mayor disonancia se inquieta.

Así qualquiera humilde niñería
Con tal facilidad nos alteraba,
Que á un blando soplo de ayre parecia
Que el mundo con borrascas se anegaba:
Andábamos sin luz en medio el dia,
Ciegos tras el que ciego nos guiaba,
Gozando entre temores indiscretos
De un inconstante amor varios efetos.

Del viejo Tarno en la ribera amena
Con cierta salva antigua está guardada
Una rústica cueva, en que se suena
Tener la primer agua su morada:
De verde orin y antiguas lamas llena
Vi una pendiente peña socavada,
Adonde en fértil urna cristalina
El claro y fugitivo Dios se inclina.

De selva antigua y húmeda alameda,
En confusa espesura rodeada,
En rama y hoja el bosque así se enreda,
Que el sol no halla á su frescura entrada,
Donde vestido de amorosa seda,
De ovas la verde frente coronada,
De las ninfas en medio el casto coro
El rio enxuga sus cabellos de oro.

Yo aquí en la regalada compañia
De mi amorosa Gila entretenido,
De los bienes gocé en que amor texia
Los graves males donde me ha traido:
Y aquí la noche de un siguiente dia
Venir los dos dexamos con olvido,
Para de mil fatigas y dolores
Coger el fruto y flor entre las flores.

Fué concierto sin órden desastrado
De amor y mocedad hecha de antojos,
Tiempo mas largo, dia mas pesado,
Ni el mundo tuvo, ni le abrió en mis ojos:
Ni de Faeton corrió mas abrasado
El cielo lleno de carbuncos roxos,
Que tú, Apolo, tuviste el alma mia
El largo curso de aquel corto dia.

Ni del nuevo laurel aborrecida
Con tantas veras fué tu hermosura,
Ni de Tisbe y de Píramo tenida
Tu luz y tu beldad por mas obscura,
Ni de nadie tu ausencia pretendida
Con tanto gusto fué y con tal locura,
Ni á nadie con negar tus rayos diste
Noche mas ciega, confusion mas triste.

Tuvo mi Gila á Silvio por hermano,
Y yo á Tarciso por mi caro amigo,
Tarciso, que por fácil y liviano
Le era entonces contrario y enemigo:
Y de mi amor y mi concierto vano
Solo este por mi gusto fué testigo,
Para traerme la fortuna al puesto
De la última miseria en que me ha puesto.

Aquella noche junto á la posada
Donde el tesoro de mi bien vivia,
Al tiempo de la seña concertada
El fiel Tarciso por me hablar venia:
Quando de su enemigo en la celada
Cayó, que armado por su mal le habia,
Y con ir descuidado obró de suerte,
Que al oculto agresor le dió la muerte.

El desangrado Silvio en tierra muerto
A la sazon cayó que yo llegaba
Al desdichado fin de mi concierto,
Y la justicia al matador buscaba:
Como pasar me vieron encubierto,
Y que sin ocasion me recataba
Con la sospecha de antes concebida
En los livianos pasos de mi vida.

A la cárcel de allí, y de allí á la muerte
Sin mas culpa y razon fuí condenado,
Feliz engaño, venturosa suerte
Si el verdugo la hubiera executado:
Mas la oculta verdad, diamante fuerte,
Que es encubierto sol entre nublado,
Quando en mi bien pensé que anochecia,
Dió con su nueva luz principio al dia.

Tarciso de piadoso amor movido,
Intrépido al rigor de la sentencia,
A la cárcel se fué, y allí rendido
Su culpa descubrió por mi inocencia:
¡O hazaña leal de pecho no fingido,
Digna de mas que humana reverencia,
Modelo de amistad, no de la tierra,
Donde tan poca fé y lealtad se encierra!

Yo sin culpa quedé, y él condenado,
Y por mi libertad puesto en tormento
El viejo Alfeo, padre regalado
Del dueño de mi honesto pensamiento:
El libre vulgo, y su rigor notado,
Y el honor de su hija por el viento,
Juntarnos pretendió, y con solo un nudo
Atar todas las lenguas, y no pudo.

Yo que tan adelante mi ventura
Vi, quando el tierno amor no me obligara,
De Gila la nobleza y la hermosura
Por grillos y cadenas me bastara:
Tuve ya mi bonanza por segura,
Mi buena suerte por notoria y clara,
Mas ni en fortuna sale bien sin cuenta,
Ni en el amor bonanza sin tormenta.

Por mí Tarciso á muerte condenado,
Yo por su causa en gloria tan cumplida,
Fuera de ingrata villanía notado
No rescatar su muerte con mi vida:
De la cárcel resuelto y arrojado
Franquearle quise y pude la salida,
Al fin libre salió por traza mia,
Y yo de todo el bien que antes tenia.

Alfeo desde allí por sospechoso
En la muerte me tuvo de su hijo,
Y en Gila el dulce título de esposo
En un punto se dixo, y se desdixo:
Acabóseme en esto el ser dichoso,
Sucedió nuevo llanto al regocijo,
Y en las alegres bodas por lo dicho
Silencio se nos puso, y entredicho.

Entre males y bienes navegando
Algunos dias fuí desta manera,
Mi Gila y la fortuna variando
Ya mis quejas de mármol, ya de cera:
Hasta que de una vez fué derribando
La máscara falaz y lisonjera,
Poniéndome por fin de su mudanza
Donde ni llega el bien ni su esperanza.

Contra Tarciso el agraviado Alfeo
Modos para vengarse procuraba,
Si faltaba la edad á su deseo,
La ira y el corage no faltaba:
Ved de fortuna el áspero rodeo
Por donde el de mis cosas gobernaba,
Cierta dama á mi amigo entretenia,
Que Gila sospechaba que era mia.

Y en aquel tiempo que la noche obscura
A los delitos da paso seguro,
De su amor á gozar la hermosura
Tarciso entraba por un roto muro:
Adonde algunas yo en sazon segura
Acudí á verle entre el silencio obscuro,
Y Alfeo tras su venganza las mas dellas
Contaba al cielo todas sus estrellas.

Era un anciano labrador sin gusto,
Temoso, pertinaz, cauto y callado,
De hombros metido, y de ánimo robusto,
De espesa barba, y pelo ensortijado:
Cejas y labios gruesos, rostro adusto,
De juicio malicioso, y porfiado,
Estrechas sienes, y discurso duro,
Y en nunca perdonar villano puro.

Pues como entre otras noches la postrera
A Tarciso acechase su enemigo,
Y yo al salir, en ronco acento, "muera
El traidor," dixo, y ciego entró conmigo:
Sin sospechar ni conocer quién era,
El justísimo cielo me es testigo,
Que antes de tener culpa, el pecho abierto,
Ante mis pies cayó de un golpe muerto.

Al caer conocí mi desventura,
Y el contrario rigor del duro hado,
Salvéme á vueltas de la noche obscura
Del ciego pueblo contra mí alterado:
Ni disculpa bastó ni fué segura
Al corazon de Gila alborotado,
Mas de rabiosos zelos desabrida,
Que de ver á su padre sin la vida.

Convino por huir la infame muerte
De dulce vida hacer amarga ausencia:
¡Ingrata Gila! pues por complacerte
Todo mi bien dexé ante tu presencia:
Si para despedirme, y para verte
Me volviste, cruel, á dar licencia,
¿Por qué no me la diste?.... mas sí dieras
Para quedar, señora, si pudieras.

Pues siendo ya forzosa mi partida
La palabra me diste, que bastaba
Para anudar la trabajosa vida,
Que incierta en mí y dudosa se mostraba:
La triste hora llegó á la despedida,
Y que no vuelva, dixo, me mandaba,
Sin le llevar el don mas soberano
Que la fortuna ofrece de su mano.

Y aunque grandes regiones he corrido,
Rastro de lo que busco no he hallado,
Ni quien á mi pregunta dé sentido,
Ni el punto alcance á ver de mi cuidado:
Lo que dar no se puede me ha pedido,
Porque en buscarlo muera desterrado,
Que no puede tener otra salida
Demanda al parecer tan no entendida.

De una desgracia en otra, y de una en una
Hasta morir por todas discurriendo,
Pidiendo sin juicio á la fortuna
Lo que ni ella entiende, ni yo entiendo:
Ella no da felicidad alguna,
Y yo felicidad suya pretendo,
Y buscar bien perfecto de su mano,
Es pedir sangre noble al que es villano.

Nuevo camino por el mundo abierto
En nuevas gentes tengo; que he cursado
Las escuelas de Atenas, y el desierto,
Egipto de hombres sábios habitado,
Sin á mi enigma hallar sentido cierto:
Y á no haber sus oráculos callado,
A la parlera Grecia fuera á solo
Consultarle sus trípodes á Apolo.

Ya al rastro incierto deste fin sin guia
De la misma fortuna el rigor grave,
Sobre el estrecho mar de Africa un dia
Al sordo viento destorció la llave:
Cuyo soplo mostró que su porfia
Haciendo iba la mia mas suave,
Pues al cruzar por un mordaz baxío
A mí solo salvó, y rompió el navío:

Donde de hambre y sed me consumiera
Si con sola una muerte se vengara,
Y para darme mil no previniera
De un corsario sin ley la fusta avara:
Que no así presto en su voraz galera
De un remo me dió el cómitre la vara,
Quando de mi tasado bien airada
Con cien muertes quedó desagraviada.

Quizá le enfada que ande por el mundo
Los puntos quilatando de sus bienes,
Qual el primer lugar, qual el segundo
En sus favores goce, y sus desdenes;
Pues ni en la tierra ni en el mar profundo
Treguas conmigo quiere ni rehenes,
Enviándome en la suerte mas contenta
Riesgo en la tierra, y en la mar tormenta.

Abre sus velas el corsario al viento,
La playa de menudas olas llena,
Acentos de placer y de contento
Es quanto en las cercanas playas suena:
Mas la inconstante, cuyo fundamento
Fabricado en las ondas es de arena,
No tardó en tomar cuenta á esta alegría
Mas que en venir la noche, y irse el dia.

Vimos del sol la lámpara encendida
En el agua salada amortiguarse,
Y la noche tambien de agua nacida
Entre negros celages levantarse,
La mar alborotada y desabrida
Con huecos tumbos de olas encresparse,
Viniendo siempre de Eolo en aumento
El frio soplo y destemplado aliento.

Al fin quando apuntaba en el oriente
El nuevo dia de color de grana,
Sembrada en el salado mar la gente
El sol la vió de su primer ventana:
Y de una roca el vergantin pendiente
La blanca costa con la espuma cana
Amenazando está, y allí fortuna
Sus victorias contando de una en una.

De la cercana playa en el arena,
Qual de antigua ballena vomitados,
Entre temor, entre alegría y pena,
Algunos nos hallamos arrojados:
Y la ribera de despojos llena,
Volvimos á robar bienes robados,
Que á los pobres y ricos de contento
El estado trocó al trocarse el viento,

El corsario murió, y los mas preciados
De su aleve inconstante compañia,
Y de la chusma qual y qual llevados
Del gusto fueron tras su incierta guia:
Conmigo solos dos pechos honrados,
Que á un remo una cadena nos ceñia,
Se avinieron, y este alto dromedario
De lo mejor cargamos del corsario.

Y aquellos seis aleves salteadores
Hoy á mis compañeros dieron muerte,
Y estos son que he contado los favores
Mas ricos y granados de mi suerte:
Visto habeis de mi mal los borradores,
Ved si alguno en vosotros hay que acierte
Para mi bien el don mas soberano
Que la fortuna ofrece de su mano.

De tres años fué el plazo señalado
Para en su rastro desvolver el mundo,
Y de los dos el uno es ya pasado,
Y mas de las tres partes del segundo."
Dixo; y qual si quedara enagenado
De un grave pasmo y éxtasis profundo
Hizo cierto ademan, que aunque fingido
Dexó al de mas dureza enternecido.

Su traza, y la eloqüencia de su cuento
De todos con blandura exâgerada,
Cada qual desvelaba el pensamiento
En la pregunta rústica intricada:
¿Qué bien tiene fortuna de momento?
¿Qué gloria que no sea barnizada?
¿Qué soberano don Gila entendiese
Que el vario monstruo de importancia diese?

"Las riquezas serán, dixo un grosero,
Que es el don mas perfecto y deseado,
Que á quien vive en el mundo sin dinero
El mas supremo bien es bien soñado:
Al rico el mas mordaz es lisonjero,
Y el pobre mas dichoso desdichado,
Sino mostradme un rico con disgusto,
O algun pobre que en serlo halle gusto."

No pasó el catalan por ese engaño,
Que mil ricos hallo sin alegría,
No se corta el contento de ese paño,
Ni solo el oro los placeres cria:
Midas nos servirá de desengaño,
Que un mundo en rubias masas convertia,
Y de hambre se acabara si los vanos
Tesoros no lavara de las manos.

Quanto mas que el deseo de riqueza
Al compas que ella crece va creciendo,
Y el ver tan inconstante su firmeza
El alma va y el gusto carcomiendo:
La ayuna amarillez de la pobreza
Se está quanto mas léjos mas temiendo,
Que al fin son bienes muertos, y no hay duda
Que los gobierne un monstruo que se muda.

Ricardo dixo, "en bienes de fortuna
En toda estimacion el mas cumplido,
Que acompañando sale de la cuna
Un hombre hasta las ondas del olvido,
Sin que le borre adversidad alguna,
Es sangre ilustre, y parto bien nacido,
Don aunque de fortuna tan quadrado,
Que quitar no le puede una vez dado."

Alguno dió con la opinion presente
La duda por resuelta y acabada,
Mas visto el caso con madura frente
Felicidad salió poco fundada:
Mil Reyes al nacer vió el sol de oriente,
Que al ponerse vió en muerte desastrada,
Y otros volar al cuerno de la luna
De obscuros paños, y de humilde cuna.

Silverio altivo en ambicion fundado
"El don, dixo, que Gila te ha pedido,
Del sacro imperio es el mandar hinchado,
Del ánimo mortal tan pretendido:
Si violar el derecho está vedado,
Por causa de imperar se ha permitido,
No hay carga tan pesada, y mal tan grave,
Que no se vuelva con mandar suave.

Y bien que en estos reynos de fortuna
No se puede alcanzar bien sin mudanza,
No hay en todo el creciente de la luna
Un punto, ó dure o no, de mas privanza:
Si á la enigma desdice en cosa alguna,
Es no caber tal don en tu esperanza,
Ni en Gila, si ya no es que desa suerte
De sí te echase para nunca verte."

Garilo respondió, "quanto se encierra
Del dulce mando en el pesado oficio,
Es en trage de paz sabrosa guerra,
Y con voz de virtud honrado vicio:
Que á los que hace dioses de la tierra
Su quietud les ofrece en sacrificio,
Y no es mas la grandeza del imperio
Que honrosa sujecion y cautiverio.

Y á lo que dices que en mi corto pecho
Pensamiento no cabe y don tan grave,
Quiero que sepas que en lo mas estrecho
Este ancho mundo y otro mundo cabe:
Y no es esta ambicion de mas provecho
De lo que la fortuna ordena y sabe,
Pues con trocar ó destrocar la mano
Cabe mas que eso en el valor humano."

De la aguda respuesta en lo arrogante
Mostró el sábio español su ánimo altivo,
Que no hay en su nacion pecho importante
Que un pensamiento igual no tenga vivo:
El mas humilde en sangre, el mas distante
De su humildad tal vez en rostro esquivo
Desprecia, y á pesar del parto inmundo
Hijo se hace del sol, que es sin segundo.

Desta manera en pláticas sabrosas
Dulces porfias levantan y qüestiones,
Los unos de unas, y otros de otras cosas,
Sus discursos fundando y sus razones;
Hasta poner las penas amorosas,
Fortuna, entre la cuenta de tus dones,
Como si á amor ser ciego no bastara,
Sin que un ciego furor le gobernara.

Quien á tal opinion dió fundamento,
No es posible que fuese enamorado,
O si lo fué, lo fué de cumplimiento,
Por algun caso de interés forzado;
Pues el fruto de un claro entendimiento,
Y la eleccion de un gusto regalado,
Hizo de la fortuna don escaso,
Que no da bien ni mal sino es acaso.

Orlando, ya despues que en largos cursos
Sobre el don altercaron de Garilo,
Conformándose que eran los recursos
De su viage buscar la fuente al Nilo,
Quando salian ya á nuevos discursos,
El al presente así le anudó el hilo:
"Todos han dicho, dixo, y yo podria,
Si entre tanta opinion cabe la mia.

Y tú, villano, si á los varios casos
Que en sumario discurso has referido,
Y de tu vida á los mudables pasos
Con atencion hubieras advertido,
Mas claro los favores mas escasos
A tus enigmas dieran el sentido,
Y el oráculo allí vieras mas cierto
Entre tus mismas cosas descubierto.

Y si la fama que á tu Gila has dado
Pintando su beldad no es ingeniosa,
En el don que ha pedido se ha mostrado
No menos avisada que hermosa:
Buscar lo que te falta te ha mandado,
Mira tú si te falta alguna cosa,
Y esa misma le lleva, que sin falta
Ninguno busca lo que no le falta.

A burlar de tu enigma delicada
Parece mi respuesta dirigida,
¿Qué voluntad habrá tan ajustada,
Que no le falte ó sobre la medida?
¿Qué suerte tan perfecta y acabada
Saldrá sin un azar en esta vida,
Donde quando mas rico estés de bienes
Hallarás que te faltan mas que tienes?

Pues si todo su bien por este modo
La fortuna lo da al mas bien librado,
A quien le tiene ya dado del codo,
¿Con qué podrá dexarlo remediado?
Sino decimos que en faltarle todo
Le sobre todo el bien á un desdichado,
Y en no tener felicidad alguna
Tenga ganado el juego á la fortuna.

Mas si se ha de entender de alguna suerte,
Y tu demanda tiene algun sentido,
Ya que en vida falaz sujeta á muerte
Ni entre bienes de tierra hay bien cumplido,
El mas rico, mas dulce, y de mas suerte,
De todo mortal gusto apetecido,
Es el que falta en ti, y á veces falta
Al que en fortuna echó raya mas alta.

Y aunque buscar sin el feliz contento,
Buscar en ciega noche el sol seria,
Suele tener tan flaco fundamento,
Qual le tiene la causa que le envia:
Y el bien que al irse hereda el sentimiento,
Es no haber visto el rostro á la alegría
Mas que para martirio á la memoria,
Quedándole del bien sola la historia.

Pues aunque esté conforme á su hechura
Es como los demas de poco asiento,
Por aquel breve tiempo que nos dura
En nada halla estorbo nuestro intento:
Todo con su presencia lo asegura,
Enfrena el mar y desenfrena el viento,
Y de tanta deidad es su cadena,
Que á veces la fortuna misma enfrena.

Quanto sujeto á tiempo y á mudanza
Se ve en el claro espejo de la luna,
Quanto cabe en deseos y esperanza,
Esta es en dispensarlo sola una:
Es la medida, el peso, y la balanza
Y fuente de los bienes de fortuna,
Y aun suele subir tanto su creciente,
Que es la fortuna arroyo de su fuente.

Es su nombre Ventura, y su exercicio
Colmar de bienes al deseo humano,
Levantarnos las cosas de su quicio
Hasta darles renombre soberano:
Dorar con nombre de virtud el vicio,
Y en solo andar colgado de su mano,
No darás tropezon ni desatino,
Que no te haga adelantar camino.

La sangre, las riquezas, el imperio,
Y todos los demas bienes colmados,
Son infamia, pobreza, y vituperio,
Sino vienen con esta acompañados:
Libertad sin ventura es cautiverio,
Los cautivos con ella libertados,
Y es tal que pudo y puede entre mortales
Sacar males de bien, y bien de males.

Sola esta en el discurso de tu historia
Si bien lo consideras te ha faltado,
Esta en infierno convirtió tu gloria,
Y de una muerte en otra te ha arrojado:
Esta pues busca, y halla, y de la escoria
Te volverá el crisol oro acendrado,
Y sin mover el pie ni alzar la mano
Harás jornada, y llegarás temprano.

Al fin del bien humano es los extremos,
Y aunque en esto no hay duda, todavía
Contar quiero una historia, en que veremos
Con su extraña verdad clara la mia:
Todas las cosas que en el mundo vemos,
Quantas se visten de la luz del dia....”
Así Orlando empezó, mas yo á Bernardo
Mi pluma guio, y tuerzo el vuelo tardo,
Que ya le veo en el galeon persiano,
Vencido el Rey, y Angélica robada,
Triste, aunque victorioso, que es villano
Quien del ageno mal no siente nada:
Curó al Rey las heridas de su mano,
Apaciguó la gente alborotada,
No siendo menos blando que robusto
El que antes fué verdugo de su gusto.
Y no sabiendo para qual derrota
Las velas amurar al tardo viento,
Que en crespas olas con tibieza brota
Del cristalino y húmedo elemento,
Desde la gavia al sur no muy remota
Una isla vieron de agradable asiento,
Que llena desde léjos se figura
De agradables florestas y frescura,
Parece alegre sitio acomodado
A curar al Rey Persa sus heridas,
Y que el vencido pueblo destrozado
Las fuerzas cobre entre el temor perdidas;
Y ver si halla tambien puerto poblado,
Donde de aquellas playas no sabidas,
Isleño natural, ó gente extraña,
Navío le flete en que volverse á España.

La errada proa el práctico piloto
Al punto á sus cercanas playas vuelve,
Y de comun consentimiento y voto
La blanca costa en que surgir desvuelve:
Salta la chusma, crece el alboroto,
Suena el ruido, y el clamor revuelve
Quebrado en ecos por las altas rocas,
Que azotan los delfines y las focas.

Salió á reconocer Glauro la tierra,
Gran piloto y cosmógrafo persiano,
A quien Planco obligó á seguir la guerra
Por haber muerto á Periarcón su hermano:
Este subió á la cumbre de una sierra,
De adonde descubrió un florido llano,
Y en la mar en la punta de un baxío
Destrozos de una barca y de un navío.

A la orilla de un rio entre las flores
Sobre un pequeño monte vió enredada
Una humilde chozuela de pastores
Antigua al parecer y despoblada,
Desiertos los demas alrededores,
Y al esconce del cerro una ensenada
Playa figura y abrigado puerto,
Entre una selva y un peñasco abierto.

De la áncora mordaz el corvo diente
Firme agarró por el arena blanda,
Saltó Bernardo en tierra, y diligente
Al Rey llevar mandó de la otra banda;
Y un rico pabellon resplandeciente,
Por el mucho oro y perlas plantar manda,
Sobre arrimos de plata y argollones
En que repose, y curen sus pasiones.

Y en tanto que se planta y adereza,
Con corvo arco pasó tras un venado
Del bosque inculto la áspera maleza
A la vecina cumbre de un collado,
Donde una humilde choza alzar cabeza
Vió alegre, y aunque sola halló á un lado
Unas armas y escudo, y recien hecho
De yerba y flores un pintado lecho.

Púsose á atalayar desde la puerta
A un lado y otro, quando junto al rio
Un hombre vió venir por la encubierta
Que al sol hacia el páramo sombrío,
Flaco, mústio, sin tez, la color muerta,
Aunque gallardo en el semblante y brio,
Que hácia Bernardo en viéndolo se vino,
Y él á encontrarlo le salió al camino.

Saludáronse afable y cortesmente,
Y humilde el español pidió al isleño
Si lo sabe le diga de la gente
De aquella isla florida, y de su dueño:
Si es desierta ó poblada, si al presente
Sabe en ella lugar grande ó pequeño
Donde curar un caballero herido,
Que allí fortuna le arrojó perdido.

"Señor, dixo el isleño, esta ancha tierra
Toda es de suelo y clima desdichada,
Un mar profundo y áspero la encierra,
Desierta en lo demas y despoblada:
Y si algo habita aquí en discordia y guerra
Es á mi parecer gente encantada,
Que en fantasmas y bultos inhumanos
De noche cruza por los ayres vanos.

Poco ha que la fortuna desdeñosa
Su arena hizo estampas de mi huella,
Con un viento y borrasca peligrosa
Que armó en el ayre mi contraria estrella,
Quedando yo en su playa pedregosa
Vivo para morir despacio en ella,
Que á quien como ahora á mí se muestra brava
Por no acabar sus males no le acaba.

Otro mancebo se salió conmigo,
Los demas sorbió el mar por sus riberas,
Y este sin culpa mas que ser mi amigo
Ya por los montes es manjar de fieras,
Que solo basto yo para testigo
De su inconstancia, y los que mas de veras
En su rueda midieron altibaxos,
Ni se vieron tan altos ni tan baxos.

Es de mi vida larga la tragedia,
Y tal que amarga aun el contar la historia,
Que mientras un dolor no se remedia,
Siempre es pesada y triste su memoria:
Vamos á ver tu herido, que en la media
Ladera deste monte, si en mi gloria
Mi seso no quedó tambien deshecho,
Una yerba he notado de provecho.

Y aun segun de tus armas las señales
No á ti te dañará el precioso pisto,
Remediará siquiera agenos males,
Quien ya los suyos sin remedio ha visto,"
Dixo: y Bernardo con palabras reales
Las gracias rinde, y él en paso listo
A toda diligencia va, y revuelve
Mil yerbas, y una entre ellas coge, y vuelve.

Llegaron á la playa, y en su lecho
Al Rey de Persia hallaron desangrado,
Que en la mudanza y exercicio hecho
Se habian las roxas llagas reventado:
Mostró el médico allí su hidalgo pecho,
Y de la yerba el bálsamo preciado
Mitigando el dolor de las heridas,
Que las dexó á dos curas guarecidas.

A los demas heridos de su mano
Curó en término hidalgo y modo afable,
No obstante que traía el Rey Persiano
Consigo á Eleno, médico intratable,
De manos cruel, y corazon villano,
Y demas de ser áspero y mudable,
Mas erres tuvo al grado y mas errores,
Que Roma y sus primeros fundadores.

Pero el favor que donde quiera manda,
Mandó que sábio y acertado sea,
Que la salud si el mal se le desmanda
Dios la da sin que el médico lo vea:
Ni el fuego aprieta, ni el aceyte ablanda,
Si él no da la virtud, ni nadie crea
Que la purga le mate, ó le dé vida,
Sino es la eterna ordenacion cumplida.

Esto es del vulgo, y del que hizo á Eleno
Por favor protomédico persiano,
Que nadie ignora que contra el veneno
La triaca halló el saber humano:
Y una yerba el isleño entre aquel heno,
Con cuyo xugo, y su prudente mano,
Por naturales términos regidos
Al Rey sanó, y á los demas heridos.

Agradó tanto al valeroso godo
Del esculapio nuevo la cordura,
El trato afable, el cortesano modo
De sales lleno, y grave compostura,
Que deseoso de saber del todo
De su vida el suceso y la ventura,
Que en dolor vivo y esperanza muerta
Le echó en parte tan áspera y desierta;

Un dia al delgado viento de la playa,
Sobre una roca en que la mar batia,
Y al resurtir en una corva raya
La blanca espuma aljófares bullia,
Sirviendo á sus cristales de atalaya,
Y haciendo dellos mas alegre el dia,
Puestos los dos entre el peñasco fixo,
Así al isleño el español le dixo:

"Las muchas partes que el valor descubre
En las noblezas de tu heroyco pecho,
Y la sábia prudencia que en él cubre
El dolor fiero en que le traes deshecho,
Quanto con tu recato mas se encubre,
Tanto mayores cosas dél sospecho,
Y hallo en sus señales y costumbres
De un hidalgo español claras vislumbres.

Sácame desta duda, y pueda ahora
Contigo algo el amor que en mí has hallado,
Dime de la fortuna burladora
Las varias vueltas con que aquí te ha echado:
Cuéntame en fin tu vida, y su mejora,
Si alguna en esperanzas te ha quedado,
Y cree si aquesto mucho te parece,
Que ya lo que te estimo lo merece.

Y mas te juro en fé de caballero,
Que jamas por mi culpa te arrepientas
De haberme hecho este gusto, con que quiero
Que solo el tuyo en mis intentos sientas:
Y si en los tuyos puede un verdadero
Amigo aprovecharte, me consientas
Que ocupe yo el lugar del que te falta,
Pues no la hay en mi amor ni en fé tan alta."

Dixo, y el noble isleño entre no poca
Confusion se halló corto y atado,
Oyendo al caballero de la Roca,
Que así el bravo español era llamado:
Es fuerza obedecer por lo que toca
Dar gusto al que es de todos adorado,
Mas halla sus discursos tan extraños,
Que no los contará en un siglo de años.

Admírase tambien que en su pregunta
Le llamase español por alabanza,
Que en tan tierno sugeto se halle junta
Con tan grande braveza tal templanza:
Al fin aunque ni entiende ni barrunta
Que sea quien es, conoce en su crianza
Que es digno de que en todo le obedezca,
Y que él lo mismo que le ofrece ofrezca.

Y así le respondió, "pues que no puedo
A tan nueva merced dar recompensa,
Ni á las obligaciones en que quedo
Pagar sin le hacer notoria ofensa,
Con referirte el espantoso enredo,
Y aquella nube de peligros densa
Que aquí me despeñó en eterno luto
Te habrá pagado mi alma su tributo.

Es España mi patria, y en España
El reyno de Leon, y allí Abiados,
Un castillo en que al pie de una montaña
El Rey Froyla nos dexó heredados:
De los inclitos Condes de Saldaña
De aquellos quatro tengo dos costados,
Los otros por mi padre D. Ramiro
Son de la sangre real de Gundemiro.

Es mi nombre Gundemaro, y yo todo
De la nobleza montañés nacido,
Criado en el palacio del Rey Godo,
Y de su Corte y dél favorecido,
Hasta que el tiempo por extraño modo,
De mi enemiga estrella compelido,
Mudó el curso feliz, y ya impedida
Su corriente trocó la de mi vida.

Ya por tres veces la inconstante lumbre,
Que desde el primer cielo el mar revuelve,
Sus mudanzas siguiendo y su costumbre,
En plata el oro de sus cuernos vuelve;
Y otras tantas Faeton de su vislumbre
Le bañó el hueco rostro, que desvuelve
De las tinieblas los ocultos casos,
Y en los hurtos de amor medrosos pasos.

Despues que ausente á la asturiana Corte
Al curso voy de mi contrario sino,
Ciego en la tierra, y en la mar sin norte,
Y aquí y allí sin rumbo ni camino:
Fuera de estilo, y de hallarle corte
De mi vida al confuso desatino,
De una desgracia en otra, y de una en una
Exprimentando azares de fortuna.

Por la ambicion francesa el Rey de Asturias,
Que es mi Rey, está en grave estrecho puesto,
Contra cuyas montañas las tres furias
Han conmovido de la tierra el resto;
Y á mí tambien del tiempo las injurias
Traído me han á este escondido puesto
Por la misma ocasion, que un desdichado
Hasta el ageno mal halla á su lado.

Despachó embaxadores el Rey Casto
A los circunvecinos Reyes Moros
Por favor de dineros, que al gran gasto
De la guerra son cortos sus tesoros:
¿Mas para qué sin fruto el tiempo gasto
En cuentos largos de rodeos sonoros,
Si al ancho curso de la pena mia
Qualquiera tiempo es corto, y breve el dia?

Fué destas embaxadas mia la una
Al toledano Rey, y al de Granada,
Y ocasionada dellas mi fortuna
La suya comenzó con mi jornada:
Llegué á Toledo, y mi creciente luna,
Allí de dicha y de favor colmada,
A menguar comenzó por el camino
Que luego hice al reyno granadino.

Supe que al Rey en una alegre caza
Robó su Doralice un jayan fiero,
Y que á una fuerte inexpugnable plaza
La llevaba con solo un escudero:
Juzgué el poner en socorrerla traza
Precisa obligacion de caballero,
Y hacer al Rey y al reyno mas propicio
Con la nueva ocasion de tal servicio.

Dexé mi gente, y tras la justa empresa
Por la espesura entré de una montaña,
Perdíme por tomar una atraviesa
Con la ignorancia de la tierra extraña;
Y de una selva en otra, y desta en esa,
Cruzando á tiento el monte y la campaña,
Sin camino, sin senda, ni sin guia
A Málaga llegué perdido un dia;
Donde de una galera de corsarios
Que echó á la costa un áspero levante,
Y del furor del tiempo y sus contrarios
No quedó dellos vivo hombre importante,
Entre otras presas y despojos varios
Que dió y quitó la mar como inconstante,
Fué una cautiva hermosa á maravilla,
Que qual perla oriental salió á la orilla.
Y sin ser su riqueza conocida
De la codicia bárbara insaciable,
En almoneda pública traida
Se puso en precio el suyo inestimable:
Y en pujas y pregones distraida
La beldad se vendió mas agradable,
Que en quanto alumbra el sol, y el mar encier-
El cielo puso á vistas de la tierra. [ra,
Una honesta y bellísima doncella,
De luces llena y varios resplandores,
Rodeada al cuerpo un almalafa bella
De un rico zarzahan de mil colores:
Su cara un cielo de beldad, y en ella
Mas gracias que hay en el verano flores,
El cabello que al ébano excedia
Mas blanco el cuello de marfil volvia.

Unos rasgados ojos, que en mi alma
Dos ventanas rasgaron á su gloria,
Con dos arcos de amor al triunfo y palma
Con que le dió en la mano la victoria:
Su bella frente aquesta playa encalma
El viento que la bulle mi memoria,
Y los labios y dientes de su boca
El coral y las perlas desta roca.

Al cuello humilde una cadena floxa,
Los vergonzosos ojos en el suelo,
Las dos mexillas que con perlas moja
De la color del rosicler del cielo:
De dolor traspasada y de congoxa,
Y yo de compasion y de recelo,
Lo que allí obró en mi alma su fatiga
La piedad dexo que por mí lo diga.

En pregones todo esto se vendia
Al tiempo que llegaba yo á la feria,
Y el corazon que sin temor venia
A dar conmigo en la última miseria:
Quedé ciego en la luz que muerta via,
Juntóse á mi dolor nueva materia
Con verme pobre, que en qualquiera paso
Hace ser rico un hombre mucho al caso.

Via venderse todo mi tesoro,
Yo sin caudal ni crédito en la plaza,
Y que el dinero de un plebeyo moro
A eterna servidumbre le amenaza:
Vendí mis armas y unas piezas de oro,
Que hicieron de mi amor alarde y plaza,
Y con dos mil zequies por esta via
Di libertad á quien quitó la mia.

Bella cautiva, me llegué y le dixe,
Noble prision de honrados corazones,
Si á quien nacio para prender le aflige
Verse sujeta á bárbaras prisiones,
Y ese gallardo corazon que rige
Del gusto el reyno, y del amor los dones,
Está en su libertad, yo sin ninguna,
Que así trueca sus suertes la fortuna.
Si mi pobreza di por tu tesoro,
Tambien por tu rescate un reyno diera,
Solo me queda esta cadena de oro
Para enlazar tan bella prisionera:
Así dixe, y quitando la del moro
Puse la mia, y ella por de fuera
El bello rostro del color mas fino
Que abre en la rosa el ayre matutino.
Fuese tras mí despues de asegurada,
Que solo con lo hecho pretendia
Ponerla en noble libertad honrada,
Salva de toda fuerza y demasía:
Y de mi trato y término obligada,
Que es lo que amor hidalgo engendra y cria,
Y satisfecha ya por mil maneras,
Que no trataba engaños, sino veras;
Despues de haber con nuevo juramento
En mí su honestidad asegurado,
Y al recato y las trazas de su intento
El secreto y prudencia encomendado:
"Sabe, leonés, me dixo, estame atento,
Que á mas que esto quien eres me ha obligado,
Yo soy para morir en tu obediencia
La triste Arlaja Infanta de Valencia.

De Zulema sobrina, hija de Abdalla,
Cuyo es el reyno cordobés de hecho,
Que el soberbio Aliatan usurpa y halla
Que viene á su ambicion corto y estrecho:
Mató á mi tio en una cruel batalla,
Y á mi padre quitó todo el derecho,
Y hoy apretado del poder tirano
Solo gobierna el pueblo valenciano.

Deste soy hija, y de Algaycel hermana,
Un valiente y galiardo sarracino
Del cetro y la corona valenciana,
Y el reyno cordobés sucesor dino,
En cuya compañia una mañana
Saliendo á caza al bosque mas vecino
Del castellano Xúcar en la boca
Con que al sucrense golfo besa y toca;

Fuese toda la gente repartida
Tras varias cazas por el monte espeso,
Y yo tras una cierva entretenida
Que levantó el ladrido de un sabueso:
Gran rato anduve sin sentir perdida,
Quando la suerte de mi hado avieso
A la playa del mar me sacó sola,
Qual perdido baxel entre ola y ola.

Fuí á dar sin ver por donde en la zelada
De una enemiga fusta de cristianos,
Que de unas cañas dulces amparada
Cruzaba del rio Xúcar los pantanos;
Donde de su violencia arrebatada,
Con el suceso y con la presa ufanos,
Temerosos quizá del enemigo,
Libres se hicieron á la mar conmigo.

Yo por asegurar que su violencia
Algo en agravio de mi honor no trate,
Quién era dixe á todos en presencia,
Prometiendo á cada uno gran rescate:
Miráronme con nueva reverencia,
Y dando en ello trazas un debate
Así se ocasionó entre dos villanos,
Que de lenguas vinieron á las manos.

Fué creciendo el enojo de manera
Sobre quién mi persona guardaria,
Que espada no quedó ni vida entera
De quantas antes el saetin traía:
Vino la noche tenebrosa y fiera,
Creció la mar y el viento, y quando abria
La luna su ventana en el oriente
Dió otro barco en el nuestro de repente.

Saltaron dentro algunos, y admirados
De la espantosa mortandad sangrienta,
Ya en su primer temor asegurados
De solos mis despojos hacen cuenta:
Quando el viento mas grueso en mas hinchados
Tumbos la mar parió ciega tormenta,
Dividiendo el rigor del turbio charco
Los presos bordos de uno y otro barco.

El mio aquella noche y otro dia
Con el viento y la mar fué porfiando,
La costa huyendo que de léjos via
De espuma y arrecifes blanqueando:
Pero ya al tiempo que la luz salia
Entre pardos celages, trastornando
Arbol, velas y entenas, dió el navío
Deste muelle en la punta de un baxío.

De seis que dentro echó el furor en vano
Los tres huyeron del perdido leño,
Los otros degolló el vulgo liviano,
Que por esclava á tí me dió en empeño:
Y aunque al principio el trato fué villano,
En darme hicieron tan honrado dueño
Que adore de fortuna el desatino,
Pues no tuvo tal bien otro camino.

Ahora querria, señor, si á tí te agrada,
Que antes que aquí de nadie sea sentida,
O por mar ó por tierra disfrazada
A mi patria me vuelvas conocida,
Que yo te doy palabra en fe de honrada,
Que aunque me vea Reyna obedecida,
En menos tenga el cetro, y mas le huya,
Que el título y blason de esclava tuya."

Así mi bella valenciana dixo,
Y yo de nuevo puesto en mil cuidados,
De alegre sobresalto y regocijo
En verlos sin pensar bien empleados,
Hacer el viage por la mar elijo,
Y en un ligero bergantin fletados
A cuenta y riesgo de un anciano moro,
Y cien cequíes de una cadena de oro;

Al tiempo que en las puertas del oriente,
De azucenas y rosas coronada,
La aurora rompe el velo transparente,
Que la luz de oro en sí tiene guardada,
El barco á vela y remo diligente
La punta dobla de trofeos sembrada
Que á la torre de Velez hurta el viento,
Y á ella la mar su carcomido asiento.

Y con el fresco soplo de un lebeche,
Que embistió en popa la latina vela,
La corva playa de la mar en leche
Ligero pasa, y engolfado vuela:
Y sin que el viento el lleno lienzo estreche
A Almuñecar descubre, cruza, y cuela
Por su abrigado puerto puesto enfrente,
Seguro de los vientos del poniente.

A Salobreña y á Motril dexamos
Hirviendo su arenal en blanca espuma,
Y tras el sol y el dia nos entramos
Por Castilferro, y antes que consuma
Su soplo el ayre al alba despertamos
Encima las roquetas, y allí en suma
Dimos á nuestro curso cristalino
Tres veces treinta millas de camino.

Echóse el ayre al levantarse el dia,
Por mostrarnos de espacio la frescura
De los bellos jardines de Almería,
Y de sus palmas la rayada altura:
De Nicia la preciosa pedrería,
Que como el cielo con la noche obscura
Por su playa y collados centellea,
Y al sol convida que en su luz se vea.

Calmó ya aquí de todo punto el viento
Entre el Algayda y sus floridos ramos,
Y por gozar del agradable asiento
Una caleta de la mar buscamos:
Acabó aquí su curso mi contento,
Y el viage que conformes comenzamos,
Aquí perdí mi bien, de aquí mi hado
La tragedia empezó, que aun no ha acabado.

Hambroz, un fiero bárbaro arrogante,
Que degolló á Toledo su nobleza,
Y en favor de Aliatan puso en levante
La tierra en riesgo, el reyno en estrecheza:
Desde la fortaleza de Alicante
Con fustas espantaba y con braveza
El mar de España, y la desdicha mia
Surto en Algayda le hallo aquel dia.

Fué á dar nuestro baxel en la encubierta,
Donde entre flores retirado estaba,
Y allí apenas su armada descubierta
Huyendo el barco como entró tornaba:
Mas no salta tan viva ni despierta
Víbora altiva ni serpiente brava
Tras el gazapo que en las yerbas siente,
Como á la nuestra se arrojó su gente.

Cercaron el batel, fuenos forzoso
Hacer para mas daño resistencia,
Mas contra un enemigo poderoso
El escudo mejor es de paciencia:
Yo sin armas, el trance peligroso,
El pensar defendernos imprudencia,
Al fin quedó nuestro poder rendido,
Presa de nuevo Arlaja, y yo herido.

Conocióla el corsario, y como amigo
Y vasallo en caricia cortesana
Humilde y grave la llevo consigo
A un bello y rico estrado de oro y grana,
Que si era hija de Abdalla su enemigo,
Tambien de su Rey era prima hermana,
Y aunque los Reyes sigan sus rencores,
Siempre son los demas sus inferiores.

Admiróse de verla en tal estado,
Supo el suceso, y luego determina
En ligero batel de oro entoldado
Enviarla en pompa á su grandeza dina:
Yo sin provecho herido en un costado,
Privado del vivir por medicina,
Quedé con el corsario el gusto en calma,
Y por sanar el cuerpo muerta el alma.

No quiso Hambroz por causa de la herida
Que en compañia de la Infanta fuese,
Como si fuera remediar la vida
Hacer que ausente de mi bien muriese:
Dióle su fe, que en siendo guarecida
La llaga, y que en mejor salud me viese,
Con aparato y real magnificencia
A su servicio me enviará á Valencia.

Con esto me quedé, y la bella Arlaja
Pasó antes de embarcarse por mi lecho,
Donde con tiernos ojos, y voz baxa,
"A Dios, dixo, tesoro de mi pecho,
Mira por tu salud", y aquí le ataja
La lengua un nudo de congojas hecho,
Y el corsario tambien que á verme vino,
Y á embarcar á la Infanta de camino.

Fuese, y quedé con la esperanza á solas
Luchando entre temores y sospechas,
Engolfada en memorias, cuyas olas
En un ausente son tristes endechas:
Colgado el gusto y la salud de solas
Las dos palabras últimas, deshechas
En bálsamo de amor, que la herida
Sanó al cuerpo, y al alma dió la vida.

De Algayda hizo el moro por la costa
Al descuido importantes correrías,
Hasta que al puerto y su canal angosta
De Caridemo que robó esos dias
Sus desdichas llegaron por la posta,
Y á dar triste remate en sus porfias
La armada Berberuz, otro corsario
Que en Córdoba es de Hambroz bando contrario.
Seguia la parte y opinion de Abdalla
En aquella reñida diferencia,
Encontró la ocasion yendo á buscalla,
Y puso en no perdella diligencia:
No venia el fiero Hambroz á dar batalla,
Sino solo á meter gente en Valencia,
Que los cristianos se decia por cierto
Que con su armada estaban de concierto.
Y que un rico convento que tenia
La iglesia del gran mártir San Vicente
Darles el muro libre pretendia,
Y meter dentro en la ciudad su gente:
Hizo reseña allí, y aunque la via
En número inferior, no en ser valiente,
Ni humilló el brio, ni perdió el decoro,
Que es hidalgo, y de Córdoba, aunque moro.
Pelearon con crueldad ambos corsarios
Sin sentirse al principio mejoría,
Que en trances de armas y sucesos varios
Neutral fortuna su timon regía:
Hasta que ya en favor de sus contrarios
A Hambroz fué descreciendo con el dia,
Siendo aquel el postrero de su gloria,
Y de Valencia el triunfo y la victoria.

Murió como valiente el africano,
Y los suyos con él sin quedar uno,
Yo preso, y tal me vi, que por mi mano
Quise dar fin á mal tan importuno:
Venia con el corsario valenciano
El Príncipe de Fez, con quien ninguno
En gallardo, discreto y animoso,
Si á competir llegó fué victorioso.

Este no sé por qual rigor de estrella
En la batalla se encontró conmigo,
Y mudable en lugar de fenecella
De contrario cruel se volvió amigo:
Dióme fortuna su amistad, y en ella
Por un breve favor largo castigo,
Que nunca sabe dar á un desdichado
El bien cabal ni el mal sin ir doblado.

Así de Abenragel la amistad vino
A ser nueva ocasion de desventura,
Y tanto dió en quererme el sarracino,
Que ya era mas que voluntad locura:
En fiesta, en burla, en veras, de contino,
A qualquier hora, tiempo y coyuntura
Habia de estar conmigo, y sino estaba,
En nada gusto ni contento hallaba.

Ya Berberuz su victoriosa armada,
Al dulce son de la sonora trompa,
Con que la fama suena sobornada
Su nombre invicto en grave aplauso y pompa,
Por la mar de sus golpes asombrada
Manda que el espolón sangriento rompa
La vuelta de Valencia, donde vea
En su triunfo el estruendo que desea.

Cobré la vida quando supe cierto
El fin de la batalla y la derrota,
Y que iba ya en el Grao á tomar puerto
Al son de mil clarines nuestra flota:
Llegamos, y de léjos descubierto
El real palacio, mi alma se alborota
Con un muerto placer, tibia alegría,
Que sus nuevas desdichas le advertia.

Y aunque sin gusto el corazon, y en duda
Con el frio recelo que en él mora,
Así en lenguage muerto y habla muda
Sus torres salva, y su muralla adora:
¡O alcazar bello, cielo en quien se muda
El vario curso de mi bien cada hora,
Centro al deseo, blanco de sus tiros,
Esfera donde vuelan mis suspiros!

¡En tí está la belleza en quien mis ojos
Sus gustos empeñaron y alegría,
Y el triunfo donde amor por sus despojos
La libertad colgó del alma mia!
¡Ricos palacios, fin de mis enojos,
Sálveos el cielo, y con la luz del dia
En feliz vuelo vuestros techos de oro
De gloria bañe, como á mí de lloro!

Así del veloz tiempo el curso humano
Con agradables vueltas solicite
A vuestras flores inmortal verano,
Que á no morir jamas las resucite:
Y desta playa el cristalino llano
Con ricas perlas y coral visite
Vuestros umbrales de oro, y á pie enxuto
De lo mejor del mundo os dé tributo.

Que á mis gustos presteis dulce acogida,
Y á un extrangero fiel noble hospedage,
Que siendo tesoreros de mi vida
Grave traicion será hacerme ultraje:
Y á esa hermosa cautiva, á quien rendida
Mi alma está en humilde vasallage,
Le deis nuevas de mí, digais que vivo
En fe de ser de su beldad cautivo.

Así decia yo en mi pensamiento
Mientras el real baxel iba á dar fondo,
Y el piloto sagaz al rumbo atento
La áncora corva y el boyal redondo
Apresta, y con la sonda mide á tiento
El lugar mas seguro y menos hondo
Donde surgir, y la demas canalla
Salta en la arena en el lugar que halla.

Llevóme el noble Abenragel consigo,
Donde antes enviado el alma habia,
A ver al Rey, y hablalle por amigo,
Y la ocasion buscar de mi alegría:
Fué como suele el tiempo mi enemigo,
Pues ni por esta ni por otra via,
En muchos dias que en su corte estuve,
Ni órden de hablalla ni de vella tuve.

Mi amigo, á quien quizá en igual cuidado
O poco menos mi desdicha puso,
Y de la bella Infanta enamorado
El no poderla ver triste y confuso;
Un dia por me dexar mas obligado
A contarme sus males se dispuso,
¡Extraño caso! que una misma suerte
Me restauró la vida, y dió la muerte.

Contóme en suma el todo de su vida
Sin pensar que tuviese parte en ella,
Que un año habia la traía perdida
Desvelado en servir la Infanta bella:
Y aunque era siempre aceda y desabrida,
Al fin dexaba que pudiese vella,
"Mas ahora, dice, está tan retirada,
Que de sí misma y quien la ve se enfada.

Despues que por descuido de su hermano
En Xúcar la prendió un corsario un dia,
Y rescatada fué por un cristiano
Que Hambroz quitó la vida en Almería:
Nunca el alegre rostro soberano
El lustre ha dado en ella que solia,
Con sus doncellas retirada vive,
Que un muerto gusto en nada le recibe.

Deseo, pues ya como solia no puedo,
Del dulce bien gozar que ausente adoro,
Con la invencion de algun sutil enredo
De mis males contarle el gran tesoro,
Que lo que amor no pudo, quizá el miedo
Causar podrá del importuno lloro,
Trocando en algo aquel altivo pecho
De blanda nieve y pedernales hecho."

Así el de Fez envuelto en su cuidado,
Y fuera de los mios me contaba
De su mal lo presente y lo pasado,
Y contra mí de mí se aconsejaba:
Habia un sarao y música trazado,
Y viendo que la Infanta se excusaba,
Trocó en darle una música el ornato
De su real grandeza y aparato.

La plata de los cuernos de Diana,
Ya envuelta en las cenizas del poniente,
Con los retintes de color de grana
Tibia volvia su luz resplandeciente:
Y entre el mudo silencio y sombra vana
Sembraba el sueño olvidos en la gente,
Y de la via láctea el tesoro
El ayre obscuro de centellas de oro.

Quando de Abenragel el aparato
Salir la noche vió de su posada,
En unas andas negras su retrato
Con blanca gente en torno amortajada:
Verdes las hachas, que de rato en rato
Tristes gemidos daban, y sembrada
De cometas la noche, parecia
Primer retrato del postrero dia.

Al ronco y triste son de unas cadenas
Que del ataud colgaban enlutado,
Entre las verdes luces, donde apenas
Humo sus esperanzas se han tornado,
Dos carrozas salieron, ambas llenas
De bellísimas moras, que en trabado
Coro sonaban varios instrumentos
De suave son, y cónsonos acentos.

Arpas, vihuelas, órganos, rieles,
Clarines, chirimías y trompetas,
Fláutas, dulzaynas, cítaras, rabeles,
Sonajas, cornamusas y cornetas,
Y otras varias pandorgas y tropeles
De consonancias y armonias perfetas,
Que en música suave y acordada
Todo una gloria parecia trabada.

Y en un soberbio trono de brocado,
Sobre carro triunfal que en oro ardia,
De ocho unicornios de Africa llevado,
Con mayor luz que en el que sale el dia,
De Arlaja el bulto al natural sacado,
De beldad lleno y magestad venia,
Con mil Cupidos que en alegre vuelo
Cometas dan por flechas de oro al cielo.

De antiguos dioses en cadena de oro
Presos por mas grandeza acompañada,
A sus pies nueve musas, y el sonoro
Plectro de Apolo y cítara dorada:
Yo esta figura hice en trage moro
Por darme á conocer en la jornada,
Y en esta pompa y magestad de espacio
Llegó el carro al terrero de palacio;

Donde un funébre mauseolo hecho
De artificiales fuegos puesto á punto,
Al entregarle el enlutado lecho
Humo se volvió y sombra todo junto:
Y ya el ruido y su temor deshecho
Con las tristes memorias del difunto,
La antes funesta llama, al regocijo
De música parió un alegre hijo.

Hubo mucho de todo, al fin entre esta
Folla de Corte, en hábito de Apolo,
Con ademan de entretener la fiesta
Una cancion canté en una arpa solo,
Por tal estilo y término compuesta,
Que en voz del abrasado mauseolo
Mis endechas lloré, canté mi vida,
Y acusé una palabra mal cumplida.

No perdió punto Arlaja en la encubierta
Cifra que al disimulo se cantaba,
Que aunque no en los balcones descubierta
Entre sus damas disfrazada estaba:
Puso fin á la fiesta el ver abierta
La ventana de la alba que apuntaba,
Que para gozar della antes del dia
Salio en aquel mas presto que solia.

En él al noble Príncipe africano
La Infanta envió á decir, que en todo habia
Estimado el regalo cortesano:
Y que sin tantos gastos gustaria
Oir sola la voz, la letra, y mano
De la arpa pasada, y la hallaria
Para esto en los balcones de su huerta
Aquella noche sola, y encubierta.

Dexó ufano al de Fez la nueva gloria
Del presente favor mal entendido,
A mí lleno de gusto y vanagloria
Hallar lo que temia haber perdido:
Mas, ¡ó humana tragedia, en quien notoria
La inconstancia descubre el mas cumplido
De tus inciertos bienes, quan á tiento
Camina el hombre y va tras su contento!

Llegada la ocasion y hora pedida
Por tantos gustos, aunque á varios fines,
Solos los dos, la arpa prevenida,
A hacer fuimos la ronda á los jardines:
Donde la bella Arlaja entretenida
Nueva belleza daba á los jazmines
De un balcon apartado, que caía
Al muro altivo que el vergel ceñia.

La sábia Ardelia, una gallarda mora
Amiga suya en compañia con ella,
Esta en viéndonos, dixo: "mi señora
La Infanta me mandó venir por ella
A deciros, señor, que por ahora
No es posible hablaros, ni vos vella,
Por cierto inconveniente, y caso justo,
Que el paso le ha estorbado deste gusto.

Dice, que aunque hallarse en vuestra fiesta
Su enfado lo estorbó, os está obligada,
Y así lo reconoce, y yo con esta
Razon he hecho y dicho mi embaxada."
Mi amigo Abenragel, viendo traspuesta
La gloria que ya dió por alcanzada,
Bien conoció que amor con la ventura
Pocas veces se encuentra, y menos dura.

Respondióle con modo cortesano
Hasta en su mismo agravio agradecido,
"Mas que sentia haber traido en vano
Quien a solo servirla habia venido,
Que era aquel caballero castellano,
Que á no ser tan discreto hubiera sido
Tan grave falta causa de tenella,
O en su amistad, ó en las firmezas della."

Dicho esto, Ardelia por sagaz estilo
Dando disculpas, y admitiendo cargos
De mí supo quién era, quando el hilo
De las quejas quebró, y de los descargos,
De la siempre dudosa parca el filo,
Y haciendo breve suma en cuentos largos
Su gloriosa esperanza trocó al fuerte
Abenragel en triste azar de muerte.

ALEGORÍA.

En el cuento de Garilo se muestra lo poco que aprovechan trazas, donde al executar no tercia la ventura: y como la prudencia humana sin el favor divino entendido por la fortuna, es de ningun efecto. Todo lo qual se ve aun mas claro en los infortunios de Gundemaro.

Fin del libro sexto.

LIBRO SEPTIMO.

ARGUMENTO.

Prosigue Gundemaro su historia, y acábase en un extraño encantamento. Ferragut despierta á los gritos de una doncella, que le cuenta las desgraciadas tragedias del caballo Clarion, al qual sigue el moro todo el dia, y al fin á su vista le coge un villano, y se le lleva, y él encuentra una hermosa tienda donde le sucede una extraña aventura. Llega al Tajo, y libra á Galiana, Infanta de Toledo, de una traicion con que la pretendia robar Biarabi, Rey de Pamplona.

"¡O varios cursos de la vida humana
(Gundemaro siguió) fines inciertos,
Pesadas penas de alegría liviana,
Dolores vivos de placeres muertos,
Alquimias y oropel en que devana
Engaño el gusto, el tiempo desconciertos,
Dulce esperanza, desvarío eterno,
Que prometiendo gloria dais infierno!

Corre tras sus manzanas Atalanta,
Y solo el oro y no el engaño advierte,
Febo tras Dafne hállala hecha planta,
Anteon beldad que en ciervo le convierte:
Vuela á poner Eurídice la planta
Sobre una flor, encuentra con su muerte,
Vuelve su amante á verla, y su contento
A un volver de cabeza es todo viento.

Tal es la suerte humana, y su firmeza,
Y así anda el hombre tras su antojo á tiento,
Encandílale el gusto la belleza,
Corre tras el placer, halla el tormento:
Midas en su oro hambres y pobreza,
Faeton en su altivez abatimiento,
A Abenragel y á mí por una senda
Dieron buscando paz muerte y contienda.

Al tiempo que por término encubierto
A excusas suyas me iba declarando,
Y afable Ardelia por un modo incierto
En su amor y favores obligando:
Alfajardos, un moro sin concierto,
Que el palacio real venia rondando,
A quien Abenragel quitado habia
Los gustos de una mora en Berbería,

Hizole el noble Gambedul privado
De Abdalla, y capitan de infantería,
Hasta que á mas fortuna levantado
A serlo de la guarda subió un dia:
Este de un furor loco arrebatado,
Fantástico del cargo que regía,
Que son las dignidades en efeto
Toque de los quilates del sugeto;

Soberbio en las pujanzas de su oficio,
Con furia arremetió desordenada,
Y haciendo del zeloso al real servicio
Al Príncipe pasó de una estocada:
Cayó el jóven mortal, creció el bullicio
De la canalla vil alborotada,
Que á las voces del moro alharaquiento
En confuso tropel llegó sin tiento.

Mas no salió tan á su salvo el caso,
Que antes que ser pudiese socorrido,
De mil heridas desangrado y laso,
Sin vida ante mis pies quedó tendido:
Sin que la furia popular un paso
Perder me hiciese del recien caido,
Y muerto Abenragel, bien que pudiera
Con la noche salvarme si quisiera.

Pero creció la gente y alboroto,
Y medrosa la Infanta de mi muerte,
Que me rindiese manda, y por su voto
Las armas entregué, y troqué la suerte:
Dime preso al Alcayde Polinoto,
Que del alcazar real en lo mas fuerte
De un quarto, á un redoblado muro incluso,
Entre cadenas lóbregas me puso.

Fué de la torre en el lugar mas baxo,
Que mas negro ayre, y menos luz tenia,
Y por una escalera con trabajo
Para doblarse en él se descendia:
Aquí solo quedé, y el que me traxo
Por la Infanta y Ardelia el mismo dia
A decirme volvió, que por valerme
Juntas vendrian aquella noche á verme.

Llegó de la hora el tiempo deseado,
Y habiendo despeñado al carcelero,
Baxar adonde estaba aprisionado
Vi á media noche el alba y el lucero:
Trócose en cielo el sótano ahumado,
Mi mal en bien, mi pena en gusto entero,
Mis tormentos en gloria, y las prisiones
En cadenas de dulces eslabones.

Sacáronme del limbo dos deidades
Que en la belleza parecian del cielo,
Mas la fortuna, cuyas variedades
Mis cosas llevan sin cansarse en vuelo,
Mi bien trocó en tan tristes novedades,
Que de no rematarlas me recelo,
Que quiere un monstruo hacer en mí que pueda
Ser centro de las vueltas de su rueda.

El Príncipe Algaycel que en la belleza
De Ardelia ardia, y su desden le helaba,
Y entre zelos, temores, y aspereza,
Muerto vivia, y sin dormir soñaba;
Quando de la escalada fortaleza
Yo al quarto de la Infanta atravesaba
Con ella de la mano, á él le traía,
O su amor ciego, ó la desdicha mia.

Iba á velar el sueño de su dama,
O á despertar su muerte, y mi tormento,
Que ni fortuna duerme, ni quien ama,
Ni á un desdichado importa andar con tiento,
Pues hasta los desvelos de otra cama
A perturbarle vienen su contento:
El Príncipe llegó, turbóle el caso,
De amor y honor herido á un mismo paso.

Era valiente, y poco reportado,
Y como tal arremetió furioso
Con su alfange, y un manto de brocado
Por reparo á mi estoque peligroso:
Yo que venia bastantemente armado
De semejantes casos receloso,
Quien por contrarios ha de abrir camino,
Con hierro es fuerza le abra de contino.
Era cierto el perder honor y vida,
O quitarlo sin culpa al enemigo,
¡Lance extraño, desgracia nunca oida,
Ni usada en tal rigor sino conmigo!
Al fin él de sí mismo fué homicida,
El cielo es juez, mi corazon testigo,
Que si otra puerta en riesgo tal se abriera,
Mil vidas por salvar la suya diera.
Mas la opinion de Arlaja, y la honra mia,
Al valiente Algaycel dieron la muerte:
¡O fortuna cruel, golfo sin guia,
Fuerte imposible que el tahur la acierte!
Trocóse el fin, trocose la alegria,
Y las cosas trocáronse de suerte,
Que ya no tuvo Arlaja por seguro
Sin mí quedarse en el paterno muro.
A cuidado de Orbelio, un falso amigo
De Ardelia, prevenido un barco estaba
En la playa del mar, para conmigo
De Barcelona hallar la costa brava:
No se atrevió la Infanta á ser testigo
Del triste dia que al Rey se le acercaba,
Ni quedar sola la otra mora bella,
Ni Arlaja sin los dos, ni yo sin ella.

Y así por donde yo saliera solo,
A no haber la desgracia sucedido,
Los tres salimos, quando encima el polo
Bootes su media vuelta habia cumplido:
Y antes que el oro del pretal de Apolo
El ayre diese de ámbares teñido
A la playa llegamos, y sin tiento
Las velas dimos y esperanza al viento.

A Orbelio le contaron el suceso,
Caso en todas maneras excusado,
Que en qualquier trance próspero, ó avieso,
Nunca el secreto pierde por guardado:
Andaba el mar al embarcarnos grueso,
El Grao gentil de un zéfiro picado,
Que en furioso levante se volvia
De rato en rato al acercarse el dia.

Descubriónos la luz léjos de tierra
En una tempestad furiosa envueltos,
Que fortuna cruel por darnos guerra
Traía los ayres con la mar revueltos;
Hasta que en los peñascos de una sierra,
En blanca espuma y salitrales vueltos,
En Denia el viento que en sus cuevas suena,
Ya el barco roto nos echó en la arena.

Aquí murió del todo la esperanza,
Siendo en humanas trazas imposible
Librarse de la muerte, quien no alcanza
Con ánimo inmortal cuerpo invisible:
Que al Rey ¿quien le estorbara la venganza,
O le ocultara en caso tan horrible,
Por breve senda, ó por rodeo prolixo,
Al que su hija robó, y mató á su hijo?

Mas al abrigo que al cercano monte
De una enroscada vuelta el cuerno hacia,
Hurtando la mitad á su horizonte
En casa humilde un pescador vivia:
Aquí quando ya el carro de Faetonte
En el mar contrapuesto se hundia,
De las olas y vientos arrojados,
De alegre albergue fuimos amparados.

Era del pobre Amilcar la cabaña,
Que siendo mercader dió en cortesano,
Y con soberbia y ambicion que engaña,
Quanto en logros juntó despendio en vano:
Y ya gastado y viejo á esta montaña
Entre redes le echó el tiempo tirano,
Adonde en comedido vasallage
A nuestro barco dió nuevo hospedage.

Descansando aquel dia y el siguiente
En la choza estuvimos recogidos,
Sin saber de Valencia ni su gente
Nada de los sucesos referidos:
Que el proceloso viento mas se siente
Por montes, que por valles escondidos,
Y las nuevas de Corte, y sus consejas,
Quando á los pobres llegan ya son viejas.

Volviéndose via el golfo mas tratable,
Y Amilcar con mis dones obligado,
Pasage libre y compañia afable
Me habia hasta Barcelona asegurado;
Quando de la fortuna el variable
Timon de nuevo el mar dexó alterado,
Y en las presentes cosas tal mudanza,
Que no nos quedó un soplo de esperanza.

Tenia el pescador (extraño caso!)
Por hija una bellísima doncella,
Zorayda dicha, de valor no escaso,
Que en su casa nació, ó se crió en ella:
A esta el fácil Orbelio en fuerte paso
Miró, y á amarla le inclinó su estrella
Con tan ardiente amor, que fué bastante
De leal volverlo en desleal amante.

Temió quizá el tormento de la ausencia
Viendo acercarse ya nuestra partida,
O que los alborotos de Valencia
La hacienda le costasen, la honra, y vida:
Al fin en alevosa convenencia
Al huesped antes fiel dexó vendida
Su honra, y todo mi bien, sin que se excluya
La vida mia, y la que lo era suya.

Fueron á dar los dos traidoramente
Aviso á Denia del suceso extraño,
Mas la bella Zorayda diligente
Los tratos entendió, sospechó el daño:
Y por salvar la Infanta de su gente
Seis remeros tomó, y en dulce engaño,
Mientras que en la fria noche ya vecina
El falso Orbelio á su traicion camina;

Basteciendo conforme á la estrechura
Del tiempo un barco que pescando andaba,
Dentro nos puso, y ella mas segura
Que el fixo norte que el timon guiaba:
A vela y remo por el agua obscura,
Que crespas luces temerosas daba
Al herir de los remos, é ir bogando,
Ligera en alta mar nos fué engolfando.

Cobró tan gran amor Zorayda bella
A la Infanta, y de Orbelio tal espanto,
Que por miedo de velle, y de no vella,
A su casa dexó en amargo llanto:
Temió del vario amante la doncella
No hiciese en sus amores otro tanto,
Que en vano se lamenta y llora el daño,
Quien pudo y no escarmienta en el extraño.

Tambien, si ya esto no es sospecha mia,
A un gallardo Leonés Zorayda amaba,
Que disfrazado por su amor servia
En el humilde oficio que ella usaba:
Este es el que al principio te decia,
Que al vientre ayuno alguna fiera brava
Vivo aquí trasladó dicho Floriano,
De Aurelio hijo, y de Adelgastro hermano.

La noche toda navegando fuimos
A vela y remo, y quando el alba abria
En el oriente de oro los racimos,
De que se cuaja y se enguirnalda el dia,
A Ibiza quedar por popa vimos,
Y á Formentera dando el rumbo y guia,
A Mallorca pasamos por de fuera,
Entre el cabo de Palmas, y Cabrera.

Y dentro al Baleárico metidos,
Fortuna con sus vueltas ordinarias
De nuevo comenzó roncos bramidos
De olas, vayvenes, y mudanzas varias:
Los vientos de las nubes rebatidos
Resuenan por las bóvedas contrarias
Del turbio cielo, y sus helados polos,
Solo inmudable á nuestros ruegos solos.

Fuimos sin rumbo cierto algunos dias
De un furioso poniente contrastados,
De un bordo y otro por diversas vias
Las velas rotas y árboles quebrados:
Hasta que en medio de las ondas frias
Crecer un dia vimos los collados,
Que por la cuenta y cómputo marino
Son en Sicilia el cabo de Paquino.

Aquí ya en salvo puestos aferramos
Entre el roxo coral el corvo diente,
Y en tierra Floriano y yo saltamos,
Buscando en ella algun poblado y gente:
Y tanto el ciego bosque penetramos,
Que andando un dia perdidos, al siguiente,
Quando á la playa por el rio volvimos,
Ni el barco surto ni su rastro vimos.

No léjos un batel bogando andaba
Junto á la costa al desbravar del rio,
Y un pobre viejo dentro, que pasaba
La vida en él pescando á su albedrío:
Este solo parece que esperaba
A darnos tristes nuevas del navío,
Y así se fué en cumpliendo con su oficio,
Por dexarnos el barco y exercicio.

Contónos este al fin (¡ó casos varios!
¡Fortuna incierta, laberinto extraño!)
Que de un navío cretense de corsarios
El nuestro presa fué y triunfo lozano.
"En Creta hay sacrificios ordinarios,
Donde al altar de un ídolo inhumano
Deguellan cada mes una doncella
De las que en corso prenden la mas bella.

Por aplacar la fuerza de Mercurio,
Patron de los isleños mercaderes,
De Júpiter y Maya hijo espúrio,
Autor de embustes, nuevas, y placeres:
Desde el golfo Carpacio al mar Ligurio
Busca para su altar bellas mugeres
El cretense falaz de engaños lleno,
Tal que para ser malo solo es bueno.

Ciertos piratas destos dieron saco
A Furno aquí, y á Módica adelante.
Y el baxel vuestro en resistencia flaco
Para alixar el suyo fué importante:
Mas tres beldades que en su seno opaco
Hallaron, la menor será bastante
Para aplacar su dios, y que allí acabe
La injusta pena de rigor tan grave.

Que en venganza á la muerte de una dama,
Que lo era del que rige el caduceo,
Si ya no fué algun incubo, que en fama
Del falso dios trazó ese devaneo:
De una peste cruel la ardiente llama
Así el reyno ha abrasado al Rey Tifeo,
Que todo en él camina á un fin violento
Muerta la Reyna, el hado aun no contento.

Y es entre el rudo vulgo opinion cierta,
Que hasta ser en su altar sacrificada
Otra beldad mayor que fué la muerta,
Ni él contento estará, ni ella vengada."
Así el barquero dixo, ¡ó suerte incierta!
Ni buena en duda, ni mejor hallada:
Considera, señor, quales quedamos
Los que á este paso sin pensar llegamos.

Saltó el viejo en la playa, y mas ligero
Que del presto lebrel huye el venado
Por el bosque se entró, y mi compañero
En el barco que vió á la orilla atado:
Yo entré tras él con prodigioso agüero
De una nube de fuego rodeado,
Que si en tierra se pierde la ventura,
Buscarla por la mar será locura.

A bogar comenzamos con los remos
Cada uno por su parte, y de la orilla
Apenas se escondieron los extremos,
Y del cerro de Espaca la cuchilla;
Quando el navío cretense volar vemos,
Llevando á jorro el nuestro de trailla.
Y como si ya todo fuera hecho
El dolor nos templó, y alegró el pecho.

Duró aquella esperanza, y su alegría,
Lo que la luz duró de aquella tarde,
Que ella, el gusto, mi bien, la luz, y el dia,
Todo á un tiempo murió: solo el cobarde
Pecho muriendo vive todavía,
Y en fuego eterno de memorias se arde,
Que en fuego me embarqué, y en fuego vivo,
En medio el yelo de mis muertes vivo.

Creció con las tinieblas un levante,
Que á obscuras anudó los demas vientos
En ciega lucha, y confusion bastante
A trastornar del mundo los cimientos:
Barrió la negra noche el dia restante,
Y en sordos silbos, y ásperos acentos,
Las enlutadas focas y delfines
Nos agoraron desastrados fines.

No sé qual dios el gobernalle tuvo
A un barquillo tan vil en tal tormenta,
Que de mil veces que anegado estuvo
Libre salió del riesgo, y de su afrenta:
Pero si algun milagro en estos hubo,
Ya mi ventura lo escribió á su cuenta,
Que no se da el vivir á un desdichado
Para mas bien que darle el mal doblado.

Al fin si es bien, señor, el no cansarte
Con tan prolixos cuentos, quando el alba
Su luz mostró llorosa, en esta parte
Donde tu nao surgió, y está ahora salva;
Por trofeo de Venus, y de Marte,
Haciendo al tiempo y sus mudanzas salva,
Los dos tristes navíos que seguimos,
Hechos pedazos por las rocas vimos.

Y sin que nadie se escapase dellos
Mi gloria allí murió, y aquí me traxo
La fortuna y amor por los cabellos
Del bien mayor al escalon mas baxo:
Quise ir para anegarme en medio dellos,
Y mi desdicha huir por el atajo,
Mas no lo consintió, que su porfia
Es que yo viva, y muera mi alegria.

De mar un grueso tumbo echó el barquillo
Por cima destas rocas en la tierra,
A pesar de mi amor, que por seguillo
Me hace con mi fe la mayor guerra:
Mi amigo Florian sin prevenillo
El dia siguiente entró por esa sierra
De una ligera caza ocasionado,
Que era su muerte, y parecia venado.

Un mes ha ya que vivo en este yermo
Solo, sin esperanza ni alegria,
Que ni de dia ni de noche duermo,
Ni sé quando es de noche ni de dia:
El alma alborotada, el cuerpo enfermo,
La vista absorta, el desear sin guia,
Asombrado de noche con legiones
De espantosas figuras y visiones.

De Arlaja por los ayres veo la sombra
Las mas noches pasar triste y callada,
Otras con débil voz me llama y nombra,
De rosas y jazmines coronada:
Tambien con gritos Florian me asombra,
Y Ardelia en tiernas lágrimas bañada
Pide que me consuele, y si amanece,
Todo en la luz se apaga y desvanece.

O es por aquí el infierno, ó mi tormento
Produce y cria sombras tan penosas,
De quien si el cielo me ha librado, siento
Que es por estas reliquias poderosas:
Contra quien ni aprovecha encantamento,
Ni engaños de fantasmas mentirosas,
Que son las que en fe santa me han librado
De tantos riesgos como te he contado."

Así el leonés Gundémaro la historia
De sus prolixos males abreviaba,
Y el carro en que Faeton perdió su gloria
Las ruedas de oro el crespo mar bañaba:
Quando en soberbio triunfo y vanagloria,
En carroza de nacar que volaba,
Al puerto ven llegar una doncella,
Mas que el sol rubia, y que la luna bella.

Venus sobre su concha parecia,
De perlas y esmeraldas coronada,
Que nuevamente de la mar salia,
De su antigua belleza acompañada:
Mas apenas el carro en que venia
Vio la arena de aljofar escarchada,
Quando la luz trocó de su tesoro
En blanca cierva con los cuernos de oro.

Y sentada sobre ella la hermosura
Que antes sobre sus nácares volaba,
Con ligereza igual por la espesura
Del bosque entró, que al mar sus sombras daba:
Quando los dos que en la enriscada altura,
Oyendo el uno, el otro hablando estaba,
A ver el fin de tan mudables puntos
La espantosa beldad siguieron juntos.

Gundémaro al entrar en la montaña,
Ni la corcilla vió, ni á quien seguia,
Bernardo entre sus breñas una extraña
Maravilla halló de mil que habia...
Mas ya de Ferraguto la maraña,
Que el ciego amor en sueños le fingia,
Ardiendo el pecho en amorosa llama,
Mi nueva voz á sus grandezas llama.

Es del amor sutil la flecha altiva
Rayo sin resplandor, fuego encubierto,
Cuyo blando calor con fuerza esquiva
Bronces derrite al corazon mas yerto:
A David prende, á Salomon derriba,
Y dexa al gran Sanson á sus pies muerto,
Amarrando á los remos de su banco
Al niño, al mozo, al viejo, al negro, al blanco.

De un sueño, de unas nuevas, de un antojo,
De un no sé qué, de un ayre, y niñería,
De un afable mirar, de un volver de ojo,
Al alma nace, y sin sentir se cria:
Dale vida el placer, fuerza el enojo,
Y si de veras es nada le enfria,
Que contra el arco suyo y de la muerte,
Ni basta habilidad ni alcazar fuerte.

Pues este aliento y fuerza poderosa,
Que en todo anda sembrado y repartido,
Con la luz de una imágen amorosa,
Durmiendo á Ferragut dexó vencido:
El pecho ardiendo, el alma deseosa
De ver despierto lo que vió dormido,
Quando el ruido sonó confuso y ciego,
Que el gusto le quitó, y rompió el sosiego.

Entró á buscarlo por la selva el moro
Al mismo tiempo que la luz salia,
Sembrando al ayre los corales y oro
Que el nuevo sol por su horizonte cria:
Y dudando si aquello era el sonoro
Estruendo de armas que soñando oía,
Atiento tras la voz anduvo tanto,
Que la causa encontró del triste llanto.

Dos caballeros vió y una doncella,
Todos tres muertos, y otra que lloraba
Sus desastradas muertes, con aquella
Triste y penosa voz que antes sonaba:
Miróla el moro, conocióla en vella,
Que era la que el dia antes le llevaba
A Bahamel la nueva dolorosa
Del robo que Auchalí hizo en su esposa.

Al mismo Bahamel halló caido
Muerto encima su espada, y viendo un paso
Tan lastimoso, el moro enternecido
Detuvo el suyo sobre el campo raso:
Y dándole por modo comedido
Consuelo á la que llora el triste caso,
Pídele cuente y diga si lo sabe,
Quién fué la causa de rigor tan grave.

"Que si por la demanda en que me puse
Sucedió, dice, tanto desconcierto,
Sin que el mundo halle brazo que lo excuse,
O el mio le vengará, ó quedaré muerto."
Así el moro le pide no rehuse
Darle cuenta del caso, ella cubierto
De llanto el rostro, y de color difunta,
Llorando satisfizo á su pregunta.

Andaba suelto, y despuntando el heno,
Un lozano caballo en medio el prado,
Con la silla de plata, y de oro el freno,
Y bordada mochila de brocado:
De la color de un blanco armiño, y lleno
De un enxambre de moscas salpicado,
En los pies remendado, y en la frente,
Ojos fogosos, anhelar valiente.

Nervoso el pecho, abiertas las narices,
Corta la clin, pequeña la cabeza,
La cola recogida y las cervices,
Señales de gallarda ligereza:
De extrañas pintas, manchas y matices,
Despedazando el freno su braveza,
Y dando á sospechar en el sosiego,
Que está entre abrojos, ó pisando fuego.

No fué su igual el Cílaro famoso,
Que de Polux domó el doblado hierro,
Ni del viejo Saturno en mas brioso
Cuerpo los duros miembros ciñó un hierro:
Quando el cuello arrugado y espantoso
Con nueva y gruesa clin erizó el cerro,
Y con relinchos de su pecho indinos
Del monte Pelion asombró los pinos.

"Este caballo, la doncella dixo,
Toda en congoja y lágrimas bañada,
A quien el cielo con rigor maldixo,
Y una beldad le dió tan codiciada,
Triste remate fué del regocijo
Desta gente que ves despedazada,
Mas bello y desgraciado que el Seyano,
Ni el que por tierra echó al valor troyano.

Oye el extraño discurrir del hado
(Si es verdad lo que dél me contó Alpina)
Verás el mundo todo eslabonado
Colgar de sola una virtud divina:
Si hay signo bien ó mal afortunado,
O todo á tiento y sin saber camina,
Aquí lo entenderás, y en este paso
Verás lo que hace la ventura al caso.

En Tracia, de la casta que allí tuvo
Otro tiempo Diomedes el tirano,
Este potro nació, y Clarionte le hubo,
Rey del valle de Ródope inhumano:
En sangrientos pesebres le mantuvo,
Y hecho y enfrenado de su mano,
Tan gallardo salió, que de alentado
Diez leguas corre, y para atropellado.

Al Rey Clarionte lo quitó Ricarte,
El dia que le mató junto á Mantible,
Y á el Norman Bartolache, y Radagarte,
Quando á traicion le hirieron en Fontible:
Y aunque quiso cobrarlo Durandarte
Del magancés caudillo, fué imposible,
Hasta que el gran Reynaldos en persona,
Vida y caballo le quitó en Girona.

Presentado de allí le dió á Rugero
Por mano de Hipalca su doncella,
Y el dia que lo estrenó con triste agüero
Yendo de Mompeller para Marsella,
Junto á Arlés puesto el Conde de Pontiero
Con su gente en zelada cayó en ella,
Donde murió á traicion alanceado
De un infiel pueblo magancés cercado.

Quedara oculta esta alevosa muerte,
Si Espinabel pagado del caballo
No se le hiciera codiciar la suerte,
Que la habia de vengar con arrastrallo:
Púsole el traidor piernas, corrió el fuerte
Desenfrenado potro hasta arrojallo
En medio de la plaza de Marsella,
A ojos de Bradamante, y su doncella.

Allí en presencia suya hecho pedazos
Al magancés dexó el caballo fiero,
Viéndole Hipalca muerto entre los brazos,
Y no en su silla qual pensó á Rugero:
Notorios vió los cavilosos lazos
Del fementido bando de Pontiero,
Alteróse la bella Bradamante,
Y el sobresalto le abortó un infante.

Y al quinto dia con la nueva cierta
De la muerte infeliz del paladino,
La antes dudosa amante quedó muerta,
Y cumplido el temor del adivino:
Y por tantas desgracias descubierta
La traicion de Maganza, un rio sanguino
Labró Morgana, y de la gente impia
Cien falsos Condes degolló en un dia.

Dióse el caballo destos desatinos
De aquella vez al Príncipe Carloto,
Que él lo prestó despues á Valdovinos,
Quando de Mantua le mató en el soto:
Y al fin por varios trances y caminos,
Con desgracia, ruido, y alboroto,
Las muertes de ambos dieron el agüero
Del infeliz Clarion por verdadero.

Quedó al César el bárbaro caballo
Por prenda á la imperial caballeriza,
Y él al Rey de Pamplona su vasallo
Con la mochila se le envia pagiza:
Y ardiendo en oro el gusto de mirallo
La vista alegra, y su color matiza
Con la bordada pedreria, que en larga
Rueda es al rico jaez preciosa carga.

Encontró al mensagero Ballugante,
Y sabiendo de donde, y adonde iba,
Vida y presente le quitó arrogante,
Con alma fiera, y presuncion altiva:
Envióselo á Marsilio, él con semblante
Real el don recibió, que es lo que aviva
Los fuegos del amor, y quien preserva
De muerte el gusto, y vivo le conserva.

Y al mismo fin mandó á la bella Alpina
Que á Galafre le dé, Rey de Toledo,
A quien en una fuente cristalina
De una espada cruel lo quitó el miedo:
Pidió favor la mora peregrina
Al triste Bahamel, y él con denuedo,
De ánimo valeroso, y noble pecho,
Vengarle prometió el agravio hecho.

Habia venido con su nueva esposa
Aquel dia antes por el bosque á caza,
Y el verde margen de una fuente hermosa
De estrado entonces les servia y taza:
De allí salió á la empresa peligrosa,
Contra los que de infame estirpe y raza
A la dama quitaron el caballo,
Y él á los dos la vida por cobrallo.

Dexó Bahamel en la agradable fuente
Por guarda de su esposa un falso moro,
Ni honrado, ni hidalgo, ni valiente,
Auchalí dicho, hijo de Alcandoro:
Que de truhan de Ulid subió á teniente
De Alcayde en Baza, aunque afrentado en Toro,
Mas dió en ser rico, y convirtióse en godo,
Que el dinero lo da, y lo puede todo.

Este por fuerza se llevó robada
Esa triste hermosura recien muerta,
Y yo qual tú me viste alborotada
Del caso corrí á dar la nueva cierta:
Anoche Bahamel á esta cañada
En su rastro llegó, y aquí despierta
El alma en el dolor, y él de rendido
Sobre la yerba se quedó dormido.

Y luego que el sentir quedó sin dueño,
Soñó que en fresco estrado, y verde cama,
No léjos de la suya, en no pequeño
Gusto dormia con otro la que él ama:
Confuso despertó, contóme el sueño,
Y á tiento vino donde halló su dama
Durmiendo en estas flores, y dormida,
De zelos ciego, le quitó la vida.

Creyó zeloso que Auchalí seria
El que alegre dormia en su regazo,
Y viendo que despierto revolvia
En su defensa el atrevido brazo;
Con el ciego cuidado que venia
Feroz le ciñe en desdichado abrazo,
Dándole de un puñal atravesado
Por cama el heno, y por sepulcro el prado.

Fué sobre él por cortarle la cabeza,
Y halló á sus pies su desdichado hermano,
El sin ventura Abenanil, ¡ó fuerza
De fortuna cruel, hado inhumano!
Volvió el herido en sí, vió su braveza
Muerta, y viéndose muerto por la mano
De quien mas le queria, entendió claro,
Que á los golpes del cielo no hay reparo.

Contónos que viniendo de Toledo,
No léjos vió de allí llevar robada
La bella dama, entre congoja y miedo,
De triste llanto y lágrimas bañada:
Y que aunque á defenderla con denuedo
La mano puso á su alevosa espada,
El infame Auchalí, de una herida
Libre se la quitó, y dexó sin vida.

Apenas pudo dar razon del caso,
Quando la lengua le atajó la muerte,
Y el ya sin fuerzas débil cuerpo laso
Recio se estremeció, y se mostró fuerte:
Y Bahamel que así en el postrer paso
Su casta esposa y á su hermano advierte,
Por furor loco y torpe desconcierto,
Mas que ellos el dolor le dexó muerto.

Y haciendo en un brevísimo discurso
De sus azares y dolores suma,
Sin rastro de esperanza ni recurso
Que la ocasion de su dolor consuma:
Muerta ya la razon con el concurso
Y avenida de males, halló en suma,
Que de infinitos que hay de varios modos,
En un breve morir se ahorran todos.

Y sin que mi presencia fuese parte
A reprimir su furia acelerada,
Rabioso se pasó de parte á parte
El débil corazon con esa espada:
Y esta es al fin, señor, por no cansarte
Su tragedia, y la historia desdichada
Del caballo Clarion, que á maravilla
Nadie sin caer subió en su ingrata silla.

Dame ahora favor, dame tu ayuda
Para salir de trance tan confuso,
A quién, ó cómo vaya, ó dónde acuda
En este estrecho en que el rigor me puso:
Así la dama dixo, el moro en duda
Un breve rato se quedó difuso
En pensamientos y discursos varios,
De gusto todos y placer contrarios.

Pero viendo el caballo que pacia
Mal, por tenerse todavia el freno,
Que aunque era de oro, el oro le impedia
El oro de las bestias, que es el heno;
Agradado del talle y gallardía
Probarle quiere, y si es de azares lleno,
Para no reparar en ese agüero
Basta ser español y caballero.

Mas el caballo hecho á ver dislates,
Las riendas huye á quien el oro agrava,
Y vuelto aquí y allí en varios regates,
Lozano la alheñada clin embrava:
Hasta que ya á los últimos remates,
Donde un arroyo en sus cristales lava
Los postreros jazmines de aquel prado,
Se entró en el bosque, y le dexó burlado.

Saltó el moro tras él, y con el salto
El brioso animal se alteró un poco,
Con que en paso mas libre, á lo mas alto
Del monte fué subiendo poco á poco:
Creció el antojo con hallarse falto
De aquello que primero tuvo en poco,
Y ya con mas codicia, y mayor paso,
Sigue lo que al principio siguió á caso.

Treinta millas le fué al alcance extraño,
De una breña saltando en otra breña,
Que el gallardo caballo de lozano
Ahora le aguarda, y luego le desdeña:
Así á las veces de un querer liviano,
Y de una fácil ocasion pequeña,
Se empeña un gusto hasta morir por ella,
Y abrasa á todo un monte una centella.

Ya el sol con quien el moro parecia
Que apostaba á correr hácia el poniente,
Su sombra que antes alcanzar queria
Atras le ataba perezosamente:
Quando al pie de una cumbre que subia,
Su caballo vió al márgen de una fuente,
A quien de el prado la florida falda
Rica taza le sirve de esmeralda.

Vió que llegó á beber, y que un villano
Poniendo bien la silla saltó en ella,
Y en las fornidas ancas el serrano
Semblante de una rústica doncella:
Dióles el moro voces, pero en vano,
Que sin responder él ni escuchar ella
Libres se van, y en trueco del caballo
El enfado le dexan de buscallo.

Baxa ligero, y de corage brama
Al poco caso que hace el que le lleva,
Pues al ronco gritar con que le llama,
Ya en término cortés, ya en furia nueva,
Ni para, ni responde, antes su dama,
A quien con rostro humilde ablandar prueba
A que le escuche á modo de rogalla,
Sonriéndose dél camina, y calla.

Temió no sea la referida Alpina,
Que el real caballo al Rey Galafre lleva,
Y que él caya en mal caso si la indina,
O haga en la estorbar lo que no deba:
Mas no tampoco quiere que en indina
Descortesía alguno se le atreva,
Ni en burlas le desdeñe por tal modo,
Que es no sentir disimularlo todo.

Y así viendo que nadie le responde,
Delante puesto, ya fiero inhumano,
Las riendas de oro quiso asir, por donde
Las lleva mal parejas el villano:
Mas él sin responder le corresponde
Con una vara en la atrevida mano,
Tal que por los artejos desarmados
Penso al herir dexárselos quebrados.

Huyó la mano el moro atormentada,
Y un fiero grito dió que asombró el valle,
Y sin paciencia ya de una puñada
Vida y caballo se arrojó á quitalle:
Erró el golpe la cólera sobrada,
Volvió á quererle asir, y volvió á dalle,
Y del dolor y rabia faltó poco
Para quedar entre el corage loco.

Medio pino tomó para matallo,
Y hacerle con iguales armas guerra,
Mas de dos coces el feroz caballo,
A él y á su soberbia echó por tierra:
Cayó tambien cabe él al derriballo
La doncella, y huyendo por la sierra
Se entró el bravo animal con el villano,
Que el duro freno le llamaba en vano.

Templó al moro el dolor de su caida
Ver que tambien cayese la doncella,
Que mas quisiera hallarse sin la vida,
Que causa justa en sí de quejas della:
Acudió á levantarla por cumplida
Satisfaccion que le ha pesado, y ella
No haciendo caso dél, callada, y queda,
Sentada está, sin que movella pueda.

No le responde á nada que se diga,
Fiera, inmudable, como un mármol dura,
Ni el moro sabe que consejo siga,
Ni como entienda el fin desta locura:
Al fin se fué, y dexóla en su fatiga,
Y ella viéndose libre se apresura
Tras el ligero curso del caballo,
Y el que iba encima dél por alcanzallo.

Puesta la luz del cielo en dos balanzas,
Y al mar de Atlante lo último del dia,
Por sus gonces, sus puntos y mudanzas
El sol se entraba, y Hécate salia:
Quando perdido el tiempo y esperanzas
El moro que el caballo antes seguia
Solo se halló, confuso, y atajado,
A la orilla de un rio, en medio un prado.

Y enfadado de ver el nuevo enredo
Con que á pie se quedó, pasó adelante
Así altivo y feroz, que daban miedo
Su fiero ceño y áspero semblante:
Quando la furia le templó y denuedo
De una tienda el primor así elegante,
Que al rayo de una luz que dentro habia
Tambien el oro del brocado ardia.

Entre frondosos árboles plantada
Estaba el murmurar del manso rio,
Sitio oportuno, y parte acomodada
Para en ella hurtarle el cuerpo al frio:
Llegó cortés á demandar posada,
Y halló el albergue y pabellon vacío,
Con rico estrado, y prevenida cama,
Y al rayo de una luz sola una dama.

De poca edad, y mucha hermosura,
Niña de alegre gusto parecia,
La frente un claro cielo, en cuya altura
Sobre la nieve el sol resplandecia:
De gentil cuerpo, y agradable hechura,
El rostro del color que nace el dia,
La garganta gentil, y el blanco pecho
De frescas rosas y jazmines hecho.

Dado al descuido un nudo en el cabello,
Donde el sutil amor quedó enredado,
Para hacer lazos y marañas dello,
Y el pensamiento atar al mas delgado:
Dos arcos de un dorado y sutil vello
De cien flechas y mas cada uno armado,
Que van volando, y dan en las entrañas
Al mover de las cejas y pestañas.

Dos mayos de azucenas y claveles
En un verano son sus dos mexillas,
Sus dulces labios de coral rieles
Con que rie el placer por sus orillas:
De aljofarados dientes dos caireles,
Y en cada uno un millon de maravillas,
Verdes los ojos, y sus luces bellas
Mil soles, que son poco dos estrellas.

De un mirar regalado, y halagüeño,
Que acaricia, ocasiona, y necesita
A dar el alma libre en dulce empeño
Al precio de beldad tan exquisita:
Con el donayre de un capote y ceño,
Que mas á un muerto gusto resucita,
Ni así el ambar y música provoca,
Como el aliento y habla de su boca.

Los tiernos pechos dos pequeñas pomas
De rosas hechas, y apretada leche,
De un real valle de amor menudas lomas,
Que al ensancharse le hacen que se estreche:
No hay Panchaya con todas sus aromas
Que olor mas fino que sus pechos eche,
Ni Venus de marfil ni de oro indiano
Con dedos mas bien hechos que su mano.

De tela de oro azul manteo bordado
De armiños, rica turca de escarlata,
De alcatifas de Persia el grave estrado,
Con bufete de nácares y plata;
Donde en follages de cristal grabado,
De un ardiente blandon la luz retrata
Un agradable cielo en la figura
De aquella nunca vista hermosura.

La rosada mexilla en la una mano
Mostrando el brazo, y la otra descubierta
Como al descuido en ademan profano
La rica holanda en gayas de oro abierta;
Dando por mas deleyte al gusto humano
La belleza que guardan encubierta
De la aguja las redes peligrosas
En el pecho de tierna nieve y rosas.

No habia en el pabellon mas que una lum-
Ni mas que aquella hermosura sola, [bre,
Que qual fino diamante su vislumbre
Todo con bellos rayos le arrebola:
Es de la tienda real la altiva cumbre
Una encantada y cristalina bola,
Por donde las estrellas y la luna
Sus cursos hacen sin mudanza alguna.

Toda de oro bordada y pedrería
Por dedentro parece y por defuera,
De árboles, cazas, flores, montería,
Una agradable y fresca primavera:
En perlas el jazmin se contrahacia,
Cuya hoja de esmeraldas finas era,
Los florones de escarches amarillos,
Gripados de argentados trebolillos.

Dexó asombrado al moro la belleza
De la suntuosa tienda, y de su dueño,
Las sedas, perlas, oro, la riqueza,
El bosque oculto, y el lugar pequeño;
Y sobre todo la real grandeza,
Y aquel mirar alegre y zahareño
De la beldad mayor que el mundo supo,
Que allí entre las demas grandezas cupo.

Tambien la nueva soledad le admira,
Sin gente de respeto ni servicio,
Con una sola luz que alumbra, y mira
Todo el mudable y único edificio,
Y que suspensa y sin querer suspira,
De algun mal interior notorio indicio:
Todo esto contempló desde la puerta,
Sin que la dama al parecer lo advierta.

Mas ya determinado por su gusto
El secreto saber de esta aventura,
Con rostro humilde y corazon robusto
El rico umbral pasó, y en voz segura:
"Guarde, señora, dixo, el cielo justo,
La gloria de tan rara hermosura,
Haciendo mas suave y menos larga
De los cuidados la pesada carga."

Alzó los ojos, con que dar pudiera
A los ya muertos de sus lumbres vida,
A ser las leyes de la muerte fiera
Como las del amor mas homicida;
Y por mejor probar su fuerza entera
En fingido alboroto desabrida,
Con vista afable y lengua zahareña
Le atrae á un mismo tiempo, y le desdeña.

Al fin despues de varios cumplimientos
Lugar le concedió en el rico estrado,
Pidiéndole la causa y los intentos
De haber en tiempo tal allí arribado:
Contóselos el moro en breves cuentos
La empresa del caballo desgraciado,
Y como ya era próspero y dichoso,
Pues á lugar le guió tan venturoso.

Rió en grandes donayres la doncella
La no entendida burla del villano,
Y por sacarle con sosiego della,
"Señor, le dixo, en este verde llano,
Aquella cristalina fuente bella
Está encantada por la sábia mano
De la hechicera Arleta, que un engaño
En ella puso de artificio extraño.

Esta tuvo amistad con cierto moro,
Gran capitan de Zaragoza, y Baza,
A quien sin guardar término y decoro
Una mora usurpó de humilde raza:
Es rica, y donde quiera manda el oro,
Y él con mayor codicia que no traza
Dexó la dama pobre por la rica,
Que á todo un gusto sin lealtad se aplica.

Tiene un castillo cerca de esa fuente,
Y en él el falso amante entretenido,
De adonde salen quando el dia al oriente
Los dos á monte por el verde exido:
A este fin la zelosa diligente
Del agua emponzoñó el cristal lucido,
Porque saliendo á caza sea quien fuere,
Sus disgustos le pague si bebiere.

Quita el sentir la fuerza del veneno
Por largo rato, mientras con bastantes
Fuerzas el gusto trueca, y lo hace lleno
De lo que le solia enfadar antes:
Pudo ser que bebiesen deste cieno
Aquellos dos villanos caminantes,
Y sin sentir ninguno lo que hiciese,
La referida burla sucediese.

Yo, señor, estoy sola, que mi gente
Toda se fué á un castillo de mi hermana
Cerca de aquí á la parte de poniente,
Para volver con ella á la mañana:
Quedóse una doncella y un sirviente
A hacerme compañia, y hoy con vana
Curiosidad se entraron por la selva,
Sin que hasta ahora ninguno dellos vuelva.

Mas ya entiendo sin duda por las señas
Que son los que cogieron tu caballo,
Y sin juicio van por esas breñas,
Y yo en el riesgo en que me ves me hallo:
Triste, sola, y metida entre estas peñas,
Mas ya que tú veniste á remediallo,
Podrás darme tu amparo, y ser mi abrigo,
Sino te causa miedo estar conmigo."

Dixo esto por tal modo la doncella,
Y así en suaves ojos halagüeños,
Que sin sentido el moro quedó en vella,
Entre deleyte y gustos no pequeños:
Hasta que al fin ocasionado della,
De sus halagos y fingidos ceños,
Preso en sus lazos, y en su lumbre ciego,
Tierno le dixo su amoroso fuego.

Ella ni le acaricia ni desecha,
Ni contenta se muestra ni enfadada,
Que todo á veces en donayre lo echa,
Y á veces todo al parecer le agrada:
Va haciendo la cadena mas estrecha,
Y el moro ya con alma enamorada,
Del todo se le rinde y aficiona,
Y por ojos y boca lo pregona.

Calla, y con no rehusar le da licencia
Que entre sus blandas manos se regale,
Y en trato afable, y grata diligencia,
A convidarle con los gustos sale:
De un rico cofre saca á su presencia
Preciosos dulces, donde el moro iguale
Su gusto en todo, porque en todo vea
Que ya de veras dársele desea.

El ya rendido amante no consiente
Semejantes excesos de tal mano,
Mas que á él con alma y corazon ardiente
Mostrar le dexe huesped cortesano:
Crecen los fuegos, y él que arderse siente
En el de amor, no cabe de lozano,
Adorando entre sí el primer trabajo,
Que á tan dichoso punto y fin le traxo.

"No es el caballo, dice, desgraciado,
Como por burla me contó la dama,
Pues á tanta ventura me ha guiado
De collado en collado, y rama en rama:
Siempre del mal ó el bien exâgerado
Son menores los hechos que la fama,
Quando tenga mil tachas mi caballo,
Este bien solo me hará adorallo."

Así en pláticas dulces y sabrosas
Cenando están los dos de oro en un plato,
Dando ella de sus manos amorosas
Presas de amor al moro cada rato:
Ya preguntando diferentes cosas,
Ya con libre decir, ya con recato,
Que le importa saber si tiene dueño,
Si es de gusto comun, ó zahareño.

El moro á todo en cortesano estilo,
Ya en veras le responde, ya en donayre,
Y mientras del parlar siguen el hilo,
Si acaso da en la vela un soplo de ayre,
Que humillando la luz muestra el pabilo,
Todo se turba y desvanece en ayre,
Que sin la llama el pabellon no luce,
Antes qual débil sombra se trasluce.

Parécense los árboles y el cielo,
Y aun se apaga en la dama la belleza,
Mas luego que la luz cobra su vuelo,
Todo se vuelve á su primer riqueza:
Cree viendo esto el moro sin recelo
Que es desvanecimiento de cabeza,
Que el mucho caminar, y el comer poco,
Le trae el sentido divertido, y loco.

Y metido ya en veras con la dama
Libremente le dice su deseo,
Ella con vano escudo de su fama
El gusto le entretiene por rodeo:
"Ser verdad que adoréis esta que os ama,
Yo en esto, dice, lo conozco, y veo
Que pudiendo salir sin demasía
Con vuestra voluntad pedís la mia.
Mas yo de todo en todo seré vuestra
Si me jurais lo que pediros quiero
Por ese noble pecho y mano diestra,
Y la fe que debeis á caballero:
Que nuevas culpas ni ocasion siniestra
De vos me apartarán, sin que primero
Me deis satisfaccion de una doncella,
Que usurpado me ha un gusto por mas bella.
Hame tiranizado un caro amigo,
Que era otro tiempo el alma de mi gusto,
Y en fe que dió de se casar conmigo,
De mí le di mas parte que era justo;
Y aunque por vos, señor, en lo que digo
Tratar cosas pasadas sea disgusto,
Es fuerza que me deis esta palabra,
Y así mi voluntad su puerta os abra,
Que quanto á desear esto me mueve
Ya no es gusto de amor, sino venganza:"
El moro que en su rostro entre oro y nieve
Ardiendo en fuego siente su esperanza,
No solo una palabra y don tan leve
Le otorga, jura, y da; mas si en balanza
De un mundo entero el contrapeso hiciera,
Y el mundo fuera suyo, un mundo diera.

Y ya con la licencia que le ha dado
Quiso en mas libre trato entrar con ella,
Hacer campo de amor el rico estrado,
Y allí suya del todo la doncella:
Quando con el burlar desordenado,
El sujetarla, y defendérsele ella,
La vela se cayó, y sin lumbre alguna,
Lo que encubria la luz mostró la luna.

Sobre una cama de pagizo heno
Abrazado se halló á una flaca vieja,
El turbio rostro de berrugas lleno,
De solo un ojo, y con ninguna ceja;
La hundida boca, cavernoso seno,
Con los podridos dientes mal pareja,
Dando al vecino olfato grueso aliento
De algun recien abierto monumento.

Duro el cabello, entre aplomado y cano,
Peor que el de Tesífone, y Megera,
La encorvada nariz, que al gusto humano
En flaco iguala, de color de cera:
De nudosa raiz el cuerpo enano,
Con mas años que el tiempo, y toda entera
Tal, que al valiente moro, y su denuedo,
Lo que el mundo no pudo, puso miedo.

Así el hambriento pobre peregrino,
En seca paja de un rastrojo echado,
Rico se sueña al fin de su camino,
En quadras de oro, y camas de brocado;
Y en medio el gusto un viento repentino
El sueño vuela, y hállase abrazado
A su estéril bordon, y hambre ayuna,
Al frio rayo de la blanca luna.

Con secos nervios, y con duros brazos,
Así al moro ciñó, que no podia
Del cuello huir los escabrosos lazos,
Por mas que la apartaba y deshacia:
Quiso de rabia hacérselos pedazos,
A no ser en los suyos villanía,
Y ella mas firme que la yedra al olmo
Llegar su antojo quiere y gusto á colmo.

¿Quién ha visto en un águila enroscada
Víbora azul, ó pardo cocodrilo
A una palma enredarse levantada
De las crecientes del vadoso Nilo?
¿O á Mercurio en su vara celebrada
De dos serpientes el nudoso hilo?
Tal parecian los dos, y en tal hechura,
Él en la rabia, y ella en la figura.

"No es razon, dice, ni camino justo,
Que poniéndome yo en vuestra tutela
Por solo ser en fuerzas mas robusto,
Esta me hagais sin que mi honor os duela."
Pensó quizá el envegecido gusto
Que aun todavia ardia la candela,
Y así llevaba el frio melindre al cabo
Con el amante ya rabioso y bravo.

Mas viendo que de veras la desecha,
La sacude de sí, huye, y aparta,
Que sin luz su invencion quedó deshecha,
Medrosa que la dexe, y que se parta;
Las duras garras por el cuello le echa,
Y de su aliento y tósigo le harta,
Pidiendo á vueltas á la amada presa
La fe debida á su primer promesa.

"No soy tan fea, le dice, qual parezco,
Que ya fuí quando moza celebrada,
Y aun hoy pena por mí quien no apetezco,
Y me trae con sus lágrimas cansada:
Si estos enfados y desden merezco
Por daros yo tan franca mi posada,
No os envié yo á llamar, vos me buscastes,
Y con falsas promesas me engañastes.

Cumplildas, falso, pues, ó á todo el mundo
Por cruel os mostraré, y por alevoso,
Sin que de mí os huyais, aunque al profundo
Rincon baxeis del centro cavernoso:
El galan que por vos hice segundo
Quiero me deis para que sea mi esposo,
Y me vengueis de quien me le ha quitado,
Y os honreis hasta entonces con mi lado."

Bastante prueba dió de su nobleza
En esto el reportado sarracino,
Pues templando á su enojo la braveza
De hacer se abstuvo un nuevo desatino:
Solo arrojando la infernal fiereza,
Que asido le tenia; "ese canino
Rostro, dixo, será quien te ha usurpado,
Si ya alguno te amó, el haberte amado.

Dél será bien vengarte con hacelle
Un Euclides de rayas y figuras,
Sin que puedas ya mas entretenelle
En vanas aparentes hermosuras:"
Así dixo, y porque iba á detenelle
Con nuevos embelecos y posturas,
De sí la desvió con tanto brio,
Que yéndole abrazar abrazó al rio.

Qual encogida y débil hojarasca,
Que de árbol seco arranca el raudo viento,
Y volando la lleva su borrasca
Trocando puntas, y mudando asiento;
Tal la hechicera fué con mortal basca
De uno y otro traspié rodando á tiento,
Hasta dar en el agua, en que se hundiera,
Si ya de carne, y no de pluma fuera.

Fuese el moro feroz desesperado
Viendo el deleyte vuelto en amargura,
Y del caballo mal afortunado,
Aunque de noche clara la ventura:
Mas no mucho se fué, quando á su lado
De Arleta vió la hórrida figura,
Que para mas enfado del que tiene
A pedirle la fe y palabra viene.

Pensó rendir el alma de corage
Volviendo el moro altivo el rostro á vella,
Y sin que ya el hidalgo honor le ataje,
Con la espada alta arremetió tras ella:
Huyó la vieja haciéndole un visage
Que le asombró miralla, y por cogella
En unos mimbres tropezó sin tino,
Y el feroz rostro le abrazó un espino.

No hay sierpe á quien la azada del villano
Haya en dos medias partes dividido,
Que así fiera vomite por el llano
El humo del veneno recocido,
Como el aragonés moro inhumano,
Viéndose en tantos modos perseguido
De aquella que matalla es caso indino,
Y sufrir sus locuras desatino.

Y así por apartarla de sus ojos
A correr comenzó por la espesura,
Y ella para seguille, y dalle enojos,
Con las alas del viento se apresura:
"Traidor, hasta que cumplas mis antojos,
Le dice, y la palabra y fe perjura
Que me diste, en desierto y en poblado,
O viva ó muerta, me traerás al lado."

Así corriendo por la selva espesa
Dos largas millas fueron sin cansarse,
Que ni él dexó el huir á toda priesa,
Ni ella el decir injurias, y acercarse;
Hasta que un hondo rio que atraviesa
El paso les tomó, y forzó á pararse,
Y el moro revolviendo de repente
Viva cogió la vieja impertinente.

Y á un árbol de los muchos de su orilla
Harto ya de sufrir la dexó atada,
Y en huida veloz para no oilla
Apresuró hasta el dia su jornada:
Salia ya el alba en su argentada silla,
De rosas y azucenas coronada,
Quando el moro salió del bosque al llano,
El ancho rio á la derecha mano.

Y á la otra parte en un ancon que hacia
La corva ala de un cerro puesto en frente,
Entre arenas y aljófares bullia
El cristal puro de una limpia fuente:
Junto á ella puesto un pabellon se via,
Y en torno dél durmiendo armada gente,
Dos apretadas barcas en el rio,
Y una espía en un álamo sombrío.

Llegó el furioso moro á preguntalle,
Qué atalaya de allí, ó á quién espera,
Cuya es la tienda y gente de aquel valle,
Y si querrán pasarle á su ribera:
Agradóle del moro el garbo y talle,
Y este el primero fué, y la vez primera,
Que de un hidalgo se pagó un villano,
Y un navarro alavés de un castellano.

Y así le respondió: "en la hermosa tienda
Tiene el Rey de Pamplona alojamiento,"
Mas luego arrepentido de que entienda
Que le quiso dar gusto, mudó intento;
Y haciendo al yerro sin sazon emienda,
El receloso Ferraguto atento
Al encubrir y descubrir razones,
Barcas, espía, tienda, y prevenciones,

Bien entendió que el caso era de cuenta,
Pues el Rey Biarabí por su persona,
A riesgo suyo y de su honor le intenta
Tan léjos de los muros de Pamplona:
Tiene con él enemistad sangrienta
Por feudatario á la imperial corona,
Y que es traicion recela, porque sabe
Que en un navarro moro todo cabe.

Por esto quiere el caso por entero,
Y á la espía le ruega que se abaxe
A llevar de un extraño caballero
Si es posible á su Rey cierto mensage:
Tanto decirle al fin supo el guerrero
De ruegos y promesas, que el viage
Aceptó, y arrojándose en el prado,
El moro le prendió, y quedó burlado.

Y haciéndole que calle, aunque no quiera,
Con él se retiró en una espesura,
Donde del caso la verdad entera
Le pide, ó que habrá allí su sepultura:
Así lobo feroz tierna cordera
Que por su boca asió á su cueva obscura
Lleva, sin que ya pueda libre y horra
A su pastor pedir que la socorra.

"Señor, por el profeta en quien adoro,
Temblando respondió, y por este paso
En que me ha puesto la codicia de oro,
Que no sé el fundamento y luz del caso;
Que de un plebeyo, y no castizo moro,
Nunca para altas cosas se hizo caso,
Solo podré contarte lo que he oido,
Ora sea cuento cierto, ora fingido.

El sagaz Biarabí, Rey de Pamplona,
Debaxo de traer cierta embaxada
De parte del Rey Carlos en persona,
Gente metió en Toledo disfrazada:
A Rangorio, caudillo de Girona,
Del Gigante Arganzon la firme espada,
Y á Zaldirán, señor de la montaña,
De un ojo solo, y de estatura extraña.

Este de cepa y de linage obscuro,
Aunque él se hace de su Rey pariente,
Es el que á cargo tiene dar seguro
Del rio este ancho vado con su gente;
Y de un herrado carro el firme muro
En que salvar la presa diligente,
Que se entiende será una bella mora,
Hija del que en Toledo reyna ahora.

Son varios los incrédulos rumores
Que deste robo cuentan en secreto,
Unos dicen que el César por amores
Así al Rey lo mandó, que es su sujeto;
Y un caballo tambien de los mejores
Del mundo le envió para el efeto,
De cuya ligereza se valiese,
Y el hecho sin temor acometiese.

Y que Rangorio á la jornada vino
Para mayor seguridad del caso,
Mas ni eso lleva al parecer camino,
Ni es de creer que en semejante paso
Un Monarca tan sábio, un Rey tan dino
De serlo del oriente hasta el ocaso,
Quando dél tiembla el mundo, por livianas
Causas de amor se burlen de sus canas.

Otros Rangorio padre de Oliveros
Fingen el nuevo autor deste cuidado,
Mas yo en secreto oí á dos caballeros
Hacer á Biarabí solo el culpado;
Que acometido de enemigos fieros
Su reyno, y de Leoneses rodeado,
Olvidada su edad anda perdido,
En amorosas burlas divertido.

Al fin sease qual fuere el fundamento,
El caso cierto es ya que Galiana,
La dama de mayor merecimiento
Que hoy se conoce mora ni cristiana,
Sino hay algun notable impedimento
Aquí presa estará de hoy á mañana:
Esto es quanto del caso decir puedo,
Y lo que aquí esperamos de Toledo."

Así el moro decia, compelido
De los miedos del hijo de Lanfusa,
Quando en el bosque oyeron el ruido
De una algazara y trápala confusa:
Saltó el aragonés apercebido,
La espía se le huyó, y por la difusa
Campaña mil tragedias con espanto
Materia dieron de venganza y llanto.

Mostróse claro el alevoso intento
Del robo ilustre que hacer procura
El Rey de la ciudad, á quien dió asiento
El que perdió en Farsalia la ventura:
Y Ferragut zeloso hasta del viento
Que en el rio suena, y brama en la espesura,
No aguardó á saber mas, dexó la espía,
Y á buscar acudió el rumor que oía.

Vió venir tras un hombre desarmado
Con limpias armas dos por darle muerte,
Y sin poderle socorrer clavado
Al suelo le dexó un venablo fuerte:
Volviéronse con paso apresurado,
Y el moro leal que la traicion advierte,
Con alma y pecho audaz, y pies ligeros,
Siguiendo fué los falsos caballeros.

Y no léjos de allí, al entrar de un valle,
Otro vió alancear como el primero,
Sin que á ninguno socorrer ni dalle
Favor pudiese su ánimo ni acero:
Quando por una estrecha y verde calle
De la selva salir vió un caballero
Con aljaba de monte de brocado,
Y un cruel trozo de lanza atravesado.

Fué cayendo á los pies de Ferraguto
Desangrado y mortal, creyendo fuese
Del enemigo bando ánimo bruto,
Que lo que otro empezó acabar quisiese:
Y ya pagando el general tributo,
Como antes de morir reconociese
Que el moro era neutral, y no enemigo,
Así le dixo en tono y voz de amigo:

"¡O invencible valor, qualquier que seas,
Que en ademán gallardo y real persona
De mí muestras dolerte, y que deseas
Vengar mi muerte, acórreme, y perdona
El no poder guiarte donde veas
De Toledo agraviada la corona
Del Rey mas falso, y gente mas traidora,
Que en Meca cree, y su Alcorán adora!

Danos favor, gran Cid, si á tu presencia
El valor de esa espada corresponde,
Y al mundo le ha quedado resistencia
Con que hacerla, y términos por donde;
Socorre la beldad y la excelencia
Mayor que en toda su grandeza esconde,
A una ofendida Infanta, y á un honrado
Rey, de otro infame Rey sin fe agraviado.

Con ademán de uña fingida caza,
Y alancear una feroz leona,
A este soto sacó la industria y traza
Del falso Biarabí, Rey de Pamplona,
La bella Galiana, y á una plaza
Encubierta guiando su persona,
Nos traxo á la mitad desta floresta,
Donde tenia una emboscada puesta.

Allí con cruel ánimo y denuedo
Un texido esquadron de gente muda
Salio á robar la Infanta de Toledo,
Y á dar al Rey en su traicion ayuda:
Hizo su oficio el repentino miedo
Sobre la que halló de armas desnuda,
Unos huyeron, y los mas honrados
Han muerto qual yo ahora alanceados."
Así ya con la muerte y sus congojas
El toledano á Ferragut decia,
Quando por la espesura de las hojas
Uno huyendo de otros tres salia,
De azules sobrevistas, y armas roxas,
De sierpes llenas de oro y plumería,
Y el que huía una marlota gualda,
En un hombro herido, y una espalda.
Salió á hacer reparo el moro altivo
Contra los tres cebados en matalle,
Y al mas ligero de un revés esquivo
De medio arriba le dexó sin talle:
Al otro medio muerto y medio vivo
Por su entero sepulcro le dió el valle,
Y al tercero con él tal escarmiento,
Que siendo plomo se volvió de viento.
Saltó el aragonés sobre un caballo
Siguiendo al que huye de su aguda espada,
No tanto por herillo ni alcanzallo,
Quanto por ir á dar en la emboscada:
Al fin supo el temor tambien guiallo,
Que en una plaza de árboles cercada,
En desigual batalla vió metidos
Catorce armados contra diez heridos;

Y en donde preso un sol con diez estrellas,
Eclipsada la luz de su hermosura,
Hecha un vistoso cielo dél y dellas
De aquel sangriento prado la frescura:
La bella Galiana y sus doncellas
Llorando su presente desventura,
A cuenta y guarda de un feroz gigante
Temblando están de su brutal semblante.

Así en turbios y rígidos celages,
Entre los cuernos del templado toro,
Humedeciendo al ayre sus plumages
De las pleyádas el medroso coro,
Llorosos hace y lóbregos visages
De tierno aljofar y arreboles de oro,
Viendo de orion armado el brazo fiero,
Y de su alfange el relumbrante acero.

Puso el gallardo hijo de Lanfusa
Los ojos en la bella Galiana,
Que aunque llorosa, y en su mal confusa,
Su hermosura descubre soberana:
Aquella hermosura y luz que infusa
Del libre sueño vio en la sombra vana,
Quando el amor con ella le hizo presa,
Y en su alma la dexó y su gusto impresa.

Halló despierto á quien mostró dormido
El dia pasado el agua de una fuente,
Y ser deste alboroto aquel ruido
Que hacia soñando una espantosa gente:
Quando en rabiosa cólera encendido,
Y en nuevos gustos del placer presente,
Tan fiero, que mirallo atemoriza,
Haciendo entró por los contrarios riza.

Sobre el gran yelmo de templado acero
Una enroscada y bella sierpe de oro,
Por alas los penachos del plumero,
Y por veneno y silbos los del moro,
Encontró á Grabelindos el primero,
Una de las tres llaves del tesoro
Del reyno de Pamplona, y de sus rentas
Le remató en su alcance el de las cuentas.

Alfajardo, y Zegrides, dos hermanos,
El uno amante nuevo, el otro esposo,
De dos moras de rostros soberanos,
Que ausentes lloran su tardar penoso;
Al uno la cabeza y las dos manos
Que levantaba á hacer un golpe honroso,
Y al otro de una punta atravesado,
Por comun sepultura les dió el prado.

Creció del ciego ruido el alboroto
Con el nuevo socorro del pagano,
Volviendo los que andaban por el soto
Dando la caza al pueblo toledano:
Y al fiero Arlange, que el alfange boto
De herir, y en sangre envuelto el brazo y ma-
Tornaba de mil muertes victorioso, [no,
Un altibaxo le alcanzó espantoso.

Y dándole primero á Gorgio muerte,
Un músico del Rey, que á dar venia
Solaz, y no á reñir, porque á su suerte
Las pretensiones no reglo aquel dia;
Contra Arlange un revés volvió tan fuerte,
Que todas las victorias que traía
Por el suelo le echó, y en larga pieza
Del cuello la fantástica cabeza.

Y dando á las espaldas el escudo,
Con la espada á dos manos fué haciendo
Mortal estrago, y por el pueblo rudo
Crecer el alboroto y el estruendo:
El feroz Biarabí, que ya no pudo
Mas el rigor sufrir del brazo horrendo,
Ni los furiosos golpes que en su gente
Da y executa la feroz serpiente:

Con una lanza como gruesa entena
Contra él por medio del furor se lanza,
Y en el soberbio pecho que resuena
En negro aliento soplos de venganza,
El encuentro acerto, y de estruendo llena
La selva, y de los trozos de su lanza,
Bramando vuelven por los robles secos
Del sordo monte los quebrados ecos.

Perdió el gallardo moro los estribos,
Abrazándose al cuello del caballo,
Al tiempo que diez golpes vengativos
De ira llenos baxaban á buscallo:
Fué despertar en su furor mas vivos
Los brios de vengarse, y provocallo
A un increible y espantoso estrago,
Y á dar al Rey de su traicion el pago.

Así en los duros yunques de Vulcano,
En las cavernas del Tinácrio monte,
Si el rayo se desliza de la mano
Al negro Esterpe, ó al horrible Bronte,
Rompe en fiera estampida por el vano
Contorno de su lóbrego horizonte,
Llevando el ronco estruendo en un instante
Fraguas, obras, y obreros por delante.

Con semejante furia, y con violencia
Igual volviendo en sí el feroz guerrero,
A Lurco mata, Alcayde de Plasencia,
A Gripol, á Alberindos, y á Bambiero:
Y sin hacer caudal ni diferencia
Del humilde villano al caballero,
A Cepola escudero de Algaberte,
Y á su amo, de dos golpes dió una muerte.

Y vuelto al Rey, que con feroz denuedo
Alta la espada por le herir volvia,
A recebille el golpe estuvo quedo,
Y de la muerte se escapó Argalía,
Que ya la iba tragando con el miedo
Del jayan bravo que sobre él venia,
Dió el golpe encima de la sierpe de oro,
Haciendo que lo sea en rabia el moro.

Y en respuesta le dió tras de una punta,
Que le encarnó aunque poco en el costado,
Un ligero mandoble, en que fué junta
La colérica rabia al justo enfado:
Llevóle medio escudo, y con difunta
Color el Rey cayó desacordado,
En la cabeza, el hombro, y pecho herido,
O muerto al verde prado, ó sin sentido.

Y revolviendo la furiosa espada
Al vulgo que á vengarle se apercibe,
A este de intento, al otro de pasada,
En todos su rigor y enojo escribe;
Con que de la otra gente amedrentada
La esperanza y el ánimo recibe,
Y con tan buen caudillo en su presencia,
Mas que antes hacen firme resistencia.

El valiente Arganzon, que en guarda puesto
De las doncellas y la Infanta estaba,
Viendo caido al Rey, huyendo el resto
De solo un brazo, y su arrogancia brava;
Bramando al cielo sale de su puesto,
En la ancha mano su acerada clava,
Con que una horrible pasta á un golpe fiero
Las armas piensa hacer, y el caballero.

Era Arganzon del reyno de Pamplona
Alferez real, de corazon valiente,
Nacido segun unos en la Sona,
Y segun otros en la Nubia ardiente,
De corpulenta y bárbara persona,
Armado de unas conchas de serpiente,
De muchas fuerzas, y ninguna maña,
A quien su Rey paso de Argel á España.

Fundo en Navarra sobre una alta breña
Un castillo gentil, que el gran Teobaldo
A Guevara ganó, y mudo su seña,
Las bandas y panelas de Grimaldo:
Dando á su ilustre casa no pequeña
Magestad desta peña el fiel respaldo,
Ganada á fuerzas del soberbio Argante,
Pariente y sucesor deste gigante.

Este pues viendo el espantoso estrago
Que la aragonés furia hace en su gente,
Al Rey caido en un sangriento lago,
Y á sus golpes medroso el mas valiente;
Dando orden que Bramul con tierno halago
La Infanta lleve en orden suficiente
A las barcas, y allí en el albedrío
De Zaldirán la entregue, y pase el rio.

Con pecho osado, y ánimo brioso,
Alta la espada, y su furor mas alto,
A dar fué en Ferraguto un peligroso
Golpe ayudado de un ligero salto:
Errole con la cólera, y furioso,
De rabias lleno, y sufrimiento falto,
La bisarma arrojo, sacó la espada
En mora sangre sin lealtad manchada.

Mas antes que execute el golpe fiero,
Uno tal le prestó el sagaz pagano,
Que el medio escudo, aunque de fino acero,
Le llevó al suelo, y parte de la mano:
Dió un bramido el jayan, y el caballero
Otro segundo le asentó de llano
Encima el duro yelmo, que sin tino
Al verde suelo del caballo vino.

Creyó que habia acabado la jornada
De aquel golpe espantoso la violencia,
Y así esgrimiendo la lustrosa espada
Sin hallar en reparos resistencia,
De tajo, de revés, y de estocada,
Hiere, destroza, mata, y diferencia
Con horribles señales y heridas,
Cuerpos, armas, personas, muerte, y vidas.

De las medrosas sobras que han quedado
Al destrozado campo de Pamplona,
Ya sin caudillo en son desordenado
Huye á salvar cada uno su persona:
Y el vencedor gallardo que el cuidado
Mayor quel suyo alienta, y aficiona
El de la bella Infanta, ya trataba
De seguir á Bramul que la llevaba.

Quando Arganzon volviendo en su sentido
Furioso contra el cielo se levanta,
Que en verse de mortal valor rendido
Los muertos pisa, y á quien vive espanta;
Y el corvo alfange en alto suspendido
Un golpe al moro dió con fuerza tanta
Sobre el dorado yelmo á todo vuelo,
Que dió con él de espaldas en el suelo.

Baxóse por cortarle la cabeza,
Quando el brioso aragonés gallardo,
Con nuevo aliento, y nueva fortaleza,
Mas ligero saltó que un presto pardo,
Huyendo con mañosa ligereza
El golpe altivo del jayan bastardo,
Aunque en el hombro le alcanzó siniestro
El filo agudo del alfange diestro.

Cortóle de la malla el fino lazo,
Y gracias al encanto de Lanfusa,
Que tambien le llevara entero el brazo,
Sino hallara en su virtud excusa:
Mas el que solo siente el embarazo
De no seguir la Infanta no rehusa
Sus golpes, ni hace dél ni dellos cuenta,
Que en uno piensa de cobrar cincuenta.

Y así despues que de uno y otro lado
Del acerado arnés la fina malla
El soberbio jayan cortó alterado
En descompuesta y bárbara batalla,
Ferragut le acertó un descaminado
Golpe del yelmo en la dorada talla,
Tal que él, y la cabeza, y pecho abierto,
Espantable cayó en el suelo muerto;

Con ruido igual al que en los valles hace
De las sierras de Cuenca y de Segura
El pino altivo que en sus hombros nace,
Y en los suyos la mar vuelve segura;
Que si el yerro le tronca, y le deshace,
Suena al caer, y tiembla la espesura,
Las hojas en los árboles vecinos,
Y el pez en sus remansos cristalinos.

No quedó al golpe horrible altiva espada
De quantas antes contra sí tenia
Que no huyese, viendo destroncada
La mayor fuerza con que el Rey venia:
La gente antes vencida y desarmada
Contra Bramul, que á se escapar huía
Con la Infanta, sin armas y sin tino
Peleando le estorbaba su camino.

Hasta que libre ya de la refriega
En que quedaba el moro diligente,
Lloviendo sangre de su espada llega
A dar socorro y ánimo á la gente:
No fué de dura esta segunda brega,
Que un desmayo entibió el furor ardiente
De los navarros moros, viendo cierto
Ser Arganzon vencido, y su Rey muerto.

Huyeron por el bosque divertidos
A los ocultos valles de la sierra,
Quedándose entrampados y perdidos
Los mas por la ignorancia de la tierra:
El bravo aragonés que vió rendidos
Los principales nervios de la guerra,
Envaynando su espada, y su braveza,
Así la empresa de su gusto empieza.

Llegándose á la Infanta, que admirada
Está de las bravezas de su mano,
De sus medrosas damas rodeada,
En tono humilde, y modo cortesano:
"¡O beldad, dixo, en quien se ve cifrada
La entera gloria del tesoro humano,
Que en las centellas desos ojos vuela,
Y ardiendo el alma sus antojos yela!
Si este humilde servicio entrar en cuenta
Puede con el que el mundo os pecha y paga,
Y en noble gusto un tal deseo se cuenta
De qualquier deuda por bastante paga;
Sin hacer de otro bien caudal ni cuenta
Así mi presuncion deste se paga,
Que en fe se atreve de tan buena suerte
A ofrecerse por vuestro hasta la muerte.
Soy, si la fama deste brazo y mano
Volar tan alto con mi nombre pudo,
El hijo de Lanfusa y de Uliano,
De Huesca Rey, y de Aragon escudo:
Del gran Soldán de Babilonia hermano,
Y soy el que sin armas, y desnudo,
Maté á Argalía en Francia peleando,
Y las suyas quité al valiente Orlando.
Y así la fama de esa luz preciosa,
Que ya clara en mis ojos reverbera,
Fué en mi libre cuidado poderosa,
Y á sus rayos mi alma tan de cera,
Que por virtud y fuerza milagrosa
Viva se imprimió en ella de manera,
Que sin mas experiencias mi memoria
Hecha quedó un retrato de su gloria.

Y la ventura que al principio quiso
Darme de tal tesoro alegre nueva,
Siendo mi guia, hizo de improviso
Que por mas bien este favor le deba,
Trayéndome á tan nuevo paraiso
Por dulce alivio, y por bastante prueba,
Que si es grande la voz de esa belleza,
Es la fama menor que su grandeza.

Luego que amaneció en mi pensamiento
La justa estimacion desta noticia,
Sin hacer caso de otro humilde intento
De ser vuestro me dió noble codicia:
Cobrando mi rendido pecho aliento
Para con él vengar vuestra injusticia,
Y gozar juntamente el bien que aspira
Ese divino rostro en quien le mira.

Y así se debe todo á la grandeza
Que el cielo puso en vos, y á mí la gloria
De saber adorar tanta belleza,
Y gozar sin pensar desta victoria:
Todo junto pretende en vuestra alteza
Deste servicio y voluntad memoria,
Con que en mí crezca el ánimo en serviros,
Y en tanto bien amor temple sus tiros."

Dixo, y la alegre gente cortesana,
Que á la espada sobró del enemigo,
En torno de la bella toledana
Cobraba aliento ya, y seguro abrigo:
Y ella con la victoria mas lozana,
En rostro afable, y en semblante amigo,
Al gran libertador que atento via
La dulce boca á responder abria.

Quando vieron salir de la espesura
Un brioso y desenvuelto caballero,
Sobre un caballo de gallarda hechura
Todo cubierto de oro, y él de acero,
Con una dama tal, que su figura
Admiró los presentes.... mas primero
Que mi pluma á este cuento se entremeta
Volverla quiero á la olvidada Arleta,

Que no es razon que porque el tiempo haga
Su oficio en ella, como en todos suele,
Ya que uno al irse con rigor le paga,
No venga otro tras él, y la consuele:
Que si con su volar todo se estraga,
Tambien es justo que en sus penas vuele,
Y se acabe el dolor como el contento,
Y nada tenga en su inconstancia asiento.

Del encantado moro el justo enfado
Atada habia dexado á la hechicera
Al duro tronco de un ciprés copado
Del fugitivo Tajo en la ribera,
Donde quando apuntaba el sol dorado
Tras la estrella del alba placentera,
Una villana vió medio desnuda
Con lágrimas pidiendo al cielo ayuda.

Dióle voces la maga, y la doncella
Con ellas de repente alborotada,
Medrosa á los principios quedó en vella,
De su fealdad y gestos asombrada,
Hasta que al fin compadecida della
Llegó á darle favor, y desatada,
Ella en pago le pide como amiga
Para ayudarla el fin de su fatiga.

"Señora, dixo, aunque contarla quiera,
Ni sé decir, ni entiendo el cómo ha sido,
Ayer desde mi aldea á esta ribera
A cazar vine con mi padre un nido;
Y no sé adónde, ni por qué manera,
Me puso en un caballo, y él subido
En la silla tambien, donde queria
Furioso nos llevaba, y nos traía.

Metiónos por la lóbrega espesura
Deste bosque sin luz, y andando á tiento
De un riesgo en otro, sin hallar segura
Senda ni guia á nuestro ciego intento,
La noche fuimos toda á la ventura,
O sin ella, hasta ya que al pardo viento
El lucero aclaró, y con su tesoro
De blanca plata hizo el carro de oro.

Entonces en el soto de improviso
Una fiera saltó, y alborotado
El brioso animal hurtarle quiso
La vuelta dándola él desordenado:
Dió conmigo en el tronco de un aliso,
Y en su huir á mi padre desdichado
Colgado le llevó de un corvo estribo,
Haciéndole quizá pedazos vivo.

Yo por estos ribazos, y estas peñas,
Con el ansia de darle algun socorro,
Qual me ves destrozada de sus breñas,
Sin saber dónde á socorrelle corro."
Dixo, y entre unas vástagas pequeñas
De álamos, que hacen en el prado un corro,
Los bufidos oyeron del caballo,
Acudiendo las dos por atajallo.

Halláronle entrampado en los grimazos
Que un ciego bosque de álamos hacia,
Hecho el villano entre sus pies pedazos,
De un estribo colgado todavía:
Dió la doncella en él tristes abrazos
De sobresalto llena, y de agonía:
Arleta asió del freno por la rienda,
Tomando el paso de una estrecha senda.

Conoció en el caballo, y el suceso,
Ser el que iba buscando Ferraguto,
Aquel moro feroz, que en su alma impreso
El brio dexó de un pensamiento bruto:
Y sin dar mas consuelo en el avieso
Caso de la doncella, ni en su luto,
Sola se la dexó, y se fué contenta,
Que del ageno mal ¿quién hace cuenta?

Va con ella doméstico el caballo,
Y ella agradada de su vista y talle
A Brabonel pretende presentallo,
Y con esta ocasion nueva obligalle:
Y si él qual debe no le estima, dallo
En premio á quien prometa de vengalle
Del afrentoso agravio que le hizo
Aquella noche el moro advenedizo.

ALEGORÍA.

En las tragedias de Bahamel y su esposa, hechas tan á ciegas, y con tanta desgracia, se muestra lo mucho que en los sucesos humanos pueden las estrellas bien ó mal afortunadas, que aunque no llegan á forzar la libertad del albedrío, no hay duda que en las cosas inferiores es gran fuerza la del hado, que segun la opinion de algunos, referida por Santo Tomas, es la disposicion del signo en que cada uno es concebido, al qual aunque le es superior el libre albedrío, en muchas cosas se dexa vencer de su violencia, y principalmente en aquellos casos que el saber y prudencia humana no alcanza á prevenir, y eso quieren decir las desgracias del caballo Clarion, que la fuerza de las estrellas predomina en los brutos, y en la parte sensitiva, y no en el albedrío humano y voluntad racional.

En Ferraguto abrazado con Arleta, se muestra quan cierto es en el hombre caer de las manos del deleyte en las del arrepentimiento: la vela de Arleta significa los aparentes antojos de un deseo amoroso, y quan otras de lo que son pinta y barniza las cosas.

Ferragut peleando con las gentes de Biarabí en favor de Galiana, es figura de la irascible contra los estorbos que se le ofrecen al paso del conseguir el fin que el hombre pretende: y en Biarabí destruido y frustrado de su intento, como un traidor pocas veces se escapa de morir á manos de su traicion.

Fin del libro séptimo.

INDICE

DE ESTE PRIMER TOMO.

Las cosas notables por la invencion ó por la poesía llevan esta señal (*).

ALANCREDO Y ROSIA : su muerte : página 36. octava 2.ª (*)

ALCINA : hada : su viage al palacio de Morgana : pag. 10. oct. 2.ª = Cuenta á esta el motivo de su visita : pag. 64. oct. 4.ª

ALFONSO EL CASTO : cede á Carlo Magno su reyno, y despues revoca la cesion : pag. 82. oct. 4.ª = Su consejo de guerra : pag. 27. oct. 2.ª

ALODIA Y NUNILO : hermanas : su martirio : pag. 230. oct. 4.ª

ANGEL custodio de España : su hermosura : pag. 178. oct. 1.ª

ANGÉLICA : es arrebatada por los ayres en un carro tirado de dragones : pag. 215. oct. 4.ª

ARLETA : hechicera : engaña á Ferragut : pag. 352. oct. 3.ª (*)

ARMAS DE AQUILES : destinadas á Bernardo : pag. 86. oct. 3.ª

BERNARDO DEL CARPIO : sus padres y su nacimiento : pag. 79. oct. 4.ª = Libra al Rey su tio de un gran peligro : pag. 124. oct. 3.ª (*) = Se mete en un barco encantado : pag. 193. oct. 2.ª = Es armado caballero por Orimandro Rey de Persia : pag. 200. oct. 1.ª (*) = Combate con Orimandro por la libertad de Angélica : pag. 204. oct. 3.ª

CAPITANES famosos de España : pag. 109. oct. 3.ª

CARLO MAGNO : pintura de su fama y su fortuna : pag. 7. oct. 2.ª = Su consejo de guerra sobre la sucesion de España : pag. 150. oct. 2.ª

CLARION : caballo encantado ; su extraña condicion, y

burlas que hace á Ferragut : pag. 342. oct. 3.ª
CONDE DE SALDAÑA : su prision : pag. 18. oct. 3.ª
CONJURACION de los espíritus infernales contra España: pag. 171. oct. 1.ª
CUEVA donde se sueña el contento : pag. 264. oct. 3.ª (*)
DEMOGORGON : su palacio : pag. 67. oct. 1.ª
FAMA : descripcion de su palácio : pag. 87. oct. 4.ª (*)
FERRAGUT : su sueño á la orilla del Ebro : pag. 92. oct. 3.ª (*) = Liberta á Galiana, Infanta de Toledo, de ser robada por el Rey de Pamplona : pag. 366. oct. 1.ª (*)
FIESTAS DE FRANCIA : pag. 148. oct. 2.ª
FUENTE DEL DESENGAÑO : pag. 97. oct. 3.ª (*)
GADIR : su canto y pintura de la mañana : pag. 62. oct. 1.ª (*)
GALALON : su voto en el Consejo del Emperador : pag. 155. oct. 1.ª
GARILO : su perfidia con Don Teudonio : pag. 123. oct. 4.ª = Cuenta una fábula á Orlando y á otros paladines : pag. 279. oct. 3.ª
GALIANA : Infanta de Toledo : pag. 259. oct. 3.ª
GODOS : su venida á España : pag. 70. oct. 4.ª
GUNDÉMARO : cuenta á Bernardo sus amores y sus aventuras : pag 305. oct. 1.ª (*)
HADAS : su odio á los franceses : pag. 9. oct. 3.ª
IBERIA : ninfa transformada en fuente : pag. 103. oct. 1.ª (*)
MALGESÍ : mago : su voto en el Consejo del Emperador : pag. 151. oct. 2.ª = Como descubre el destino de las cosas de Francia : pag. 165. oct. 3.ª
MARTIRES de España : pag. 180. oct. 1.ª
MORGANA : hada : isla donde tiene su palacio : pag. 15. oct. 1.ª = Pintura del palacio ; de las preciosidades que tiene en él , y recibimiento que hace á Alcina: pag. 51. oct. 4.ª (*)
ORONTES : ayo de Bernardo : pag. 80. oct. 2.ª (*) = Su fisonomía : pag. 164. oct. 1.ª = Roba á Bernardo : pag. 167. oct. 3.ª = Dexa colgado á Malgesí de un árbol : pag. 171. oct. 1.ª

ORIMANDRO : Rey de Persia: enamorado de Angélica: pag. 195. oct. 3.ª = Es vencido por Bernardo: pag. 212. oct. 3.ª (*)

POEMA HEROYCO : los requisitos que pide : pag. 161. oct. 1.ª

PRODIGIOS : que anuncian los estragos de la guerra: pag. 6. oct. 2.ª (*)

REYES DE ESPAÑA : desde Alarico hasta Alfonso el Casto : pag. 72. oct. 3.ª

RODAMONTE : asalta el campo de Gayferos : pag. 30. oct. 2.ª

TEUDONIO : cuenta al Conde de Saldaña sus aventuras, y la causa de su desgracia : pag. 20. oct. 4.ª

Fin de este primer tomo.